

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)



**CONTRADICCIONES**  
**DE LA**  
**“IGLESIA CATÓLICA”**

Antonio García Ninet

**ISBN: 978-1-326-09260-3**

**2013, 2014, 2015, 2016.**

Edición corregida y ampliada de la obra  
CONTRADICCIONES DE LA IGLESIA CATÓLICA,  
publicada en el año 2013 (**ISBN: 978-84-941582-7-8**)

**CONTRADICCIONES**  
**DE LA**  
**“IGLESIA CATÓLICA”**  
**-Primera Parte-**

“La santa Madre Iglesia [...] reconoce que *todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento [...] tienen a Dios como autor*” (*Catecismo de la Iglesia Católica*)

“Toda maldad es poca junto a la de la mujer;  
¡caiga sobre ella la suerte del pecador!” (*Biblia Católica*)

“[Dijo el Señor:] [...] Aquí estoy contra ti; desenvainaré la espada y *mataré a inocentes y culpables*” (*Biblia Católica*).

**Antonio García Ninet**  
**Doctor en Filosofía**  
**2016**

Antonio García Ninet

## INTRODUCCIÓN

El motivo principal de este análisis crítico de determinadas doctrinas y actitudes de la iglesia católica se relaciona con el hecho de que esa institución, tan plagada de hipocresía, de crímenes, de mentiras, de robos, de ideas absurdas, de teatrales ceremonias con que suplen la falta de argumentos en favor de sus doctrinas, y de ridículos rituales que tienen esta misma finalidad, ha sido nefasta para la libertad y para el progreso cultural de la humanidad, a la vez que su poder político y económico ha ido incrementándose a lo largo de sus casi dos mil años de existencia, sin respeto y sin escrúpulo alguno hacia los pueblos de los que de algún modo se ha ido apoderando, aliándose con los poderes políticos a fin de embaucar con sus mentiras a gentes inocentes para dominarlas y despojarlas de sus bienes, con los cuales han obtenido un poder económico incalculable a pesar de que inicialmente se había presentado como la “iglesia de los pobres” y a pesar de que Jesús, el supuesto hijo del “Dios” de Israel, siempre criticó a los ricos, al menos según los evangelios y según *Hechos de los apóstoles*.

En consecuencia y en relación con esta crítica, presentaré a continuación una serie de contradicciones doctrinales en que ha ido incurriendo la jerarquía católica a lo largo de los siglos, contradicciones que resultarán evidentes para quienes no hayan sido objeto de un lavado de cerebro especialmente intenso por el adoctrinamiento martilleante de dicha organización, y posean una inteligencia simplemente normal, acompañada de un sincero interés por la verdad, a pesar de reconocer que el avance hacia la verdad no siempre es fácil, pues, aunque somos animales racionales, también somos animales de costumbres y animales que tendemos a creer de modo irracional y por inercia aquello en lo

Antonio García Ninet

que hemos sido adoctrinados durante nuestra *deformación* cultural sufrida a lo largo de la infancia.



## SINOPSIS GENERAL

Entre los temas fundamentales que trato en el presente trabajo, me centro en el análisis de las cuestiones siguientes:

1. Hago una breve referencia al concepto de *dios* para centrarme especialmente en el problema de la existencia de un *dios perfecto* y, por ello mismo, autosuficiente, doctrina que se analiza desde una perspectiva simplemente racional y sin referencia a ninguno de los dioses de las múltiples y variadas religiones que han existido a lo largo de la historia.

2. Me centro en *el dios de la iglesia católica*, que no es otro que el dios de Israel, aunque adornado con nuevas cualidades, como la de haber tenido un hijo, tan dios como su padre, y la de estar acompañado por un “espíritu santo”, nuevo adorno que se les ocurrió a los primeros cristianos, a pesar de que ni para afirmar la existencia de éste ni la del supuesto hijo de Yahvé había alguna base en el *Antiguo Testamento*, donde el único protagonista divino es Yahvé, un dios absolutamente contradictorio por lo que se refiere de manera especial a las bárbaras crueldades que se le atribuyeron, las que seguiría cometiendo cuando amenaza y castiga con el fuego eterno, y las doctrinas que proclama, especialmente en el *Nuevo Testamento*, relacionadas con el amor y con el perdón al prójimo, a pesar de que sus contradictorias amenazas con el Infierno siguen presentes en todo momento desde que a los sacerdotes de Israel o a los creadores del cristianismo se les ocurrió esta macabra doctrina.

El *dios católico* no es otro que el *dios de Israel*, que en el *Antiguo Testamento* había aparecido simplemente como *un dios exclusivamente tribal*, Yahvé, que de *católico* nada tenía, puesto que simplemente defendía a *su pueblo*, aunque no siempre, fren-

te a los demás pueblos y a sus respectivos dioses, al margen de que, con la formación del cristianismo se dio a ese dios una dimensión universal, pues desde entonces los dirigentes cristianos lo consideraron como el único dios, que ya no estaba ligado exclusivamente a Israel por la alianza establecida con Abraham, sino a todo el género humano, doctrina que se contradice con la del *Antiguo Testamento*.

- Examino la creencia en la existencia de un *Dios único* junto con la creencia en la de la existencia de *muchos dioses*, tal como queda reflejado en los escritos del *Antiguo Testamento*, supuestamente inspirados por el “Espíritu Santo” y considerados en el *Catecismo Católico* tan verdaderos como los del nuevo.

3. Presento un estudio acerca de *Jesús*, considerado por los católicos como “hijo de su dios” y como “redentor” de los pecados del hombre, pero a la vez considerado de modo contradictorio como un *siervo de Dios* o como un *profeta*, y, en cualquier caso, no como un dios sino sólo como un *hombre*, según se afirma en diversos momentos del *Nuevo Testamento*.

4. Presento un estudio acerca de *María*, supuesta madre de Jesús y, por ello mismo, madre del dios judeo-cristiano, lo cual es absurdo por cuanto la jerarquía católica considera que dios es eterno, y por ello mismo el propio Jesús, en cuanto lo consideran tan dios como su supuesto padre y, por lo mismo, tan eterno como él, mientras que María tuvo un origen temporal que se remonta a poco más de dos mil años, por lo que no pudo haber sido madre del “dios-hijo” del cristianismo, ya que para ello hubiera debido ser tan eterna como él o *un poco más*, en cuanto *las madres nacen antes que sus hijos*.

5. Analizo diversas *doctrinas introducidas por la jerarquía católica* en su religión, la cual tiene la peculiaridad de encon-

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

trarse en continua formación en lugar de ser un conjunto completo de creencias ya completo desde su misma creación.

Entre la diversidad de *contradicciones* introducida por la jerarquía católica analizaré las que se relacionan con los temas siguientes:

- la proclamación de que *su dios es amor*, a pesar de tratarse esencialmente de un *dios cruel y vengativo* contra su propio pueblo, contra los enemigos de su pueblo y contra la mayoría de los seres humanos, a quienes habría predestinado al fuego eterno;

- la doctrina de la *predeterminación humana*, defendida a la vez que la del *libre albedrío*, a pesar de tratarse de ideas incompatibles entre sí;

- la doctrina que afirma *la infinita misericordia divina*, que se encuentra en contradicción con las *cruelles matanzas de Yahvé* y con *el castigo eterno del Infierno*, afirmados en la *Biblia*.

- la doctrina que afirma el castigo eterno del *Infierno*, contradictoria con *la de la redención* o salvación del hombre respecto a sus teóricas ofensas contra su dios. En este sentido hay textos del *Nuevo Testamento* en los que se amenaza con el Infierno a quienes *no crean* en Jesús, a pesar de su teórica *redención*;

- el supuesto *amor infinito del dios cristiano* a todos los seres humanos junto con el contradictorio *sufrimiento* que nos acompaña cada día de nuestra existencia, asumiendo que *la vida es “un valle de lágrimas”*, doctrina que contradice el supuesto amor y poder infinitos del dios católico, por los que éste hubiera podido hacer que la vida humana transcurriese sin sufrimiento en medio de una felicidad plena;

- la doctrina del “pecado original”, afirmada en el *Nuevo Testamento*, pero del que no se dice nada como tal pecado universal en el *Antiguo Testamento*, y que además es una contradicción en los términos, pues nadie puede haber pecado antes o en el momento de su nacimiento;

- el cambio radical de sentido de la idea de “mesías” en el *Nuevo Testamento* respecto al que tuvo en el antiguo, pues en el nuevo se habla del *mesías* como redentor y “liberador de nuestros pecados” mientras que en el *Antiguo Testamento* se le consideraba como un “liberador” político del pueblo de Israel;

- la incompatibilidad entre *la fe*, que implica aceptar como verdad algo que se desconoce que lo sea, y *la veracidad*, que implica la exigencia de rigor y sinceridad en la búsqueda de la verdad, aceptando como tal sólo aquello que se sepa que lo es. Pero, como en las doctrinas del cristianismo se dice que sin la fe no hay salvación, al tiempo que en el octavo mandamiento de Moisés se exige no mentir, nos encontramos ante exigencias contradictorias;

- la *virginidad* de María, a pesar de haber tenido al menos cuatro hijos varones además de Jesús, y varias hijas, según se cuenta en diversos pasajes evangélicos;

- la *religión de Jesús*, que fue la *religión tradicional de Israel*, en contradicción con la *religión cristiana*, creada después de la muerte de Jesús como una secta desgajada de la religión de Israel;

- la *aceptación de la esclavitud*, tal como se dio en el *Antiguo Testamento* y como siguió defendiendo Pablo de Tarso. Por su parte, Jesús, aunque defendió la doctrina de la fraternidad entre los hombres de Israel según se cuenta en los evangelios y

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

en *Hechos de los apóstoles*, en ningún momento rechazó la esclavitud de manera explícita.

- *la defensa de los ricos*, presentada por Pablo de Tarso frente a la doctrina de Jesús, que los criticó de manera especialmente rigurosa, según consta en los evangelios;

- el *adoctrinamiento* de los niños, forma abominable de pederastia mental por la que las organizaciones religiosas les incitan de modo irracional a aceptar como verdad toda una serie de doctrinas absurdas, aprovechándose de que en esa etapa inicial de sus vidas todavía no han desarrollado su capacidad de raciocinio crítico sino que tienen una actitud especialmente receptiva hacia lo que les dicen los mayores, confiando en la verdad de lo que les enseñan, “verdades” que –según se les dice- alcanzarán a comprender más adelante, aunque, llegada su madurez intelectual, se les “aclara” que tales verdades son misterios en los que debemos creer, aunque resulten incomprensibles para las limitadas capacidades del hombre, pero sin explicarles cómo han llegado ellos a saber que eran auténticas verdades;

- *la infalibilidad del Papa*, dogma cuyo valor estaría subordinado al conocimiento previo de la infalibilidad de quienes lo proclaman, lo cual implica un regreso al infinito; además, este dogma es contradictorio en sí mismo en cuanto diversos papas han proclamado como verdad doctrinas contradictorias entre sí;

- la doctrina según la cual *la oración puede modificar los planes eternos divinos*, pasando por alto la doctrina igualmente defendida en la dogmática católica según la cual *todo está pre-determinado por dios desde la eternidad*, por lo que rezar implica ignorar o negar dicha predeterminación en cuanto quien reza considera en el fondo que las acciones de su dios están

condicionadas de algún modo a las oraciones del hombre y no a su supuesta omnipotencia y predeterminación;

- *la doctrina que degrada a la mujer*, especialmente en el *Antiguo Testamento*, donde se afirma que *la mujer es la maldad*, y en *Pablo de Tarso*, que presenta a la mujer como un ser “sin cabeza”, que *debe vivir sometida al varón*;

- *la doctrina que rechaza el divorcio*, a pesar de que en el *Antiguo Testamento* se acepta e incluso se presenta a Yahvé dando a su propio pueblo un *acta de divorcio*, y a pesar de que el matrimonio es un contrato que, como todos, debe tener su cláusula de rescisión para que cualquiera de sus partes pueda cancelarlo en cuanto lo considere conveniente;

- *la doctrina que rechaza el aborto*, considerando sin base científica de ninguna clase que el cigoto o el preembrión representan ya auténticos seres humanos cuya vida tendría un valor inviolable, a pesar de que, en diversos momentos de su historia, los dirigentes de la secta católica han proclamado que sólo a partir del tercer mes ya cumplido de embarazo el embrión puede considerarse un ser humano, mientras que en otros casos han dicho que el simple cigoto ya lo constituye; además esta condena del aborto no tiene en cuenta que la vida terrena del supuesto niño supone un grave riesgo para su “eterna salvación”, en cuanto implica la posibilidad de pecar y de ser condenado al fuego eterno, mientras que su aborto implicaría su ingreso inmediato en la “bienaventuranza eterna”, dicha incomparable con la de la vida terrenal;

- *la doctrina que condena la homosexualidad*, olvidando que, según los escritos judeo-cristianos, la naturaleza ha sido creada por su dios, por lo que la condena de la homosexualidad

implica una negación de la supuesta sabiduría y omnipotencia divinas al crear dicha naturaleza;

- la doctrina que rechaza la eutanasia y el suicidio, negando al hombre el derecho a decidir sobre el momento de su muerte y a pesar de que en el *Antiguo Testamento* se dan varios casos de suicidio sin que se condene moralmente ninguno de ellos;

- la doctrina que afirma, de acuerdo con el *Antiguo Testamento*, que la muerte representa el fin último del hombre frente a la que defiende la existencia de una vida eterna más allá de la muerte, tal como se afirma en el nuevo.

6. Teniendo en cuenta que los dirigentes católicos han presumido de vivir rigiéndose por una *moral absoluta*, he dedicado bastantes páginas a analizar las diferencias entre una *moral absoluta* y una *moral relativa*, llegando a la conclusión de que *toda moral es relativa*, pues todas representan una modalidad de lo que Kant llamó *imperativos hipotéticos*, que para el filósofo de Königsberg no tendrían valor moral a causa de su carácter interesado. Como prueba en favor de esta conclusión, he revisado una serie de textos bíblicos mostrando que en todos los casos nos encontramos con *imperativos hipotéticos*. Y la razón de ello es que el *imperativo categórico* kantiano no tiene fundamento alguno al defender *el deber por el deber* sin que exista un criterio por el que se muestre por qué un supuesto deber lo sería en realidad. La conclusión de este punto es la de que todo deber sólo es tal en cuanto conduzca a un bien deseado. Pero, como decía Kant, actuar por conseguir algo que se desea no tiene mérito alguno, mientras que actuar por un supuesto deber que no tenga relación con un bien es simplemente irracional, por lo que toda supuesta moral sólo puede tener el valor relativo propio del imperativo hipotético.

7. Finalmente, dedico las últimas páginas a presentar algunas perspectivas de los últimos siglos acerca de *la religión* en general, y muestro la tendencia de los grandes pensadores a ver la religión como una fantasía que va perdiendo fuerza a medida que el hombre utiliza mejor su razón. No obstante, la existencia de intereses especialmente importantes en las diversas organizaciones religiosas, que actúan simbióticamente con los gobiernos de cualquier signo para la consecución de sus respectivos fines, representa una contrafuerza que augura todavía un largo futuro a las diversas religiones a no ser que el milagro de una poderosa revolución cultural contribuya a que el ser humano aprenda a no dejarse engañar por las mentiras que estas organizaciones utilizan para adoctrinar a los niños con el beneplácito de las autoridades, que en compensación son bendecidas y apoyadas por los dirigentes de las correspondientes organizaciones religiosas.



## **1. EL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DE UN DIOS COMO “SER PERFECTO”.**

Desde tiempos muy remotos la humanidad, mediante su prodigiosa fantasía, ha ido creando una infinidad seres especiales, dotados de poderes incomparablemente superiores a los de cualquier ser humano, pero, en cualquier caso, antropomórficos y caracterizados por los mismos deseos, necesidades y pasiones que caracterizan a los hombres: Seres dotados de poderes extraordinarios, buenos o malos, a los que se les ha llamado “dioses”, invisibles para la mayoría de los hombres y sólo en supuesta comunicación con algunos, como hechiceros, videntes, profetas, sacerdotes, jugando todos ellos el papel de *intermediarios* con tales seres para transmitir sus mensajes a los miembros de su tribu o de su pueblo. La creencia en tales seres imaginarios ha servido al ser humano para sentirse protegido frente a los peligros de su existencia, pues, llevado de sus deseos y de sus temores, el hombre ha llegado a creer que podía ganarse los favores de estos seres mediante rituales y sacrificios a través de los cuales ha pretendido manifestarles su respeto, temor, admiración, amor, adoración y sumisión, a fin de conseguir la salud, el alimento, la victoria sobre sus enemigos o la protección frente a las adversidades de la naturaleza.

Y así, como no podía ser de otra manera, los dioses, en cuanto creaciones humanas, se presentan dotados de cualidades enormemente variadas, de manera que, según los diversos tiempos y culturas, nos encontramos con dioses poderosos, pero vulnerables, sobornables, crueles, criminales, déspotas, bondadosos o malvados, cualidades propias del ser humano y proyectadas por él en esa creación tan especial de su fantasía.

Sin embargo, con el paso del tiempo el concepto de “dios” fue evolucionando, eliminando de él aquellas cualidades que podían significar más bien una imperfección antropomórfica que una cualidad auténticamente grandiosa y admirable. No obstante, tales dioses seguían teniendo sentimientos y pasiones humanas, por lo que su autosuficiencia y grandiosidad dejaban mucho que desear, ya que podían ser dominados por la ira, por el afán de venganza, por la compasión, por el dolor o por cualquier otro sentimiento. Por ello, de modo progresivo se llegó a considerar que un dios auténticamente perfecto no podía estar a merced de ninguna de tales pasiones, sino que debía ser inmutable y absolutamente autosuficiente, no necesitando para nada del amor ni de la sumisión ni de relación alguna con el ser humano.

Por este motivo *Aristóteles* –aunque no siempre fue coherente en este punto– llegó a considerar a dios como un ser autosuficiente, liberado de aquellas pasiones y demás cualidades antropomórficas, hasta el punto de que a causa de su perfección no se ocuparía de los problemas humanos sino que realizaría una sola actividad, la del pensamiento, que recaería sobre su propio ser como realidad perfecta: Dios sería *pensamiento de su propia realidad pensante*, “*nóesis noéseos*”. Los dioses de *Epicuro*, muy similares al de *Aristóteles*, tampoco se ocuparían del hombre, ni para premiarlo ni para castigarlo por sus acciones sino que vivirían eternamente felices, sin que su felicidad dependiera para nada de la actitud de los seres humanos hacia ellos.

Sin embargo, como luego veremos, al dios de *Aristóteles* y al de *Epicuro* todavía se les podía poner algún reparo para considerarlos totalmente perfectos, pues el hecho de atribuirles una *actividad*, aunque fuera la del pensamiento, no tenía ningún sentido, ya que, como señaló *Aristóteles*, cualquier acción, incluida la de pensar, se encamina a un fin –identificado con un bien–,

pero, en cuanto la divinidad fuera perfecta, se identificaría con cualquier bien y, por ello, el pensamiento de estos dioses, consistente en la eterna *contemplación* de su propio ser de forma instantánea y siempre *en acto*<sup>1</sup> no tendría finalidad alguna, en cuanto el dios aristotélico o el epicúreo se encontraría en posesión de cualquier bien, y la misma actividad que le atribuye Aristóteles como *pensamiento de sí mismo* sería absurda, pues la divinidad sería como un espejo doblado, que, en cuanto estuviera perfectamente encarado hacia sí mismo, nada reflejaría. Igualmente “el pensamiento del pensamiento”, esencia del dios aristotélico, estaría vacío de contenido.

Un segundo reparo es el hecho de que Aristóteles, a pesar de haber criticado el idealismo platónico, considerando que el mundo de las ideas o de las formas no podía tener una existencia separada de aquellas realidades materiales de las que eran ideas, sin embargo, influido todavía por Platón, siguió considerando que la divinidad era *forma pura sin materia*. Frente a este punto de vista y de acuerdo con Hobbes, decir que Dios sea inmaterial viene a ser lo mismo que decir que no existe, pues, por mucho que pueda parecernos que el término “inmaterial” -o “espiritual”- designa un tipo de realidad ajena a la material, si reflexionamos acerca de qué puede querer decirse cuando se habla de realidades espirituales o inmateriales, observamos que sólo podemos alcanzar un concepto negativo, que nos dice lo que no son pero nada más. Y así, aunque hablemos de almas, ángeles,

---

<sup>1</sup> En este sentido escribe J. Moreau: “Esta actividad [divina] no puede ser otra que la del intelecto: no, sin embargo, la del intelecto discursivo, que coordina conceptos, que percibe sucesivamente los distintos aspectos de su objeto, sino la del intelecto intuitivo, que capta el objeto en su unidad, que se ejerce en la contemplación [...] La actividad del primer principio no está jamás en potencia, sino siempre en acto. En nosotros, la facultad intelectual viene movida por obra del objeto inteligible” (J. Moreau: *Aristóteles y su escuela*, cap. IX, EUDEBA, B. AIRES, 1972).

demonios, dioses, fantasmas y de una multiplicidad de seres que podemos imaginar como carentes de materia, sin embargo, se comprende claramente que una cosa es imaginar y otra muy distinta demostrar la existencia de tales seres con independencia de nuestra imaginación. Además, si consideramos que las supuestas realidades espirituales serían por definición imperceptibles, ¿qué argumento podría utilizarse para demostrar su existencia? Según parece, ninguno en absoluto.

Por su parte, *Epicuro* afirma igualmente esta *indiferencia* de la divinidad por “los asuntos humanos” o cualquier afán relacionado con “la construcción del cosmos”, en cuanto tales actividades supondrían la existencia previa de determinados deseos en dicha divinidad, lo cual implicaría su propia imperfección, al margen del antropomorfismo que supone aplicar a dicha divinidad un estado psíquico como el de la vivencia de la felicidad, pues del mismo modo que no se nos ocurre decir que una piedra “incorruptible” sea feliz por dicho estado, lo mismo deberíamos decir de esa divinidad absolutamente inmóvil e inalterable. Pero lo que sucede es que, al tratar de imaginar cómo debería ser una divinidad, a causa de las tradiciones mitológicas nos resulta muy difícil escapar de una perspectiva antropomórfica y por eso atribuimos a los dioses -o a “Dios”- aquellas cualidades que consideramos más próximas a las perfecciones humanas. Escribe Epicuro respecto a esta cuestión:

“El ser vivo incorruptible y feliz (la divinidad), saciado de todos los bienes y exento de todo mal, dado por entero al goce continuo de su propia felicidad e incorruptibilidad, es indiferente a los asuntos humanos. Sería infeliz si, a modo de un operario o de un artesano, soportara pesadumbres y afanes por la construcción del cosmos”<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Epicuro: Obras, Gredos, Barcelona, 2007, p. 180 (36 Usener.).

Por otra parte, si hablar de *dios* equivale a hablar de un ser *perfecto*, entendiendo como tal un ser que se encuentre en posesión de todos los bienes imaginables e inimaginables, cualidades que implicasen su autosuficiencia y plenitud en un grado absoluto, en tal caso la existencia de dicho ser sería incompatible con la del mundo en cuanto se pretendiera que éste hubiera sido una creación suya, pues, por definición, el supuesto dios “perfecto”, poseería *en acto* todos los bienes, y, por ello, no careciendo de ninguno, nada desearía y nada haría, por lo que nada crearía, pues sólo se actúa a partir de la existencia de un deseo o de una necesidad que se intenta satisfacer, mientras que un ser perfecto, al no carecer de nada, nada podría impulsarle a *crear* o a *actuar* en ningún sentido.

Por otra parte, el concepto de “perfecto” o bien es relativo o bien equivale simplemente a “acabado”:

a) Es relativo si, desde una perspectiva como la platónica, hablamos de la mayor o menor perfección de una realidad en cuanto se asemeje más o menos a un *modelo ideal*, como un *retrato* respecto a la *realidad* que el artista haya querido plasmar. En relación con los intereses del hombre se puede hablar de un ser más o menos “perfecto” en cuanto sea más o menos similar a un héroe de ficción como *Superman*, el cual tendría *perfecciones* físicas muy superiores a las de cualquier hombre. Pero, tomado el concepto de perfección en un sentido absoluto y al margen de este relativismo de tipo platónico, no habría diferencias entre *Superman* y cualquier ser humano, cualquier hormiga o cualquier simple piedra. El mismo concepto de *dios como ser perfecto* tendría un sentido relativista platónico a la vez que antropomórfico, pues el hombre habría ideado todo un conjunto de cualidades deseables y lo habría depositado en ese ser ideal, afirmando a continuación su existencia real.

b) El concepto de “perfección” está vacío de contenido en cuanto, si dejamos a un lado el dualismo platónico, vemos que la realidad es como es, sin que tenga sentido hablar de su mayor o menor perfección a no ser que la relacionemos con determinados intereses o modelos imaginarios, y así, no tendría ningún sentido decir que el átomo de hierro sea más perfecto que el de oxígeno, ni nada por el estilo sino sólo entendiendo el término “perfecto” como equivalente al de “útil” para determinado fin, como una espada bien forjada, que sería útil *para* la esgrima.

c) También se habla de “perfección”, en el sentido etimológico del término, como de algo simplemente “acabado”, pero en el fondo se trataría de un sentido relativo platónico, pues sería algo convencional el indicar cuándo algo está acabado, especialmente si tenemos en cuenta que, según parece, la realidad está en continuo cambio y no existe un fin definitivo al que tienda, como si representase su “perfección” última y absoluta.

Parece que, de acuerdo con la tradición filosófica anterior, ni Aristóteles ni Epicuro consideraron que el Cosmos hubiera sido creado por ningún dios sino que su existencia era eterna. No obstante, pudieron haber llegado a esta misma conclusión partiendo de la perfección de su dios, en cuanto no tenía sentido que éste, siendo perfecto, hubiese creado realidades imperfectas, abismalmente alejadas de su propia perfección.

Por lo mismo, al final de la primera parte de este trabajo llego a la conclusión de que el *dios creador* judeo-cristiano es contradictorio, en cuanto tal concepto va asociado al de un ser que no sólo crea el mundo sino que además interviene continuamente en él y en los asuntos humanos. Además, incluso en el caso de que no fuera contradictorio, dicho ser no tendría ninguna utilidad para el hombre, puesto que su misma perfección implicaría su *inmovilidad absoluta*, como se ha explicado antes, y su

radical separación respecto al hombre, pues no necesitaría para nada de sus “buenas acciones”, de su obediencia, de su adoración o de su amor.

Aristóteles, aunque acertó al considerar que dios no se ocuparía de nada ajeno a sí mismo, su perfección absoluta no sólo le alejaría de los asuntos humanos sino que tampoco actuaría en ningún otro sentido, ni siquiera en el de “pensar en su propio ser”, pues, siendo la acción un medio para alcanzar un fin o para alcanzar una perfección de la que previamente se carece, al ser perfecto, no actuaría en ningún sentido y, por ello, igual que el corredor que ha alcanzado la meta deja de correr, por lo mismo ese dios, encontrándose en posesión de todo bien, no perseguiría bien alguno en cuanto no existiría nada más que pudiera motivarle para incrementar su perfección. Por ello, las diversas definiciones que se presentan de un supuesto “dios perfecto” serán contradictorias en sí mismas en cuanto lo muestren de manera antropomórfica manteniendo determinado tipo de relaciones con el hombre, o en cuanto se lo considere como creador del Universo. Por ello mismo, la existencia del Universo, increado y sin finalidad alguna, aparece como una prueba más de la inexistencia de ese supuesto “dios perfecto” con el que, en cualquier caso, el ser humano no podría establecer relación de ninguna clase por su esencial y absoluta lejanía.

No obstante, como a lo largo de la historia se ha pretendido demostrar la existencia de un “dios identificado con todo bien imaginable”, en esta primera parte presentaré un análisis crítico de algunas de las “pruebas” que se han presentado para demostrar su existencia, a pesar de que, teniendo en cuenta las críticas de Hume y de Kant a la Metafísica en general y a la Teología en particular, así como el principio fundamental de la teoría kantiana del conocimiento según el cual “*los conceptos* [del entendí-

miento] *sin las intuiciones* [de la experiencia] *son* vacíos, y las *intuiciones* [de los sentidos] sin los conceptos [del entendimiento] son ciegas”, me parece realmente difícil añadir algo nuevo a las críticas de estos grandes pensadores.

A pesar de lo dicho, realizaré un breve comentario del argumento de Anselmo de Canterbury así como de las vías de Tomás de Aquino, y, teniendo en cuenta no sólo la definición católica de dios como ser perfecto sino también las consecuencias que derivarían de su existencia, trataré de añadir algún comentario a las críticas ya realizadas por Hume y por Kant.

### **1.1. El dios antropomórfico de la secta católica**

*Los dirigentes católicos se contradicen al considerar a dios como un ser perfecto (?), cuya esencia consistiría en el simple hecho de ser, sin ser el ser de nada en concreto, y al considerarle dotado de una serie de cualidades antropomórficas que le harían necesariamente imperfecto.*

A lo largo de casi dos mil años de historia del cristianismo<sup>3</sup> sus dirigentes han defendido diversas ideas relacionadas con ese supuesto ser en torno al cual fueron montando su negocio “espiritual”, ideas antropomórficas que, en cualquier caso, les son muy útiles para obtener de sus fieles riquezas más que suficientes para el funcionamiento de su rentable estafa milenaria.

Los dirigentes católicos afirman la existencia de un ser perfecto al que llaman *dios* y consideran que tal perfección implica la posesión de toda una serie de cualidades que, desde una perspectiva meramente humana, se valoran de un modo especial-

---

<sup>3</sup> Digo “casi dos mil años” y no “más de dos mil años” porque Jesús no fue cristiano, es decir, no creó ninguna religión, tal como se verá en el capítulo correspondiente, de manera que el cristianismo surgió al poco tiempo de la supuesta muerte de Jesús.



mente positivo. Entre tales cualidades se encontrarían: la *infinitud*, la *providencia*, la *omnipotencia*, la *omnipresencia*, la *omnisciencia*, la *capacidad creadora*, la *justicia*, la *misericordia* y el *amor infinitos*, y la de ser *espiritual* y, por lo mismo, *imperceptible para los sentidos humanos*, en cuanto sería de una “realidad inmaterial” [?] y “trascendente” [?]. Consideran igualmente que todas esas cualidades y aquéllas que tienen un valor positivo desde un punto de vista humano, elevadas a la máxima potencia, quedan englobadas en el concepto de *perfección* y, por ello, los cristianos consideran que su dios sería *perfecto* en cuanto se identificaría con el conjunto de atributos enumerado.

## **1.2. Críticas a la existencia de cualquier dios**

A lo largo de esta exposición se comentarán las doctrinas más relevantes introducidas por la jerarquía católica en relación con su idea de dios, mientras que en este punto me centraré en la crítica de la existencia de ese supuesto ser así como en la crítica de las cualidades que le atribuye la jerarquía católica, que o bien tienen carácter antropomórfico o bien no significan nada.

## **1.3. La existencia de “el ser”**

Aunque la afirmación “dios es un ser perfecto” parezca expresar una concepción especialmente grandiosa del dios cristiano, cuando se pretende desgranar el sentido de tal perfección aparecen problemas insalvables que conducen a tomar conciencia de que tal afirmación o bien está vacía de contenido, o bien conduce a una idea antropomórfica y contradictoria de tal supuesto ser.

Como ya se ha dicho antes, desde el punto de vista etimológico el término “perfecto”, del latín “perficere”, significa

“acabado”, “completo”, y, así, decir que dios es un ser “acabado” o “completo” no nos permite aclarar, ni mucho ni poco, qué quiere decirse con tal expresión, pues de todas las cosas podemos decir que son acabadas o completas en cuanto todas son lo que son, aunque no hayan llegado a ser aquello que pretendamos que sean o que puedan llegar a ser: Un edificio a medio construir es algo acabado en cuanto “edificio a medio construir”, aunque no lo sea como edificio habitable; un edificio habitable es “perfecto” en cuanto “habitable”, pero no lo es en cuanto “edificio en ruinas”. Sin embargo y al margen de este sentido etimológico, el concepto de “ser perfecto”, referido al dios judeo-cristiano, se entiende como el de un ser que se encontraría en posesión de todas aquellas cualidades positivas que pudiera imaginarse desde un punto de vista humano, es decir, *antropomórfico*.

### 1.3.1. Dios como “el que es”

En la *Biblia* aparece Yahvé diciendo a Moisés: “Yo soy el que soy”<sup>4</sup>, y, siendo consecuentes con esta afirmación, algunos teólogos, como Tomás de Aquino, se han referido al “constitutivo formal” del dios cristiano identificándolo con aquella cualidad por la cual su esencia se identificaría con su existencia: el dios judeo-cristiano sería el “*ipsum esse subsistens*”<sup>5</sup>, *el ser mismo subsistente*.

Conviene precisar sin embargo que en diversos momentos de la *Biblia* el propio Yahvé hace referencia a su *componente material antropomórfico*. Así sucede, por ejemplo, cuando se refiere a los distintos *lugares* en los que ha estado *habitando* junto a su pueblo, diciendo:

---

<sup>4</sup> *Éxodo*, 3:14.

<sup>5</sup> Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, q. 4, a. 3.

“Yo no he habitado en una casa desde el día en que saqué de Egipto a los israelitas hasta hoy. He estado peregrinando de un sitio a otro en una tienda que me servía de santuario”<sup>6</sup>,

pasaje en el que la supuesta “infinitud” de dios queda reducida al espacio limitado por el volumen de la casa o de la tienda que habría estado ocupando, o cuando, desde un claro antropomorfismo, habla a Moisés haciendo referencia a sus “espaldas”, lo cual representa un reconocimiento evidente de que la definición que el propio Yahvé da de sí mismo como “el que soy” sería incompleta en cuanto deja de lado ese *componente material*:

“El Señor añadió: [...] me verás de espaldas porque de frente no se me puede ver”<sup>7</sup>.

En cualquier caso, la definición de Yahvé tal como se presenta en *Éxodo* —“Yo soy el que soy”— es similar a la que en el siglo XI llevó a *Anselmo de Canterbury* (1033-1109) a defender el “argumento ontológico” para demostrar la existencia del dios cristiano, considerando que la proposición según la cual “el ser mayor que el cual ningún otro puede ser pensado” tendría un carácter necesariamente verdadero que demostraría la existencia del propio dios, pues en caso contrario siempre podría pensarse en otro ser que, además de poseer las perfecciones del primero, tuviera además la perfección de la existencia.

Este argumento era realmente absurdo, en cuanto en él se incurría en el error de colocar en un mismo plano las *realidades meramente pensadas* y las *realidades existentes con independencia del pensamiento*, pues, por una parte, podría imaginarse “un ser sumamente perfecto” que no existiera en realidad sino

---

<sup>6</sup> 2 Samuel, 7:6.

<sup>7</sup> *Éxodo*, 33: 23.

sólo en el pensamiento, y, por otra, podría imaginarse igualmente que dicho ser pensado existiera más allá del propio pensamiento. Ahora bien, para poder avanzar de manera legítima desde el simple *pensamiento de dicho ser* a la afirmación de su *existencia real* habría que recurrir de modo directo o indirecto a la *experiencia*, de manera que ésta mostrase que tal ser pensado se correspondía con una realidad existente que tenía las cualidades de aquél.

Expresado de un modo algo diferente, el argumento de Anselmo de Canterbury entiende por *dios* “el ser que existe necesariamente”, y, según dicho argumento, podría pensarse que quien comprendiese el significado del concepto de dios no podría negar su existencia sin contradecirse, ya que dicha negación equivaldría a decir: ““un ser que exista necesariamente” no existe”. Sin embargo, el defecto de este planteamiento radicaría en que comenzaría dando por hecho que hubiera un ser cuya existencia fuera necesaria –lo cual implicaría ya una *petitio principii*-. Por ello, la afirmación anterior es en realidad una trampa lingüística que queda en evidencia desde el momento en que, como ya señaló Kant, comprendemos que para poder afirmar con pleno derecho la *existencia* de cualquier supuesta realidad es preciso contar de manera directa o indirecta con la *experiencia* de dicha realidad, de manera que la mente por sí misma sólo puede darnos “ideas” o mundos fantásticos, pero no el conocimiento de realidades existentes por sí mismas con independencia del pensamiento.

Por ello mismo, todavía en el siglo XI el monje Gaunilón objetó a la doctrina anselmiana que con una argumentación semejante igual podría demostrar la existencia de las “Islas Afortunadas” en cuanto, si no existieran, no serían afortunadas.

El argumento anselmiano carecería de sentido además en cuanto hablar de una *esencia* que se identificase con la *existencia* equivaldría a hablar de *la existencia de la existencia*, lo cual efectivamente carece de sentido o lo tiene tanto como hablar de *el movimiento del movimiento* o como afirmar que “el movimiento se mueve”, frase que, por muy analítica que pueda parecer, es absurda en cuanto el concepto de movimiento es aplicable a *realidades de carácter físico que se mueven* pero no al propio concepto de movimiento en sí sin referencia a una *realidad móvil*. Por lo mismo, la afirmación según la cual “la esencia [de dios] se identifica con [su] existencia” equivaldría a la afirmación “*la existencia existe*”, proposición aparentemente tautológica pero realmente absurda, en cuanto *la existencia* se afirma de *realidades* existentes, pero no de la propia existencia.

Por lo que se refiere al dios judeo-cristiano, algo bastante diferente hubiera sido si, en el pasaje citado de *Éxodo*, en lugar de hacer decir a Yahvé “yo soy el que soy”, se le hubiera hecho decir “yo soy lo que es —o el conjunto de lo que es o existe—”, pues en este caso, aunque de un modo metafórico, habría sido el propio Universo el que se habría presentado a Moisés como realidad existente y absoluta, tal como sucede en *Spinoza* (1632-1677), para quien hablar de Dios equivale a hablar de la Naturaleza —“*Deus sive Natura*”— El carácter “total” de dicha realidad excluía la posibilidad de que fuera de ella existiera cualquier otra, en cuanto el supuesto ser de otras representaría un contradictorio límite respecto al carácter “total” del dios spinoziano.

Pero, volviendo al dios de Moisés, aquél que se presentó como “el que soy”, hay que puntualizar que con la excepción de Tomás de Aquino y sus seguidores, que consideraron que el constitutivo formal de su dios consistía en *ser* —“*ipsum esse subsistens*”—, ni en el antiguo ni en el *Nuevo Testamento* se ha

llegado a defender un concepto de dios coherente con ese *ser inmaterial y simple* al que podemos referirnos sólo mediante una abstracción mental, diferenciando entre las *realidades sensibles* con sus diversas propiedades y el hecho de que tales realidades *existan*, al margen de que las pensemos o no, siendo susceptibles de ser percibidas de modo directo o indirecto.

Pero, después de tantos siglos de Filosofía y de Ciencia, a casi nadie que tenga cierto sentido común se le ocurre seguir considerando como conocimiento la existencia real y objetiva del *Ser* platónico y de su mundo de las *ideas*, o del *Dios* aristotélico, o del propio dios judeo-cristiano, sino sólo la de la realidad material sensible a la que pertenecemos, una realidad sin referentes trascendentes respecto a los cuales tenga sentido juzgar acerca de su mayor o menor perfección. La concepción cristiana acerca de aquel supuesto “dios” es criticable además desde sus mismas raíces en cuanto tal concepto, además de relacionarlo con una supuesta *realidad espiritual*, es decir, no material, lo entienden de manera antropomórfica como una realidad dotada de cualidades como inteligencia, voluntad, sentimientos y diversas formas de actividad, y, por lo tanto, de modo incompatible con el concepto de perfección tal como se ha analizado antes. Pues, efectivamente, si el concepto de dios va ligado a la *perfección*, en el sentido de tratarse de un ser autosuficiente y en posesión plena de todas las cualidades positivas que puedan imaginarse, una consecuencia de dicha perfección sería la de que tal ser perfecto sería totalmente *pasivo e inmóvil* por encontrarse en posesión de toda perfección, y no tendría ningún fin que le *moviera* a actuar. En este sentido, el Dios aristotélico todavía conservaba cierta dosis de *antropomorfismo* en cuanto, a pesar de que su perfección le hacía permanecer alejado del Universo material y del ser humano, realizaba cierta actividad con-

sistente en el pensamiento ejercido sobre su propio ser. Sin embargo, el pensar, como acto *intencional*, requiere de una realidad en la que el pensamiento recaiga. Pero, en cuanto el dios aristotélico se entienda como “ser pensante”, su actividad sería reflexiva: “Pensamiento del propio pensamiento”, es decir, pensamiento vacío, nada.

Por ello, desde un punto de vista lógico un ser perfecto, como se supone que debía serlo el dios cristiano -suponiendo que tuviera algún sentido hablar de él como realidad sustantiva existente-, sería incompatible incluso con tal actividad intelectual y con cualquier otra, ya que su perfección implicaría la posesión actual de cualquier cualidad a la que pudiera tender o que pudiera desear. En resumidas cuentas y como ya se ha dicho, un ser perfecto en un sentido absoluto permanecería inmóvil, pues todo movimiento equivale, según la terminología aristotélica, al “paso de la potencia al acto”, pero, como el ser perfecto sería *acto puro* por no encontrarse en potencia respecto a ninguna perfección, cualquier movimiento o cambio producido en él sería absurdo y sólo podría implicar una disminución de tal perfección del mismo modo que el ascenso de una montaña tiene su fin en el momento en que se ha alcanzado la cima, de manera que cualquier paso que a continuación se dé implicará el comienzo del descenso.

Por ello y como consecuencia de lo anterior, la idea de dios como ser perfecto sería igualmente incompatible con su caracterización como *creador del Universo*, pues, efectivamente, tal creación sólo habría podido ser el resultado de un *deseo* relacionado con la *carencia* previa del bien deseado —en este caso, la realidad creada-, lo cual implicaría que antes de la supuesta creación ese dios habría sido imperfecto por haber carecido de aquello que después creó. Pero tal imperfección habría sido con-

tradictoria con aquel concepto inicial de dios como ser perfecto, por lo que, al no carecer de ningún bien, su hipotética actividad creadora habría carecido de sentido.

En definitiva, por identificarse con la perfección, el dios cristiano nada *desearía*. Por lo mismo, nada *decidiría*, en cuanto la decisión es consecuencia del deseo dirigido a un fin; y, no habiendo *decisión* en él, tampoco podría haber *acción*.

En consecuencia, la idea de un *dios creador* tiene diversas connotaciones *antropomórficas* y parece haber surgido a partir de la suposición de que Dios, como cualquier ser humano, hubiera sentido la *necesidad* (?) o el *deseo* (?) de crear una realidad ajena a la suya propia, en cuanto se hubiese *cansado* (?) o *aburrido* (?) de su *eterna soledad* (?), y que, por ello, hubiera decidido, al igual que cualquier reyezuelo, rodearse de otros seres que le *sirvieran* (?) *adorándole* (?), como los ángeles y el hombre, creando así el Universo para su propia *distracción* (?), de un modo caprichoso, ridículo y absurdo.

El absurdo es todavía mayor si se tiene en cuenta que la jerarquía católica considera, erróneamente, que la idea de *perfección* divina estaría asociada con otras cualidades que, según ellos, estarían implícitas en dicha perfección, como la *omnipotencia*. Pero ésta —entendida en un sentido antropomórfico— no tendría sentido ni utilidad alguna en cuanto al mismo tiempo la jerarquía católica defiende la *inmutabilidad* de su dios como ser perfecto, y en cuanto además su *omnipotencia* estaría en contradicción con el *libre albedrío* atribuido al hombre, cualidad por la cual los actos humanos serían consecuencia de decisiones propias del hombre e independientes por ello de la supuesta omnipotencia y predeterminación divinas por las que, desde la teología cristiana, todo habría sido programado. Como consecuencia de lo anterior, tampoco tendría sentido atribuir al ser humano,



como sí lo hace la jerarquía católica, las cualidades de la responsabilidad, el mérito o la culpa por aquellas acciones aparentemente suyas, aunque siendo dios quien las habría predeterminado<sup>8</sup>.

En consecuencia y aunque desde una perspectiva antropomórfica no lo parezca, la *perfección* del dios judeo-cristiano sería incompatible con el tipo de *omnipotencia* que le atribuye la jerarquía católica, pues, en cuanto los teólogos cristianos, de acuerdo con Aristóteles, definen a su dios como “acto puro” y, por ello, no estaría *en potencia* respecto a ninguna perfección y, por ello, *no tendría poder* para conseguir algún otro bien, ya que no existiría ninguno con el que no se identificase, y, por ello, el ejercicio de cualquier actividad no tendría ningún sentido al poseer todos los bienes *en acto*.

Frente a esta interpretación, desde una perspectiva *antropomórfica* se considera que la cualidad de la *omnipotencia* sería similar a la que uno imagina cuando piensa en los poderes de un personaje de ficción como “Superman”, pero elevados al máximo grado, y se considera que tales poderes deberían ser manifestaciones propias del *ser perfecto*. Sin embargo, quienes así piensan no reparan en que *ser omnipotente* en tal sentido implica aceptar la existencia en el Universo de una serie de *imperfecciones* o limitaciones que el dios cristiano, de acuerdo con su perfección, debería haber previsto y evitado antes de crearlo.

Por ello, ese *dios perfecto*, que desde un punto de vista meramente lógico es contradictorio en sí mismo, es además totalmente incompatible con el dios judeo-cristiano tal como lo presentan los diversos autores de la *Biblia*, con sus constantes cam-

---

<sup>8</sup> El problema de compatibilizar la predeterminación divina con la libertad humana fue tratado por diversos teólogos y, como no podía ser de otra manera, tuvo soluciones contradictorias. Esta cuestión se analiza más adelante.

bios de humor, su ira, su despotismo tiránico, su odio, sus venganzas, su crueldad y sus diversas pasiones, que le hacen aparecer como un ser especialmente dependiente de los hombres, lo cual resulta por completo incompatible con la idea de un ser perfecto, que haría referencia a un ser autosuficiente, que en ningún sentido podría ser afectado por nada ajeno a él, ni sería vulnerable para bien o para mal por el comportamiento humano.

#### 1.4. Las “vías” de Tomás de Aquino

Desde la perspectiva católica se ha defendido la verdad de sus doctrinas, fundamentando su valor en una supuesta “revelación divina” y defendiendo la primacía de la *fe* sobre la *razón* a la hora de asumir la verdad de tales doctrinas. Complementariamente los dirigentes católicos han pretendido, sin embargo, demostrar esas “verdades” y, en especial, la de la existencia de un “dios” al que considerarían “su dios”.

En relación con este punto, los argumentos más conocidos los presentó *Tomás de Aquino* en el siglo XIII a través de “cinco vías” o “demostraciones” [?]. En ellas, a diferencia de Anselmo de Canterbury, Tomás de Aquino construyó sus argumentaciones partiendo de la *realidad sensible*, cuya existencia planteaba diversos problemas, por lo que señaló la necesidad de encontrar una explicación para ellos, afirmando desde el principio que debía existir un ser que fuera la causa primera de esa serie de aspectos de la realidad cuya existencia sería inconsistente sin asumir como explicación la existencia de un ser sumamente perfecto como causa y explicación de ellos. Ese ser sería el dios cristiano, causa del movimiento existente en el Universo, causa primera de sus diversas relaciones causales, ser necesario que explicaría la existencia de los seres contingentes, ser sumamente perfecto, origen de las perfecciones limitadas de las cosas, y ser sumamente inteligente y poderoso que habría creado el mundo en toda su complejidad de acuerdo con los planes de su infinita sabiduría.

A pesar de que las *vías* de Tomás de Aquino han sido criticadas en numerosas ocasiones, como sigue habiendo algunos creyentes que recurren a alguno de tales argumentos para demostrar la existencia de su dios como explicación del Universo, a continuación, siguiendo en lo esencial a Hume y

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

a Kant, presento un comentario crítico de cada uno de ellos para mostrar que ninguno tiene valor demostrativo.

En su *primera vía* Tomás de Aquino afirma que, de acuerdo con la experiencia, que hay cosas que se mueven y que todo lo que se mueve es movido por otra cosa; pero añade que en la serie de motores que mueven y son movidos no podemos remontarnos al infinito sino que debemos aceptar la existencia de un *primer motor*, ya que sin él no se produciría el movimiento de los “motores intermedios” ni el de las realidades actuales movidas por tales motores; y, finalmente, señala que ese primer motor se identifica con el dios cristiano<sup>9</sup>.

Por lo que se refiere a esta “vía” conviene tener presente, entre otras, las siguientes *críticas*:

En primer lugar, hay que indicar que, cuando Tomás de Aquino coloca como base de su argumentación la tesis de que “todo lo que se mueve es movido por otra cosa”, lo hace porque prejuzga que la materia y el movimiento son realidades intrínsecamente distintas, de forma que sólo por accidente pueden darse juntas en cuanto el movimiento se una a la materia mediante la acción de un motor que le imprimiría el movimiento. Sin embargo, la ciencia, especialmente a partir de A. Einstein, ha demostrado que materia y movimiento están intrínsecamente unidos: La fórmula  $E = m \cdot c^2$  expresa esta unión e incluso esta equivalencia entre materia y energía, o entre materia y movimiento, en cuanto éste es una forma de energía. Además, ya el propio Tomás de Aquino podía haber observado que, en realidad, la quietud de algunas cosas era sólo aparente y que todo se encontraba en movimiento, por lo que la premisa inicial de su argumento era falsa y, por ello mismo, su conclusión. Asimismo, para poder afirmar la tesis inicial de su argumentación, de acuerdo con la metodología científica, hubiera sido necesario haber observado en cualquier momento del pasado un Universo en absoluta quietud que de pronto hubiera comenzado a moverse como consecuencia de un impulso ejercido por una realidad ajena a dicho Universo, pero eso nunca pudo observarse, por lo que era una hipótesis no demostrada que no podía utilizarse como premisa.

Igualmente, el primer postulado de la termodinámica afirma que “la energía ni se crea ni se destruye sino que sólo se transforma”, lo cual equivale a afirmar la *eternidad del movimiento* y la del mismo Universo.

---

<sup>9</sup> Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, C.2, a. 3.

Si la hipótesis que afirma la eternidad del Universo resulta inabarcable para nuestra imaginación e incluso indemostrable, mucho más lo es la idea de que un “ser perfecto” hubiera *deseado* crear el Universo, pues –como se ha dicho antes– sólo se desea lo que no se posee, mientras que un “ser perfecto” en cuanto se identificaría con la totalidad de los bienes y, por lo mismo, con todo lo deseable, nada desearía y nada crearía.

Dice también Tomás de Aquino que la búsqueda de una serie intermedia de motores que finalmente repercuta en el movimiento del último móvil “no se puede llevar indefinidamente, porque no se llegaría al primero que mueve, y así no habría motor alguno”. Pero, frente a este punto de vista, hay que decir que la imposibilidad de remontarnos hasta el conocimiento de posibles móviles infinitos no demuestra que deba haber un primer motor inmóvil, no sólo porque el movimiento es una cualidad intrínseca de la materia sino porque, como decía Kant, el científico en cuanto tal debe investigar de forma metódica la causa de un fenómeno, como en este caso, la del movimiento, y, a continuación, la causa de su causa y así indefinidamente *sin detener su investigación* prejuzgando la existencia de una causa primera que a su vez no tenga causa.

La *segunda* vía es casi idéntica a la primera, pero parte de la consideración de la existencia de una cadena de *causas y efectos* en la naturaleza que no puede concebirse como infinita, por lo que debe aceptarse la existencia de una primera causa incausada, origen de toda la cadena causal<sup>10</sup>. Dicha primera causa se identificaría con el dios del cristianismo.

La crítica a este argumento es similar a la realizada a la primera vía. En efecto, Tomás de Aquino no se detiene a pensar en que, dado que materia y energía están intrínsecamente unidas, la cadena causal entre los sucesos del Universo podría no tener un comienzo ni un fin, tal como sucedería en una máquina perfecta de “movimiento continuo”, en la que no hubiera pérdidas absolutas de energía ni de materia. Dicha “máquina” se la podría identificar con el Universo en cuanto tal, pues nada existe fuera de él por donde la energía o la materia pudieran escapar. Además, cuando Tomás de Aquino rechaza que “algo sea causa eficiente de sí mismo”, aunque tiene razón en considerar absurdo que determinado ser se hubiera creado a sí mismo pues para ello debería existir previamente, se contradice con su propia doctrina al afirmar que Dios es “causa sui”, es decir, *causa de sí mismo*, afirmación que tendría mucho menos sentido que afirmar que *la naturaleza fuera ‘causa sui’*, ya que

---

<sup>10</sup> O. c., C. 2, a. 3.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

la naturaleza es la realidad sensible de la que todos formamos parte y en la que observamos la existencia de la relación de causalidad entre los fenómenos que en ella se producen –al margen de que, de acuerdo con Tomás de Aquino, no pueda decirse que dicha Naturaleza sea *causa sui* en un sentido temporal en el que una *Naturaleza anterior* hubiera provocado la existencia de la *Naturaleza actual*, pues en tal caso habría que explicar el origen de aquella *Naturaleza anterior*, sino sólo en el sentido de que simplemente observamos su existencia constante y nadie ha sido testigo de su inexistencia en algún momento del pasado-, mientras que dios sería una simple hipótesis innecesaria, pues ni se la necesita para explicar la causalidad constante *dentro de* la Naturaleza, ni en ningún momento hemos tenido conocimiento, racional ni empírico, de la existencia de ese hipotético ser. Por ello, la tesis según la cual *debe existir una primera causa de todas las demás, que se identificaría con dios* no es concluyente, pues ni siquiera puede afirmarse que exista una causa de la Naturaleza como realidad existente de manera autosuficiente y externa o trascendente a la Naturaleza, cuyos ciclos causales internos podrían estar sucediéndose eternamente en cuanto no tendría un carácter estático sino dinámico, dada la equivalencia entre materia y energía. Además, ¿por qué remontarnos hasta un más que problemático dios cuando, de acuerdo con *la navaja de Ockam*, se puede explicar lo mismo sin recurrir a tal supuesto, que, lejos de solucionar el problema, lo único que consigue es desplazarlo al de la causa de la existencia del supuesto dios-causa primera? Además, la conclusión según la cual dios sería una causa incausada estaría en contradicción con la premisa según la cual *todo tiene una causa*, pues, si de esa afirmación se excluye al dios cristiano, con mayor motivo y, de acuerdo con el principio de Ockam, podemos excluir a la Naturaleza en cuanto tal, considerando que no puede afirmarse que ésta tenga causa externa alguna, por lo que recurrir al dios cristiano para explicar su existencia sólo multiplicaría el problema.

Por otra parte, aceptando que nada pueda ser causa de sí mismo, puede solucionarse el problema de la *infinidad de las causas*, si, al igual que en el caso del movimiento, se aceptan los postulados de la conservación de la materia y de la energía, de los cuales se deduce la eternidad del Universo así como el funcionamiento eterno de una cadena causal sin principio y sin fin como consecuencia del carácter energético de la realidad, tal como la concibieron los *hilozoístas* griegos y los estoicos, al margen de que nos encontremos ante una hipótesis para la que no exista verificación alguna.

Al igual que en la crítica de la primera vía, se podría añadir que la observación nos muestra sucesos que parecen ser efecto de otros anteriores, y

éstos, de otros anteriores, pero también que, como ya indicó Kant, desde una aplicación correcta de la metodología científica no es lícito interrumpir la investigación de una serie causal, por muy lejos que nos hayamos remontado en las investigaciones anteriores, afirmando que nos encontramos ante una primera causa incausada que además se encontraría situada en un ámbito de realidad “trascendente” al de las causas concretas de la Naturaleza. Finalmente y al igual que en la crítica de la primera vía, hay que añadir que, incluso en el caso de que esta segunda argumentación tomista fuera concluyente, sólo serviría para demostrar la existencia de una “causa primera”, pero en ningún caso podría identificarse dicha causa con el dios cristiano, pues el concepto de “causa primera” ni tiene ni se deducen de él las connotaciones propias del “dios del cristianismo”. Además, como se ha explicado antes, el supuesto dios cristiano, dada su absoluta perfección, poseería todo bien imaginable y, en consecuencia, nada crearía.

La *tercera* vía argumenta que existen seres contingentes, esto es, seres que, podrían no existir por no tener en sí mismos la razón de su existencia, pues de lo contrario existirían siempre y no estarían sometidos al devenir temporal. Considera Tomás de Aquino que, si todos los seres fueran contingentes, no existiría ninguna explicación para el paso de su simple *poder ser* a su *existencia plena*, por lo que hay que suponer la existencia de un “ser necesario” como razón de la existencia de estos seres, y Tomás de Aquino identifica tal ser necesario con el dios del cristianismo<sup>11</sup>.

En esta “vía” Tomás de Aquino incurre en errores similares a los de las anteriores, pues parte de una falacia consistente en afirmar que “las cosas pueden existir o no existir”, lo cual, aunque es cierto en cuanto ha habido un tiempo en el que no existían y un tiempo en el que dejarán de existir, es erróneo en cuanto tal premisa no puede aplicarse al Universo en cuanto tal, pues no se ha comprobado en absoluto su no existencia en algún momento del tiempo para deducir de ahí su carácter contingente. La Física defiende como postulados que la materia y la energía ni se crean ni se destruyen; por lo tanto, si para afirmar la contingencia del Universo nos basamos en el hecho de que hay cosas que *dejan de ser* o que *empiezan a ser*, en tal caso podríamos afirmar sólo la contingencia de las *configuraciones* que adopta el Universo pero no la del Universo en cuanto tal –lo cual no implicaría tener que afirmar lo contrario-. Además, del mismo modo que ya antes se ha criticado el carácter accidental del movimiento y se ha señalado la unidad intrínseca de mate-

---

<sup>11</sup> O. c., C. 2, a. 3.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

ria y movimiento, no existe contradicción alguna en la hipótesis de que el Universo haya podido existir siempre. Y así, una cosa es que no se pueda demostrar la necesidad del Universo y que incluso su existencia parezca inexplicable, y otra muy distinta es afirmar que el Universo tenga una causa externa y ajena al propio Universo. Existe y no sabemos por qué, pero no tenemos por qué suponer la existencia de un “ser necesario”, ajeno al propio Universo, como causa suya. Además hay que tener en cuenta que mientras el postulado científico que afirma la eternidad de la energía es congruente con la eternidad del propio Universo, no parece compatible con su contingencia.

La *cuarta* vía parte de la consideración de la existencia de diversos grados de perfección en la Naturaleza, los cuales, según Tomás de Aquino, remiten a “Dios” como ser que se identifica con la perfección absoluta y como la causa de las perfecciones limitadas de los demás seres<sup>12</sup>.

Esta *vía*, basada en el idealismo platónico, resulta criticable por los mismos motivos por los que se critica dicho idealismo, pero se la puede criticar también teniendo en cuenta que el hecho de que exista un máximo en cada una de las cualidades posibles no tiene por qué implicar que este máximo sea la causa de la existencia de las cualidades limitadas (?) de los seres que no alcancen ese máximo, del mismo modo que la altitud del Everest, la montaña más alta de la tierra, no es causa de las altitudes menores de las demás montañas. Además, si las cualidades limitadas de las cosas exigiesen la existencia de un ser absolutamente perfecto del que derivasen tales cualidades limitadas, por el mismo motivo podría deducirse la existencia de un ser sumamente imperfecto del que derivaría la serie de imperfecciones que también observamos en el Universo.

Hay que observar también que hablar de distintas cualidades y calificarlas como *perfecciones limitadas* implica ver la realidad desde una perspectiva antropomórfica, pues, en sí mismo considerado, el Universo es como es y no tiene sentido calificarlo como más o menos perfecto por la posesión más o menos amplia de determinadas cualidades. El concepto de “perfección” tiene un carácter antropomórfico y relativo: Es antropomórfico, en cuanto calificamos como “perfecto” aquello que de alguna manera nos satisface o lo consideramos especialmente apropiado para determinado fin que deseamos, y relativo, en cuanto establecemos un modelo puramente ideal y subjetivo en relación con el cual señalamos la mayor o menor adecuación o perfección de cada cosa en cuanto se aproxime más o menos a dicho modelo. La afirmación

---

<sup>12</sup> O. c., C. 2, a. 3.

de Tomás de Aquino según la cual “la bondad, la veracidad, la nobleza y otros valores se dan en las cosas, en unas más y en otras menos” no tiene ningún sentido, pues los conceptos de bondad, verdad y nobleza son relativos, ya que, si tiene sentido decir que algo es bueno *para* algo, no lo tiene decir que sea *bueno en sí mismo*; el concepto de *veracidad* se aplica a los juicios o a las proposiciones en cuanto son *verdaderas* o *falsas*, pero no a las cosas en cuanto cada cosa es lo que es y no tiene sentido decir de ellas que sean verdaderas o falsas; y el concepto de nobleza tiene carácter antropomórfico: Hablamos de metales nobles, como el oro en contraposición al hierro, en cuanto el oro es poco susceptible de oxidarse o alterarse por la presencia de otros elementos; hablamos de la nobleza en el sentido de una clase social o en el de una persona que tiene determinado grado de sinceridad y de comportamiento acorde con lo que esperamos o deseamos de ella; pero, desligado de tales relaciones, no tiene ningún sentido. Finalmente, es igualmente ilegítimo identificar al ser que reuniese la serie más completa de cualidades –o “perfecciones” (?)– con el dios del cristianismo, pues Tomás de Aquino no presenta ni podía presentar- una cadena deductiva que condujese del primero –el “*ipsum esse subsistens*”- al segundo –el ser creado-, por ser contradictorio con el primero.

La *quinta* vía parte del orden, finalidad e intencionalidad que parece existir en la naturaleza, que, según Tomás de Aquino, remiten a Dios como creador dotado de suprema inteligencia y poder, y como ordenador del Universo<sup>13</sup>.

Por lo que se refiere a esta vía hay que indicar que el orden y la perfección de la naturaleza, tal como señalaba Hume, no es tan perfecto que requiera de un ser sumamente perfecto, como sería el dios cristiano, para explicar su existencia. Además, la existencia de toda una serie de imperfecciones, de miserias, de sufrimiento y de crueldad muestra que el funcionamiento del Universo se encuentra al margen de cualquier finalidad especialmente buena, programada por un ser omnipotente e infinitamente bueno. Parece evidente, por otra parte, que Tomás de Aquino, al considerar que “[los cuerpos naturales] siempre o a menudo obran igual para conseguir lo mejor”, no tuvo en cuenta la serie constante de desastres que provoca la naturaleza, como terremotos, diluvios, sequías, epidemias, incendios, los cuales en el caso de haber requerido de un creador, habrían demostrado que su nivel de inteligencia, amor o poder era bastante inferior al que se atribuye al dios del

---

<sup>13</sup> O. c., C. 2, a.3.



## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

cristianismo. Parece además que Tomás de Aquino tuvo un error similar al cometido posteriormente por Lamarck en su interpretación del evolucionismo al considerar, por ejemplo, que los pájaros tenían alas *para* volar en lugar de considerar que los pájaros volaban *porque* tenían alas, de manera que no hacía falta recurrir a un misterioso ser inteligente que hubiese colocado *intencionadamente* las alas en los pájaros sino comprender que eran el azar, el tiempo y las ciegas leyes naturales las causas que habían originado una serie de combinaciones químicas que en un momento dado dieron origen a la vida y a su complejificación continua, determinando las formas primitivas que, evolucionando a lo largo del tiempo, produjeron las complejas especies vivientes actuales, que no requieren de un mítico principio trascendente como lo sería el dios del cristianismo. Si nos preguntamos por qué existen leyes en el Universo, por qué el Universo tiene un cierto orden en lugar de ser un simple caos de materia, parece que, igual que Anaxágoras y Platón pensaron que había que suponer la existencia de un misterioso ser inteligente que lo hubiera organizado así, ese mismo motivo debió de llevar a otros pensadores a creer en una explicación similar. Sin embargo, es erróneo suponer que el Sol salga *para* que los seres humanos podamos ver el mundo en que vivimos, y que se pone *para* que podamos dormir, pues, gracias al evolucionismo, entendemos que lo que sucede es que los seres humanos, y muchos otros animales podemos ver y vivir *porque* la luz y el calor del Sol son condiciones que han determinado que nuestro ser haya evolucionado de manera adaptada a tales circunstancias, de manera que las especies que no se adaptaron a ellas se extinguieron de forma progresiva. Por ello, no existe necesidad alguna de introducir en estas explicaciones ninguna consideración teleológica trascendente, tal como hace Tomás de Aquino. De hecho, si se aceptase el finalismo tomista, ¿cómo podría explicarse la existencia de infinitud de remotos lugares del Universo en los que sólo hay materia inerte, moviéndose incesantemente sin finalidad alguna?

En la actualidad la realidad del Universo y la complejidad de los fenómenos biológicos siguen provocando el mismo asombro que en la antigüedad. Sin embargo, el progreso de la Biología ha servido para que no necesitemos recurrir a ningún principio “misterioso” a fin de comprender los fenómenos biológicos en cuanto no son el producto de una formación *instantánea* e *intencionada*, sino el resultado de un largo proceso en el que el funcionamiento de las leyes de la naturaleza ha determinado la aparición de las primeras formas de vida y su constante evolución. Además, sólo desde una perspectiva mítica y antropomórfica podría hablarse de *finalidad en la naturaleza*.

za, pues son muchas las especies que se han extinguido por causas naturales y sería absurdo suponer que el dios judeo-cristiano las hubiera creado para luego decidir caprichosamente su extinción, tal como sigue sucediendo en la actualidad. Y así, aunque es comprensible que la contemplación de la naturaleza provoque en nosotros un asombro similar al que sintieron en la antigüedad, eso no es motivo suficiente para refugiarnos en una explicación que nada explica. Además, como decía Hume, sólo hay que creer en los milagros cuando lo que queremos explicar sea por sí mismo más milagroso que el supuesto milagro. Y, en este sentido, si la aparente intencionalidad existente en los fenómenos naturales y en el orden del universo resultan asombrosos, y se recurre al dios judeo-cristiano para explicarlos, lo único que se consigue es multiplicar el problema al tener que explicar cómo es posible que exista ese dios, tan especial y tan incoherente en sus acciones, pues aunque su supuesta perfección podría explicar la belleza de una flor, no explicaría los desastres de la naturaleza, entre los que se encuentran el sufrimiento, las enfermedades, la lucha por la vida y la muerte. Además, como en las demás “vías” tomistas, estaríamos olvidando lo ya explicado antes: *Que un dios perfecto nada hace y, en consecuencia, nada crea.*

## **2. YAHVÉ, EL DIOS JUDEO-CRISTIANO, ANTROPOMÓRFICO, DÉSPOTA, CRUEL Y VENGATIVO**

Si se atiende al significado que el concepto de dios ha tenido a lo largo de la historia del judeo-cristianismo nos encontramos con una serie de cualidades totalmente *antropomórficas*: Un ser que ama y que odia, que es celoso y vengativo, que premia, castiga, ordena, se equivoca, se arrepiente, amenaza, rectifica, destruye y mata, y que es vulnerable en la misma medida en que le afectan las ofensas, desobediencias, traiciones y olvidos de los hombres.

Esta perspectiva respecto a la esencia de ese dios conduce al absurdo de que, siendo omnipotente y habiendo programado las decisiones y las acciones humanas, castigue de manera absurda a quienes había predeterminado para obrar en contra de sus leyes, de manera que tal forma de proceder convierte a ese dios en un ser caprichoso, déspota y contradictorio. Pues, en efecto, los autores de la *Biblia* o diversos teólogos cristianos no repararon en que la *predeterminación divina* implicaba la automática desaparición de las cualidades humanas necesarias para que “sus” acciones fueran realmente suyas, como el *libre albedrío*, la *responsabilidad*, el *mérito* y la *culpa*, en cuanto tales acciones serían en realidad propias de su dios. En este sentido, se dice en la *Biblia* que Yahvé *predeterminó* al faraón egipcio a no dejar salir del país a los israelitas a fin de poner de manifiesto su poder, liberando a su pueblo y castigando a los egipcios, a pesar de que éstos no habrían tenido ninguna culpa de la prede-

terminación a que Yahvé habría sometido a su faraón. Igualmente habría programado a Judas para que traicionase a Jesús, por lo que aquél no habría podido hacer otra cosa que lo que hizo, y sólo habría sido un instrumento para el cumplimiento de los planes divinos, y, por ello, sería una contradicción considerarle culpable de su acción. Recordemos cómo en los *Evangelios* aparece la afirmación de Jesús:

“os aseguro que uno de vosotros me va a entregar”<sup>14</sup>,

es decir, que ya todo estaba dispuesto así desde la eternidad, pues no se trataba sólo de que el dios judeo-cristiano supiera por su omnisciencia qué iba a suceder, sino que además él mismo lo habría *programado*.

Otro aspecto de este *antropomorfismo* del dios judeo-cristiano consistía en la suposición de que ese dios creó a la humanidad para que le *amase* y le *adorase*, lo cual implica ignorar que la perfección y autosuficiencia de ese dios quedarían negadas en cuanto supondría considerar que el amor, la adoración y las diversas acciones y sentimientos humanos dirigidos a él podían causarle mayor felicidad que la que tenía como consecuencia de su absoluta perfección. Tal punto de vista resulta mayormente absurdo si se tiene en cuenta que esas mismas acciones y sentimientos humanos hacia su dios habrían sido igualmente *programados* por él. Además, el fundamento de la hipotética “satisfacción” divina por tales acciones sería absurdo en cuanto se encontraría en su propia predeterminación, por lo que no tendría ningún sentido.

Por esto mismo, un aspecto particular de este *antropomorfismo* consiste en la pretensión de que la adoración, las penitencias, los ayunos y las oraciones pudieran causar al dios cristiano

---

<sup>14</sup> *Mateo*, 26:21.

alguna *satisfacción*, pues este enfoque implicaría igualmente una negación de la inmutabilidad y de la perfección de ese dios, y la contradicción de suponer que tuviera estados emocionales *variables* y *subordinados* a la actitud que el hombre tuviera hacia él, lo cual supondría de nuevo una negación de su perfección. Igualmente, las ofensas al dios cristiano no podrían causarle el más mínimo daño, no sólo por haber sido él quien las habría programado sino porque su perfección y su omnipotencia le harían completamente invulnerable.

Por otra parte y como ya se ha visto en el capítulo anterior, la existencia de un dios como ser perfecto sería incompatible con la existencia del Universo y, con mayor motivo, con la presencia en él de tantos aspectos absurdos como son los relacionados con el sufrimiento. Esta incompatibilidad se hace más patente si se tiene en cuenta que, de acuerdo con un aforismo escolástico, el modo de actuar de cada ser es consecuencia y manifestación de su modo de ser (“operari sequitur esse”), de manera que, suponiendo la absurda hipótesis de que un ser *perfecto* fuera compatible con el *deseo de crear* algo, lo habría creado tan perfecto como lo fuera él mismo, pues su amor infinito -suponiendo que el amor fuera un aspecto de su perfección- le habría llevado a conceder al hombre la perfección en el mismo grado en que su poder se lo hubiese permitido, y, siendo éste infinito, habría creado al ser humano tan perfecto como lo fuera él mismo. Pero, además, ese amor y omnipotencia infinitos no sólo serían contradictorios con las imperfecciones humanas —en cuanto lo perfecto no puede amar lo imperfecto- sino, como ya se ha dicho, con la existencia de las enfermedades, de la muerte y de las calamidades que rodean la existencia humana y que están igualmente presentes en los seres capaces de sentir.

El *antropomorfismo* del concepto judeo-cristiano de dios se advierte igualmente teniendo en cuenta la consideración de B. Spinoza según la cual la *infinitud* de dios sería incompatible con la existencia de cualquier *otra* realidad que pudiera *limitar* la suya, como lo sería el Universo en cuanto no se identificase con dios. En consecuencia, un concepto menos antropomórfico de dios sería aquél que lo identificase con *el conjunto de lo real*, por lo que el Universo y el mismo ser humano formarían parte de ese dios. Este concepto de dios implicaría renunciar a la idea de un *dios personal* para asumir la de un *dios global*, es decir, un *panteísmo* según el cual, tal como entendía Spinoza, hablar de dios equivaldría a hablar de la Naturaleza o de la totalidad de lo existente.

Sin embargo y como ya se ha dicho, los dirigentes del antiguo Israel, los del cristianismo y los de otras religiones introdujeron desde sus comienzos un concepto sumamente antropomórfico de dios que les ha resultado muy rentable para el crecimiento de su negocio “espiritual”, dado que a la humanidad en general le resulta mucho más congruente con su fantasía y con su necesidad de vencer sus miedos a asumir la idea de un dios con sentimientos y cualidades humanos que la de uno que se mantuviera alejado de cualquier sentimiento y de cualquier modificación de su estado de inmutable perfección.

La serie de *aspectos antropomórficos* que el judeo-cristianismo ha atribuido a su *dios* puede conocerse de modo directo leyendo la relación de pasajes bíblicos en que tales cualidades se ponen de manifiesto. Entre ellas hay que destacar un conjunto sobradamente significativo para demostrar la falsedad de aquello que los dirigentes de la iglesia católica dicen que su dios les comunicó acerca de sí mismo y para mostrar el carácter contradictorio de las cualidades que en dichos pasajes se le atribuyen,

cualidades que a los dirigentes de esta secta religiosa les ha convenido resaltar, presentando interpretaciones interesadas, contradictorias en sí mismas o con otros pasajes bíblicos.

### **2.1. El dios judeo-cristiano, un dios “humano, demasiado humano”**

Dice el catecismo católico:

*“Dios es el autor de la Sagrada Escritura. Las verdades reveladas por Dios, que se contienen y manifiestan en la Sagrada Escritura, se consignaron por inspiración del Espíritu Santo.*

*La santa madre Iglesia, según la fe de los Apóstoles, reconoce que todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor, y como tales han sido confiados a la Iglesia”.*

He creído conveniente citar estas palabras para que se entienda el motivo fundamental por el que voy a exponer y a analizar una serie de textos del *Antiguo Testamento*, en cuanto representan una parte fundamental de esa supuesta “palabra de Dios” que los dirigentes de la secta católica consideran como la esencia de sus doctrinas; y, especialmente, porque en los pasajes que citaré a continuación nos encontramos inequívocamente con un dios *contradictorio* respecto al dios considerado en tantas otras ocasiones como amor y misericordia infinita.

En cuanto los dirigentes católicos proclaman que la *Biblia* es “la palabra de Dios”, una sola contradicción a lo largo de sus páginas debería ser suficiente para rechazar el conjunto de toda esta obra, ya que, por definición, la supuesta perfección divina es incompatible con cualquier mensaje o doctrina procedente de tal supuesta divinidad que sea contradictoria o simplemente falsa. En este sentido, no puede proclamarse que el dios judeo-cristiano sea *amor infinito* y al mismo tiempo afirmar que ese dios

*odia* a determinadas personas, sentimiento contradictorio con el de aquel amor infinito que, sin embargo, aparece en la *Biblia* en diversas ocasiones. Veremos en los capítulos siguientes que las contradicciones que aparecen en la *Biblia* no se reducen a la que acabo de mencionar sino que son asombrosamente numerosas, de manera que cualquiera que piense con cierto rigor entenderá fácilmente que la simple lectura de la *Biblia* o de una pequeña parte de ella es motivo más que suficiente para comprender que este libro no representa la palabra de un dios veraz, sino, todo lo más, una sarta de mentiras, mezcladas con pasajes de interés histórico-cultural, que fueron astutamente utilizadas por los sacerdotes del antiguo Israel y por los dirigentes cristianos en general para construir su inmenso “negocio religioso” haciéndose cómplices de la gran mayoría de dirigentes políticos por muy corruptos que sean, amenazando y engañando a la masa ingenua con terribles castigos divinos para obtener a cambio una serie de privilegios con los que han ido amasando inmensos beneficios económicos que nada tienen que ver con el modelo de vida que hipócritamente dicen defender.

Paso ya a la exposición y al análisis de estos textos:

a) En *Génesis*, primer libro de la *Biblia*, se dice:

“...y [Yahvé] descansó el día séptimo de todo lo que había hecho”<sup>15</sup>.

En este pasaje se atribuye al dios de Israel no sólo la imperfección antropomórfica de *hacer* algo, la supuesta “creación”, como si le *faltase* ese algo a su teórica perfección, sino también la de *cansarse* de actuar, como nos sucede a los humanos, y la correspondiente *necesidad de descansar*, lo cual no parece pro-

---

<sup>15</sup> *Génesis*, 2:2.



pio de ningún dios que se precie sino sólo una muestra más del antropomorfismo con que fue caracterizado por los autores de la *Biblia*. El hecho de que la religión judeo-cristina entienda que efectivamente su dios creó el mundo en *seis días* y que tal afirmación no haya que interpretarla como una simple metáfora parece evidente si se tiene en cuenta que en *Éxodo* se dice:

“Quien haga algún trabajo en día de sábado morirá sin remedio [...] porque *en seis días* hizo el Señor los cielos y la tierra y el séptimo día dejó de trabajar y descansó”<sup>16</sup>.

Pues efectivamente sería el colmo del absurdo que se impusiera pena de muerte por trabajar en sábado si la afirmación de que el mundo fue creado en seis días se hubiera escrito como una simple metáfora. La referencia a la creación del mundo en seis días y la de la necesidad de descansar por parte de Yahvé no son precisamente ejemplos claros de la inspiración divina en quien los escribió sino todo lo contrario: Se trata más bien de ejemplos de cómo el pueblo de Israel sintió, como muchos otros, la necesidad de encontrar una explicación acerca de un supuesto “origen del mundo”.

b) “Al ver el Señor que crecía en la tierra la maldad del hombre y que todos sus proyectos tendían siempre al mal, *se arrepintió* de haber creado al hombre en la tierra”<sup>17</sup>.

Este pasaje es otro claro ejemplo de antropomorfismo y de contradicción interna con respecto al concepto del dios judeo-cristiano. En efecto, en primer lugar en él se olvida que ese dios, por su omnipotencia y omnisciencia, debía conocer desde la eternidad “el crecimiento de la maldad del hombre” –pues él mismo la habría predeterminado y su omnisciencia le permitiría tenerla

---

<sup>16</sup> *Éxodo*, 31:15-17. La cursiva es mía.

<sup>17</sup> *Génesis*, 6:5-6. La cursiva es mía.

presente en todo momento-, por lo que es una contradicción decir que Yahvé “se arrepintió de haber creado al hombre” como si *sólo* a partir de aquel momento hubiera llegado a enterarse del crecimiento de dicha maldad. Pero, además, si los actos humanos habían sido programados por la omnipotencia divina, no tenía sentido decir que “crecía en la tierra la maldad del hombre”, puesto que el hombre no habría podido hacer otra cosa que aquello para lo cual hubiera sido *programado* por ese dios. Igualmente, la perfección de los actos divinos sería incompatible con la idea de que en algunos de ellos *se hubiera equivocado* hasta el punto de que luego tuviera que *arrepentirse* de haberlos realizado, tal como se afirma en el pasaje anterior.

c) Un pasaje similar es el que dice:

“Y añadió el Señor [hablando con Moisés]:

-*Me estoy dando cuenta* de que ese pueblo [= Israel] es un pueblo obcecado. Déjame; voy a desahogar *mi furor* contra ellos y los aniquilaré”<sup>18</sup>.

Se dice aquí de manera contradictoria que Yahvé *se estaba dando cuenta en ese momento de que Israel era un pueblo obcecado*. Es decir, que antes de crear al pueblo de Israel, a pesar de haber *predeterminado* su comportamiento futuro, ¡ese dios omnipotente y omnisciente no sabía cómo se iba a comportar en el futuro! Llama asombrosamente la atención el hecho de que Yahvé, el dios omnisciente, descubra *en determinado momento* aquello que debía conocer desde la eternidad como consecuencia de su omnisciencia y predeterminación, pues evidentemente hay una contradicción entre tales cualidades de Yahvé y su *desconocimiento* del modo como posteriormente se comportaría su pueblo.

---

<sup>18</sup> Éxodo, 32:9-10. La cursiva es mía.

El pasaje incurre además en el antropomorfismo de atribuir a ese dios la debilidad de *enfurecerse*, lo cual presupone el absurdo de que un ser tan insignificante como el hombre tendría el poder de alterar la *impasibilidad* propia de un dios perfecto, hasta el punto de provocar su *decisión de aniquilarlo*, al margen de que luego desistiese de cumplir tal decisión, por lo que de nuevo se pone en evidencia que su supuesta inmutabilidad sería pura palabrería.

Finalmente, cuando Yahvé dice “ese pueblo [= Israel] es un pueblo obcecado” está atribuyendo al pueblo de Israel tal cualidad en lugar de considerar que, de acuerdo con la supuesta libertad que el dios judeo-cristiano habría dado a cada hombre, ninguna cualidad moral podría pertenecer a determinado *pueblo* de modo intrínseco, sino que debería tener un carácter *individual* a fin de no incurrir en un *determinismo social*.

Además y como luego se analizará, el supuesto *libre albedrío* humano, defendido por los dirigentes de la secta católica, está en contradicción con la *predeterminación* divina, pero éstos dirigentes no tienen escrúpulos en defender a la vez ambas doctrinas.

d) El pasaje siguiente vuelve a tener carácter *antropomórfico* al atribuir a Dios la imperfección del *olvido*, negando, en consecuencia, su *omnisciencia*; pues, evidentemente, el hecho de que Yahvé tuviese que *recordar* la promesa que había hecho implica que previamente la *había olvidado*. En efecto, se dice en el siguiente texto:

“Dios escuchó sus lamentos y *recordó* la promesa que había hecho a Abraham, Isaac y Jacob. Dios se fijó en los israelítas y comprendió su situación”<sup>19</sup>.

---

<sup>19</sup> *Éxodo*, 2:24-25. La cursiva es mía.

e) El antropomorfismo divino del *Antiguo Testamento* es tan ingenuo e infantil que en *Éxodo* Yahvé se aparece a Moisés con *forma humana*, como si fuera su auténtica forma y no como un modo de comunicarse con él: Yahvé afirma su carácter limitado, como el de cualquier ser humano, cuando dice a Moisés: “...hasta que yo haya pasado”, como si el ser del dios de Israel no sólo tuviera un carácter material (con manos, espalda y frente) sino también su propia *delimitación*, es decir, un principio y un final, no siendo infinito, pues parece claro que los autores bíblicos de aquel momento no habían imaginado ni de lejos que su dios fuera “infinito”. En efecto, se dice en *Éxodo*:

“El Señor añadió:

[...] te cubriré con la palma de mi mano hasta que yo haya pasado; y cuando retire mi mano, me verás de espaldas porque de frente no se me puede ver”<sup>20</sup>.

Pero, en contradicción con pasajes como éste y con todos aquéllos que de algún modo se refieren a Yahvé presentándolo con carácter material, humano y limitado, los dirigentes de la secta católica proclaman tanto la *inmaterialidad* como la *infinitud* divina, despreciando el valor del principio de contradicción.

f) En el siguiente texto Moisés consigue *apacar la ira* divina, consigue igualmente que Yahvé *se arrepienta* de haber querido hacer el mal a su pueblo y le *convence* para que no lo destruya. El dios con quien habla Moisés es un dios ingenuamente antropomórfico, con sentimientos de *ira*, con *errores* en sus actuaciones y, en definitiva, es un dios al que un hombre, el propio Moisés, exhorta para lograr que *se arrepienta* “del mal que había querido hacer”. Todo ello representa una ingenua proyección en ese dios de imperfecciones simplemente humanas,

---

<sup>20</sup> *Éxodo*, 33:21-23.

incluso la de *haber querido hacer el mal*, evidentemente contradictorias con el teórico ser de un dios perfecto:

[Dice Moisés a Yahvé:] “Aplaca el ardor de tu *ira* y *arrepíentete* de haber querido hacer el mal a tu pueblo [...] Y *el Señor se arrepintió del mal* que había querido hacer a su pueblo”<sup>21</sup>.

Muchos de quienes proclaman que la *Biblia* es “la palabra de Dios” podrían objetar a esta crítica que los aspectos antropomórficos de Yahvé se debían a la dificultad que el pueblo de Israel habría tenido en aquellos momentos para comprender las cualidades divinas si se hubiera utilizado un lenguaje más exacto. Sin embargo, a esta objeción se podría replicar de diversas maneras: Podría decirse que el dios judeo-cristiano hubiera podido dar al pueblo la capacidad suficiente para entender su perfección en lugar de tener que recurrir a metáforas que eran *incompatibles* con tal perfección, y, sobre todo, que no tenía ningún sentido atribuirle *actos criminales* que, más allá de cualquier metáfora, daban una visión de ese dios realmente absurda y totalmente alejada de aquella perfección que hubiera debido corresponderle. El hecho de que el autor del anterior pasaje diga que “*el Señor se arrepintió del mal...*” es una nueva contradicción, pues *¿qué sentido podría tener que un ser perfecto hubiera querido hacer el mal y que posteriormente se hubiera arrepentido?*

Son tantos los momentos en que el dios de Israel se muestra con rasgos antropomórficos que, a pesar de que presento una cantidad considerable de ellos, he dejado sin exponer muchos otros, pues a lo largo de los pasajes que iré mostrando con otra

---

<sup>21</sup> *Éxodo*, 32:12-14. La cursiva es mía.

finalidad, podrá verse que todos representan al mismo tiempo diversas muestras del antropomorfismo al que me he referido.

## 2.2. Yahvé, un dios tribal

En los pasajes que siguen se pone de manifiesto que, en líneas generales, el dios de que se habla en el *Antiguo Testamento* no es un *dios universal* sino un *dios tribal*, que se preocupa por su pueblo, Israel, exterminando en muchos casos a los pueblos que representen un peligro para el suyo. Son muchas las ocasiones en que en el *Antiguo Testamento* se indica con absoluta claridad desde qué momento Yahvé se convierte en el dios de Israel: Se trata precisamente del momento en que el mismo Yahvé ofrece a Abraham ser el dios de su futuro pueblo, y protegerlo de sus enemigos a cambio de que Israel le obedeciera y mantuviera su fidelidad no adorando a otros dioses. En este sentido se dice en *Éxodo*:

“Os tomaré para que seáis mi pueblo, y yo seré vuestro Dios; entonces conoceréis que yo soy el Señor, vuestro Dios, el que os libró de la opresión egipcia”<sup>22</sup>.

¿Qué importancia tienen estas palabras? Pues realmente una importancia esencial, ya que a lo largo de la *Biblia* se habla en muchas ocasiones de una *alianza* entre Yahvé y el pueblo de Israel por la que éste sería el *pueblo exclusivo* de este dios del mismo modo que Yahvé sería el *dios exclusivo* de Israel.

Pero, ¿qué clase de alianza es ésta? Como puede verse por los textos que a continuación se citan, aquí lo que hay no es propiamente una alianza entre Yahvé y el pueblo de Israel sino una

---

<sup>22</sup> *Éxodo*, 6:7.

simple *imposición*, que no es otra que la ideada por los sacerdotes dirigentes de Israel para tener así mejor controlado al pueblo. Por dicha “alianza” el dios Yahvé propone –o impone a Abraham- que el pueblo de Israel le acepte como “su dios” y le guarde fidelidad. A cambio Yahvé le protegerá contra sus enemigos, le ayudará a salir de la esclavitud a la que el faraón egipcio todavía habrá de someterle, y le concederá un lugar en el que establecerse para siempre, la llamada “tierra prometida”.

Sin embargo, Abraham en ningún momento llegó a pronunciarse acerca de la propuesta (?) de Yahvé, al margen de que lo más seguro es que la hubiera aceptado, al margen de que, aunque en *Génesis* se produce un diálogo entre el dios de Israel y Abraham relacionado con esa alianza, en ningún momento Abraham asiente formalmente a ella.

Pero, en cualquier caso, hay que decir que tal “alianza” habría tenido un valor nulo en cuanto, a la hora de la verdad y posteriormente a dicho encuentro, Yahvé introducía en la práctica una cláusula que para nada aparecía en aquella “negociación” con Abraham: Yahvé no le advierte de que, si el pueblo de Israel incumple la fidelidad que, de acuerdo con dicha alianza, deberá mantenerle, él actuará de forma despótica contra su pueblo, matando y destruyendo sin piedad a “justos y pecadores” hasta que su ira se aplaque.

Además, hay que decir igualmente que, incluso en el caso de que Abraham hubiera aceptado formalmente tal “alianza”, ésta se habría producido entre Yahvé y Abraham, pero no entre Yahvé y el futuro pueblo de Israel por los siglos de los siglos amén, pues la decisión de Abraham no tenía por qué obligar a su descendencia. Sin embargo, en aquellos tiempos el *individuo* no contaba como tal sino que lo que contaba era *el pueblo, la tribu, la colectividad* y, por ello, una supuesta alianza con Abraham,

patriarca del futuro pueblo de Israel, era considerada como una alianza con el pueblo que fue surgiendo a partir de Jacob, nieto de Abraham, y de sus doce hijos *varones* –no de su hija Dina-, que dieron origen a las doce tribus de Israel<sup>23</sup>. El pueblo podía haber ignorado y no asumir que debía cumplir dicho pacto, y Yahvé, como dios perfecto, debía saber que los pactos *individuales* no tenían por qué afectar a una *colectividad*, aunque ésta fuera descendiente de la persona con quien había realizado dicho pacto –y mucho más si se pretendía que tuvieran un valor moral– a no ser que hubiera sido la colectividad en cuanto tal quien de manera unánime lo hubiera aceptado, en cuyo caso el pacto habría podido valer para esa colectividad pero tampoco para su descendencia. No obstante, el sentimiento israelita de unidad tribal y de pueblo debía de ser tan absoluto en aquellos tiempos que el autor de este relato consideró con toda naturalidad que un supuesto pacto entre Yahvé y Abraham obligaba a todo el pueblo, como si éste fuera una simple prolongación de Abraham y como si las personas, individualmente consideradas, careciesen de derecho y de dignidad propias hasta el punto de que su libre decisión para ratificar o desvincularse de aquel pacto no hubiera merecido siquiera ser tomada en cuenta.

Por si pudiera creerse que nos encontramos ante textos aislados o que hubieran sido mal interpretados, puede verse que la serie de pasajes en que se indica esta alianza *exclusiva* de Yahvé con Israel es especialmente abundante. Así sucede, por ejemplo, con los siguientes:

- a) “...si me obedecéis y guardáis mi alianza, *vosotros seréis el pueblo de mi propiedad entre todos los pueblos*”<sup>24</sup>.

---

<sup>23</sup> Recordemos que “Israel” es el nuevo nombre que Yahvé da a Jacob.

<sup>24</sup> *Éxodo*, 19:5. La cursiva es mía.



## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

b) “Habitaré en medio de los israelitas y seré su Dios”<sup>25</sup>.

c) “Viviré en medio de vosotros; *seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo*”<sup>26</sup>.

d) “No profanéis la tierra que habitáis, en medio de la cual habito yo también, pues *yo soy el Señor, que habito en medio de los hijos de Israel*”<sup>27</sup>.

e) “Me decía [un hombre algo misterioso]:

- Hijo de hombre, éste es el lugar de mi trono, donde pongo las plantas de mis pies y donde *habitaré para siempre en medio de los israelitas*”<sup>28</sup>.

f) “Yo cambiaré la suerte de *mi pueblo Israel* [...] Yo los plantaré en su tierra y nunca más serán arrancados de la tierra que yo les di, dice el Señor tu Dios”<sup>29</sup>.

g) “Salta de gozo, alégrate, Sión: Porque yo vengo a habitar en medio de ti, oráculo del Señor”<sup>30</sup>.

h) “Porque al repartir sobre la tierra los pueblos al frente de cada pueblo puso un jefe, pero *Israel es la porción del Señor*”<sup>31</sup>.

i) “No tendrás otros dioses fuera de mí”<sup>32</sup>.

Lo más destacable y común de estos pasajes es que en todos ellos se muestra la clara y exclusiva predilección de Yahvé por el pueblo de Israel, al margen de que no se haga referencia a

---

<sup>25</sup> *Éxodo*, 29:45.

<sup>26</sup> *Levítico*, 26:12. La cursiva es mía.

<sup>27</sup> *Números*, 35:34. La cursiva es mía.

<sup>28</sup> *Ezequiel*, 43:7. La cursiva es mía.

<sup>29</sup> *Amós*, 9:14.

<sup>30</sup> *Zacarías*, 2:14.

<sup>31</sup> *Eclesiástico*, 17:17. La cursiva es mía.

<sup>32</sup> *Éxodo*, 20:3.

ningún mérito especial de ese pueblo como para haber sido elegido por Yahvé como “su pueblo entre todos los pueblos”.

Complementariamente, del mismo modo que Yahvé elige a su pueblo, exige a éste que no tenga otro dios que él (pasaje *i*), lo cual, por otra parte, representa una clara afirmación de la creencia en la existencia de otros dioses, la cual aparece como algo absolutamente natural para quien escribió este pasaje, que, desde luego, no pudo ser el “Espíritu Santo”.

Según se narra en la *Biblia*, casi todas las matanzas de Yahvé contra Israel se producen por la serie de infidelidades de su pueblo, que en diversas ocasiones cae en la tentación de adorar a otros dioses, al margen de que el motivo real de tales desastres provenga de otras causas, como la del poder de sus enemigos, siendo luego los sacerdotes quienes aprovechan tales derrotas para calificarlas como castigo de Yahvé a su pueblo por sus infidelidades.

Es evidente que, de forma latente pero clara, puede descubrirse en todos estos pasajes la mano de los sacerdotes israelitas, que en un momento dado introducen la figura fantástica de Yahvé como un poder mágico que les servirá para reforzar su autoridad ante su pueblo desde el momento en que, cuando dirijan sus órdenes a éste, ya no lo harán por su propia autoridad, que sería la de simples mortales, sino por la del poderoso Yahvé, que les comunica las órdenes que deben transmitir a su pueblo. De este modo, el pueblo obedecerá más ciegamente las órdenes que los sacerdotes quieran darle que si las tuvieran que cumplir sólo por la autoridad de éstos, más fácilmente discutible.

Estos pasajes son ejemplos absolutamente claros del carácter tribal del dios de Israel, en los que se contraponen este pueblo y su dios Yahvé a los demás pueblos y a sus respectivos dioses.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

En el *Nuevo Testamento*, la creencia en un *dios único* está ya generalizada y la consideración de que ese dios único no es otro que el dios de Israel, sigue apareciendo incluso en el último libro de la *Biblia católica*, en el *Apocalipsis*, donde sigue apareciendo el *tribalismo* del *Antiguo Testamento*, presentando a “las doce tribus de Israel” con un protagonismo absoluto en relación con los demás pueblos de la tierra. Además, en ambos pasajes el único pueblo del que se habla es el pueblo de Israel, pero, mientras en el pasaje de *Apocalipsis* se habla de las tribus de Israel refiriéndose a los elegidos de esas tribus para ser salvados, en el texto de *Mateo* se habla de “juzgar a las doce tribus de Israel”, como si se las estuviera condenando por no haber aceptado a Jesús como “hijo de Dios”. Se dice en estos dos pasajes:

\* “Y vi otro ángel que subía del oriente; llevaba consigo el sello del Dios vivo y gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar:

-No hagáis daño ni a la tierra, ni al mar ni a los árboles hasta que marquemos en la frente con el sello a los servidores de nuestro Dios.

*Y oí el número de los marcados con el sello: eran ciento cuarenta y cuatro mil procedentes de todas las tribus de Israel*”<sup>33</sup>.

\* “Y Jesús les dijo: De cierto os digo que en la regeneración, cuando el Hijo del Hombre se sienta en el trono de su gloria, vosotros, los que me habéis seguido [...] os sentaréis

---

<sup>33</sup> *Apocalipsis*, 7:2-4. La cursiva es mía. Aquí el número *doce* juega su protagonismo: *Doce* son los apóstoles de Jesús, *doce* son los hijos de Jacob – sin contar a Dina-; *doce* son las tribus; y 12 multiplicado por 12.000 es igual a 144.000, que es el número “mágico” de los marcados con el sello, todos ellos israelitas.

también en doce tronos, para juzgar a *las doce tribus de Israel*<sup>34</sup>.

Vemos cómo en estos pasajes Jesús pone su mensaje a *las doce tribus perdidas de Israel* por encima de cualquier otra misión que hubiera podido realizar, pero al mismo tiempo se presenta una contraposición entre los seguidores del *Antiguo Testamento* y los seguidores de Jesús, de manera que se advierte de forma amenazante que al final de los tiempos *los seguidores de Jesús se encargarán de juzgar a las doce tribus de Israel*.

Tiene interés especial observar esa referencia al pueblo de Israel como si el resto de la humanidad no tuviese ninguna importancia para el autor de este escrito, que tiene en cuenta de manera especial que Israel era el pueblo elegido por Yahvé.

Por otra parte, las referencias a la “alianza” de Yahvé con el pueblo de Israel, excluyendo de ella a los demás pueblos, aparecen también de modo incuestionable en muchos otros pasajes como los siguientes:

\* “Yo haré con ellos [Israel] una alianza eterna, para que yo sea su Dios, y ellos sean mi pueblo; y no volveré a expulsar a mi pueblo Israel de la tierra que les di”<sup>35</sup>.

\* “Abrahán fue ilustre padre de muchos pueblos, y no hubo quien lo superara [...] Por eso Dios le prometió con juramento bendecir a las naciones de su descendencia, multiplicarlo como el polvo de la tierra, exaltar como las estrellas su linaje [...] La bendición de todos los hombres [de Israel] y la alianza las hizo descansar sobre la cabeza de Jacob; lo confirmó en sus bendiciones, le dio la tierra en herencia, la dividió en porciones y la repartió entre las doce tribus”<sup>36</sup>.

---

<sup>34</sup> *Mateo*, 19:28.

<sup>35</sup> *Baruc*, 2:35.

<sup>36</sup> *Eclesiástico*, 44:19-23.

\* “Haré con ellos [= con el pueblo de Israel] una alianza de paz, una alianza eterna [...] Pondré en medio de ellos mi morada, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”<sup>37</sup>.

\* “Yo establecí con ellos mi alianza, prometiéndoles la tierra de Canaán”<sup>38</sup>.

El libro de los *Salmos* en general insiste también en multitud de ocasiones en la idea de esta *alianza* de Dios con Israel. Sin embargo, esta doctrina merece diversas críticas, tanto por su carácter antropomórfico como por otros motivos que se exponen a continuación:

En *primer* lugar, es realmente absurdo el *antropomorfismo* de Yahvé por su interés –simplemente humano- en establecer una alianza, un pacto o un contrato con determinado pueblo, como si dicho dios fuera a obtener algún beneficio, como si fuera a perder algo por no realizarlo o como si el pueblo de Israel tuviera algún mérito especial para convertirse en “el pueblo elegido”. Por ello, de forma espontánea surge la pregunta: ¿Entonces, por qué Yahvé muestra ese interés tan insistente en esa alianza? Como he adelantado antes, es evidente que quienes estaban realmente interesados en ella o en presentar la “comedia” de que tal alianza se había producido no eran otros que *los sacerdotes de Israel*, que embaucan a su pueblo en nombre del supuesto Yahvé para que obedezca ciegamente las órdenes que reciba de ellos, en cuanto se presentan como los *intermediarios* entre Yahvé y su pueblo, como si ese supuesto dios no hubiese tenido suficiente poder para hablar directamente al pueblo sin necesidad de intermediarios. Está claro que los sacerdotes forjaron esta trama relacionada con Yahvé, con su alianza, con sus órdenes y con sus amenazas porque fueron ellos mismos quienes

---

<sup>37</sup> *Ezequiel*, 37:26.

<sup>38</sup> *Génesis*, 6: 4.

crearon a su dios, a su imagen y semejanza, al tomar conciencia de la utilidad de esa invención para tener más y mejor controlado a su pueblo.

En *segundo* lugar, es igualmente *antropomórfica* y absurda la idea de que un dios *perfecto* pudiera sentir *predilección* por un pueblo frente a todos los demás, al margen de que con el transcurso del tiempo los cristianos llegasen a presentar a dicho dios como un *dios único y universal*, lo cual implica, por otra parte, una contradicción con las referencias que se acaban de hacer respecto a Yahvé como *dios exclusivo de Israel*, así como si se tienen en cuenta las cualidades que deberían estar implícitas en el concepto de “dios” desde el momento en que se lo quisiera presentar como un “ser perfecto”<sup>39</sup>.

En *tercer* lugar y en relación con el punto anterior, hay que insistir en que, según los pasajes bíblicos mencionados, la mítica alianza se habría producido exclusivamente entre Yahvé y Abraham, y no entre Yahvé y el pueblo de Israel –aunque, como ya

---

<sup>39</sup> El término “ser perfecto” es por sí mismo equívoco y requiere por ello una aclaración acerca del sentido con que se lo utiliza. En principio podría entenderse, al estilo platónico, que la perfección de cualquier ser depende de su mayor o menor semejanza o aproximación a la idea de la cual participa, mientras que la perfección *absoluta* sólo se daría en aquel ser que se identificase con la *idea correspondiente*. Sin embargo, el mundo platónico de las ideas es un mundo imaginario o simplemente pensado, que no goza de realidad propia. Pero, dejando de lado a Platón, todos los seres son “perfectos” en cuanto todos son exactamente lo que son, no habiendo modelo alguno al que deban asemejarse. Sin embargo, cuando se dice de un supuesto “dios” que es un “ser perfecto” parece que se quiere decir que se identifica con todas las cualidades que le hacen autosuficiente y omnipotente. Pero ya al principio de este trabajo se ha dicho que un “dios perfecto”, al encontrarse en posesión de cualquier bien imaginable, no haría absolutamente nada, pues para hacer es preciso desear y para desear es preciso carecer de aquello que se desea. Pero un “dios perfecto” no carecería de nada y, en consecuencia, nada haría, de manera que en ningún caso se ocuparía de los asuntos humanos, como en efecto parece que sucede.

se ha explicado, también esta idea resulta criticable-. No obstante, lo que sí está claro es que posteriormente el pueblo de Israel aceptó las palabras de sus sacerdotes y se sintió vinculado con tal alianza. Pero lo que resulta absolutamente evidente es que esa alianza no se produjo entre Yahvé y la humanidad en general. En este sentido, en *Éxodo*, 19:5, se dice de manera clara y explícita:

“Yahvé será el Dios de Israel entre todos los pueblos”.

Es decir, se afirma con claridad que Yahvé no pretende ser un Dios universal, protector de todos los pueblos, sino exclusivamente de ese pequeño pueblo del oriente próximo, rodeado de tantos otros con sus respectivos dioses protectores, cuya existencia no sólo no se niega sino que se reconoce de manera explícita, tal como se verá más adelante.

En cualquier caso, más que de un pacto o de una alianza se trata de una mezcla entre una promesa y una imposición que supuestamente Yahvé hace a Abraham y que éste acepta, pues, como Yahvé les había librado de Ur y ahora prometía a Abraham que en el futuro liberaría a su pueblo de la opresión egipcia<sup>40</sup> y además le ofrecía tierras para que su pueblo se estableciera en ellas de manera definitiva, era lógico que éste no opusiera objeción alguna a dicha propuesta. A cambio el pueblo de Israel debía aceptar a Yahvé como “su dios” y rechazar a cualquier otro que otros pueblos pudieran inducirle a adorar, o a ofrecerle algún tipo de ofrendas, de sacrificios y de obediencia, pues *Yahvé era un dios celoso* y tal actitud habría podido implicar su abandono o incluso su venganza, o, más exactamente, el miedo de los sacerdotes de Israel a perder autoridad ante su pueblo,

---

<sup>40</sup> Parece evidente que quien escribió este pasaje vivió *después* de la salida de Egipto del pueblo de Israel, con lo cual le resultó muy fácil *profetizar* (?) que “Yahvé” liberaría a su pueblo de la opresión egipcia.

pues lo que ellos pretendían con su invención religiosa era dirigir al pueblo reforzando su autoridad a partir de la invención de que eran los encargados de transmitirle las órdenes que supuestamente recibían de Yahvé.

Es evidente, por otra parte, que, a pesar del carácter exclusivo con que se muestra esta alianza entre Yahvé y Abraham, los dirigentes de la secta cristiana modificaron el sentido de aquella supuesta alianza de carácter *tribal* para darle un valor nuevo, no tribal sino “católico”, universal, que fue el que especialmente defendió Pablo de Tarso, y el que ayudó en una medida excepcionalmente importante a que la secta cristiana, surgida a partir de la religión de Israel, se convirtiera al cabo de pocos siglos en “la multinacional religiosa” con mayor poder económico y político de todo el planeta.

En *cuarto* lugar, tiene interés señalar la contradicción según la cual en algún momento de la *Biblia*, olvidando que la supuesta alianza se habría realizado en el encuentro de Yahvé con Abraham, se dice que se originó a partir de Moisés, después de producirse la liberación de los israelitas del dominio egipcio, al margen de que Yahvé, en su encuentro con Abraham, incluyese entre sus promesas la de liberar a Israel del poder egipcio cuando estuvieran esclavizados por el faraón.

Como nuevos ejemplos de pasajes en los que la *alianza* se realiza con Abraham podemos ver los siguientes:

\* “Tú, Señor, eres el Dios que elegiste a Abrán [...] Viste que su corazón te era fiel e hiciste una alianza con él. Prometiste darle, a él y a su descendencia, la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, pereceos, jebuseos y guergueseos”<sup>41</sup>.

---

<sup>41</sup> *Nehemías*, 9:7-8.



\* “Linaje de Abrahán, su siervo, hijos de Jacob, su elegido: el Señor es nuestro Dios, a toda la tierra alcanzan sus decretos. El recuerda su alianza eternamente [...], el pacto concluido con Abrahán, y el juramento que hizo a Isaac; todo ello lo estableció como ley para Jacob, como alianza eterna para Israel, diciendo: “Te daré la tierra de Canaán como lote de tu heredad”<sup>42</sup>.

Sin embargo y en contradicción con los pasajes anteriores, se dice en *Éxodo*:

“Moisés subió al encuentro de Dios y el Señor lo llamó desde el monte y le dijo:

-Así hablarás a la estirpe de Jacob; así dirás a los hijos de Israel: Ya habéis visto lo que he hecho con los egipcios, y cómo a vosotros [...] os he traído a mí. Ahora bien, *si me obedecéis y guardáis mi alianza, vosotros seréis el pueblo de mi propiedad entre todos los pueblos*, porque toda la tierra es mía; seréis para mí un reino de sacerdotes, una nación santa”<sup>43</sup>.

Igualmente, en *Deuteronomio*, 4:44, se hace referencia a las diversas normas que “propuso Moisés a los israelitas *cuando salieron de Egipto*”<sup>44</sup>. En efecto, en esta enumeración de preceptos se dice:

“Hoy has aceptado lo que el Señor te propone: que *él será tu Dios, y que tú seguirás sus caminos, cumpliendo sus leyes, sus mandamientos y sus preceptos, y que escucharás su voz.*

---

<sup>42</sup> *Salmos* 105:6-11.

<sup>43</sup> *Éxodo*, 19:3-6.

<sup>44</sup> *Deuteronomio*, 4:45. La cursiva es mía.

Y el Señor ha aceptado lo que tú le propones: que *tú serás el pueblo de su propiedad*, como te ha prometido, y que cumplirás todos sus mandamientos”<sup>45</sup>.

En un sentido coherente con el pasaje anterior se dice en Ageo:

“Siguen en pie los términos de *la alianza que hice con vosotros cuando salisteis de Egipto*”<sup>46</sup>,

olvidando que dicha alianza se había establecido ya mucho tiempo antes y que tal olvido no sería propio de un dios al que se considerase “perfecto”.

Por otra parte, si nos fijamos en el texto de *Éxodo*, podemos ver que en él se hace referencia a una “alianza” *previamente* establecida, mientras que en los de *Deuteronomio* y *Ageo* se habla de manera explícita de la alianza como de un pacto establecido “cuando salisteis de Egipto”. Poco después se repiten las implicaciones de este pacto y se hace referencia a Abraham, a Isaac y a Jacob como los israelitas a quienes Yahvé propuso esta alianza por primera vez, aunque diciendo Yahvé a Moisés de manera contradictoria que “hoy”, es decir, a partir de esa entrevista, Yahvé se convertía en el dios de Israel mientras que Israel se convertía en el pueblo de Yahvé de acuerdo con la promesa realizada a Abraham, Isaac y Jacob:

“[Dice Moisés:] En virtud de *este pacto* tú quedas constituido *hoy* en pueblo suyo, y él en Dios tuyo, como te prometió y como juró a tus antepasados, Abrahán, Isaac y Jacob”<sup>47</sup>.

---

<sup>45</sup> *Deuteronomio*, 26:17-18.

<sup>46</sup> *Ageo*, 2:5. La cursiva es mía

<sup>47</sup> *Deuteronomio*, 29:9.

Sin embargo, dejando de lado ficciones míticas contradictorias entre sí, parece que quien tuvo la idea de imaginar aquella alianza entre Yahvé y Abraham –y no entre Yahvé y el pueblo de Israel- lo hizo bastante tiempo después de que se produjera la liberación del pueblo de Israel respecto a Egipto, pues habría sido realmente absurdo que Yahvé prometiera a Abraham liberarle de una situación de esclavitud que todavía no se había producido en lugar de impedir que se produjera. Y, por ello, es muy posible que el “error” de *Deuteronomio* y de *Ageo* se produjese por haber entendido su autor que lo más lógico era que dicha *alianza* se produjese *después y como consecuencia* de la liberación de Israel, y no antes, a pesar de los muchos pasajes en que se insiste en lo contrario.

Por lo que se refiere a las *cláusulas de esta alianza* impuesta hay que señalar las siguientes:

a) Yahvé entregaría a los israelitas *una tierra* para que se establecieran en ella de manera definitiva. Se trataba de la conocida “tierra prometida”, también nombrada en la *Biblia* como “tierra de Canaán”, habitada ya por otros pueblos. En efecto, se dice en *Génesis*:

“Aquel día hizo el Señor una alianza con Abrán en estos términos:

-A tu descendencia le daré esta tierra, desde el torrente de Egipto hasta el gran río, el Eufrates: quineos, quineceos, cadmeneos, hititas, pereceos, refaítas, amorreos, cananeos, guergueseos y jebuseos”<sup>48</sup>.

---

<sup>48</sup> *Génesis*, 15:18-21. En *Nehemías* se refleja un pasaje similar a éste y se dice: “-Tú, Señor, eres el Dios que elegiste a Abrán [...] Viste que su corazón te era fiel e hiciste una alianza con él. Prometiste darle, a él y a su descendencia, la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, pereceos, jebuseos y guergueseos” (*Nehemías*, 9:7-8).

No se trataba de un paraíso deshabitado en espera de ser ocupado sino de la tierra de Canaán, habitada ya por una serie de pueblos a los que Israel exterminó para apoderarse de ella con el absurdo argumento de que Yahvé se la había dado a su pueblo. Y, desde luego, con un argumento de esa clase, surgido de la ambición de los dirigentes de Israel, cualquier nación sin escrúpulos podría tratar de apoderarse de todo el planeta “en nombre de su dios”<sup>49</sup>.

En relación con este asunto, tiene interés comentar un pasaje de los *Salmos* por su relevancia para conocer la curiosa manera que tiene Yahvé —o mejor, los sacerdotes israelitas— de entender la *moral*, pues se presenta desde la perspectiva de los imperativos hipotéticos kantianos, los cuales, según Kant señaló, no podían tener valor moral a causa de su carácter interesado. En efecto, se dice en *Salmos*:

“[Yahvé] les dio [a los israelitas] las tierras de los paganos, les hizo heredar las riquezas de las naciones, *para que* guardasen sus mandamientos, y cumpliesen sus leyes. ¡Aleluya!”<sup>50</sup>.

Por otra parte, el hecho de que Yahvé concediese a Israel la “tierra prometida”, exterminando a la práctica totalidad de sus anteriores habitantes y despreciando el derecho de éstos a vivir

---

<sup>49</sup> Según la revista *Laicismo.org.*, 24 de mayo de 2015, “la viceministra de Exteriores de Israel, Tzipi Hotovely, hizo una serie de asombrosas y fanáticas declaraciones al asegurar que “toda esta tierra [del Mediterráneo hasta el río Jordán] es nuestra, ya que nos la dio el creador”, negando de ese modo la soberanía palestina sobre varias zonas de la región [...]. Al final de su discurso, la viceministra añadió citando la Torá: “*Toda la tierra pertenecía al creador y cuando él quiso, nos la dio a nosotros*”. Tras la formación del nuevo Gobierno israelí, formado mayoritariamente por partidos de derecha y ultra-ortodoxos, se hacen casi imposibles los avances en las negociaciones de paz con los palestinos”.

<sup>50</sup> *Salmos*, 105:44-45. La cursiva es mía.

en ella, no dice mucho en favor de la justicia de ese dios y sí en favor de su carácter tribal, déspota y criminal, cuya única excusa consiste en que ese dios era una creación imaginaria de los dirigentes de Israel, un dios del que se sirvieron para proteger a su pueblo y para matar sin misericordia a los demás, pues a los sacerdotes de Israel, que detentaban los poderes religioso, político y militar, no les importó demasiado exterminar a los habitantes de la supuesta “tierra prometida” para instalarse en ella. Y así, en descargo de Yahvé sólo puede decirse que no podía ser culpable de nada en cuanto no existía, y que estos pasajes bíblicos lo que dejan traslucir es la ambición y el belicismo de Israel y de sus dirigentes a la hora de apoderarse de tierras ya ocupadas por otros pueblos, matando sin escrúpulos a sus pobladores para asentarse en ellas y poniendo como excusa de sus ataques criminales el hecho de que cumplían las órdenes de Yahvé, que les había concedido dichas tierras ordenando matar a sus habitantes sin dejar a nadie con vida.

Como ligero atenuante de esta conducta bárbara y cruel puede tenerse en cuenta que Israel había logrado escapar de la opresión egipcia y que luego –al menos, según la *Biblia*- había estado vagando por el desierto durante cuarenta años para encontrar un lugar donde asentarse-. No obstante, la “tierra prometida” tenía ya sus propios habitantes y su exterminio no tenía justificación de ninguna clase.

b) Lo que el supuesto Yahvé no comunicó a Abraham en aquel mítico momento de su “alianza” fue la serie de crueles represalias que tomaría contra Israel en el caso de que no le mantuviese la fidelidad exigida. Y estas bárbaras amenazas, según los textos bíblicos, fueron constantes y se cumplieron en numerosas ocasiones, como la ya señalada en el texto de *Levítico*, 26:27-33, tan lleno de crueldad.

c) En otros pasajes se insiste en esta misma idea de la exclusiva unión de Yahvé con el pueblo de Israel y en su *obsesión por que su pueblo no adore a otros dioses*.

Respecto al conjunto de estos pasajes tiene interés comentar algunos en particular por las ideas que expresan y por las que se deducen de ellos, pues, por una parte, se habla de la alianza, pero complementariamente se insiste en la exaltación de *Israel como único pueblo al que Dios ha elegido*. Se habla también de la recompensa divina y de los castigos de Yahvé a su pueblo si cae en la tentación de adorar a otros dioses, se afirma de manera inequívoca la existencia de esos otros dioses, entre los cuales se considera que Yahvé es el más poderoso, y finalmente se va más allá en la exaltación de Yahvé y se proclama que es el único dios, negando de manera contradictoria la existencia de aquellos otros dioses cuya existencia se había reconocido antes.

d) Respecto a la *glorificación del pueblo de Israel* que tal pacto implicaba por haber sido *elegido por Yahvé con carácter exclusivo* entre todos los pueblos, hay que señalar dos aspectos: uno, de carácter positivo para el pueblo de Israel al distinguirlo sobre los demás pueblos; pero, en contraste con éste, otro de menosprecio respecto a los demás pueblos, lo cual podía tener algún sentido a partir del tribalismo de aquellos tiempos y lugares, pero no en relación con la idea de un *dios universal* cuyo teórico *amor infinito* sería incompatible con la absurda discriminación que su predilección por Israel supone respecto a los demás pueblos, teniendo en cuenta además que no se da explicación alguna que justifique tal predilección ni la postergación de los demás pueblos más allá de la simple voluntad caprichosa de Yahvé, que no fue otra que la de quienes montaron esta historia, es decir, los sacerdotes de Israel.

Veamos algunos ejemplos:

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

d1) “...si me obedecéis y guardáis mi alianza, *vosotros seréis el pueblo de mi propiedad entre todos los pueblos*”<sup>51</sup>.

d2) “No tendrás otros dioses fuera de mí”<sup>52</sup>.

Tiene interés señalar cómo en este último pasaje se hace alusión a la *existencia de otros dioses* como algo absolutamente natural, advirtiéndolo a Israel que *no debe tener otros dioses distintos de Yahvé*, lo cual implica el reconocimiento de su existencia. Casi todas las matanzas de Yahvé contra Israel se producen por la serie de infidelidades de su pueblo, que en diversas ocasiones cae en la tentación de adorar a otros dioses, según se narra en la *Biblia*, al margen de que el motivo real de tales desastres provenga de otras causas, como el poder de sus enemigos, siendo luego los sacerdotes quienes aprovechen tales derrotas para calificarlas como castigo de Yahvé a su pueblo por sus infidelidades.

d3) “Porque tú eres un pueblo consagrado al Señor tu Dios, *para que seas el pueblo de su propiedad entre todos los pueblos que hay sobre la superficie de la tierra*”<sup>53</sup>.

d4) “El Señor se fijó en vosotros y os eligió [...] por el amor que os tiene y para cumplir el juramento hecho a vuestros antepasados”<sup>54</sup>.

d5) “Sin embargo, *sólo en tus antepasados se fijó el Señor, y esto por amor*”<sup>55</sup>.

d6) “El Señor tu Dios te ha elegido para ser su pueblo entre todos los pueblos de la tierra”<sup>56</sup>.

---

<sup>51</sup> Éxodo, 19:5. La cursiva es mía.

<sup>52</sup> Éxodo, 20:3.

<sup>53</sup> Deuteronomio, 7:6. La cursiva es mía.

<sup>54</sup> Deuteronomio, 7:7-8.

<sup>55</sup> Deuteronomio, 10:15. La cursiva es mía.

<sup>56</sup> Deuteronomio, 14:2. La cursiva es mía.

d7) “El Señor, en efecto, ha querido hacer de vosotros su pueblo”<sup>57</sup>.

d8) “¿Existe en la tierra un pueblo que sea como tu pueblo Israel, al que Dios mismo haya venido a rescatar para hacerlo su pueblo, para hacerlo famoso, para realizar en su favor grandes y terribles prodigios, expulsando a las naciones y a sus dioses delante de tu pueblo, a quien rescataste para ti de Egipto? Has consolidado a tu pueblo Israel y lo has hecho tu pueblo para siempre, y tú, Señor, te has convertido en su Dios”<sup>58</sup>.

d9) “Habitaré en medio de los hijos de Israel y no abandonaré a mi pueblo Israel”<sup>59</sup>.

d10) “*De todas las familias de la tierra sólo a vosotros os elegí*”<sup>60</sup>.

d11) “Yo cambiaré la suerte de mi pueblo Israel [...] Yo los plantaré en su tierra y nunca más serán arrancados de la tierra que yo les di, dice el Señor tu Dios”<sup>61</sup>.

d12) “Tú libras a Israel de todo mal; elegiste a nuestros antepasados y los consagraste a ti”<sup>62</sup>.

d13) “¡Pueblos todos, aplaudid; aclamad a Dios con voces de júbilo! Porque el Señor [...] es el rey de toda la tierra. Él nos somete los pueblos, y nos subyuga las naciones. Él escogió nuestra heredad, orgullo de Jacob, su amado”<sup>63</sup>.

---

<sup>57</sup> 1 *Samuel*, 12:22.

<sup>58</sup> 2 *Samuel*, 7:23-24.

<sup>59</sup> 1 *Reyes*, 6:13.

<sup>60</sup> *Amós*, 3:2. La cursiva es mía.

<sup>61</sup> *Amós*, 9:14.

<sup>62</sup> 2 *Macabeos*, 1:25.

<sup>63</sup> *Salmos* 47:2-5.



d14) “En aquel tiempo, oráculo del Señor, *yo seré el Dios de todas las familias de Israel, y ellas serán mi pueblo*”<sup>64</sup>.

d15) “Porque así dice el Señor todopoderoso [...]: “El que os toca a vosotros toca la niña de mis ojos” ”<sup>65</sup>.

d16) “Haré con ellos [con el pueblo de Israel] una alianza de paz, una alianza eterna [...] Pondré en medio de ellos mi morada, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”<sup>66</sup>.

Dice el texto que Yahvé pondrá *su morada en medio de ellos*, pero no en medio de todos los pueblos. Evidentemente Yahvé es un *dios tribal*, que defiende a *su pueblo* y aniquila a quien se le opone a pesar de que posteriormente Pablo de Tarso lo presentase como dios universal, “católico”, poniendo las raíces de la futura expansión del cristianismo.

El tribalismo religioso de Yahvé aparece también ligado a la institución de la esclavitud, pues el dios de Israel acepta sin problemas que los israelitas tengan esclavos no israelitas, pero ordena que en el plazo máximo de seis años los israelitas pongan en libertad a sus esclavos israelitas:

“[Yo, el Señor] les ordené que, al llegar el séptimo año, todo israelita tendría que dejar libre a su hermano hebreo a quien compró como esclavo; sólo durante seis años lo tendrá a su servicio, luego lo dejará en libertad”<sup>67</sup>.

El *tribalismo del dios* del *Antiguo Testamento* tuvo su continuidad en el nuevo. La idea de que la *alianza* de Yahvé iba destinada *exclusivamente* al pueblo de Israel sigue apareciendo en las palabras atribuidas al propio Jesús, tal como se narra en el

---

<sup>64</sup> Jeremías, 31:1. La cursiva es mía.

<sup>65</sup> Zacarías, 2:12.

<sup>66</sup> Ezequiel, 37:26.

<sup>67</sup> Jeremías, 34:13-14.

evangelio de *Mateo* en relación con una mujer cananea, es decir, no israelita, que fue a pedirle a Jesús el favor de que liberase a su hija del demonio que la poseía. Se dice en tal pasaje:

17) “[Jesús] respondió:

-Dios me ha enviado *sólo* a las ovejas perdidas del pueblo de Israel.

Pero ella fue, se postró ante Jesús y le suplicó:

-¡Señor, socórreme!

[.....]

Entonces Jesús le dijo:

-¡Mujer, qué grande es tu fe! Que suceda lo que pides.

Y desde aquel momento quedó curada su hija”<sup>68</sup>.

Este pasaje tiene además el interés de que Jesús afirma que él *ha sido enviado*, lo cual representa una manera de reconocer su *subordinación* respecto a aquél que le envía, lo cual a su vez implica una *negación de que él sea un dios* con un poder igual al de Yahvé o al de las personas de la “trinidad” cristiana -cuestión que se tratará más adelante con mayor detalle-; y tiene además el interés de que Jesús se admira de la fe de la madre de una enferma y, en consecuencia, cura a su hija, a pesar de que la madre no es israelita, y a pesar de que, según la doctrina católica, que en este punto se opone claramente a Jesús, la fe no representa un mérito personal sino un don divino gratuito de cuya posesión nadie tiene mérito alguno, mientras que Jesús hace ese favor a la mujer cananea atendiendo a su fe como si ésta fuera un mérito personal.

A pesar de que gracias a Pablo de Tarso, el cristianismo fue dejando el tribalismo propio de la religión de Israel, resulta sorprendente que en textos canónicos del *Nuevo Testamento* sigan

---

<sup>68</sup> *Mateo*, 15:22-28. La cursiva es mía.

apareciendo planteamientos que encajan con el antiguo *tribalismo* pero no con el *universalismo* –“catolicismo”- de la nueva religión. Así, por ejemplo, el ya citado de la conversación de Jesús con la mujer cananea a quien le concede lo que le pide, a pesar de no ser israelita. Como ejemplos de otros pasajes que siguen esta misma línea puede señalarse algunos más; uno de ellos pertenece al evangelio de *Mateo*, y otro, al *Apocalipsis*. El de *Mateo* dice así:

“A estos doce los envió Jesús con estas instrucciones:

“No vayáis a tierra de paganos ni entréis en las ciudades de Samaría, sino *id a las ovejas descarriadas de Israel*”<sup>69</sup>.

Y el pasaje del *Apocalipsis*, último libro del *Nuevo Testamento*, dice:

“No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios.

Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel”<sup>70</sup>.

Es asombroso que todavía en ese último libro del *Nuevo Testamento* el iluminado que lo escribió y quienes lo incluyeron como parte final de la *Biblia* cristiana fueran tan miopes de seguir restringiendo la protección de Dios al ámbito de *las doce tribus de Israel* y postergando al resto de pueblos conocidos, que en aquellos momentos eran ya incomparablemente más numerosos que el número de los sellados de las doce tribus de Israel. Es igualmente desconcertante y ridículo que quienes se encargaron de establecer los libros canónicos del cristianismo no compren-

---

<sup>69</sup> *Mateo*, 10:5-6. Versión oficial de la conferencia episcopal española. B. A. C., Madrid, 2014. La cursiva es mía.

<sup>70</sup> *Apocalipsis*, 7:3-4.

dieran lo absurdo de este escrito en el que Israel sigue apareciendo como el pueblo mimado de Dios entre los demás pueblos, y, por ello mismo, su carácter contradictorio con lo que había comenzado a ser ya la evolución del cristianismo, extendiéndose a todos los pueblos, pues, efectivamente, el *tribalismo* de la religión de Israel desembocó, gracias a Pablo de Tarso, en una religión “católica”, universal, lo cual ampliaba enormemente el mercado y la rentabilidad económica de ese prometedor negocio religioso.

Como observación a los pasajes citados hay que decir, en *primer* lugar, que el conjunto de todos ellos elimina cualquier duda acerca de la *predilección exclusiva de Yahvé por el pueblo de Israel*, lo cual no encaja para nada con la idea del *dios universal* –católico– que aparecerá con el cristianismo y del que se dirá que ama infinitamente a *toda* su creación. Por ello mismo, *los dirigentes de la secta católica se contradicen cuando identifican a su dios, supuestamente universal, con Yahvé, que es sólo el dios de Israel, un dios inequívocamente tribal.*

El cinismo de los dirigentes católicos llega al extremo de componer cánticos en honor al “Señor”, utilizando como letra de dichos cánticos diversos pasajes bíblicos en los que se habla del amor del Señor *por su pueblo*, pero silenciando que ese pueblo no es otro que *el pueblo de Israel*, y dando a entender falsamente que ese “pueblo de dios” es el formado por todos aquéllos que aceptan la religión católica y las consignas del Vaticano, y no sólo el pueblo de Israel.

En *segundo* lugar tiene interés señalar cómo, en diversos libros de la *Biblia*, la existencia de Yahvé no se presenta como excluyente de la *existencia de otros dioses*, tal como se refleja en el pasaje *d 8* antes citado. Sin embargo, la doctrina posterior de diversas religiones, como la católica, alejándose del tribalis-

mo primitivo, ha evolucionado hacia un punto de vista *mono-teísta*, por lo que en los planteamientos de la “Biblia Católica” habría una contradicción entre los pasajes que defienden la existencia de *diversos dioses* y los que afirman la existencia de un *único dios*.

En tercer lugar, los pasajes *d8*, *d13* y *d15* tienen el interés de mostrar el *carácter político de la alianza* de Yahvé con Israel en cuanto Yahvé se presenta como *la fuerza de Israel* que, por una parte, destruye a sus enemigos y, por otra, no conformándose con una labor defensiva, se convierte además en “Dios de las batallas”, una fuerza agresiva que fomenta y anima la expansión y el dominio de Israel sobre los demás pueblos, tal como se dice en el pasaje *d13*:

“Él nos somete los pueblos, y nos subyuga las naciones”.

Resulta por ello escandaloso comprobar la falsedad de la iglesia católica al silenciar el carácter belicista del dios de Israel, tan alejado de un dios universal, de amor y de paz, como el que más adelante han procurado presentar.

Finalmente tiene interés hacer una referencia especial al pasaje *d17* por diversos motivos: En primer lugar porque en él, al igual que en otros que se mencionarán en su momento, se reconoce de manera implícita que Jesús no se identifica con el dios de Israel ni es hijo de ese dios sino sólo que Yahvé, considerado en los evangelios como el único dios, “le ha enviado”, frase que no tendría sentido en el caso de que Jesús fuera o se considerase a sí mismo dios de Israel, pues aceptando la hipótesis de que Jesús hubiera sido “hijo de Yahvé” y aceptando el dogma católico de la Trinidad divina según el cual Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo son el mismo dios, la frase “Dios me ha enviado” equivaldría a “Dios ha enviado a Dios”, frase que carecería de sentido, ya que implica o bien una absurda identidad

entre el sujeto de la acción y su objeto directo, que serían la misma realidad, o bien una *subordinación contradictoria latente de Dios-Hijo respecto a Dios-Padre*, desde el supuesto de que Jesús se identificase con Dios-Hijo. Y, en segundo lugar, porque en este pasaje Jesús, a pesar de que hace una excepción a su misión realizando finalmente el favor que le pide la mujer cananea, afirma abiertamente:

“-Dios me ha enviado *sólo* a las ovejas perdidas del pueblo de Israel”<sup>71</sup>,

lo cual es una manera evidente de mostrar en el carácter *tribal* de ese Dios, tal como se ha podido ver en multitud de pasajes del *Antiguo Testamento*.

e) Como se ha indicado antes, *la alianza de Yahvé con Israel tuvo un carácter especialmente belicista*, tanto defensivo como ofensivo y expansionista respecto a los pueblos vecinos. Dicho belicismo iba acompañado de un *odio especial* contra aquellos pueblos por los que Israel había sido derrotado y en ocasiones reducido a esclavitud. En este punto sin embargo no existe contradicción entre las enseñanzas de Jesús, relacionadas con el *amor a los enemigos*, y las que se desprenden de una serie de textos bíblicos en los que llega a defenderse el *odio contra los enemigos*, odio sentido incluso por el propio Yahvé. Y no hay contradicción porque, cuando Jesús proclama el deber de amar a los enemigos, se refiere a los enemigos internos, a los pertenecientes al propio pueblo, y no a los enemigos pertenecientes a otros pueblos, a los que hay que castigar y matar en múltiples ocasiones, tal como, según el *Antiguo Testamento*, en tantas ocasiones había hecho el propio Yahvé con la mayor crueldad y desprecio.

---

<sup>71</sup> *Mateo*, 15:24. La cursiva es mía.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

Como ejemplos de textos en los que Israel o el propio Yahvé manifiestan su *odio feroz* contra estos pueblos pueden verse los siguientes:

e1) “Perseguiré a vuestros enemigos, y éstos caerán a espada delante de vosotros”<sup>72</sup>.

e2) “Capital de Babilonia, criminal, dichoso el que te pague el mal que nos has hecho, dichoso el que agarre a tus hijos y los estrelle contra la roca”<sup>73</sup>.

e3) “...Despierta tu furor, derrama tu ira, destruye al adversario, aniquila al enemigo [...] Tu fuego vengador devore a los que queden, y perezcan los que oprimen a tu pueblo”<sup>74</sup>.

Ninguno de estos pasajes es precisamente una muestra de amor y compasión hacia los enemigos de Israel sino de la sed de venganza de ese pueblo —o de su clase dirigente—, donde se presenta al propio Yahvé persiguiendo y matando a los enemigos de Israel, donde se considera dichoso al que *agarre a los hijos de los pueblos enemigos y los estrelle contra la roca*.

e4) “Despierta, ven a mi encuentro y mira, pues tú eres el Señor, Dios todopoderoso, *Dios de Israel*: levántate para castigar a todas esas gentes, no tengas piedad de los pérfidos traidores”<sup>75</sup>.

Así, mientras con el paso del tiempo la piedad será considerada como una virtud especialmente importante, en este texto se pide a Yahvé que *no tenga piedad de los pérfidos traidores*. Peticiones como ésta no son nada excepcionales en el *Antiguo*

---

<sup>72</sup> Levítico, 26:7.

<sup>73</sup> Salmos, 137: 8-9.

<sup>74</sup> Eclesiástico 36:1-8.

<sup>75</sup> Salmos, 59:5-6, 12. La cursiva es mía.

*Testamento*, sino que son especialmente frecuentes, mientras que lo excepcional será que en algún caso Yahvé tenga piedad de los enemigos de su pueblo o de su propio pueblo cuando éste cometa el gravísimo delito de adorar a otros dioses.

Igualmente, Yahvé exige a Israel *que le guarde fidelidad y que no adore a otros dioses*. Las alusiones a esta cuestión son constantes. Veamos algunos ejemplos:

f1) “No tendrás otros dioses fuera de mí”<sup>76</sup>.

f2) “Cuando *el Señor tu Dios* haya aniquilado ante ti las naciones que vas a despojar; cuando las hayas despojado y habites en sus dominios, ten cuidado para no caer en la trampa siguiendo su ejemplo, una vez que ellas hayan desaparecido ante ti. No busques, pues, a sus dioses diciendo “Yo también voy a dar culto a los dioses a quienes esos pueblos daban culto”. No procederás así con el Señor tu Dios, ya que nada hay más odioso y abominable para el Señor que lo que hacían estos pueblos por sus dioses, pues incluso quemaban a sus hijos e hijas en honor de sus dioses”<sup>77</sup>.

f3) “Si rompéis la alianza que el Señor vuestro Dios hizo con vosotros, dando culto a otros dioses y postrándoos ante ellos, entonces se desatará la ira del Señor contra vosotros y muy pronto desapareceréis de esta tierra buena que él os ha dado”<sup>78</sup>.

El *texto f1* tiene el interés especial de que afirma de manera muy escueta pero indudable la exigencia de Yahvé de ser el *único Dios de Israel*, pero por lo mismo tiene el interés añadido de que tal exigencia va acompañada de un implícito *reconocimien-*

---

<sup>76</sup> Deuteronomio, 5:7.

<sup>77</sup> Deuteronomio, 12:29-31. La cursiva es mía.

<sup>78</sup> Josué, 23:16.



*to de la existencia de otros dioses*, a los que Israel no debe someterse en ningún caso, al margen de que este reconocimiento sea contradictorio con ulteriores pasajes monoteístas del *Antiguo Testamento* y con la doctrina católica que proclama la existencia de *un solo Dios*.

Pero es evidente que esta supuesta preocupación de Yahvé por la actitud de Israel respecto a los otros dioses no proviene de nadie más que de los sacerdotes de Israel, obsesionados por mantener el control sobre su pueblo, pues poco podía importar a Yahvé lo que Israel hiciera, ya que al margen de que todos los dioses eran simples fantasías, en el supuesto de que Yahvé hubiera existido y hubiera sido realmente un ser perfecto, precisamente por ese motivo habría sido inmutable e imperturbable, por lo que nada hubiera podido afectarle la conducta de los israelitas respecto a él o respecto a los demás dioses.

Igualmente el *texto f2* insiste en esta misma exigencia obsesiva de *exclusiva* fidelidad de Israel a Yahvé, pero hace referencia igualmente a la acción criminal divina al aniquilar a los pueblos que habitaban la “tierra prometida” para entregarla a Israel, cumpliendo así una parte del pacto relacionado con “su pueblo”. En efecto, se dice al comienzo de dicho pasaje: “Cuando *el Señor tu Dios haya aniquilado*<sup>79</sup> ante ti las naciones que vas a despojar...”. Y, de hecho, más adelante se dice que el ejército de Israel conquista la “tierra prometida” aniquilando a sus habitantes sin otra justificación que la fundamentada en aquel fingido regalo de su dios, que, sin duda alguna, fue una invención más de los dirigentes de Israel para que sirviera de acicate al pueblo y se entregase a la lucha con mayor tesón y confianza en que la decisión de conquistar aquellas tierras y pueblos, estaba fundada en la seguridad de que el propio Yahvé les daría la victoria, del

---

<sup>79</sup> La cursiva es mía.

mismo modo que lo habría hecho en España el apóstol Santiago -“Santiago Matamoros”-, luchando junto a los cristianos y cortando las cabezas de los musulmanes y del mismo modo que lo habría hecho la diosa Atenea luchando junto a los aqueos y en contra de los troyanos, según se narra en la *Iliada*. Un argumento similar a éste sirvió posteriormente a los musulmanes para hacer su “guerra santa” en nombre de Alá y para crear en poco tiempo, mediante la ayuda de su fe y su fanatismo, un imperio extraordinario. Y la secta católica, junto con el poder militar aportado por diversas naciones, utilizó este argumento para justificar las guerras de las cruzadas y las masacres en ellas cometidas, o el exterminio de ciudades enteras como Beziers, habitada por los “herejes” albigenses, o La Rochelle, habitada por hugonotes –protestantes franceses-, o la imposición a los moriscos por parte de los “Reyes Católicos” de convertirse a la religión católica o salir de España, o la conquista de América, aniquilando o esclavizando a todo indígena que no se convirtiera al cristianismo. Así que, mientras los pueblos se iban desangrando en sus luchas religiosas, el poder político y económico de religiones como la católica fue creciendo de modo incesante gracias a la ambición y a la falta de escrúpulos de sus dirigentes, y a la ingenuidad de las masas, que asumían inocentemente la sarta de mentiras con que se les adoctrinaba y se les sigue adoctrinando.

Finalmente el *texto f3* representa una de las muchas amenazas con que Yahvé advierte a su pueblo de que, si da culto a otros dioses, *lo hará desaparecer de la tierra*. Evidentemente y como en tantas ocasiones, la amenaza no proviene de nadie más que de los sacerdotes de Israel, que lo que exigen a su pueblo no es otra cosa que *fidelidad a ellos mismos, a sus sacerdotes dirigentes*, como supuestos transmisores de las órdenes de Yahvé,

ese dios que siempre se oculta al pueblo y sólo se digna mostrarse a Moisés, aunque “de espaldas”.

g) Respecto a las *promesas de Yahvé* acerca de la extensión de la “tierra prometida” así como acerca de la *masacre total de los pueblos que habitaban aquella tierra* y acerca de la *defensa de Israel* frente a sus enemigos, puede verse en los siguientes pasajes:

g1) “[Moisés les dijo] si amáis al Señor vuestro Dios, seguís todos sus caminos y os adherís a él, el Señor expulsará ante vosotros a todas estas naciones, aunque sean más poderosas y fuertes que vosotros, y os apoderaréis de sus posesiones. Los lugares que piséis con la planta de vuestro pie serán vuestros: desde el desierto hasta el Líbano, desde el río Éufrates hasta el mar Mediterráneo será territorio vuestro [...] El Señor vuestro Dios sembrará delante de vosotros el pánico y el terror sobre toda la tierra en la que piséis, como os ha dicho”<sup>80</sup>.

El *texto g1* insiste en la idea de que la acción aniquiladora de Yahvé se extenderá de manera terrorífica contra los pueblos habitantes de la “tierra prometida”, aunque no hayan cometido ningún delito, sino sólo para regalar a su pueblo esta tierra por cumplir con su parte de la alianza. Por si no estaba claro qué era lo que Yahvé —o los sacerdotes de Israel— quería decir a su pueblo, en muchos otros momentos de este mismo libro bíblico aparecen frases similares.

Pero, ¿qué sentido de la justicia o de la misericordia habría existido en ese supuesto dios, que para favorecer a su pueblo lo hubiera hecho a costa de aniquilar a los habitantes de aquellas tierras? Desde luego no es nada fácil ver aquí la acción de un dios *bueno, justo y misericordioso... y católico*. En su lugar se

---

<sup>80</sup> *Deuteronomio*, 11:22-25.

ve la acción de un *déspota asesino, sin misericordia e injusto*. Además, ¿cómo posteriormente la secta católica tuvo la desvergüenza de presentar a su dios, identificado con el mismo dios de Israel, como dios universal que amaba a todos los seres humanos con un amor infinito? Parece que el cinismo de los fundadores del cristianismo sólo quedó superado por la ingenuidad y la ignorancia de quienes les siguieron durante aquellos primeros años desde su creación y de los que les han seguido desde entonces.

g2) “...en las ciudades de estas naciones que el Señor tu Dios te da como heredad *no dejarás ni un alma con vida*. Consagrarás al exterminio a los hititas, amorreos, cananeos, pereceos, jeveos, y jebuseos, *como te ha mandado el Señor, tu Dios*”<sup>81</sup>.

Este pasaje es un ejemplo de los que tanto abundan en el *Antiguo Testamento* en los que *Yahvé ordena* de manera fría, inflexible e injusta *no dejar ni un alma con vida*, exterminando a los pueblos que habitaban la “tierra prometida” antes de ser ocupada por Israel.

Pero, ¿cómo se puede defender la creencia en un dios tan cruel, que da esas órdenes tan injustas y asesinas en lugar de haber buscado –o creado– para *su pueblo* gracias a su infinito poder un lugar apropiado en el que pudiera instalarse sin tener que matar a los habitantes de otras tierras? ¿Cómo un dios, tan exclusivamente pendiente de *su pueblo* y tan déspota y cruel con los demás, iba a poder convertirse en un *dios universal*? Sólo la ambición política y económica, y la falta de escrúpulos de los dirigentes religiosos junto con la ingenuidad del pueblo explican este cambio sobre el que los mismos cristianos de base todavía

---

<sup>81</sup> *Deuteronomio*, 20:16-17. La cursiva es mía.

siguen sin tomar conciencia, a pesar de poder consultar la *Biblia* para comprobar esta contradicción. Como atenuante respecto a esta indolencia del pueblo, hay que decir que la jerarquía católica no manifiesta ningún interés, sino todo lo contrario, en que su adoctrinado rebaño lea o conozca estos pasajes bíblicos tan contradictorios respecto a la idea de un “Dios Universal” que ama infinitamente a todos los hombres y no sólo al pueblo de Israel.

g3) “...Despierta tu *furor*, derrama tu *ira*, *destruye* al adversario, *aniquila* al enemigo [...] Tu fuego vengador devore a los que queden, y perezcan los que oprimen a tu pueblo”<sup>82</sup>.

El interés de este pasaje consiste especialmente en su *antropomorfismo*, en cuanto relaciona al *dios de Israel* con toda una serie de pasiones humanas, como el *furor*, la *ira* y la *venganza*, y en el hecho de que las peticiones que se hacen a ese dios no están guiadas precisamente por sentimientos de amor o de justicia, sino por el odio o el deseo de venganza contra los enemigos de Israel. Es evidente que tales sentimientos y tales acciones eran las que los dirigentes de Israel procuraban transmitir al pueblo en su lucha contra sus enemigos, pero no las de un supuesto dios omnipotente, cuyos sentimientos no podían depender de los avatares por los que hubiera atravesado su pueblo, avatares que –no se olvide– ese mismo dios habría predeterminado. Por todo ello el consejo de Jesús de amar a los enemigos solo evitaba la contradicción si esos enemigos no eran externos al propio pueblo de Israel, sino esos enemigos a quienes el propio Yahvé habría ido masacrando sin consideración alguna.

h) Respecto a los *castigos que Yahvé infiere a su pueblo* por haberse alejado de él adorando a *otros dioses*, dejo para más

---

<sup>82</sup> *Eclesiástico*, 36:6-8. La cursiva es mía.

adelante una exposición más amplia, pero señalo por el momento un par de pasajes:

\* “Israel se estableció en Sitín y el pueblo se entregó al desenfreno con las moabitas. Éstas los invitaron a los sacrificios de sus dioses, y el pueblo comió y se postró ante ellos [...] Entonces el Señor dijo a Moisés:

-Reúne a todos los jefes del pueblo y cuélgalos ante el Señor, cara al sol, para que la cólera del Señor se aparte de Israel.

Moisés dijo a los jueces de Israel:

-Matad a todos los que hayan dado culto al ídolo de Peor.

[...] Los que habían muerto por el castigo sumaban veinticuatro mil”<sup>83</sup>.

\* “[Los judíos] no exterminaron a los pueblos como el Señor les había ordenado, sino que se mezclaron con los paganos, y aprendieron sus prácticas: dieron culto a sus ídolos, que fueron la causa de su ruina, e inmolaron sus hijos e hijas a demonios. Derramaron sangre inocente, la sangre de sus hijos y sus hijas, que inmolaron a los ídolos de Canaán. [...] Por eso el Señor se enfureció contra su pueblo y llegó a aborrecer su heredad [...] Pero [...] recordó su alianza con ellos, se arrepintió por su gran amor”<sup>84</sup>.

Se observa en estos pasajes cómo los castigos más duros de Yahvé recaen contra Israel cuando éste cede a la tentación de *adorar a los dioses de otros pueblos* –aunque en este caso el delito es más grave en cuanto los israelitas realizan sacrificios humanos en honor a esos dioses-. De nuevo aparece en el texto anterior un rasgo especialmente antropomórfico y contrario al concepto de un dios inmutable y perfecto, como es el de que Yahvé *se arrepintiera* de sus intenciones respecto a su pueblo.

---

<sup>83</sup> *Números*, 25:1-9.

<sup>84</sup> *Salmos*, 106: 34-45.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

En cualquier caso, como ya se ha indicado en otros momentos, la crueldad de los castigos de Yahvé por la adoración de Israel a otros dioses no proviene del propio Yahvé, a quien nada hubiera podido importar las fantasías de su pueblo, sino de sus sacerdotes, que se sirven de “su dios”, su mejor invento para mantener el control absoluto sobre el pueblo.

En estos últimos pasajes se muestra de nuevo el *carácter tribal* del dios de Israel -a la vez que la índole sanguinaria que le dieron sus creadores-, ligada a la exigencia a su pueblo de que no adore a otros dioses en cuanto fue él quien les salvó de su esclavitud en Egipto y en cuanto fue con él con quien su pueblo, a través de Abraham, realizó una alianza o un pacto de fidelidad.

El dios de Israel, como se ha podido ver, no es un dios universal, pues no ama a los otros pueblos sino que exige su destrucción en cuanto representen un peligro para la fidelidad exclusiva de Israel a Yahvé, o simplemente en cuanto estén ocupando la tierra que Yahvé ha prometido a su pueblo. Pero, evidentemente, quienes piden y profetizan la destrucción de estos pueblos son *los sacerdotes de Israel*, que quieren mantener incontaminado y fuera de peligro su dominio sobre su pueblo y por ello están interesados en que éste no llegue a reconocer como propios a los dioses de los otros pueblos para evitar que Israel sea seducido por ellos y se olvide de Yahvé, es decir, para que obedezca y siga fielmente las órdenes de sus dirigentes en todo lo que quieran mandarle, y para que pague sus diezmos a los sacerdotes de Yahvé a fin de que aumente su poder económico, político y militar.

Por lo que se refiere a la *evolución de la idea sobre el dios Yahvé*, hay que señalar que en un primer momento los sacerdotes de Israel lo consideraron simplemente como *uno más entre los dioses* de los diversos pueblos, pero, como una proyección

paralela del aumento del poder de Israel, más adelante llegaron a considerarlo como *el Dios más fuerte y poderoso* entre todos y, finalmente, como *el único Dios*, doctrina que prevaleció de manera definitiva en el *Nuevo Testamento*, pero implicando una contradicción con las doctrinas del *antiguo*, tan “palabra de Dios” como las del nuevo, según proclaman los dirigentes de la secta católica.

Así, *el politeísmo de Israel*, unido a la idea de que Yahvé era el Dios más poderoso, aparece en pasajes como los siguientes:

i1) “...el Señor vuestro Dios es *el Dios de los dioses* y el Señor de los señores; el Dios grande, fuerte y temible”<sup>85</sup>.

i2) “Porque el Señor es un Dios grande, *rey poderoso más que todos los dioses* [...] Porque él es nuestro Dios, y nosotros su pueblo”<sup>86</sup>.

Finalmente, el cambio de perspectiva por el que se pasa a considerar a *Yahvé como único Dios* puede observarse en textos como el siguiente:

i3) “[Ezequías oró así:] –Señor, Dios de Israel [...], tú eres el Dios de todos los reinos de la tierra, tú has hecho el cielo y la tierra [...] Te suplico, Señor, Dios nuestro, que nos libres de su poder [= el de los reyes de Asiria], para que todos los reinos de la tierra sepan que tú, Señor, eres *el único Dios*”<sup>87</sup>.

### **2.3. Yahvé, un dios que destruye a los enemigos de Israel, y que castiga brutalmente a su propio pueblo**

---

<sup>85</sup> *Deuteronomio*, 10:17. La cursiva es mía.

<sup>86</sup> *Salmos* 95:3-7. La cursiva es mía.

<sup>87</sup> *2 Reyes*, 19:15. La cursiva es mía.



Como ya se ha visto, Yahvé establece una alianza perpetua con Israel, y, como consecuencia de ella, Israel será “el pueblo elegido”, “el pueblo de Yahvé”. Sin embargo, esto no significa que la actitud de Yahvé respecto a su pueblo tenga que ser siempre de amor y de protección frente a sus enemigos, pues Israel debe cumplir con los mandatos de Yahvé y, especialmente, el de no traicionarle adorando a otros dioses.

Precisamente el texto que sigue a continuación es especialmente duro. En él se amenaza al pueblo de Israel con terribles consecuencias en el caso de que no cumpla con las supuestas “condiciones del pacto” propuesto —o impuesto— por Yahvé, condiciones que no se nombran de manera clara en el momento en que se supone que dicho pacto se produjo, y muestra a un dios brutal y cruel en grado extremo, que representa la antítesis del dios al que el cristianismo considera como amor infinito, a pesar de que para esta secta Yahvé y Jesús se identifican, en cuanto ambos serían el mismo dios, al margen de que los creadores del cristianismo hayan decidido a la vez que Jesús era “Hijo de Dios”. El dios de este pasaje no tiene escrúpulos en amenazar a su pueblo advirtiéndole de que, si no le obedece, *le hará comer la carne de sus hijos* y llegará a detestarlo y a perseguirlo con la espada. En efecto, se dice en *Levítico*:

“Si a pesar de todo esto no me obedecéis y seguís obstinados contra mí [...] *Comeréis la carne de vuestros hijos y de vuestras hijas [...] amontonaré vuestros cadáveres sobre los cadáveres de vuestros ídolos y os detestará [...] os dispersaré entre las naciones y os perseguiré con la espada desenvainada*”<sup>88</sup>.

Pero, como ya se ha dicho, la idea de que el dios de Israel llegue a imaginar una salvajada tan brutal es *contradictoria* con

---

<sup>88</sup> *Levítico*, 26:27-33.

la de su *amor infinito*, de la que se habla en bastantes pasajes del *Nuevo Testamento*.

Como puede ver cualquiera que tenga un mínimo de sensibilidad, este pasaje no muestra para nada la “infinita bondad” de una divinidad sino el modo de ser de un monstruo sanguinario y despiadado hasta extremos realmente insuperables. Y son muchas las ocasiones en que Yahvé se muestra –o se le hace aparecer– como un dios déspota y sanguinario, un dios que no tiene ningún reparo en sembrar la destrucción y la muerte por cualquier motivo insignificante o sin motivo alguno, como sucede cuando castiga despiadadamente a seres absolutamente inocentes, como en especial a los niños. Veamos algunos ejemplos:

“El Señor dijo a Elías, el tesbita:

–¿Has visto cómo Ajab se ha humillado ante mí? Por haberse humillado ante mí, no lo castigaré mientras viva, sino que castigaré a su familia en [la] vida de su hijo”<sup>89</sup>.

Este pasaje muestra a un dios arbitrario e injusto que en esta ocasión perdona a quien se humilla ante él, pero que no por eso deja de castigar, como si el castigo fuera una condición ineludible para compensar una culpa. Pero, además, aquí de modo absurdo el castigo se desvía y se aplica a la familia de Ajab, como si ésta hubiera sido culpable de algo. El hecho de que se castigue a su familia no tiene justificación alguna, de manera que sólo puede entenderse hasta cierto punto teniendo en cuenta que en aquel tiempo la *unidad familiar* o la *tribal* eran tan absolutas que se consideraba a la familia o a la tribu como una sim-

---

<sup>89</sup> 1 Reyes, 21:28-29. He dejado la traducción como estaba, pero parece evidente que el sentido de la frase quedaría más claro si, en lugar de la expresión “en vida de”, el traductor de la *Biblia* (de la editorial *La casa de la Biblia*, Madrid) hubiera escrito “en la vida de”, pues, en efecto, se trata de que Yahvé castiga a Ajab haciendo morir a su hijo.

ple *prolongación del padre*, y, por eso, como en el caso del “pecado original”, la culpa se extendía a los descendientes del culpable directo, de manera que Dios aplicaba un “castigo colectivo”, no haciendo nada “injusto”. Como se irá viendo, este pasaje está en la misma línea de muchos otros que presentan al dios de Israel como un ser arbitrario, déspota y contradictorio con el dios que rechaza castigar a los hijos por los pecados de los padres y, desde luego, con todos aquellos pasajes que hablan de este dios como de un ser infinitamente misericordioso, lo cual es doctrina oficial de la secta católica en la actualidad, aunque en el pasaje citado y en muchos otros la misericordia divina brilla por su ausencia.

En otros momentos es el propio Yahvé quien defiende de forma explícita su derecho a la más absoluta arbitrariedad en sus actos, que sólo se rigen por lo que a él le place y no por un criterio moral previamente establecido o por un criterio basado en su teórico amor infinito. Para entender —en cuanto sea posible— las actuaciones de Yahvé conviene tener presente que su *omnipotencia* se encuentra por encima cualquier norma *moral*, hasta el punto de que se hace decir al propio Yahvé:

*“Yo protejo a quien quiero y tengo compasión de quien me place”*<sup>90</sup>,

palabras que están en consonancia con la omnipotencia señalada pero en contradicción con la doctrina que defiende la misericordia infinita de Yahvé, pues ésta encuentra su límite en su omnipotencia por la que *Yahvé hace lo que le place*. Pero además conviene insistir a estas alturas en que las contradicciones de la *Biblia* no tienen nada que ver con la supuesta inspiración del “Espíritu Santo” sino con la astucia, la fantasía y los intereses de

---

<sup>90</sup> *Éxodo*, 33:19. La cursiva es mía.

quienes las escribieron, intereses especialmente ligados a la clase sacerdotal de Israel, que escudándose en su dios Yahvé, justificaba las acciones despóticas y criminales con que castigaban a su pueblo como si ejecutasen las órdenes de este despótico dios a fin de que el atemorizado pueblo les obedeciera ciegamente.

Poco más adelante el mismo Yahvé proclama que es un Dios celoso, y, por ello mismo, añade en tono amenazador:

“No tendrás otros dioses fuera de mí [...] porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la maldad de los que me aborrecen en sus hijos hasta la tercera y cuarta generación”<sup>91</sup>.

Tras estas declaraciones se perciben de nuevo las artimañas de los dirigentes de Israel al poner en el dios forjado por su imaginación esas imperfecciones antropomórficas de los *celos* y de la *venganza irracional*, no siendo conscientes de que a un dios autosuficiente y perfecto no podría afectarle en lo más mínimo la mayor o menor lealtad de sus “fieles”, y como si ese dios, teóricamente *inmutable*, pudiera llegar a indignarse por la maldad de los hombres hasta el punto de sentir el deseo de castigarles, a ellos y a su descendencia, de un modo tan despótico e injusto.

Además, el hecho de que Yahvé diga que es “un Dios celoso” lo descalifica por completo como “perfecto” y, en consecuencia como “dios”, pues, como ya se ha comentado, la perfección divina implicaría su absoluta impasibilidad e invulnerabilidad, de manera que ni el hombre ni ningún otro ser podrían afectarle lo más mínimo en su inmutabilidad. Por ello, la idea de que Yahvé fuera un dios *celoso* fue uno más de los inventos de los sacerdotes de Israel o de quienes escribieron los pasajes bíblicos

---

<sup>91</sup> *Éxodo*, 20:3-5.

correspondientes para justificar de algún modo las barbaridades que ellos mismos ordenaban, escudándose en su nombre.

Las amenazas de Yahvé con castigos impuestos “hasta la tercera y cuarta generación”, especialmente abundantes en el *Antiguo Testamento*, son una muestra más del despotismo tan injusto con que los sacerdotes de Israel crearon esta divinidad, al margen de que haya un momento al menos en el que se defiende la idea –en contradicción con tantas actuaciones divinas opuestas- según la cual “los hijos no pagarán las culpas de sus padres”. De hecho y de modo reiterado, en este mismo libro vuelve a hablarse de Yahvé insistiendo en esta misma amenaza según la cual

“...castiga la iniquidad de los padres en los hijos y nietos hasta la tercera y cuarta generación”<sup>92</sup>.

Otro de los muchos textos especialmente sanguinarios, injustos y crueles del dios de Israel es el que, dirigiéndose a Moisés, caudillo de su pueblo supuestamente nombrado por Yahvé, y a los comandantes de su ejército les dice:

¿Por qué habéis dejado con vida a las mujeres? Fueron ellas precisamente las que, siguiendo el consejo de Balaán, sedujeron a los israelitas, apartándolos del señor [...] *Matad, pues, a todos los niños varones y a todas las mujeres* que hayan tenido relaciones sexuales con algún hombre”<sup>93</sup>.

Llama la atención en este texto comprobar con cuánta facilidad Yahvé –a través de Moisés- ordena la muerte de mujeres y de “niños varones” considerando que las madres “sedujeron a los israelitas, apartándolos del Señor”. ¿Qué habría que decir de un dios que hubiese dado una orden semejante, tan cruel y tan

---

<sup>92</sup> *Éxodo*, 34:7.

<sup>93</sup> *Números*, 31:15-17.

injusta? ¿Cómo es posible que de nuevo ahora los católicos sigan siendo engañados cuando se les dice que Yahvé, aquel dios tan salvaje, es el mismo al que ahora veneran como “Dios Padre”? Desde luego, un dios así sólo puede tener sentido para mentes primitivas en las que la racionalidad apenas ha comenzado a dar sus primeros pasos, de manera que la creencia en un ser semejante sólo nos sirve para vislumbrar cómo pudo ser la sociedad israelita de aquellos tiempos, pues, como dice K. Marx, la superestructura ideológica de una determinada formación social, como en este caso la religión de Israel, sólo es el reflejo de aquella estructura social, férreamente dominada por sus dirigentes y compatible con la creencia en semejante dios criminal, para quien la vida de ancianos, mujeres y niños carecía por completo de importancia.

De nuevo se observa aquí cómo el mayor delito de los israelitas es el que se relaciona con cualquier acción que pueda alejarles de su sometimiento a Yahvé, o, lo que es lo mismo, de su sometimiento a *los sacerdotes del supuesto Yahvé*.

El tribalismo del dios judeo-cristiano tiene un alcance tan amplio que incluso en el *Apocalipsis*, último libro del *Nuevo Testamento*, vuelve a distinguirse de manera especial a los israelitas como pueblo escogido por el dios cristiano hasta el punto de que se hace referencia de manera especial a doce mil hombres de cada una de las doce tribus de Israel, siendo considerados como siervos de dios y siendo sellados por uno de sus ángeles para no ser dañados por otros cuatro ángeles que van a dañar la tierra y el mar:

“Vi después a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar, diciéndoles: “No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que

sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios”. Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel”<sup>94</sup>

## 2.4. Yahvé, asesino de mujeres y niños

La crueldad despótica de Yahvé –o, más exactamente, la de sus sacerdotes- contra mujeres y niños es realmente asombrosa. Tal forma de comportamiento representa la máxima expresión de la injusticia y la crueldad, y en ningún caso podría representar la actitud de un dios considerado como bondad y amor infinitos. A pesar de que muchos de los pasajes que se muestran a continuación representan una reiteración de abundantes acciones criminales que reflejan la crueldad de Yahvé, tiene interés exponerlas porque, a pesar de la enorme gravedad de las barbaridades que en la *Biblia* se cuentan, parece que la gran mayoría de católicos no ha llegado a tomar conciencia del carácter contradictorio de ese dios, su dios, seguramente porque son muy pocos quienes han leído la *Biblia* y menos quienes lo han hecho con alguna atención, sin prejuicios y sin dejarse manipular por los dirigentes católicos. Veamos a continuación algunos textos especialmente significativos:

a) “El Señor mandó contra ellos [= contra los israelitas] al rey de los caldeos, que mató a espada a sus jóvenes en el santuario mismo, *sin perdonar a nadie, ni muchacho ni doncella, ni anciano, ni anciana: Dios entregó a todos en su poder*”<sup>95</sup>.

Tal como puede verse, la matanza de Yahvé –por mediación del rey de los caldeos- se ejerce contra su propio pueblo en general,

---

<sup>94</sup> *Apocalipsis*, 7:2-4.

<sup>95</sup> 2 *Crónicas*, 36:17. La cursiva es mía.

“sin perdonar a nadie”, como si tuviera algún sentido que los castigos correspondientes a determinadas faltas –suponiendo que tuvieran algún sentido– fueran *colectivos* en lugar de ser *individuales* al igual que las faltas mismas, olvidando que los castigos no sirven para otra cosa que para satisfacer el rencor de quien se sienta ofendido, el cual en ningún caso podría ser un dios perfecto, quien estaría más allá de cualquier posibilidad humana de ofenderle y de alterar su absoluta inmutabilidad, y olvidando además que las acciones humanas estarían predeterminadas por ese dios tan poderoso.

Pero de nuevo nos encontramos con que la preocupación de los sacerdotes de Israel por controlar a su pueblo les lleva a atemorizarle con estos “castigos divinos”, que no eran otra cosa que los castigos que los propios sacerdotes de Israel infligían a su pueblo o las derrotas sufridas por dicho pueblo, reinterpretadas a conciencia por los sacerdotes como castigos divinos, de manera que, como éstos no podían decir a su pueblo que Yahvé les había abandonado sin motivo alguno en lugar de protegerles y que por eso habían sido derrotados, lo que le dicen es que ha sido el pueblo el que ha abandonado a Yahvé y que por eso Yahvé le ha castigado duramente con esa derrota y con esas muertes indiscriminadas y crueles.

b) “David dijo a Natán:

-He pecado contra el Señor.

Entonces Natán le respondió:

-El Señor perdona tu pecado. No morirás. Pero, *por haber ultrajado al Señor de este modo, morirá el niño que te ha nacido [...] Al séptimo día murió el niño*”<sup>96</sup>.

---

<sup>96</sup> 1 Reyes, 21:28-29. En 2 Samuel, 12:13-18, Yahvé actúa de manera idéntica a ésta, dejando de castigar a Ajab para castigar con la muerte a su hijo, que ninguna culpa tenía.



Aquí Yahvé “sólo” *mata a un niño* recién nacido, pero el texto tiene interés por diversos motivos: En primer lugar, porque el pecador que ha provocado el castigo divino ha sido el rey David. ¿Qué importancia tiene eso? Pues que los sacerdotes que forjan tal interpretación, como no están en condiciones de condenar ni de ejecutar al rey David para recuperar el poder que habían perdido con la ocupación de la supremacía política por parte de los reyes a partir Saúl, aprovechan la muerte de un hijo del rey David para decir que esa muerte ha sido un castigo de Yahvé, lo cual, evidentemente, aunque es una barbaridad, está en la línea de otras atrocidades de Yahvé —o de la crueldad de sus sacerdotes—. Sin embargo el pueblo parece estar acostumbrado a tales barbaridades supuestamente debidas a la voluntad de su dios, pues, como ya sabemos, en aquella cultura los *hijos* apenas representan algo más que una *prolongación de los padres*, de manera que podían servir para pagar por las culpas de aquéllos.

Este pasaje demuestra igualmente que aquel otro de 2 *Crónicas*, donde se dice *que los hijos no pagarán por las culpas de sus padres*, sigue siendo una aguja en un pajar.

Y, finalmente, tiene también cierto interés subrayar el *machismo* que implica la afirmación según la cual *el niño le ha nacido a David y no a la madre del niño*, que no pinta nada.

c) “[Así dice el Señor todopoderoso, dios de Israel, respecto a su propio pueblo:] *Les haré comer la carne de sus hijos y de sus hijas*, y se devorarán unos a otros en la angustia del asedio y en la miseria a que los reducirán los enemigos que buscan matarlos”<sup>97</sup>.

El pecado de su pueblo por el que Yahvé toma venganza es, como en tantas ocasiones, el de haber adorado a otros dioses. El

---

<sup>97</sup> *Jeremías*, 19:9. La cursiva es mía.

castigo, sin embargo, es de una dureza insuperable: Les condena a *comerse a sus propios hijos e hijas* y a devorarse unos a otros. Como es de suponer, el castigo divino es nuevamente una invención de los sacerdotes de Israel o de quien escribió este relato, pero pudo basarse en sucesos relacionados con las guerras de aquellos tiempos, cuando los prolongados asedios pudieron conducir a tales actos de canibalismo. En cualquier caso lo típico de estas descripciones consiste en que sus inventores pudieron haberse basado en un hecho real en relación con el cual habrían inventado una causa relacionada con una supuesta actuación de Yahvé para beneficiar o para perjudicar al pueblo según que el suceso que debían explicar fuera beneficioso o perjudicial para Israel, de manera que, si era beneficioso, eso significa que Yahvé había querido premiar su fidelidad, mientras que, si era perjudicial, eso significaba que Yahvé estaba indignado con su pueblo y le había castigado. Pero no se dice que Yahvé les castigue porque han obrado mal sino que, si Yahvé les ha castigado, será porque han obrado mal, aunque nadie sepa en qué ha consistido su falta.

Ahora bien, de acuerdo con la *Biblia* y con la dogmática de la iglesia católica, los cristianos deben asumir que *Dios castiga a su pueblo haciéndole cometer actos de canibalismo, despreciando la vida de seres inocentes, como niños y niñas*, pues el texto es absolutamente claro y no hace falta que venga ningún intérprete oficial de la iglesia católica para iluminarnos acerca del sentido que haya que dar a éste y a cualquier otro pasaje bíblico.

¡Qué Dios tan “justo”, “bondadoso” y “misericordioso”!  
¡¿Quién podría amar y adorar a semejante monstruo si existiera?! Pero, al margen de sus “virtudes”, ¡tan extraordinarias!, lo que es evidente de nuevo es la existencia de una nueva contra-

dicción entre ese dios sanguinario y el dios sumamente bondadoso y misericordioso de que habla la secta católica, al margen de que en último término tanto Yahvé como el dios del *Nuevo Testamento* no sólo son el mismo sino que además son igualmente crueles, pues, si Yahvé mataba sin piedad, el dios cristiano manifiesta su crueldad mediante el castigo del fuego eterno, castigo infinitamente más duro que la misma muerte.

c) “Oráculo contra Babilonia que Isaías, hijo de Amós, recibió en una visión: [...] El Señor y los instrumentos de su furia vienen desde una tierra lejana, desde los confines del cielo; vienen para devastar la tierra. Dad alaridos, el día del Señor se acerca, vendrá como devastación del Devastador [...] Al que encuentren lo atravesarán, al que agarren lo pasarán a espada. Delante de ellos estrellarán a sus hijos, saquearán sus casas y violarán a sus mujeres. Pues *yo incito contra ellos a los medos [...] sus arcos abatirán a los jóvenes, no se apiadarán del fruto de las entrañas ni se compadecerán de sus hijos*”<sup>98</sup>.

¡Quién iba a decir que ese “Devastador” tan lleno de furia irracional era a la vez nuestro “Padre amoroso” o aquél que murió en una cruz para redimirnos de nuestros pecados! Nos encontramos aquí con uno de los pasajes bíblicos que presentan al dios más terrorífico y brutal que pueda imaginarse, donde Yahvé y los instrumentos de su furia vendrán a devastar Babilonia —o cualquier otra región de la tierra—. Y Yahvé advierte de la serie de atrocidades que va a realizar a través de los medos: Muerte para todo el que encuentren, muerte violenta para sus hijos, que morirán estrellados contra el suelo o contra lo que sea, con el odio brutal que sugieren esas muertes absurdas y el modo según el cual se producirán. Acciones divinas más allá de toda

---

<sup>98</sup> *Isaías*, 13:1-18. La cursiva es mía.

moral y de cualquier atisbo de misericordia. Odio irracional a los seres humanos de Babilonia. Incluso, según el mismo Yahvé dispone, “violarán a sus mujeres”. No se trata de que simplemente lo advierta o lo profetice. ¡Es él quien decide que suceda, convirtiendo en lícito y sagrado lo que normalmente se juzga como criminal! Y por lo tanto es él quien hace todo aquello que a la vez prohíbe, simplemente porque ésa es su voluntad y porque de ese modo desahoga su ira. No es un dios de amor, es el dios del odio más terrorífico y tiránico. Y, para completar este cuadro criminal, advierte que *él incita* a los medos contra los babilonios y dispone que aquéllos “abatirán a los jóvenes, no se apiadarán del fruto de las entrañas ni se compadecerán de sus hijos”. Es decir, no se trata sólo de matar a jóvenes y a niños sino incluso de asesinar a niños todavía no nacidos. ¡Y esa orden implacable la da ése a quien llaman “el Dios del amor”, el mismo dios de los dirigentes católicos que ahora reprueban el aborto como un crimen horrendo! ¡Cuánta hipocresía hay en quienes condenan el aborto a la vez que consideran tan naturales y santas las actuaciones criminales de su dios, asesinando a niños nacidos o no nacidos y a punto de nacer!

Todos podemos imaginar, de acuerdo con el simple sentido común, que tales acciones no hubieran podido ser mandadas por un dios bueno y que, si sucedieron hechos similares en la historia de Israel, fueron realizados sin escrúpulo por quienes escribieron este macabro relato para atribuírselos a su dios con la intención de que el pueblo conociera hasta dónde podía llegar su cólera si se le provocaba con alguna infidelidad.

A pesar de todo, según los dirigentes de la secta católica nos encontramos ante “la palabra de Dios”, de un dios veraz que habría inspirado este relato. ¡A ver quién puede mostrar un míni-

mo de compatibilidad entre este dios y el dios del amor, de la misericordia infinita o de la simple justicia!

Una peculiaridad de la absurda crueldad de Yahvé, ese dios que en el *Nuevo Testamento* se muestra en ocasiones como “justo y misericordioso”, es la que aparece en forma de castigos totalmente incomprensibles en pasajes como los siguientes:

\* “El Señor castigó a la gente de Bet Semes porque habían mirado el arca del Señor; hirió [= mató] a setenta hombres de entre ellos”<sup>99</sup>;

\* “Entonces el Señor se encolerizó contra Uzá; lo hirió por haber tocado el arca con la mano, y allí mismo murió delante de Dios”<sup>100</sup>.

En estos pasajes y al margen de la absurda desproporción de este castigo por “el delito” (?) cometido por “la gente de Bet Semes”, que se atrevieron a *mirar* el arca de la alianza, o por Uzá, que de forma refleja trató de sujetar el arca para impedir que cayese al suelo, lo que llama la atención es que una simple mirada al arca de la alianza o el hecho de haberla tocado para impedir que cayera —es decir, una acción buena, pues buena era la intención— fueran motivos de la fulminante ira divina, esa ira de aquel dios que después, bajo la figura de Jesús, diría aquellas otras palabras, tan contradictorias con este absurdo castigo:

“Dejad que los niños vengan a mí”<sup>101</sup>.

¿Cómo es posible esta actuación tan déspota y criminal en un dios del que a la vez se dice que es misericordia y amor infinito?

---

<sup>99</sup> 1 *Samuel*, 6:19.

<sup>100</sup> 1 *Crónicas*, 13:10.

<sup>101</sup> *Marcos*, 10:14.

Evidentemente de nuevo la explicación de estos pasajes tan irracionales se encuentra en el sencillo hecho de que, si Yahvé era amor infinito, no pudo ser el ejecutor de tales castigos mientras que, si los ejecutó, no se puede decir de él que fuera amor infinito. Por ello, de nuevo hay que suponer, como en tantos otros casos, que fueron los *sacerdotes de Israel* quienes, movidos por su ambición de dominio y control sobre su pueblo, se presentaban ante él como los *únicos* intermediarios de Yahvé, alegando que habían sido *elegidos por él* entre los descendientes de la tribu de Leví. Pero, ¿quién comunicó al pueblo tal supuesta decisión de Yahvé respecto a la tribu de Leví? Pues, al parecer, el propio Moisés. Establecido tal estatus especial para Aarón y sus hijos, miembros de la tribu de Leví, los sacerdotes de Israel trataban de impedir por todos los medios que el pueblo se familiarizase con aquellos tesoros y objetos sagrados, como el Arca de la Alianza, que, según decían, se encontraban especialmente relacionados con Yahvé, y, así, para que el pueblo se hiciera una idea del carácter terrible y lejano de su Dios, tomaron “en su nombre” aquellas represalias tan absurdas contra la gente de Bet Semes, sólo por haber *mirado* el arca de la alianza, y contra Uzá, sólo por haberla *tocado*, al margen de su intención al hacerlo.

Sin embargo, los dirigentes de la iglesia católica proclaman que nos encontramos ante “la palabra de Dios”, y, por ello, que fue su propio dios quien tuvo esa actuación criminal ¡tan coherente (?) con su amor infinito!

\* “*Voy a barrerlo todo de la superficie de la tierra*, oráculo del Señor. Barreré hombres y ganados, barreré aves del cielo y peces del mar; haré perecer a los malvados, *eliminaré a los hombres de la superficie de la tierra*, oráculo del Señor”<sup>102</sup>.

---

<sup>102</sup> Sofonías, 1:2. La cursiva es mía.

Una nueva barbaridad, más propia, sin duda, de un psicópata asesino que de “un dios amor infinito”. ¡Y nos escandalizamos de Hitler! En este caso se trata de un “oráculo” de una destructividad total y más irracional de lo que pudiera imaginarse: Se dice en *Génesis* que Yahvé creó el mundo y creó al hombre, y, en aquel famoso momento, “vio Dios que era bueno”. Además, por su omnipotencia y su predeterminación programó a los hombres para que hicieran todo aquello que él había decidido. Y, sin embargo, ¡ahora se le ocurre renegar de cualquier ser vivo de su creación, incluido del propio ser humano, a pesar de que todo lo aparentemente realizado por el hombre ¡estaba predeterminado por él!, y a pesar de que por su omnisciencia ¡Yahvé sabía de antemano como se comportarían los hombres en todo momento! Así que, si acaso, Yahvé debería haberse aniquilado a sí mismo, si no estaba de acuerdo con su obra. Además, anteriormente, cuando, según el mito del “Diluvio Universal”, casi había llevado a cabo esta misma bárbara decisión exterminadora y sólo había dejado vivos a Noé y a su familia, ¡¡prometió que nunca más volvería a realizar una salvajada semejante!! Los fabulistas bíblicos son incoherentes en muchas ocasiones como ésta, en la que nos presentan a un dios tan contradictorio con su teórica perfección. Se dice, en efecto en *Génesis*:

“Ésta es mi alianza con vosotros: ningún ser vivo volverá a ser exterminado por las aguas del diluvio, ni tendrá lugar otro diluvio que arrase la tierra”<sup>103</sup>.

Y, sin embargo, en el pasaje de *Sofonías*, su autor llega a superar al mismo Jeremías a la hora de imaginar brutalidades para desahogo de su dios, hasta el punto de profetizar, de modo contradictorio con las anteriores palabras de Yahvé, ¡la eliminación

---

<sup>103</sup> *Génesis*, 9:11.

de todos los hombres y de todo bicho viviente! ¿Cómo es posible tal contradicción? Si Yahvé no podía contradecirse, dada su infinita sabiduría, es evidente que quien escribió este pasaje no pudo estar inspirado por ese dios. Parece evidente que el motivo de esta contradicción consiste en que su autor no recordaba -o creyó que el pueblo no recordaría- que Yahvé prometió que nunca más haría una barbaridad como la de aquel *diluvio universal*.

\* “...exterminaré por completo a todos los habitantes de la tierra”<sup>104</sup>.

Y aquí, de nuevo, Sofonías quiere imprimir en la *Biblia* su sello personal, a no ser que nuevamente el mismo “Espíritu Santo” hubiera sido especialmente desmemoriado respecto a lo que inspiró al escritor del correspondiente pasaje cuando prometió no enviar ningún otro diluvio y no destruir su obra, ésa de la que había dicho que “vio que era buena”. En cualquier caso en *Sofonías* se insiste en amenazar brutalmente con la destrucción de todos “los habitantes de la tierra”, de manera que nuevamente el amor de Yahvé brilla por su ausencia, siendo sustituido por el odio más absoluto. De nuevo nos encontramos ante el antropomorfismo de un dios que *se arrepiente* de haber creado al hombre y que se propone aniquilarlo, aunque finalmente *se arrepienta* también de tal decisión. ¡Qué dios tan voluble y tan distinto de un supuesto dios cuya perfección debía implicar la inmutabilidad! ¡Qué muestra de amor eterno más admirable (!)?

En cualquier caso, por lo que se refiere a estos dos últimos pasajes en los que Yahvé se propone destruir a toda la humanidad, hay que añadir que evidentemente resultan absolutamente contradictorios con la omnisciencia y con la predeterminación divinas, según las cuales todas las acciones y sucesos de la natu-

---

<sup>104</sup> *Sofonías*, 1:18.



raleza están presentes ante dios en todo momento, de manera que ningún suceso podría dar lugar a un cambio de sus planes eternos como si no lo hubiera programado él mismo de acuerdo con su perfección absoluta.

Así que nuevamente nos encontramos ante pasajes que sirven para mostrarnos el carácter *antropomórfico* de este dios. Son pasajes realmente ingenuos, que en ningún caso podrían haber estado inspirados por el supuesto “Espíritu Santo” sino escritos por hombres dotados de una cruel fantasía, pero no de suficiente capacidad lógica para tomar conciencia de la incoherencia de sus propias historias o con las de los demás autores bíblico o con la idea de un dios caracterizado por un amor infinito a su propia creación. Sería realmente absurdo que un dios *inmutable*, que además se identificaría con el “logos” –con la razón-, estuviera *cambiando* de opinión de acuerdo con sus *variables* estados de humor y dependiendo éstos de cómo se produjeran las acciones humanas previamente programadas por él mismo.

### 2.4.1. Yahvé: Otras muestras de su despotismo criminal

Son tan abundantes los pasajes bíblicos en los que Yahvé se muestra como un dios amenazador, colérico, déspota y asesino que tratar de comentarlos exhaustivamente sería una labor ingente que, sin embargo, apenas aportaría alguna novedad al estudio de estas cuestiones. Por ello y para completar esta exposición añadiré sólo algunos pasajes representativos, junto con el comentario correspondiente:

\* “Así dice el Señor. Voy a llenar de embriaguez [...] a todos los habitantes de Jerusalén. *Los estrellaré unos contra otros, padres e hijos juntos, oráculo del Señor. Los aniquilaré sin piedad, sin misericordia, y sin compasión*”<sup>105</sup>.

---

<sup>105</sup> Jeremías, 13:13-14. La cursiva es mía.

En este pasaje Yahvé —o los sacerdotes de Israel— está hablando del pueblo de Jerusalén, parte esencial del pueblo elegido, y, sin embargo, no tiene reparos en manifestar sus intenciones de aniquilarlo sin hacer distinción alguna entre culpables e inocentes del delito que haya podido provocar su ira, delito que en el pasaje de *Jeremías* no se nombra. Dice “los estrellaré unos contra otros, padres e hijos juntos”, tal como haría cualquier tirano cegado por un odio incontrolable, sin tener en cuenta para nada el más mínimo sentido de la justicia ni de la misericordia, pues, efectivamente, el propio Yahvé amenaza con aniquilar “a todos los habitantes de Jerusalén [...] sin piedad, sin misericordia, y sin compasión”, de manera que los dogmas relacionados con el supuesto amor y misericordia *infinitos* del dios de los católicos quedan contradichos por este dios que proclama su *odio* y su *falta de compasión* contra sus enemigos o contra quienes le traicionan adorando a otros dioses.

Ante el escándalo que algunos católicos pudieran sentir por estas muestras constantes de crueldad y de falta de amor de aquel dios del *Antiguo Testamento* y ante la tranquilidad que pudieran sentir con el pensamiento de que “el dios auténtico”, el suyo, sería incapaz de realizar tales barbaridades, conviene recordar nuevamente que, para los dirigentes católicos, el dios del *Nuevo Testamento* y el dios del *Antiguo Testamento* son el mismo, al margen de que hayan dejado de utilizar el nombre de “Yahvé” y ahora lo llamen “Dios Padre”, y que además, aunque hubieran sido dioses distintos, el dios del *Nuevo Testamento* sólo en apariencia sería mejor que el del antiguo, pues, al margen de la comedia de la encarnación, pasión y muerte de Jesús, considerado como “Hijo de Dios”, ese dios que los dirigentes católicos presentan de un modo tan bondadoso, castiga a sus enemigos todavía más duramente que Yahvé, pues no les priva de la vida sino que se la concede eternamente al igual que a los buenos, a quienes premiará con la felicidad eterna; sólo que en el caso de los condenados se les concede la “vida eterna” *para que su sufrimiento se prolongue eternamente en el fuego del Infierno* y así ya no hará falta recurrir al castigo de sus hijos hasta la tercera y la cuarta generación como ocu-

rría antes del espeluznante invento del Infierno. Pues, en efecto, si Yahvé no había llegado a aplicar un castigo tan insuperablemente cruel como el del infierno eterno, contentándose con *estrellar a padres e hijos, unos contra otros*, el motivo de su “moderación” no había sido otro que el hecho de que por aquellos tiempos el pueblo de Israel creía que la muerte representaba el fin absoluto de la vida humana y su regreso al polvo de donde provenía, de manera que no se les había ocurrido todavía la audaz idea de que pudiera existir un castigo para después de la muerte. Pero, sin duda ninguna, si a los sacerdotes de Israel se les hubiera ocurrido tal idea, no habrían dudado en introducir inmediatamente la doctrina del castigo eterno como una superación de todos los demás castigos debidos al odio vengativo de “Yahvé”.

Por ello la contradicción no se encuentra en el *odio* del dios del *Antiguo Testamento* frente al *amor* del dios del nuevo, sino en este mismo dios de *toda la Biblia* —o lo que de él escriben sus diversos autores— frente a la serie de doctrinas mediante las cuales, a pesar de lo ya señalado, los dirigentes católicos se empeñan en seguir hablando de ¡un dios que ama a los hombres con un amor infinito! cerrando los ojos a esta serie de castigos tan bárbaros, injustos y crueles, propios tanto del dios del *Antiguo Testamento* como del dios del nuevo ¿Cómo es posible proclamar la doctrina de la infinita bondad del dios judeo-cristiano cuando resulta tan fácil conocer la cruel barbarie de este dios, creado por los sacerdotes y “profetas” de Israel?

\* “Por eso, así dice el Señor todopoderoso: [...] Convertiré a Jerusalén en un montón de piedras, en una guarida de chacales; dejaré desiertas y sin habitantes a las ciudades de Judá”<sup>106</sup>.

Como suele suceder en los escritos de Jeremías, los motivos de la ira de Yahvé son confusos, pero casi siempre se trata de algún asunto relacionado con que los israelitas han adorado a otros dioses o que no adoran a Yahvé como merece y se olvidan de él. Pero, en teoría, tal actitud no debería constituir motivo de enfado para un dios inmutable cuyos sentimientos —si es que a un dios perfecto se le pudieran atribuir

---

<sup>106</sup> *Jeremías*, 9:6-10.

sentimientos sin caer de nuevo en el antropomorfismo- no tendrían por qué estar condicionados por la actitud de los hombres hacia él, pues un dios cuyos sentimientos *dependieran* en alguna medida de la actitud de hombre no sería omnipotente ni inmutable y, en consecuencia, no sería dios en el sentido de un ser perfecto e inmutable. Pero, si además ese dios tomase el tipo de represalias que en este mismo texto se mencionan, sólo demostraría tener sentimientos de odio, de sed de venganza, de despotismo salvaje y de falta de misericordia, cualidades que serían *contradictorias* con las que en otros momentos se le atribuyen, como cuando dicen de él: “Dios es amor”.

“Por todos los collados del desierto llegan los devastadores, porque el Señor empuña una espada devastadora, de un extremo al otro de la tierra; no hay paz para nadie”<sup>107</sup>.

De nuevo Jeremías manifiesta su truculenta imaginación presentando a Yahvé empuñando “una espada devastadora, de un extremo al otro de la tierra”. Se trata de un dios terrorífico que siembra la destrucción y la muerte, un dios nuevamente contradictorio con aquél que ama y manda amar a los propios enemigos. Y, sin embargo, para los dirigentes de la iglesia católica se trata de su mismo dios, pues proclaman que Yahvé es dios y que Jesús es hijo de ese mismo dios, con el cual se identifica y se diferencia -¡a ver quién entiende eso!-, al margen de que procuren ocultar tal contradicción escondiendo al dios de Jeremías, ignorándolo en las diversas lecturas litúrgicas dirigidas a su fiel rebaño, en sus oraciones y demás ceremonias, para que nadie asocie al dios de los católicos con el dios de Israel, tan déspota y cruel. Y, sin embargo, resulta que “Dios Padre” es más cruel incluso que el propio Yahvé, pese a su apariencia de manso cordero, pues amenaza y castiga con el *fuego eterno* a la mayor parte de la humanidad, ya que *pocos son los escogidos* para la salvación eterna. Por ello, ante esta crueldad gratuita representada por un castigo que no tiene otra finalidad que el castigo mismo, la crueldad del dios católico supera a la del mismo

---

<sup>107</sup> Jeremías, 12:12.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

Yahvé, quien, al fin y al cabo, sólo castiga al hombre con la muerte, con el regreso al polvo del que fue formado.

\* “Entonces el Señor me dijo:

-No intercedas a favor de este pueblo. Aunque ayunen, no escucharé su súplica; aunque ofrezcan holocaustos y ofrendas, no los aceptaré; con espada, hambre y peste los exterminaré”<sup>108</sup>.

De nuevo tenemos aquí al dios de Jeremías, pero con el matiz de que en esta ocasión, en contradicción con la misericordia infinita que, según los dirigentes de la secta católica, debía caracterizarle, se muestra inflexible y carente de misericordia, aunque se le suplique y se le ofrezcan sacrificios. De nada sirve el arrepentimiento. La cólera de este dios no tiene límites y sólo se aplaca mediante el sufrimiento y la muerte de quien la haya provocado, y, en muchos casos, también con la de su descendencia. Nos encontramos ante un dios absurdamente colérico, un loco, un sádico insaciable. Pero además nos encontramos ante un dios que ni es omnipotente ni es inmutable, pues está a merced del ser humano, el cual es capaz de provocar en él emociones de cólera, de crueldad, de insaciables deseos de venganza.

¿Es ése el dios tan bueno, que tanto nos quiere, capaz de dar su vida por nosotros? Es, sin duda de ninguna clase, un dios contradictorio con el supuesto dios infinitamente misericordioso del que hablan los dirigentes de la secta católica, cerrando los ojos a sus crueles venganzas y a su falta de misericordia, que, por otra parte, persisten más adelante con su “fuego eterno”.

\* “El Señor es un *Dios celoso y vengador*; [...] *su ira es terrible*. El Señor se venga de sus adversarios, guarda *rencor contra sus enemigos*”<sup>109</sup>.

Y aquí el Dios de *Nahum*, similar al de *Jeremías*, un Dios vengativo, que no ofrece la otra mejilla y que “guarda rencor contra sus enemigos” en lugar de perdonarles, tal como lo haría un dios “infinitamente misericordioso”. Ese dios está muy lejos, al menos en apariencia, de

---

<sup>108</sup> *Jeremías*, 14:11-12.

<sup>109</sup> *Nahum*, 1:2. La cursiva es mía.

aquel Dios-amor del que en tantas ocasiones se habla a partir del *Nuevo Testamento*, pues casi siempre aparece amenazando, hiriendo y castigando “rencorosamente”; a unos con la muerte terrenal, a otros con el fuego eterno del Infierno. Así que en el fondo es lógico que se diga que se trata del mismo dios, pero no por tratarse de un dios Amor Infinito, sino porque tanto Yahvé como el dios del *Nuevo Testamento* coinciden en su sed de venganza, una venganza descomunal y sin sentido alguno. Y, evidentemente, hay una contradicción entre este dios “que guarda *rencor* contra sus enemigos” y el supuesto dios, amor y misericordia infinitas, del que hablan los dirigentes católicos.

Un ejemplo de la actuación teatral de los sacerdotes de Israel engañando a su pueblo aparece en *Éxodo*, donde su autor cuenta que Yahvé indicó a Moisés los *límites* del monte Sinaí que su pueblo no podía cruzar, pues era en dicha montaña donde Yahvé se le iba a aparecer y le iba a entregar las famosas tablas con sus preceptos. Así, se dice en dicha obra:

“Después el Señor dijo a Moisés:

-Ve con el pueblo y purifícalos hoy y mañana; que laven sus vestidos y estén preparados para el tercer día, porque el tercer día bajará el Señor sobre el monte Sinaí a la vista de todo el pueblo<sup>110</sup>. Tú señalarás un límite por todo el contorno diciendo: No subáis al monte, ni piséis su falda. Todo el que pise el monte morirá”<sup>111</sup>.

Es evidente que, al igual que en otras ocasiones, los sacerdotes de Israel tienen un interés especial en hacer creer a su pueblo que Yahvé es un dios tan terrible que su visión mata, pero en realidad lo

---

<sup>110</sup> Es el colmo de la desvergüenza que el autor de *Éxodo* escriba “a la vista de todo el pueblo” cuando el pueblo no ve absolutamente nada y además tiene prohibido subir al monte e incluso pisar su falda bajo pena de muerte. Se dice además que “todo el monte Sinaí estaba envuelto en humo” (*Éxodo*, 19:18), lo cual sugiere que Moisés y los dirigentes más allegados, como su hermano Aarón, debieron de preparar ese escenario tan teatral haciendo hogueras por las zonas altas del monte Sinaí a fin de impresionar al pueblo, el cual sólo oyó el sonido de una trompeta y de un trueno.

<sup>111</sup> *Éxodo*, 19:10-13.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

que procuran es que el pueblo no suba al monte a fin de que no descubra que todo lo relativo a Yahvé es un simple montaje urdido por sus dirigentes. No se trata de que Yahvé sea un dios terrible sino simplemente de que no existe, aunque sea el mejor invento de los sacerdotes de Israel, su mejor arma para hacerse obedecer por el pueblo, y tienen que justificar su lejanía con la excusa de que su grandeza es tan absoluta y terrible que el pueblo perecería ante su sola presencia.

Esta misma explicación, relacionada con la lejanía de Yahvé, sirve para comprender el relato de Moisés, a quien Yahvé, cuando se le aparece en el monte Sinaí, le dice que sólo puede verle de espaldas “porque de frente no se me puede ver”<sup>112</sup>, pues quien ve a Dios de frente muere. Parece que ni a los sacerdotes ni al pueblo de Israel se les ocurrió pensar en que el inmenso poder de Yahvé hubiera podido hacer que todo su pueblo gozase de su presencia y de su visión sin tener que morir por ello. De hecho, el pasaje ya mencionado en el que Jesús dice “dejad que los niños vengan a mí”<sup>113</sup> es un claro ejemplo de la *contradicción* entre el Dios *tan lejano* del monte Sinaí y el *tan cercano* de pasajes evangélicos como este último.

“Así dice el Señor todopoderoso: [...] Así que vete, castiga a Amalec y consagra al exterminio todas sus pertenencias sin piedad; mata hombres y mujeres, *muchachos y niños de pecho, bueyes y ovejas, camellos y asnos*”<sup>114</sup>.

La extrema brutalidad de Yahvé se muestra aquí de nuevo con actuaciones absurdas y de extrema crueldad. ¿Qué justificación tiene esa matanza de “hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho, bueyes y ovejas, camellos y asnos”. ¿Qué culpa podían tener, especialmente los “muchachos y niños de pecho, bueyes y ovejas, camellos y asnos”? ¿Dónde se esconde la bondad de Yahvé? ¿Dónde la justicia? ¿Dónde el amor, cuando ni siquiera es capaz de respetar la vida de los “niños de pecho”? ¿Está reservado exclusivamente para los

---

<sup>112</sup> *Éxodo*, 33:23.

<sup>113</sup> *Marcos*, 10:14.

<sup>114</sup> 1 *Samuel*, 15:3.

hijos de Israel? Pero tampoco, porque sólo lo manifiesta mientras se encuentre de buen humor y no tiene escrúpulos a la hora de realizar matanzas contra ellos por no haberle sido suficientemente fieles.

Pero, como ya se ha dicho en varias ocasiones, la única explicación para tanta crueldad absurda consiste en comprender que no es Yahvé quien tiene ese comportamiento, sino los sacerdotes dirigentes del pueblo, que han creado a Yahvé para asegurar su dominio sobre su pueblo con sus amenazas y con sus brutales castigos.

\* “Dad gracias al Señor [...] porque es eterno su amor [...] Dad gracias al Señor de los señores [...] *Al que hirió a los primogénitos de Egipto*, porque es eterno su amor”<sup>115</sup>.

En esta ocasión nos encontramos ante otro texto contradictorio, pues en él se dice que *el amor de Yahvé es eterno*, pero de manera asombrosa se justifica tal afirmación con el argumento de que *hirió [es decir, mató] a los primogénitos de Egipto*. La única explicación que en principio parece que libra al texto de la contradicción es que en él se habla del *amor de Yahvé a los israelitas*, pero no del amor de Yahvé a los egipcios o a cualquier otro pueblo. No obstante la contradicción persiste en cuanto se considere que ese dios es el mismo que, según los dirigentes *católicos*, siente un amor infinito por *el conjunto de la humanidad* y, por lo tanto, también de los egipcios. Pero, en cualquier caso es el colmo del sarcasmo que se diga que *el amor de Yahvé es eterno [...] porque mató a los primogénitos de Egipto*, teniendo en cuenta especialmente que tales primogénitos no tenían culpa ninguna de la actitud de su faraón cuando éste trató de impedir que los israelitas marchasen de Egipto, y que la acción de Yahvé —o lo narrado en este pasaje bíblico— habría sido injusta, despótica y lo más contrario al amor.

Este pasaje de *Salmos* ha sido utilizado por los dirigentes de la secta católica para sus cánticos litúrgicos con la intención de presentar a su dios desde una perspectiva que resulte especialmente atractiva para su fiel rebaño, pues, si compusieran sus cánticos a partir de aque-

---

<sup>115</sup> *Salmos*, 136:1-10. La cursiva es mía



## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

llos otros pasajes, mucho más abundantes, en los que se muestra el odio, las constantes amenazas, los castigos y la crueldad de Yahvé, existiría el peligro de que las iglesias se vaciasen en pocas semanas. Por este motivo, los dirigentes de esta secta procuran pasar por alto estos pasajes, y, en su lugar, presentan a un dios bondadoso y lleno de amor, pero contradictorio con el que desprecia y mata sin misericordia a niños totalmente inocentes.

\* “Un hombre de Dios llegó donde estaba el rey de Israel, y le dijo:

-Así dice el Señor: Los sirios dicen: “El Señor [Yahvé] es Dios de las montañas, pero no de los valles”. Pues bien, los entregaré en tu poder, para que sepáis que yo soy el Señor [...] Al séptimo día se entabló la lucha, y los israelitas mataron en un solo día cien mil sirios de a pie”<sup>116</sup>.

¡Con cuánta facilidad mata Yahvé a ¡cien mil sirios! para demostrar a su pueblo que él es el Señor, el más poderoso! ¡Cuánto orgullo y vanidad cruel hay en ese dios! ¡Vaya desprecio por la vida de quienes adoran a otros dioses! ¡Vaya dios más déspota! Pero, claro está, como en tantas otras ocasiones, hay que recordar que Yahvé no es otra cosa que un invento de la clase sacerdotal israelita que hace decir o hacer a Yahvé aquello que en cada momento considera más conveniente para controlar y dominar a su pueblo, amenazándole con hacerles a ellos lo mismo que a los sirios en el caso de que se desmanden y se les ocurra adorar a otros dioses, es decir, en el caso de que dejen de hacer aquello que les ordenan los sacerdotes “en nombre de Yahvé”, pues saben que el pueblo obedecerá mucho más diligentemente al terrorífico Yahvé que a ellos, que son simples mortales como el resto del pueblo.

\* “Aquella misma noche, el ángel del Señor vino al campamento asirio e hirió [= mató] a ciento ochenta y cinco mil hombres. Cuando se levantaron por la mañana, no había más que cadáveres”<sup>117</sup>.

---

<sup>116</sup> 1 Reyes, 20:28.

<sup>117</sup> Isaías, 37:36. En muchos otros pasajes, como en *Ezequiel*, 32:12, pueden

Y ahora les toca a los asirios: ¡Ciento ochenta y cinco mil muertos en una sola noche! ¡Más muertos que los causados por la bomba de Hiroshima!, aunque en esta ocasión el propio Yahvé no se mancha las manos directamente sino que envía a su “ángel exterminador”. Al parecer, el autor de pasajes como éste, no se percató de que un ser tan poderoso como Yahvé no necesitaba enviar a nadie para cumplir sus caprichos asesinos, pues, dada su omnipotencia, le bastaba su simple voluntad para que sus caprichos se cumpliesen. Yahvé respeta la parte de su pacto impuesto: Mata a los enemigos de su pueblo para que éste tenga la seguridad de que su dios es el más poderoso y de que, siéndole fiel, las cosas le irán mucho mejor a su pueblo. Pero de nuevo, como ya se ha dicho, tras el nombre de Yahvé se esconden los sacerdotes israelitas, que utilizan este montaje para tener mejor controlado al pueblo, a pesar de que las acciones que presentn como realizadas por Yahvé sean realmente despóticas y criminales.

\* “Pecaj, hijo de Romelías, mató en un solo día ciento veinte mil guerreros valerosos de Judá: todo por haber abandonado al Señor, el Dios de los antepasados”<sup>118</sup>.

Precisamente en este último texto se cumple lo indicado en el comentario anterior: Si antes la matanza de Yahvé se había dirigido contra los enemigos de Israel, ahora se dirige contra su propio pueblo, contra quienes le habían abandonado, como si a Yahvé pudiera importarle que su pueblo le adorase o le dejase de adorar.

Como en tantas ocasiones, el objetivo principal que los sacerdotes de Israel pretenden es tener dominado al pueblo y esto se consigue o bien ejerciendo la violencia contra sus enemigos, o bien contra su propio pueblo, o bien contra ambos, según demanden las circunstancias. Pero este objetivo se logra mucho mejor si se consigue convencer

---

verse más ejemplos de actuaciones divinas parecidamente destructivas. Curiosamente en 2 Reyes se repite al pie de la letra este mismo texto, pero, suponiendo que *Isaías* fuera anterior a 2 Reyes, de ahí se deduce que el autor de este último libro copió este párrafo del libro de *Isaías*, a no ser que el “Espíritu Santo” hubiera olvidado que ya antes había inspirado estos escritos.

<sup>118</sup> 2 Crónicas, 28:6.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

al pueblo de que quien ejerce la violencia es el propio Yahvé, a pesar de que quienes la ejercen son los mismos sacerdotes, que aterrorizan al pueblo con amenazas de muerte para que se mantenga fiel y obediente a las órdenes de Yahvé, es decir, a las que ellos mismos le dan “en nombre de Yahvé”.

\* “El Señor los consumirá [a sus enemigos], con su ira y el fuego los devorará. Tú borrarás su estirpe de la tierra, y su raza de en medio de los hombres”<sup>119</sup>.

Aquí la ira exterminadora de Yahvé se dirige exclusivamente a los enemigos de su pueblo. Los sacerdotes de Israel parecen haber comprendido que una amenaza universal no tenía demasiado sentido y que no era útil para sus propósitos de control sobre el pueblo, pues si Yahvé iba a destruir a su propio pueblo y a todo ser humano, sin distinción alguna entre quienes le seguían y quienes seguían a otros dioses, ¿de qué servía obedecerle y ofrecerle sacrificios? También es verdad que, aunque su nueva actitud parecía muy alejada del cumplimiento del precepto de *amar a los enemigos*, en realidad no lo estaba, pues hay que tener en cuenta que tal precepto -al menos en el *Antiguo Testamento*-, no tenía carácter universal, sino que se refería a los enemigos pertenecientes al propio pueblo pero no a los auténticos enemigos, los pertenecientes a pueblos que adoraban a otros dioses, a quienes había que combatir y destruir.

\* “El Señor está a tu derecha; aplasta a los reyes el día de su ira; juzga a las naciones, amontona cadáveres, quebranta cabezas a lo ancho de la tierra”<sup>120</sup>.

En esta ocasión nos encontramos ante un pasaje que debió de servir de inspiración al autor de *Apocalipsis*, último libro de la *Biblia*, caracterizado por sus narraciones terroríficas e intencionadamente oscuras y “enigmáticas”. Parece que en este pasaje quien está a la izquierda del

---

<sup>119</sup> *Salmos* 21:10-11.

<sup>120</sup> *Salmos* 110:5-6. En *Salmos*, 145:20 y en muchos otros lugares se insiste en una idea similar.

Señor es el rey David. Lo esencial de este pasaje es la *acción exterminadora* de Yahvé frente a todo el que no esté con él o con su siervo. ¡Qué obsesión! Pero, ¿qué podría importarle a un dios, que nada necesita, que los hombres le siguieran o se alejasen de él? Es mucho más absurdo que si cualquiera de nosotros nos situásemos delante de un hormiguero y fuéramos matando a todas las hormigas que no nos honrasen mediante un saludo con el que expresaran su respeto y sumisión. ¡Vaya estupidez más excéntrica! Parece que determinados autores bíblicos quisieron rivalizar para ver quién decía mayores atrocidades y que en la época en que se escribió la *Biblia* la mentalidad de los israelitas debió de estar sumamente entumecida hasta el punto de llegar a asumir esta serie de absurdos referidos a su dios.

\* “Haz bien al humilde y no des al malvado; niégale el pan [...] Que también *el Altísimo odia a los pecadores y se venga del malvado*”<sup>121</sup>.

Como en otras ocasiones, en este pasaje quien escribe las supuestas palabras divinas afirma claramente que el dios de Israel “*odia a los pecadores*” y “*se venga del malvado*”. Pasajes como éste, que son tan abundantes, se contradicen con aquellas doctrinas de la secta que consideran que Yahvé es *amor infinito*. ¿Qué sentido tendría que ese dios viniera o enviase a *su hijo* para morir y así redimir a “los pecadores”, a quienes odiaba? Pues, ¿no proclaman los dirigentes católicos como dogma de fe que “el hijo de Yahvé”, es decir, “el hijo del dios de los cristianos” —de cuyo anterior nombre muy pronto se olvidaron— se encarnó, sufrió y murió en una cruz para redimir de sus pecados a los hombres? ¿Cómo podía entonces *odiar a los pecadores*? Nueva contradicción evidente. ¡Y vaya preocupaciones atribuyen a Yahvé los inventores de estas fábulas! ¡Un dios que se rebaja a odiar a quienes no pueden causarle la más mínima molestia, a quienes son y actúan de acuerdo con absoluta y eterna predeterminación! ¡Con lo desagradable que resulta además vivir odiando! ¡Un dios que se venga, como si alguien hubiera podido dañarle y como si la *sed de venganza*, conduc-

---

<sup>121</sup> *Eclesiástico*, 12:5-6. La cursiva es mía.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

ta irracional propia de los seres humanos, pudiera encontrarse en él o remediase algo del mal causado! ¡Quienes escribieron esas barbaridades no se daban cuenta de que la supuesta misericordia infinita de este dios habría sido más que suficiente para perdonar los pecados del hombre sin necesidad de todas esas historias acerca de la encarnación, pasión y muerte del llamado “Hijo de Dios”, al que ni siquiera se nombra en el *Antiguo Testamento*!

Cada vez que se escriben disparates de esta clase, atribuyéndolos a un dios teóricamente perfecto, se está incurriendo en nuevas contradicciones con la mayor ligereza del mundo. Parafraseando a Stendhal, podría decirse que la única excusa de quienes escribieron tales barbaridades es que su dios no existe, y ellos escribieron lo que les pareció más apropiado para dominar mejor a su pueblo porque fueron ellos quienes crearon este dios a su imagen y semejanza.

\* “Dirás: Esto dice el Señor: Aquí estoy contra ti; desenvainaré la espada y *mataré a inocentes y culpables*”<sup>122</sup>.

Por lo que se refiere a este pasaje apenas requiere comentario: ¿Qué clase de dios es ése que castiga a todos con la muerte, sin distinguir entre inocentes y culpables? Sólo un dios asesino, déspota, injusto y nuevamente contradictorio con el teórico dios amoroso y justo podría llegar a desvariar hasta ese punto. Pero, claro está, un ser como el antes nombrado no merecería para nada el nombre de “dios”. ¡Pobre Yahvé! ¡Cuántas barbaridades le atribuyeron “sus” sacerdotes! ¿Pero acaso no estaban inspirados por el “Espíritu Santo”? Según los dirigentes católicos, sin duda sí lo estaban. Y la verdad es que, aunque parezca que su brutalidad fue realmente extraordinaria, en realidad sólo existen diferencias aparentes entre ellos, pues, en primer lugar, conviene no olvidar que, según la jerarquía católica, su dios no es otro que el dios de Israel –al margen de que estos mismos dirigentes lo adornen con dos acompañantes especiales -“el Hijo” y “el Espíritu Santo”-, absurdamente identificados con ese mismo dios, pero distintos de él en no se sabe qué-; y, en segundo lugar, que la aparente bon-

---

<sup>122</sup> *Ezequiel*, 20:8. La cursiva es mía.

dad del dios católico es sólo eso: aparente, pues su brutalidad es infinitamente mayor que la del Dios de Israel, aunque aplaza su venganza para después de la muerte, enviando al fuego eterno a todo aquel que no crea en él o no cumpla sus preceptos, a pesar de aquella comedia de “la Redención” por la que Jesús, el “Hijo de Dios”, libraba al hombre de sus culpas.

En relación con las ideas de la *omnipotencia* y de la *impasibilidad divina* tiene especial interés hacer referencia al libro de *Job*, donde su autor toma conciencia de la incompatibilidad entre ambas cualidades y del absurdo de que su dios pudiera ser afectado de algún modo por las acciones virtuosas o pecaminosas del hombre.

Se dice en el primer pasaje:

“¿Acaso te causa perjuicio mi pecado...?”<sup>123</sup>.

Y, en efecto, el autor de esta obra advierte de forma implícita que, siendo consecuentes con la idea de un dios omnipotente, es realmente presuntuoso por parte del hombre suponer que sus pecados pudieran causar a Yahvé el más mínimo perjuicio. Por ello, como consecuencia de lo anterior, no tendría sentido que éste quisiera vengarse del hombre por su mal comportamiento, y mucho menos vengarse de Job, que era un siervo fidelísimo, según el propio Yahvé comunica a Satanás.

Lo mismo habría que decir respecto a la buena conducta del hombre, pues tampoco ésta podría repercutir en un dios perfecto, ni para bien ni para mal, ya que su omnipotencia y su inmutabilidad le situarían más allá de las posibilidades humanas de alterar su estado lo más mínimo, provocando en él cambios de humor, a pesar de la serie de pasajes bíblicos contradictorios en los que la volubilidad divina se manifiesta de manera despiadada y brutal, en contradicción con su inmutabilidad y teniendo en cuenta además que, como tantas veces se ha dicho, las acciones humanas habrían sido programadas por ese mismo dios. Por ello el autor de este libro plantea de manera plenamente justificada la siguiente pregunta:

---

<sup>123</sup> *Job*, 7:20.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

“¿Qué saca el Poderoso con que tú seas justo? ¿Qué gana con tu conducta íntegra?”<sup>124</sup>,

pregunta que lleva implícita, al igual que en el caso de la anterior, la respuesta según la cual a Yahvé, dada su omnipotencia, nada podrían afectarle ni las buenas ni las malas acciones del hombre.

\* “Y el Señor me [= a Jeremías] dijo: [...] Y aquellos a quienes ellos profetizan serán tirados por las calles de Jerusalén, víctimas del hambre y de la espada; no habrá quien los sepolte, ni a ellos *ni a sus mujeres ni a sus hijos*; yo haré recaer sobre ellos su maldad”<sup>125</sup>.

Pasajes como éste tienen en común el salvajismo con el que se habla de matar a mujeres y a niños, que en ningún caso son presentados como responsables de nada sino sólo como víctimas y como simples propiedades de los cabezas de familia, que reciben la cólera y el despotismo arbitrario de Yahvé al igual que los jefes de estas familias. Pero tales actuaciones no podían ser obra de un dios bueno, por lo que debieron de ser nuevamente la plasmación de la terrorífica imaginación de los sacerdotes y profetas de Israel, inventores de estos relatos, que tenían la finalidad de amedrentar a su pueblo. Sin embargo, los dirigentes de la iglesia católica deben asumir que se trata de sucesos reales ocurridos *por voluntad de Yahvé*, en cuanto aparecen en relatos bíblicos que, según sus propias palabras, deben considerarse verdaderos por cuanto estarían *inspirados por el Espíritu Santo*.

\* “El Señor me habló así:

-No te cases; no tengas hijos ni hijas en este lugar. Porque *así dice el Señor de los hijos e hijas que nazcan en este lugar, de las madres que los den a luz y de los padres que los engendren: Morirán cruelmente; no serán llorados ni enterrados, sino que quedarán como estiércol sobre la tierra; perecerán a espada y de hambre, y sus cadáveres serán pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra.*

---

<sup>124</sup> Job, 22:3.

<sup>125</sup> Jeremías, 14:14. La cursiva es mía.

Así dice el Señor: No entres en una casa donde hay duelo; no vayas al duelo ni les des el pésame, porque *yo retiro de este pueblo, oráculo del Señor, mi paz, mi misericordia y mi compasión. Grandes y pequeños morirán en esta tierra sin ser enterrados ni llorados*”<sup>126</sup>.

El *texto anterior* refleja con la mayor crueldad el temor de los sacerdotes y dirigentes de Israel a que los hombres de su pueblo se unan en matrimonio con mujeres de otros pueblos, en cuanto tal unión podría venir acompañada de la adopción de los dioses de sus mujeres extranjeras y del abandono de su dios Yahvé. Ese temor les lleva a amenazar a su pueblo con que los hijos e hijas que nazcan de esas uniones y sus respectivos padres y madres “morirán cruelmente [y] quedarán como estiércol sobre la tierra [o como] pasto de las aves del cielo y de las bestias de la tierra”.

Ante una actitud tan cruel, injusta y brutal por parte de Yahvé, aunque los dirigentes actuales de la secta católica pudieran escandalizarse por ella en realidad no tendrían por qué, pues a lo largo de su historia estos dirigentes han cometido crímenes y asesinatos similares a los cometidos por su dios, como los de su “Santa Inquisición”, sus “cruzadas”, sus brutales asesinatos durante la conquista de América o su complicidad con dictaduras criminales. Pero en cualquier caso este dios nada tendría que ver con el dios misericordioso del que hablan los dirigentes de esta secta.

\* “Por eso, así dice el Señor: [...] Por tus prácticas idolátricas haré contigo [con Israel, su pueblo] lo que nunca he hecho y jamás volveré a hacer: *los padres se comerán a sus hijos, y los hijos a sus padres*”<sup>127</sup>.

Este pasaje tiene la inefable brutalidad de algunos otros en los que *Dios decide el canibalismo de padres contra hijos y de hijos contra padres*. En la actualidad acciones como ésa serían objeto de la mayor y más horrorizada repulsa, pero, siendo Yahvé quien las orde-

---

<sup>126</sup> *Jeremías*, 16:1-4. La cursiva es mía.

<sup>127</sup> *Ezequiel*, 5:8-9.



## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

na, son plenamente respetables y santas. Pero, ¿cómo un dios inmutable, bueno y justo pudo considerar como santas aquellas mismas acciones que a la vez prohibía como repudiables? La explicación es la misma que ya hemos dado en los demás casos: Recordemos que todos estos escritos, al margen de lo que diga la jerarquía católica, no son el resultado de la inspiración del “Espíritu Santo” sino amenazas inventadas por los dirigentes de Israel para tener subyugado a su pueblo. ¡Qué triste y patético sería someterse y adorar a un dios capaz de realizar semejantes atrocidades!

\* “Y pude oír lo que [el Señor] dijo a los otros:

-Recorred la ciudad detrás de él, matando sin compasión y sin piedad. *Matad a viejos, jóvenes, doncellas, niños y mujeres, hasta exterminarlos*”<sup>128</sup>.

Igualmente este pasaje, en el que Yahvé ordena matar *sin compasión y sin piedad*, además de ser un nuevo ejemplo de la máxima atrocidad despótica, representa una actitud contraria respecto a las virtudes que en otros momentos defiende ese dios: La compasión y la piedad. Y, para colmo, *¡Yahvé no sólo no es compasivo sino que además ordena que no se tenga compasión ni piedad de nadie!*: “Matad a viejos, jóvenes, doncellas, niños y mujeres, hasta exterminarlos”. ¡Otra muestra insondable de la bondad, misericordia e infinito amor de Yahvé! ¡¿Cómo es posible que se siga aceptando una religión tan absurda, cuyo fundamento esencial se encuentra en textos tan salvajes como éstos, que supuestamente reflejan la palabra y las acciones tan criminales de su dios?!

Entre los abundantísimos pasajes donde pueden observarse otras actuaciones similares de Yahvé en esta misma línea de crueldad despótica y asesina, aunque se encuentran a lo largo de toda la *Biblia*, tienen especial interés los que aparecen en *Éxodo*, en *Levítico*, en *Números*, 14:29-30, 14:32-36, 16:20-21, 17:6-11, 27:12-14, en *Deu-*

---

<sup>128</sup> *Ezequiel*, 9:5-6.

*teronomio*, 28:49-68, en *Josué*, en 2 *Reyes*, 9:6-10, en *Isaías*, en *Jeremías*, en *Ezequiel* y en *Apocalipsis*.

## **2.5. Del politeísmo al monoteísmo**

*Los dirigentes de la secta católica afirman la existencia de un solo dios, pero incurren en una contradicción en cuanto la Biblia, ¡palabra de su dios! acepta la existencia de muchos dioses.*

En efecto, desde sus comienzos la secta cristiana ha defendido la existencia de un solo dios, aunque, de acuerdo con su dogma de la Trinidad, ha considerado que ese dios se manifestaba bajo la forma de “tres personas iguales y realmente distintas”, lo cual no hay por dónde cogerlo, pues si son iguales no podrían ser distintas, es decir, no-iguales, mientras que si son distintas, es decir, no-iguales, entonces no podrían ser iguales. A tales personas las llaman “Padre”, “Hijo” y “Espíritu Santo”. Ahora bien, si las contradicciones no tuvieran relevancia alguna en los intentos de avanzar hacia una explicación *racional* de la realidad, en ese caso podría aceptarse el dogma de la Trinidad y cualquier otro que se les ocurriese, pero lo más grave de todo es que el evangelio de *Juan* identifica al dios cristiano con *la razón*, y desde dicha razón no hay manera de justificar una ocurrencia como la que expresa un dogma como ése, tan absurdo como innecesario.

En el *Antiguo Testamento* sólo se habla de Yahvé, que es el equivalente de “Dios Padre” del *Nuevo Testamento*, pero nada se dice del “Hijo”, ni del “Espíritu Santo” –aunque en algunas ocasiones se habla de “el espíritu de Dios”, del mismo modo que se hubiera podido hablar de “la cólera de Dios” o de “la omnipotencia de Dios”, y no por ello se habla de “la Cólera de Dios” ni

de “la Omnipotencia de Dios” como personas divinas, pero dejo para el capítulo correspondiente el comentario de esta contradicción.

Lo que en estos momentos se va a considerar es la contradicción según la cual, mientras los dirigentes de la iglesia católica proclaman la existencia de *un solo dios*, la *Biblia* –a lo largo de diversos libros del *Antiguo Testamento*- afirma la existencia de una *multitud de dioses* relacionados con los diversos pueblos con los que Israel mantuvo algún contacto. Los sacerdotes de Israel aceptan en diversos momentos que tales dioses existen y que tienen su propio poder, aunque progresivamente van afirmando la primacía de Yahvé sobre todos ellos y finalmente proclaman la unicidad de dios, identificado con su dios Yahvé.

A continuación se muestra una serie de pasajes relacionados con esta temática y se realiza el comentario correspondiente de aquéllos que tienen alguna peculiaridad destacable. Los pasajes seleccionados en que se afirma la existencia de todos esos *dioses distintos de Yahvé* es un poco amplia y, por ello, he elegido algunos especialmente representativos para que pueda comprobarse en cuántas ocasiones los autores bíblicos han estado obsesionados por la serie de dioses que en algún momento representaron una tentación para el pueblo de Israel, tentación en la que en diversas ocasiones cayó, provocando la reacción sanguinaria de Yahvé o, más exactamente, de sus sacerdotes, cuyo despiadado poder sobre el pueblo pudo determinar matanzas brutales contra aquellos cuya actitud, al adorar a otros dioses, pudo llegar a convertirse en un grave peligro para el mantenimiento de este férreo control sacerdotal:

- a) “Jacob dijo a su familia y a todos los que estaban con él:  
-Tirad los dioses extraños que tengáis”<sup>129</sup>.

---

<sup>129</sup> Génesis, 35:2.

En este pasaje puede observarse que no se habla de *falsos* dioses sino de “dioses extraños”, es decir, ajenos, dando por hecho su existencia, pero considerando que no tenían “jurisdicción” alguna sobre Israel, que por encima de todo debía permanecer fiel a Yahvé, quien había establecido una alianza con Abraham con carácter exclusivo respecto a otros dioses. También tiene interés ver cómo en este pasaje Jacob ordena a su gente que “tiren” los dioses extraños, pues dicho verbo sugiere que tales dioses, en lugar de tener determinado poder sobre el pueblo, son simples objetos materiales con ciertos poderes mágicos, pero tan insignificantes que se les puede “tirar” sin plantearse siquiera la posibilidad de que tomen represalia alguna por tal desprecio.

b) “No tendrás otros dioses fuera de mí [...] porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios *celoso*, que castigo la maldad de los que me aborrecen en sus hijos hasta la tercera y cuarta generación”<sup>130</sup>.

c) “No invocarás el nombre de otros dioses”<sup>131</sup>.

d) “Así pues, respetad al Señor y servidle en todo con fidelidad; quitad de en medio de vosotros los dioses a los que sirvieron vuestros antepasados en Mesopotamia y en Egipto, y servid al Señor”<sup>132</sup>.

e) “No tendrás un dios extraño, no adorarás a un dios extranjero”<sup>133</sup>.

---

<sup>130</sup> *Éxodo*, 20:3-5. En *Deuteronomio*, 5:7, se dice de un modo más escueto: “No tendrás otros dioses fuera de mí”, pero más adelante, en *Deuteronomio* 5:9-10, aparece un texto muy similar al de *Éxodo*, 20:3-5.

<sup>131</sup> *Éxodo*, 23:13.

<sup>132</sup> *Josué*, 24:14.

<sup>133</sup> *Salmos* 81:10.

En los *textos b, c, d y e* Yahvé –o más exactamente los creadores de tal invención- amenaza de forma explícita a quien desobedezca –y a su descendencia- por seguir adorando a otros dioses. A pesar de lo que digan estos pasajes, no se trata de que Yahvé sea un dios celoso –¿de quién iba a sentir celos?-, sino de que los sacerdotes quieren afianzar su autoridad, y para este fin “ensalzan” a Yahvé, presentándolo como un dios terrible y celoso de la fidelidad de su pueblo. Pero, ¿cómo hubiera podido Yahvé sentir celos de los otros dioses, si su poder infinito [?] hubiera podido destruirlos instantáneamente? Los sacerdotes de Israel complementan esta idea con la farsa de hacerse pasar por intermediarios de Yahvé con su pueblo, pues al parecer su dios es tan majestuoso y terrible que no puede mostrarse directamente ante su pueblo, pues quien le ve muere<sup>134</sup>.

En los textos que siguen a continuación se plantea de manera conflictiva y sanguinaria la relación de Israel con los pueblos que tienen otros dioses, de manera que Yahvé interviene con absoluta crueldad para alejar a su pueblo de tales dioses, o inflige castigos crueles a Israel como si no hubiera mayor delito que el de adorar a otros dioses, al margen de que se siga adorando a Yahvé. También es especialmente significativo que los sacerdotes no duden de la existencia de los dioses extranjeros ni del

---

<sup>134</sup> En *Éxodo*, 19:12 Yahvé comunica a Moisés que nadie de su pueblo puede avanzar más allá de un límite alrededor del monte Sinaí, a donde él bajará y se entrevistará con Moisés: [Dice Yahvé a Moisés:] “Tu señalarás un límite por todo el contorno diciendo: No subáis al monte ni piséis su falda. Todo el que pise el monte morirá. Nadie tocará con la mano al culpable; será apedreado o asaetado”. Poco después, en *Éxodo*, 33:20, desde un antropomorfismo infantil llega a decir al propio Moisés: “...sin embargo, no podrás ver mi cara, porque quien la ve no sigue vivo”; y casi a continuación le dice: “...me verás de espaldas porque de frente no se me puede ver” (*Éxodo*, 33:23).

Otros pasajes igualmente significativos por lo que se refiere a esa “lejanía” de Yahvé son los ya citados de 1 *Samuel*, 6:19 y 2 *Samuel*, 6:6.

derecho de cada pueblo a adorar a sus respectivos dioses. Lo que les preocupa es que Israel deje de servir a Yahvé, pues este dios representa la mayor fuerza con que cuentan para hacerse obedecer por su pueblo, de manera que, si éste dispersara su sumisión a Yahvé adorando a otros dioses, eso implicaría la pérdida del poder absoluto de los sacerdotes de Yahvé, en cuanto tal poder se fundamenta en su supuesta misión de intermediarios entre Yahvé y su pueblo:

a) “Yo [= Yahvé] os entregaré a los habitantes del país, y tú los echarás de tu presencia. No hagas pacto con ellos ni con sus dioses. No los dejes vivir en tu tierra, no sea que te inciten a pecar contra mí, dando culto a sus dioses; eso sería tu ruina”<sup>135</sup>.

Este pasaje pone nuevamente de manifiesto el interés de los sacerdotes de Israel en mantener la exclusividad por lo que se refiere a la religión de su pueblo frente a la posibilidad, impensable en aquella cultura, de aceptar una “libertad religiosa” por la que los israelitas pudieran adorar a los dioses de otros pueblos o no adorar a ninguno. Pero el mismo hecho de que se ordene a Israel que no haga “pactos” con los dioses de otro país es una manera de situar a esos dioses en pie de igualdad con Yahvé, quien había hecho ya una primera “alianza” con Israel a la que éste debía mantenerse fiel. Es igualmente llamativa la intransigente discriminación religiosa de los dirigentes de Israel cuando se dice en este pasaje “No los dejes vivir en tu tierra”, por ese temor a que pudieran contaminar a Israel con creencias relacionadas con esos otros dioses.

b) “Israel se estableció en Sitín y el pueblo se entregó al desenfreno con las moabitas. Éstas los invitaron a los sacri-

---

<sup>135</sup> *Éxodo*, 23:31-33.

ficios de sus dioses, y el pueblo comió y se postró ante ellos [...] Entonces el Señor dijo a Moisés:

-Reúne a todos los jefes del pueblo y cuélgalos ante el Señor, cara al sol, para que la cólera del Señor se aparte de Israel”<sup>136</sup>.

En este pasaje se pone en evidencia la enorme brutalidad de los castigos de los sacerdotes de Israel contra los inductores al delito de adorar a otros dioses. Sin embargo, los motivos de estos severos castigos no son, ni mucho menos, de carácter religioso, del mismo modo que tampoco lo fueron los castigos y las persecuciones de la Inquisición contra los reformadores religiosos de la Edad Media, como los albigenses, o los de momentos posteriores, como Wyclef, Hus, Lutero, Zuinglio o Calvino, o como el de la condena de Galileo por su simple defensa de una verdad científica que los dirigentes católicos consideraron peligrosa para su prestigio y, en consecuencia, para el buen funcionamiento de su negocio político y económico, que era lo que verdaderamente les importaba. Como ya se ha dicho en reiteradas ocasiones, el motivo de estos severos castigos era de tipo político: Los sacerdotes querían mantener y reforzar su poder sobre el pueblo y, por ello, se les ocurrió la genial idea de crear un dios como Yahvé, que tuviera celos y se encolerizase de modo terrorífico cuando su pueblo cayese en la tentación de adorar a los dioses de los pueblos vecinos o a los de aquellos otros con los que establecían contacto por motivos bélicos o de cualquier otro tipo. Esta interpretación, que podría tratarse de una simple conjetura indemostrable, aparece con un valor mucho más claro cuando se tiene en cuenta que en situaciones en las que los sacerdotes ya no controlan el poder, en cuanto lo han perdido y ha ido a parar a manos de los reyes a partir de Saúl, no aplican tales castigos

---

<sup>136</sup> *Números*, 25:1-4.

tan severos por motivos como los anteriores. En este sentido, el caso más llamativo con una diferencia abismal es el del rey Salomón, del que se ha hablado antes.

c) “Se prostituyeron ante otros dioses y los adoraron”<sup>137</sup>.

Este pasaje simplemente habla de un modo despectivo contra aquellos israelitas que así se comportaron, pero muestra, al igual que todos los demás, la obsesión de los sacerdotes de Yahvé por impedir la dispersión religiosa por lo que se refiere a las creencias de Israel, en cuanto tendría consecuencias nefastas para el mantenimiento de su autoridad sobre el pueblo.

d) “El sacerdote Yoyadá ordenó a los jefes de centuria que estaban al mando del ejército:

-Sacadla [a Atalía] fuera del recinto [del templo] y matad a todo el que la siga.

Como el sacerdote había dicho que no la mataran en el templo del Señor, la prendieron y pasada la puerta de las caballerizas del palacio real, la mataron. *Yoyadá selló un pacto con el rey y el pueblo por el cual se comprometían a ser el pueblo del Señor*. Inmediatamente todo el pueblo irrumpió en el templo de Baal y lo demolió. Hicieron astillas sus altares e imágenes y allí mismo, delante de los altares, degollaron a Matán, sacerdote de Baal”<sup>138</sup>.

Nos encontramos de nuevo aquí con un ejemplo más de matanzas por causas aparentemente religiosas ¿Qué necesidad y qué derecho tenía ese sacerdote, Yoyadá, para realizar “un pacto” a fin de que su pueblo aceptase a Yahvé como su dios? ¿Qué derecho tenían a asesinar a quienes adoraban a otro dios? ¿Qué interés o qué necesidad habría tenido Yahvé de ampliar el número

---

<sup>137</sup> Jueces, 2:17.

<sup>138</sup> 2 Crónicas, 23:14-16. La cursiva es mía.



de pueblos que le adoraba y le obedecía? A lo largo del *Antiguo Testamento* se presenta a Yahvé como un dios *dependiente* de su pueblo en lugar de ser *autosuficiente*, de modo que simplemente ayudase a su pueblo sin pedir nada a cambio, pues nada podía darle éste que él no tuviera. Es evidente por ello que a quien podía interesar ese pacto no era a Yahvé sino a los sacerdotes de Israel, que así afianzaban su poder sobre el pueblo.

e) [Moisés dijo] “Y en efecto, ¿qué nación hay tan grande que tenga dioses tan cercanos a ella, como lo está el Señor nuestro Dios, siempre que lo invocamos?”<sup>139</sup>.

En este pasaje *el propio Moisés acepta la existencia de otros dioses*, sólo que más lejanos que Yahvé, que, según Moisés, siempre está con su pueblo para ayudarle, a pesar de que, como se ha podido ver, es en realidad un dios lejano, sospechosamente lejano, que sólo entabla contacto con su pueblo *a través de sus sacerdotes* (?), los cuales podrán comunicar o exigir a su pueblo “en nombre de Yahvé” cualquier capricho que les venga en gana. Las palabras atribuidas a Moisés son asombrosamente cínicas, teniendo en cuenta aquel pasaje en el que el mismo dirigente estableció unos límites a los pies del monte Sinaí *para evitar la proximidad del pueblo a Yahvé* ante cuya presencia el pueblo podría morir, lo cual dice mucho del carácter terrible y lejano de aquel Yahvé y nada en favor de su “cercanía”. Pero los sacerdotes y autores de estos pasajes bíblicos no se detienen a realizar comentarios coherentes respecto a Yahvé, pues saben que su pueblo está tan convencido del carácter incomprensible de su dios que acepta cualquier cosa que Moisés o cualquier otro dirigente ordenen en su nombre.

---

<sup>139</sup> *Deuteronomio*, 4:7.

f) Respecto a la creencia en esos *otros dioses* pueden recordarse además las primeras plagas de Egipto, donde los sacerdotes del faraón compiten con Moisés en hacer prodigios. Y así, en la *Biblia* se afirma que, cuando Aarón por orden de Yahvé tiró su cayado y éste se convirtió en una serpiente,

“los magos de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos: tiró cada uno su bastón, y también se convirtieron en serpientes”<sup>140</sup>,

lo cual es una manera explícita de reconocer que no sólo Yahvé poseía poderes sobrenaturales sino que también los tenían los dioses de esos magos. ¿Por qué el autor de este pasaje bíblico urde la mentira según la cual los magos egipcios tienen también poderes sobrenaturales? Pues porque de ese modo, reconociendo el poder de los dioses de otros pueblos, entiende que será más fácil que el propio pueblo acepte que Yahvé, su dios, se encuentra igualmente en posesión de tales poderes pero en un grado superior, mientras que, si hubiera negado ese poder a los dioses extranjeros, tal actitud hubiera podido dar pie a que la desconfianza en la existencia y en el poder de los dioses se hubiera generalizado, extendiéndose al propio Yahvé, a la veracidad de sus sacerdotes cuando hacían creer a su pueblo que ellos se comunicaban con su dios, y, finalmente, a la propia autoridad de tales sacerdotes sobre el pueblo, en cuanto el fundamento más fuerte de ésta radicaba en su fingida relación y proximidad exclusiva con Yahvé.

Por otra parte, a fin de que el pueblo de Israel no se preocupase por el poder de los dioses egipcios se indica en la *Biblia* que la magia de Yahvé fue superior a la de los magos egipcios, pues a continuación

---

<sup>140</sup> *Éxodo*, 7:11-12

“el cayado de Aarón devoró los bastones de los magos”<sup>141</sup>.

Estos actos de magia, realizados por el poder que daban a Moisés y a los magos egipcios sus respectivos dioses, no se produjeron únicamente en ese momento puntual sino también durante las dos primeras plagas de Egipto en las que supuestamente Aarón, bajo las órdenes de Moisés, y éste, bajo las de Yahvé, hicieron que el agua de Egipto se convirtiera en sangre, pues

“los magos de Egipto hicieron lo mismo con sus encantamientos”<sup>142</sup>.

Posteriormente, en la segunda plaga, Aarón, cumpliendo las órdenes de Moisés y de Yahvé (?), ordenó que se produjera una plaga de ranas en el Nilo, pero también en este caso,

“los magos hicieron lo mismo con sus encantamientos, consiguiendo que surgieran ranas por todo el país”<sup>143</sup>.

Estos hechos son una clara demostración de que para los sacerdotes de Israel, según se da a entender en la *Biblia*, los otros dioses no sólo existían sino que también tenían sus poderes con los que podían oponerse al poder de Yahvé, a pesar de que el de éste fuera superior.

Pero lo que resulta evidente es que el concepto de un dios omnipotente, como debía serlo el dios judeo-cristiano, sería incompatible con la existencia de otros dioses cuyos designios podrían oponerse a los del primero. Es decir, si existiera un dios omnipotente, no podría haber ningún otro que pudiera enfrentarse a él. Esa doctrina sería pura mitología infantil, al margen de que la otra también lo sea.

---

<sup>141</sup> *Éxodo*, 7:12.

<sup>142</sup> *Éxodo*, 7:22.

<sup>143</sup> *Éxodo*, 8:3.

g) "...cuando el Señor tu Dios te los haya entregado [= los pueblos que habitan la "tierra prometida"] y tú los hayas derrotado, los consagrarás al exterminio. No harás pactos ni tendrás miramientos con ellos: no darás tu hija a su hijo, ni casarás a tu hijo con su hija, porque ellos los apartarían de mí para que den culto a otros dioses"<sup>144</sup>.

Pasajes como éste, relacionados con los pueblos que habitaban la "tierra prometida", representan el colmo de la brutalidad y de la crueldad por parte de los dirigentes de Israel, que no se conforman con luchar contra esos pueblos con el fin de apoderarse de sus tierras sino que además, no contentándose tampoco con prohibir los matrimonios con los habitantes de esos pueblos para evitar la contaminación religiosa de Israel, *ordenan, en nombre de Yahvé, el exterminio de su población*. Como ya sabemos, el miedo al culto a otros dioses es propio de los sacerdotes de Israel no porque tales dioses sean "falsos" sino porque alejarían al pueblo de la "obediencia a Yahvé", es decir, de *la obediencia a los sacerdotes* de Israel.

Tanto en éste como en otros textos similares se da la paradoja de que los sacerdotes de Israel comunican a su pueblo la serie de matanzas que Yahvé ha realizado contra su pueblo por haberle abandonado, pero no se les ocurrió que con la misma facilidad con que castigó tal delito podía haber utilizado su poder para evitar que el pueblo de Israel fuera seducido por los dioses de otros pueblos y de este modo no habría tenido que exterminar a quienes habitaban la "tierra prometida" antes de la llegada de su pueblo. Es evidente que, si no se les ocurrió esta idea, el motivo no fue otro sino el de que las supuestas órdenes

---

<sup>144</sup> *Deuteronomio*, 7:2-4. En *Deuteronomio* 7:16 se insiste en estas mismas órdenes: "Destruye, pues, a todos los pueblos que el Señor tu dios va a entregarte; no tengas piedad de ellos, ni des culto a sus dioses, pues serían para ti una trampa".

que daban a su pueblo “en nombre de Yahvé” eran órdenes que provenían exclusivamente de ellos mismos, mintiendo con total desprecio. Por ello, la explicación de la anterior cuestión es evidente: En realidad Yahvé no pudo elegir entre estas dos opciones por la sencilla razón de que él mismo era sólo una invención de los sacerdotes de Israel, y, mientras éstos pudieron masacrar a los pobladores de la “tierra prometida”, no quisieron arriesgarse a adoptar la otra medida, pues no estaban seguros de poder controlar la curiosidad de los israelitas por conocer y relacionarse con esos otros pueblos en cuanto podrían llegar a adorar a sus dioses. Por ello, la mejor solución para mantener sometido al pueblo a su autoridad y a su dios era exterminar sin piedad y sin escrúpulos a esos otros pueblos, y, con ellos, a sus dioses, en lugar de buscar una convivencia pacífica con ellos.

La obsesión de los sacerdotes judíos por evitar que su pueblo llegase a adorar a otros dioses era tan grande que advertencias o amenazas como las anteriores se repiten de modo llamativamente insistente, como puede verse a continuación:

\* “Pero, si te olvidas del Señor tu Dios y *sigues a otros dioses, dándoles culto y postrándote ante ellos*, entonces os juro hoy que pereceréis sin remedio. Lo mismo que las naciones que el Señor va a aniquilar delante de vosotros, así también pereceréis vosotros por no haber obedecido al Señor vuestro Dios”<sup>145</sup>.

\* “Cuando el Señor tu Dios haya aniquilado ante ti las naciones que vas a despojar; cuando las hayas despojado y

---

<sup>145</sup> *Deuteronomio*, 8:19-20. La cursiva es mía. Un pasaje bastante similar a este es el siguiente: “Pero tened cuidado, no os dejéis seducir ni os apartéis del Señor, sirviendo y dando culto a otros dioses. Si hacéis esto, el Señor se enfurecerá contra vosotros, cerrará los cielos y no habrá más lluvia; la tierra no dará fruto y vosotros pereceréis bien pronto en esa tierra que el Señor os da” (*Deuteronomio*, 11:16-17).

habites en sus dominios, ten cuidado para no caer en la trampa siguiendo su ejemplo [...]. No busques, pues, a sus dioses diciendo “Yo también voy a dar culto a los dioses a quienes esos pueblos daban culto”. No procederás así con el Señor tu Dios, ya que nada hay más odioso y abominable para el Señor que lo que hacían estos pueblos por sus dioses, pues incluso quemaban a sus hijos e hijas en honor a sus dioses”<sup>146</sup>.

\* “Si rompéis la alianza que el Señor vuestro Dios hizo con vosotros, dando culto a otros dioses y postrándoos ante ellos, entonces se desatará la ira del Señor contra vosotros y muy pronto desapareceréis de esta tierra buena que él os ha dado”<sup>147</sup>.

Esta reiteración obsesiva de pasajes en los que se persigue esa misma finalidad de alejar al pueblo de la tentación de adorar a otros dioses suscita la idea de que los sacerdotes de Israel eran plenamente conscientes de que todo este asunto era pura comedia, de que en realidad sabían que no había ningún dios, pero también que, como a ellos les interesaba que el pueblo creyese en todo ese montaje, en lugar de negar la existencia de otros dioses –lo cual, como ya se ha dicho, hubiera podido llevar al pueblo de Israel a dudar también de la existencia del suyo-, dijeron a su pueblo que no debían adorarlos porque habían hecho un pacto con el Señor y le debían una fidelidad absoluta.

Como se verá luego, será más adelante, en el momento en que Israel sea más fuerte y su religión esté más consolidada como consecuencia de esta fortaleza, cuando se atrevan a decir que los otros dioses son muy inferiores a Yahvé, que Yahvé es el dios de los dioses y, finalmente, que Yahvé es el único dios.

---

<sup>146</sup> *Deuteronomio*, 12:29-31.

<sup>147</sup> *Josué*, 23:16. Pasaje similar a los de *Deuteronomio*, 8:19-20 y 11:16-17.

A continuación puede comprobarse la ira de Yahvé –o, la de sus sacerdotes- cuando su pueblo cae en la tentación de adorar a otros dioses. Como en tantas otras ocasiones, es realmente infantil y antropomórfico que digan que “el Señor se encolerizó”, pues eso es presentar a la divinidad como si fuera un vulgar reyezuelo que coge caprichosas rabietas porque su pueblo no le quiere lo suficiente o porque no le hace los regalos que a él le gustarían, ya que la secta católica defiende que su dios es inmutable y, por ello, no podría estar sometido a cambios de humor, y mucho menos que éstos se debieran a una realidad ajena a sí mismo, como lo sería la conducta de su pueblo.

Los textos en cuestión dicen:

a) “Los israelitas volvieron a ofender al Señor con su conducta; adoraron a Baal y Astarté, a los dioses de Aram, Sidon, Moab, de los amonitas y de los filisteos. Abandonaron al Señor y no le dieron culto. Entonces el Señor se encolerizó contra los israelitas y los entregó en poder de los filisteos y de los amonitas”<sup>148</sup>.

Textos como éste, además de afirmar la existencia de otros dioses, inventan una causa para explicar un hecho no deseado: En este caso concreto se dice que el Señor se encolerizó y como consecuencia los israelitas fueron derrotados en lugar de decir simplemente que los israelitas fueron derrotados por los filisteos porque éstos eran superiores en número o por cualquier otra causa. Los dirigentes israelitas aprovechan los buenos resultados bélicos para proclamar que Yahvé les ha dado la victoria, y los malos, para decir que Yahvé les ha castigado, en lugar de aceptar que su dios no ha intervenido para nada, ni en su victoria ni en su derrota, por la sencilla razón de que no existe.

---

<sup>148</sup> *Jueces*, 10:6-7.

b) “El Señor les respondió:

-Cuando los egipcios, los amorreos, los amonitas, los filisteos [...] os oprimían y clamasteis a mí, ¿no os salvé de ellos? Sin embargo, vosotros me habéis abandonado para dar culto a otros dioses. Por eso no os salvaré ya más. Id, invocad a los dioses que os habéis elegido. Que os salven ellos en la hora del peligro”<sup>149</sup>.

En este texto su autor pone en boca de Yahvé la decisión de abandonar a su pueblo, animándole incluso a que invoque a otros dioses. Se trata de un nuevo engaño para conseguir una sumisión más ciega del pueblo a sus dirigentes. El mismo tono de este mensaje no parece en absoluto propio de un dios, sino sólo el de un cacique enfadado con su gente por el escaso aprecio que percibe en ella. Parece que los sacerdotes de Israel no tuvieron la suficiente habilidad para redactar un mensaje más digno de un dios y no tan lleno de absurda indignación.

c) “Fue el Señor Dios de Israel, el que expulsó a los amorreos ante su pueblo, Israel, ¿y pretendes tú ahora quitarle su posesión? *¿Acaso no posees tú todo lo que tu dios Camos te ha dado?*”<sup>150</sup>.

El presente texto tiene un interés especial por cuanto en él se habla de otro dios, llamándole incluso por su nombre, y se le reconoce además cierta posición de igualdad respecto a Yahvé, en cuanto Jefté se indigna de que el rey de los amonitas pretenda que Israel abandone los territorios donde habitaban los amorreos y, en consecuencia, envía emisarios al rey de los amonitas para aclararle que tanto los amorreos como los israelitas poseen los territorios que su respectivo dios les ha concedido. Con estas palabras Jefté acepta que, del mismo modo que ellos han obte-

---

<sup>149</sup> *Jueces*, 10:13-14.

<sup>150</sup> *Jueces*, 11:23-24. La cursiva es mía.



nido la “tierra prometida” gracias a *Yahvé*, también los amonitas tienen sus posesiones gracias a su dios *Camos*. Es evidente por ello que para los israelitas no había problema alguno en aceptar la existencia de diversos dioses, aunque cada uno en su respectiva área de influencia, su respectivo pueblo, que le hacía ofrendas y sacrificios a cambio de los bienes y de la protección que éste le daba.

d) De hecho en el texto que sigue el único inconveniente que encuentra Samuel para que los israelitas adoren a otros dioses es que éstos son “extranjeros” pues los israelitas se deben a su propio y exclusivo dios, que es quien les ha dado y les seguirá dando protección si sólo le adoran a él. En efecto, se dice en *1 Samuel*:

“Y Samuel dijo a todo el pueblo de Israel:

-Si queréis convertiros al Señor de todo corazón, *quitad de entre vosotros los dioses y diosas extranjeros*, volved hacia el Señor y adoradlo sólo a él, y el Señor os librará de los filisteos”<sup>151</sup>.

e) Y el propio *Yahvé* —o el autor del pasaje siguiente— se queja de que los israelitas le han abandonado para dar culto a dioses “extranjeros”, lo cual significa que la queja no es por haber adorado a ídolos o a “falsos dioses” sino a dioses tan reales como el propio *Yahvé*, pero que pertenecían a otros pueblos y, en consecuencia, tenían una jurisdicción distinta y nada tenían que ver con Israel, que había establecido una alianza eterna con *Yahvé*, quien le había liberado de la opresión de diversos pueblos y le había proporcionado la victoria en sus batallas para conquistar la “tierra prometida”:

---

<sup>151</sup> *1 Samuel*, 7:3. La cursiva es mía.

“[El Señor dijo:] me han abandonado para dar culto a dioses extranjeros”<sup>152</sup>.

¡Pobrecito Yahvé! ¡Qué triste debió de ser para él ser abandonado por su propio pueblo! ¡Qué solo debió de encontrarse!

f) En el siguiente pasaje Yahvé reitera la prohibición de que los israelitas se casen con mujeres extranjeras por el temor a que éstas les alejen del culto que a él deben, lo cual habría desencadenado su cólera y los correspondientes castigos, como la misma muerte, a quienes hubiesen incurrido en ese delito. Sin embargo, en este pasaje llama la atención que el rey Salomón actúe impunemente en contra de esta prohibición, casándose con *setecientas mujeres extranjeras*, teniendo *trescientas concubinas* y *ofreciendo sacrificios a sus respectivos dioses*. Como ya se ha comentado antes, la única explicación para esta tolerancia de Yahvé con Salomón consiste en que éste era la máxima autoridad de Israel y que, por ello mismo, los sacerdotes, a pesar de su enorme poder, no podían hacer nada contra él, hasta el punto de que quien escribe este relato sólo se atreve a decir que Salomón “no fue tan fiel como su padre” y que “el Señor se irritó contra Salomón”. Sin embargo, el poder de Yahvé fue por completo insuficiente para castigar a Salomón por la sencilla razón de que el poder de un dios inexistente es nulo:

“El rey Salomón se enamoró de muchas mujeres extranjeras, además de la hija de faraón [...], respecto a las cuales el Señor había ordenado a los israelitas: “No os unáis con ellas en matrimonio, porque inclinarán vuestro corazón hacia sus dioses”. Sin embargo, Salomón se enamoró locamente de ellas, y tuvo setecientas esposas con rango real, y trescientas concubinas. *Ellas lo pervirtieron y cuando se*

---

<sup>152</sup> 1Samuel, 8:8.

*hizo viejo desviaron hacia otros dioses su corazón, que ya no perteneció al Señor, como el de su padre David. Dio culto a Astarté, diosa de los sidonios, y a Moloc, el ídolo de los amonitas [...] Otro tanto hizo para los dioses de todas sus mujeres extranjeras, que quemaban [en los altares] perfumes y ofrecían sacrificios a sus dioses. El Señor se irritó contra Salomón porque apartó su corazón del Señor, Dios de Israel”*<sup>153</sup>.

g) Más adelante se insiste en estas mismas ideas: No se niega que existan otros dioses, sino que se reafirma que Yahvé es un dios celoso y quiere que sólo se le adore a él. Ahora bien, como sabemos que Yahvé es una creación de los sacerdotes, lo que se presenta como deseo de Yahvé es en realidad un deseo de los sacerdotes, y lo que éstos desean es que su pueblo no obedezca a otra autoridad que a la suya. Los demás dioses representan un peligro para los sacerdotes de Yahvé y por eso éstos amenazan incesantemente a su pueblo para que no los adore. Esas amenazas tienen sentido en la medida en que, como de hecho sucedió, se crea en la existencia de esos otros dioses y se considere que el pueblo podría llegar a sentirse atraído por ellos:

“El Señor había hecho con ellos una alianza y les había ordenado:

-No veneréis a *dioses extraños* ni los adoréis, no les deis culto ni les ofrezcáis sacrificios. Sólo al Señor, que os sacó de Egipto con brazo poderoso, adoraréis y ofreceréis sacrificios [...] *No daréis culto a otros dioses* [...] Sólo el Señor será vuestro Dios, y él os librá de vuestros enemigos”<sup>154</sup>.

---

<sup>153</sup> 1 Reyes, 11:1-10. La cursiva es mía.

<sup>154</sup> 2 Reyes, 17:7-40. La cursiva es mía.

## 2.6. Politeísmo jerárquico: Transición al monoteísmo

A continuación se hace referencia a algunos pasajes en los que, además de aceptarse la existencia de otros dioses, se habla de la distinta categoría y poder entre ellos y Yahvé, considerando a este último como el dios más poderoso, que podrá incluso eliminar a los demás dioses (texto a), como “el Dios de los dioses” (texto b), como el más grande de todos ellos (texto c), que ejerce como juez en medio de los dioses (texto d), o que incluso ordena a todos los demás dioses que se postren ante él.

Todos estos pasajes son la expresión de un *politeísmo jerárquico*, en el que Yahvé es el dios supremo, pero en el que se acepta que esos otros dioses existen y tienen cierto poder, aunque sea inferior al de Yahvé.

Así se deja ver en los textos siguientes:

a) “El Señor será terrible contra ellos, *eliminará a todos los dioses de la tierra*”<sup>155</sup>.

Es evidente que Yahvé sólo podría eliminar a todos los dioses en cuanto éstos existieran, pues no tendría sentido hablar de la eliminación de lo que inexistente. Además, a los sacerdotes de Israel les interesa hacer creer a su pueblo que los otros dioses existen para reforzar la creencia en Yahvé y para que siempre se mantenga fiel a él.

b) “El Señor, *el Dios de los dioses*, habla y convoca a la tierra desde oriente a occidente”<sup>156</sup>.

Si Yahvé es *el dios de los dioses*, su título sería ridículo en el caso de que se negase la existencia de estos dioses sobre los cuales reina. Es decir, a los sacerdotes de Yahvé no sólo no les preocupa la existencia de otros dioses sino que incluso les sirve

---

<sup>155</sup> *Sofonías*, 2:11.

<sup>156</sup> *Salmos*, 50:1.

para remarcar de forma especial el gran poder de su dios, en cuanto lo presentan ante su pueblo como “*dios de los dioses*”. En efecto, se afirma de manera inequívoca la existencia de muchos dioses, aunque la finalidad principal de tal afirmación sea la de destacar la gran primacía de Yahvé sobre todos ellos. Y así, se dice en *Salmos*:

c) “Porque el Señor es un Dios grande, *rey poderoso más que todos los dioses*”<sup>157</sup>.

Un poco más adelante se dice:

“¿Qué dios es tan grande como nuestro Dios?” (*Salmos*, 77:14), e, igualmente, “Porque tú, Señor, eres [...] mucho más excelso que todos los dioses” (*Salmos*, 97:9), y, finalmente, en *Salmos*, 135:5: “Bien sé que el Señor es grande [...] más que todos los dioses”.

Al igual que en el texto anterior sería ridículo decir que Yahvé es más poderoso o el más grande de todos los dioses si resultase que tales dioses no existieran. Por ello este pasaje sólo tiene sentido en cuanto su autor esté tan convencido de la existencia de Yahvé como de la de los otros dioses.

d) “Dios se levanta en la asamblea divina, y ejerce como *juez en medio de los dioses*”<sup>158</sup>.

En este pasaje se afirma nuevamente con claridad la existencia de esos otros dioses en cuanto Yahvé sólo puede ejercer como juez en la medida en que existan y estén presentes en dicha asamblea.

e) “¡Que se postren ante él *todos los dioses!*”<sup>159</sup>.

---

<sup>157</sup> *Salmos*, 95:3.

<sup>158</sup> *Salmos*, 82:1.

<sup>159</sup> *Salmos* 97:7.

Y aquí evidentemente los demás dioses sólo podrán postrarse ante Yahvé si existen, lo cual parece claro en la mente del autor de este pasaje al margen de que fuera éste consciente del carácter teatral de sus palabras, referidas a Yahvé y a los otros dioses.

Frente a lo dicho anteriormente acerca de la diversidad de dioses cuya existencia se acepta por los dirigentes de Israel, progresivamente van desapareciendo todos ellos y al final sólo queda Yahvé. En cualquier caso, de nuevo nos encontramos con que, si la *Biblia* es la palabra de un dios, y este dios se contradice con tanta facilidad, eso significa que Yahvé sería un dios especialmente irracional, al margen de que, como se ha explicado al principio de este trabajo, el concepto de un *dios perfecto* sea contradictorio con el *concepto antropomórfico del dios judeo-cristiano*.

## **2.7. La astucia de los sacerdotes de Israel**

El texto siguiente refleja –como en tantas otras ocasiones– los intereses y ambiciones materiales de los *sacerdotes* israelitas, que piden a su pueblo toda una serie de bienes “para su dios”, aunque evidentemente son para su exclusivo disfrute, pues ¿de qué iban a servirles a su dios? Está claro que éste no tenía necesidad alguna de las ofrendas, ¡alimentos! y ¡sacrificios! que aquí se exigen, ya que por su omnipotencia y perfección no habría necesitado de ninguno y, en consecuencia, era ridículo suponerle dependiendo de las ofrendas de su pueblo.

Sin embargo, tanto entonces como ahora, la ingenuidad del pueblo determina que los sacerdotes de las diversas religiones se sigan enriqueciendo con las limosnas de sus fieles y con los robos de sus dirigentes –por ejemplo, “inmatriculando” bienes a su

nombre aquí en España<sup>160</sup>, en cuanto nuestras leyes se lo han estado permitiendo- o mediante el chantaje a los gobiernos de los países donde tienen influencia política y social para que éstos les entreguen una parte de los impuestos que el pueblo paga para fines que nada tienen que ver con el enriquecimiento insaciable de los dirigentes “religiosos”. En este sentido, se dice en *Números*:

“El Señor dijo a Moisés:

-Di a los israelitas: No os olvidéis de presentarme a su tiempo las ofrendas que me pertenecen, mis alimentos y sacrificios por fuego de suave aroma para mí”<sup>161</sup>.

De acuerdo con las críticas señaladas, el anterior pasaje es de una ingenuidad pasmosa y sugiere la idea de un monstruo mitológico exigiendo sus ofrendas al pueblo al que puede destruir en el caso de que no acate sus demandas. Son muchas las religiones del pasado en las que se atribuían a sus dioses un comportamiento similar o más terrible incluso que el que aquí se atribuye a Yahvé, pero resulta especialmente ridículo imaginar a un “dios perfecto” exigiendo a su pueblo ofrendas y alimentos, y es más que evidente que quienes lo piden son los sacerdotes de Israel, cuya ambición irá progresivamente en aumento hasta conseguir las incalculables riquezas que sus sucesores acumulan en la actualidad como consecuencia de las dádivas conseguidas –y su malversación- así como de los robos efectuados por ellos a lo largo de la historia.

---

<sup>160</sup> Entre otros muchos inmuebles, recientemente han tenido la desvergüenza de apoderarse de la “Mezquita de Córdoba”, previo pago de treinta euros! ¿Cómo ha sido esto posible? Tengamos en cuenta que en estos momentos en España gobierna la derecha, la cual está ancestralmente vinculada con la secta católica, hasta el punto de que varios miembros del gobierno pertenecen a la orden del *Opus Dei*.

<sup>161</sup> *Números*, 28:1-2.





### 3. EL DIOS CRISTIANO

#### 3.1. La “trinidad divina”: “Dios, tres en uno”

*Los dirigentes de la Iglesia Católica proclaman que hay un solo dios, pero a la vez afirman que ese dios se diversifica en tres personas -el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo- y declaran de manera contradictoria que el Padre es dios, el Hijo es dios y el Espíritu Santo es dios al tiempo que afirman que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son iguales y realmente distintos.*

No se trata de misterios, como ellos dicen, sino de absurdas contradicciones en cuanto es evidente que, si se afirma que sólo hay un dios y luego se dice que, siendo *distintos* el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, los tres son dios, se está afirmando la contradicción de que *dios es uno y es tres*. La contradicción se multiplica cuando se afirma que Padre, Hijo y Espíritu Santo son *iguales* y realmente *distintos*, lo cual equivale al absurdo de decir que una misma cosa es *igual* y *no igual* a otra. Quizás alguien podría replicar que se puede ser igual en un sentido y desigual en otro, y eso tendría su lógica referido a realidades materiales que efectivamente pueden tener algunas cualidades iguales y otras desiguales. Pero tratándose de un dios como el de la secta católica, en cuya definición se encuentra la perfección y la simplicidad, no tendría ningún sentido suponer que, en cuanto “Padre”, ese dios tuviera perfecciones de las que careciera en cuanto “Hijo” o en cuanto “Espíritu Santo”, y, viceversa, tratándose del Hijo respecto al Padre y al Espíritu Santo, y del Espíritu Santo respecto al Padre y al Hijo, pues aquello en lo que se diferenciases o bien sería una perfección o bien no lo sería. Pero, si lo fuera, entonces las otras personas divinas serían imperfectas al carecer de la perfección que sólo tuviera la primera, mientras

que, si no lo fuera, su posesión implicaría que la persona divina que poseyese tal cualidad se encontraría en posesión de una imperfección, por lo que no sería dios en cuanto se entienda por *dios* un “ser perfecto”.

Por otra parte, en relación con este misterio tan misterioso dicen también los dirigentes de la secta católica que tanto el Padre, como el Hijo y el Espíritu Santo son eternos, y aquí tenemos un nuevo misterio, pues, si el Hijo nació de María<sup>162</sup> después que ésta quedase embarazada por una gracia del Espíritu Santo, en tal caso parece evidente que el Hijo comenzó a existir hace poco más de dos mil años, que es cuando la secta católica afirma que nació. Y, si alguien replicase que, aunque Jesús nació de María, de hecho ya existía eternamente y que María sólo sirvió para su “encarnación”, en tal caso, afirmar que María es la “madre de Dios” es una superchería, contradictoria con la supuesta eternidad del Hijo, no compartida por María, hija de Joaquín y de Ana, a la cual, en consecuencia, sería el colmo del absurdo considerar como “madre de Dios” –al margen de que para la fantasía de los creyentes venga muy bien la idea de una *madre “humana” del hijo de Dios*, por cuya mediación puedan esperar milagros y favores que tal vez no confíen obtener directamente del propio dios Padre, que, según parece, se muestra demasiado insobornable y lejano-.

Además, si el Hijo de Dios hubiera tenido un comienzo en el tiempo -por lo menos en relación con su cuerpo (?), que habría adquirido a partir de su “madre” María-, el propio Dios Hijo sólo habría alcanzado la plenitud de su ser en el momento en el que Jesús hubiera sido engendrado, adquiriendo tal cuerpo

---

<sup>162</sup> *Mateo*, 1:20: “Después de tomar esta decisión [de separarse de María], el ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

–José, hijo de David, no tengas reparo en recibir a María como esposa tuya, pues el hijo que espera viene del Espíritu Santo”.

humano, de manera que antes de ese momento la “trinidad” divina habría estado *incompleta*, pues ¡el Hijo habría carecido de cuerpo!, adquiriéndolo hace alrededor de dos mil años. Pero, tal hipótesis implica una nueva contradicción con la doctrina que defiende la eterna *inmutabilidad* divina y al margen de la temporalidad humana.

En cualquier caso, siempre que aparece una nueva contradicción, los dirigentes de la secta católica se limitan a negarla, refugiándose en la consideración de que la razón humana es demasiado limitada para comprender ciertas doctrinas, que en tales casos llaman simplemente “misterios” en lugar de aceptar que la búsqueda de la verdad es incompatible con la aceptación como verdad de aquello que se desconoce que lo sea y mucho más con la aceptación de aquello que se conoce positivamente como una contradicción. Además, si a esas doctrinas las llaman “misterios” porque no hay dios que las entienda, ¿cómo han llegado ellos a saber que eran *verdades*? Si dicen que se lo ha comunicado el “Espíritu Santo”, eso sería un motivo más que suficiente para saber que están mintiendo, pues por mucho “espíritu santo” que fuera quien se lo hubiera comunicado, una contradicción siempre será una contradicción, y negarse a aceptar tal evidencia implica negar el valor de todo conocimiento en cuanto se considere que el cumplimiento de dicho principio de contradicción es un requisito necesario –aunque no suficiente– para poder hablar de *conocimiento*, mientras que desde su negación ni siquiera tendría sentido dialogar sobre ningún tema, ya que cualquier diálogo requiere del uso de ese principio tan elemental y tan fundamental. El recurso de los dirigentes católicos en tales momentos es el de exigir *humildad*, por la que los fieles reconozcan la limitación de su inteligencia para comprender las razones insondables de los misterios divinos, y el de exigir

igualmente que realicen un *acto de fe* por el que fuercen su mente a *creer* en la verdad de las enseñanzas cristianas, ya que, según dicen los fundadores de esta secta –y quizá los de cualquier otra-, “sin la fe no hay salvación”.

Otro argumento que refuerza esta interpretación, contraria al valor del *dogma de la Trinidad*, se encuentra en el hecho de que *en el Antiguo Testamento no aparece tal doctrina en ningún momento*, pues nunca se menciona al “Hijo”<sup>163</sup>, y, aunque en alguna ocasión se habla del “espíritu de Dios”, no por ello se llega a considerar que exista Dios por una parte, y su espíritu o su cólera o su omnipotencia por otra.

En cualquier caso y como ya se ha dicho, en el *Antiguo Testamento* hay algún texto en el que se nombra al “espíritu del Señor”, como es el siguiente:

“Entonces el espíritu del Señor descendió en medio de la asamblea y se posó sobre Jazaziel, hijo de Zacarías”<sup>164</sup>.

Sin embargo, aunque pueda parecer que en este pasaje se habla del “espíritu del Señor” como de una realidad sustantiva e independiente del propio Yahvé, si así fuera, se incurriría en una contradicción. En cualquier caso, hay otro texto en el *Antiguo Testamento* que puede ayudar a comprender mejor el sentido más lógico de ese “espíritu del Señor”. Dice así:

“Y cuando pasaron a la otra orilla, Elías dijo a Eliseo:

-Pídeme lo que quieras antes de que sea arrebatado de tu presencia.

Eliseo le dijo:

-Dame como herencia dos tercios de *tu espíritu*.

---

<sup>163</sup> Para ser más exactos, hay que decir que en una ocasión se habla de “el primogénito de Dios”, pero en ella su autor se refiere al rey David. En efecto, se dice en *Salmos*: “-Y yo lo constituiré en primogénito mío” (*Salmos*, 89:28).

<sup>164</sup> 2 *Crónicas*, 20:13.

Elías le contestó:

-¡Mucho pides! Si me ves cuando sea arrebatado, te será concedido; si no me ves, no se te concederá”<sup>165</sup>.

Este diálogo parece bastante esclarecedor en cuanto es evidente que “el espíritu de Elías” -al margen de lo absurdo que sería que pudiera dividirse en partes-, no puede separarse del propio Elías como una *realidad sustantiva* que pudiera tener una existencia independiente del propio Elías, sino que es una *cualidad* intransferible suya, y, por ello, parece que lo que Eliseo está pidiendo a Elías es que le trasmita, si es posible, una parte de sus cualidades espirituales.

En la actualidad hay ocasiones en que todavía se emplean expresiones similares. Así, un estudiante puede bromear con su amigo aventajado y decirle: “¿Podrías prestarme tu inteligencia para preparar el examen?”. Pero es evidente que, del mismo modo que esa petición no puede ser concedida, pues la inteligencia de cada uno es una propiedad intransferible -al menos por el momento-, por lo mismo hablar del “espíritu de Dios” como si se tratase de una realidad alienable del propio Dios resulta absurdo, ya que implicaría que Yahvé se quedaría sin espíritu cada vez que éste saliera de él para introducirse, por ejemplo, en personajes como Jazaziel, como Jesús después de ser bautizado por Juan Bautista<sup>166</sup>, o como los apóstoles cuando supuestamente el Espíritu Santo se posó sobre sus cabezas<sup>167</sup>. Parece que en

---

<sup>165</sup> 2 Reyes, 2:9-10.

<sup>166</sup> “Nada más ser bautizado, Jesús salió del agua y, mientras salía, se abrieron los cielos y vio al Espíritu de Dios que bajaba como una paloma y venía sobre él. Y una voz del cielo decía:

-Éste es mi Hijo amado, en quien me complazco” (Mateo, 3:16).

<sup>167</sup> “Todavía estaba hablando Pedro, cuando el Espíritu Santo descendió sobre todos los que escuchaban el mensaje” (Hechos, 10:44).

los casos mencionados con la referencia a la cercanía del Espíritu del Señor a estos personajes se quiere transmitir la idea de que de pronto Dios les dio una *fuerza espiritual* de tal naturaleza que les permitió realizar tareas para las que anteriormente no estaban preparados. Pero una idea como ésta no tiene por qué ir acompañada del absurdo de suponer que el propio Dios se diversifica en tres unidades iguales y a la vez distintas, como lo serían el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.

Además, esta interpretación trinitaria del dios judeo-cristiano, aplicada al propio Jesús, tiene el inconveniente de que, en cuanto se considere que Jesús se identifica con el propio Dios, ¿no necesitaría de ninguna *fuerza especial*, como la que le habría proporcionado el Espíritu Santo, que previamente no tuviera! Sin embargo, como hay en los evangelios una serie de textos en los que a Jesús no se le considera dios sino sólo “siervo de Dios” o “profeta”, en estos casos la idea de que el “Espíritu Santo” -o una fuerza especial enviada por Yahvé- llegase hasta él podría al menos no entrañar una contradicción tan manifiesta con la de esta interpretación.

Hay diversos pasajes que tendrían un sentido claro a partir de este punto de vista. Así, por ejemplo, los siguientes:

- a) “En los últimos días, dice Dios, *derramaré mi Espíritu sobre todo hombre* y profetizaran vuestros hijos y vuestras hijas...”<sup>168</sup>.
- b) “Pedro tomó entonces la palabra y dijo: [...] Me refiero a Jesús de Nazaret, a quien Dios *ungió con Espíritu Santo* y poder”<sup>169</sup>.
- c) “Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo”<sup>170</sup>.

---

<sup>168</sup> *Hechos*, 2:17.

<sup>169</sup> *Hechos*, 10:34-38.

Las tres citas —en especial las dos últimas— sugieren la idea de que el “Espíritu Santo” es una *fuera especial* —en forma de *ungüento* en la segunda cita— y no una persona divina. ¿Qué sentido, si no, podría tener la expresión “Dios ungió [a Jesús] con Espíritu Santo y poder”?

Este pasaje resulta contradictorio con la doctrina católica en cuanto concede a Dios Padre el máximo poder frente al Hijo y al Espíritu Santo, ya que es el Padre quien unge al Hijo sirviéndose del Espíritu Santo para dicha unción, y en cuanto, suponiendo que tanto Dios Padre, como Dios Hijo y como Dios Espíritu Santo fueran Dios, la frase podría transformarse por simple lógica en la siguiente: “*Dios ungió a Dios con Dios*”, que no tiene ningún sentido. Al mismo tiempo el hecho de que *Dios* unja a *Jesús* con *Espíritu Santo* resulta difícil de entender de otro modo que a partir de la idea de que hay una clara diferencia entre Dios, el Espíritu Santo y Jesús, de manera que el Espíritu Santo no aparece como Dios sino como un “bálsamo mágico” que ilumina y da fuerza a Jesús para actuar valiente y sabiamente a fin de cumplir con la misión para la que habría sido enviado, lo cual implica igualmente que tampoco Jesús se identificaría con Dios, ya que no poseería en sí mismo tales poderes sino que los recibiría de Dios Padre. Obsérvese igualmente que el hecho de que se diga “*derramaré mi Espíritu sobre todo hombre*” o “[Dios ungió a Jesús] *con Espíritu Santo* y poder” convierte a Dios Padre en el auténtico protagonista, mientras que el Espíritu Santo aparece como la fuerza que Dios Padre suministra a quien quiere, siendo él quien dispone sobre el Espíritu Santo y sobre Jesús, su Hijo, como si tuviera autoridad sobre ellos, a pesar de que, según la dogmática católica, éstos serían tan dios como el Padre.

---

<sup>170</sup> *Marcos*, 1:8.

Igualmente, el último pasaje citado tiene características similares al tercero desde el momento en que en él se presenta un paralelismo entre el sentido de las expresiones del evangelio de *Mateo*, que hacen referencia a “bautizar con agua” y “bautizar con Espíritu Santo”, pues, en cuanto el agua es un *elemento material*, el paralelismo correspondiente conduce a considerar que el Espíritu Santo es igualmente un elemento, si no idéntico, sí al menos similar en cuanto parece ser una especie de fuerza superior a la del agua para fortalecer de manera especial a quienes son bautizados con él. Pero resultaría realmente muy forzado y nada lógico interpretar que tal “Espíritu Santo” fuera la propia divinidad, siendo una simple *fuerza* utilizable de acuerdo con la voluntad del Hijo y no con la suya propia, como si se tratase de una realidad independiente, ya que, si así fuera, *se estaría afirmando que el Espíritu Santo se encontraba en posesión de unos poderes especiales que Dios Hijo no poseería por sí mismo*.

Como refuerzo de esta interpretación conviene tener en cuenta que, cuando en los evangelios Jesús se refiere a su “Padre”, se refiere a Dios “Padre” y no a Dios “Espíritu Santo”, a pesar de que en los evangelios se diga que María fue concebida por el “Espíritu Santo”. Así que tanto en este caso como en los demás que se han nombrado, el Espíritu Santo haría referencia al “poder de Dios” en un sentido absoluto. Tal poder es el que habría utilizado para hacer que María quedase embarazada y diese a luz a “Jesús”, al “Hijo de Dios”. Por ello, en el caso de que el Espíritu Santo hubiera sido una “persona de la Trinidad”, distinta del padre, el hecho de que Jesús<sup>171</sup> hubiese nombrado al

---

<sup>171</sup> Cuando digo “Jesús” no me refiero al hipotético Jesús histórico sino sólo a “Jesús” según se le describe en los evangelios.



“Padre” para referirse a su padre en lugar de nombrar al Espíritu Santo no habría tenido ningún sentido.

Por otra parte, en cuanto se considera que el dios judeo-cristiano es espíritu e igualmente que es santo, también por ello carece de sentido suponer la existencia separada de un “espíritu santo”, como si el propio Dios no fuera espíritu o no fuera santo, o ni espíritu ni santo.

Una nueva contradicción en que incurren los dirigentes de la secta católica es su defensa simultánea del *dogma de la Trinidad* y la doctrina de la *simplicidad de Dios*, la cual implica que todas las cualidades que se predicán de él son formas diversas e inadecuadas de comprender su ser, en el cual, dada su *simplicidad*, sólo puede hablarse de sus cualidades mediante una *distinción de razón* pero no mediante una *distinción real*. Y, por ello, si hubiera una distinción real de cualidades en cada una de las tres personas divinas, en ese caso, en cuanto todas las cualidades divinas son perfecciones, eso implicaría que ninguna de tales personas sería perfecta, puesto que cada una de ellas carecería de las perfecciones que le diferenciasen de las otras, mientras que si tuviera las mismas perfecciones en tal caso ya no serían tres personas sino una sola, pues, recordando el principio de identidad de los indiscernibles de Leibniz, “dos cosas iguales no son dos cosas sino una sola cosa”.

Sin embargo, en contra de esta concepción unitaria de la divinidad, la jerarquía católica afirma que la simplicidad de Dios es compatible con el dogma según el cual *en Dios hay tres personas iguales y realmente distintas*, lo cual, además de contradecir dicha simplicidad, representa un intento de volver idiotas a sus prosélitos cuando les invita a que acepten que *lo igual y lo distinto son una misma cosa*, pues en verdad, desde la aceptación del misterio de la Trinidad, no podría afirmarse la *simple-*

*ciudad* de Dios sino su carácter *no simple*, en cuanto el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, aunque fueran *el mismo dios*, serían *distintos* entre sí.

Un aspecto anecdótico de esta cuestión, que merece un comentario especial, es el relacionado con el pasaje del *Nuevo Testamento* que dice:

“Quien hable mal del Hijo del hombre podrá ser perdonado, pero el que blasfema contra el Espíritu Santo no será perdonado”<sup>172</sup>.

Se trata, como puede verse, de un pasaje absurdo y ridículo, pues, si tanto el “Padre”, como el “Hijo” y como el “Espíritu Santo” fueran el mismo dios, una blasfemia contra el “Espíritu Santo” sería igual de grave que otra contra el “Padre” o contra el “Hijo”, nombrado en esta ocasión como “el Hijo del hombre”. En caso contrario se estaría suponiendo que el “Espíritu Santo” tendría una categoría superior a la del “Padre” y a la del “Hijo”, como si fuera una especie de “Super-Dios”, pero esto estaría en contradicción con la igualdad de las tres personas en cuanto todas fueran dios. Parece que el motivo real de estas palabras, que aparecen en el evangelio atribuido a Lucas, radica en que ya durante los primeros años del cristianismo debieron de existir discusiones acerca de la entidad que debía atribuirse a tal “personaje”, y, no sabiendo cómo solucionar ese problema, se pusieron en boca de Jesús tales palabras a fin de evitar polémicas acerca de esta cuestión cuando ya la jerarquía cristiana había decidido que dicho “Espíritu Santo” era una de las manifestaciones de dios.

---

<sup>172</sup> Lucas, 12:10. Un texto similar a éste aparece en *Mateo*: “Todo pecado y toda blasfemia será perdonado a los hombres; mas la blasfemia contra el Espíritu Santo no les será perdonada” (*Mateo*, 12:13).

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

Hay otros pasajes igual de “profundos” que el anterior, pero en este caso referidos a la diferencia de conocimientos entre el Padre y el Hijo respecto al momento del fin del mundo y al del lugar que ocuparán sus apóstoles en el cielo, como son los siguientes:

a) “En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre”<sup>173</sup>.

El absurdo de este pasaje consiste en considerar de nuevo que una de las personas de la Trinidad tenga una perfección de la que las demás carecen, como lo sería en este caso el conocimiento de cualquier circunstancia de la realidad, conocimiento que en este caso sólo lo tendría el Padre, pero no las demás personas de la Trinidad, por lo que el Padre sería más perfecto que las otras personas divinas, las cuales, por ese mismo motivo, no serían perfectas y, en consecuencia, no serían dios, lo cual está en contradicción con las doctrinas de la secta católica.

b) “El [=Jesús] les dijo: A la verdad, de mi vaso beberéis, y con el bautismo con que yo soy bautizado seréis bautizados; pero *el sentaros a mi derecha o a mi izquierda no es mío darlo, sino a aquéllos para quienes está preparado por mi Padre*”<sup>174</sup>.

En este último pasaje se reconoce con total claridad la autoridad del Padre por encima de la del Hijo, y, por ello mismo, es una contradicción –y no un misterio– aceptar la divinidad del Padre y la del Hijo al mismo tiempo –a no ser que se acepte la existencia de *dioses de primera* y *dioses de segunda*–, pero esta idea estaría en contradicción con la doctrina que afirma la *unidad* de Padre, Hijo y Espíritu Santo.

---

<sup>173</sup> Marcos, 13:32.

<sup>174</sup> Mateo, 20:23. La cursiva es mía.

Según parece, la fijación de la doctrina de la Trinidad como dogma oficial del cristianismo se produjo a lo largo de un periodo que va desde finales del siglo IV, con el concilio de Constantinopla, hasta mediados del siglo V, con el de Calcedonia. Parece igualmente que la creación de la doctrina trinitaria por parte de los dirigentes cristianos debió de estar influida por las correspondientes doctrinas de otras religiones. Este hecho conduce a la conclusión casi evidente de que tal “enriquecimiento” de la teología cristiana fue un producto tardío derivado de elucubraciones estratégicas de los dirigentes cristianos, alejadas por completo de la tradición de la religión de Israel, en la que se produjo la *secesión cristiana*.

### **3.2. Predeterminación divina y libertad humana**

*La predeterminación divina es el dogma de la secta cristiana, implícito en la supuesta omnipotencia de su dios, según el cual todo lo que sucede, incluso las mismas acciones humanas, ha sido predeterminado por su dios desde la eternidad. Esta doctrina tiene, entre otros inconvenientes, el de que es contradictorio con el llamado “libre albedrío” del hombre, defendido también por la secta católica.*

La doctrina de la predeterminación divina, aunque no tendría cabida en la idea de dios como ser *perfecto*, pues no habría nada que tuviese que predeterminar ya que nada existiría además de él, es coherente sin embargo con ese otro dios antropomórfico al que se le atribuye, entre otras cualidades, la omnipotencia, pues en cuanto todo absolutamente dependería de la voluntad de un dios así, efectivamente no podría haber acción alguna que dependiera del hombre en el sentido de que fuera él quien la eligiese sin que su elección no fuera más que una manifestación de

la voluntad de ese dios: El hombre no podría *querer* nada distinto de lo que su dios omnipotente hubiera decidido que quisiera, y, por ello, en cuanto la *elección* y la *acción* son consecuencia del *querer*, *el hombre no podría elegir o hacer nada que su dios omnipotente no hubiera predeterminado que eligiera o hiciera*.

Como se verá en su momento, esta cuestión fue tratada por Tomás de Aquino de un modo muy coherente tomando como punto de partida la cualidad divina de la omnipotencia y apoyándose además en un texto de *Isaías* al que más adelante se hará referencia.

Lo paradójico de esa *predeterminación* es su carácter contradictorio con una serie de pasajes en los que de manera implícita o explícita se defiende el *libre albedrío*, la responsabilidad, el mérito y la culpa del hombre por sus acciones, justificando así a Yahvé por sus castigos fulminantes contra su pueblo o contra los enemigos de su pueblo o contra quienes incumplen sus leyes. Pero evidentemente la doctrina de la *predeterminación* divina es contradictoria con la del libre albedrío humano, entendido como la capacidad para *decidir* y *realizar* los propios actos con independencia de que coincidan o no con la voluntad de “Dios”. Sin embargo, a pesar del carácter excluyente de estas doctrinas, ambas fueron defendidas en la *Biblia* y en las doctrinas posteriores de la secta católica.

En efecto, en diversos pasajes de la *Biblia* se defiende, por una parte, una *predeterminación divina de carácter general*, referida a los actos aparentemente derivados de la libre voluntad humana, especificando que dicha predeterminación se refiere tanto a los actos buenos como a los malos; pero, por otra, se defiende igualmente el *libre albedrío* por el que el hombre sería responsable de sus actos en cuanto éstos emanarían *exclusivamente* de su voluntad.

1) En defensa de esa *predeterminación de carácter general* se dice en la *Biblia* de manera inequívoca:

- a) “Tú hiciste el pasado, el presente y el futuro. Todo lo proyectado ha sucedido”<sup>175</sup>.
- b) “...todo lo que hacemos eres tú [Señor] quien lo realiza”<sup>176</sup>.
- c) “Todo cuanto existe ya estaba prefijado”<sup>177</sup>.

El *pasaje b* se encuentra en *Isaías* y sirvió a Tomás de Aquino como argumento en favor de su defensa de la predeterminación divina frente a la tesis de Orígenes, que había defendido la libertad humana, limitando tal predeterminación.

Por otra parte, tiene interés señalar que en una ocasión al menos y tal vez por influjo de la filosofía griega la defensa de la predeterminación divina estuvo unida a la doctrina del Eterno Retorno, según la cual todos los sucesos, programados por Dios, se repiten a lo largo del tiempo de manera indefinida por esa misma voluntad divina. En este sentido, se dice en *Eclesiastés*:

“Lo que es ya fue; lo que será ya sucedió, y Dios vuelve a traer lo que pasó”<sup>178</sup>.

---

<sup>175</sup> *Judit*, 9:5.

<sup>176</sup> *Isaías*, 26:12.

<sup>177</sup> *Eclesiastés*, 6:10.

<sup>178</sup> *Eclesiastés*, 3:15. Según parece, el autor de esta obra, perteneciente tal vez al siglo III antes de nuestra era, pudo haber conocido la cultura griega y pudo haber recibido la influencia de los estoicos, quienes defendieron la doctrina del *Eterno Retorno*. Sin embargo, esta teoría está en contradicción con *Génesis*, donde se defiende la idea de un *principio* del Universo (“*al principio* creo Dios el cielo y la tierra”), mientras que el *Eterno Retorno* implica la negación de un *principio*. Por ello mismo, está igualmente en contradicción con la doctrina cristiana del “fin del mundo”, que implica el cese de las sucesivas e infinitas repeticiones que supone la doctrina del *Eterno Retorno*. La diferencia entre los estoicos y el autor de *Eclesiastés* consiste en que mientras los estoicos no consideran que exista un dios personal que cause esos ciclos eternos,

Igualmente y por lo que se refiere de manera más concreta a las *buenas acciones* del hombre se dice en la *Biblia*:

“Infundiré mi espíritu en vosotros y *haré que viváis según mis mandamientos*, observando y guardando mis leyes”<sup>179</sup>.

Evidentemente el hecho de que las buenas acciones sólo aparentemente dependan del hombre, siendo en realidad acciones procedentes de la predeterminación divina, implica que el hombre no es responsable de ellas y, en consecuencia, no adquiere mérito alguno por haberlas realizado. Lo mismo sucede con las *malas acciones*, pues son muchos los momentos en que se insiste en la idea de que es el propio dios quien ha programado al hombre para cometerlas. Y así, se dice en este sentido:

\* “El Señor había decretado que todas estas ciudades se obstinasen en atacar a Israel, para que así fueran consagradas sin piedad al exterminio y aniquiladas, como había mandado el Señor a Moisés”<sup>180</sup>.

En el anterior pasaje es Yahvé quien determinó que los pueblos de la “tierra prometida” atacasen a Israel, y, por ello, es absurdo que posteriormente tomase represalias por tales acciones.

\* “el *Señor hizo* que los madianitas se matasen unos a otros en el campamento”<sup>181</sup>.

\* “Pero ellos no hicieron caso a su padre, porque *el Señor quería hacerlos perecer*”<sup>182</sup>.

---

el autor de esta obra considera que es su dios quien los causa. Pero, al margen de esta más que curiosa coincidencia, lo que tiene interés es la predeterminación divina, que queda afirmada en los textos señalados.

<sup>179</sup> *Ezequiel*, 36:27. La cursiva es mía.

<sup>180</sup> *Josué*, 11:20.

<sup>181</sup> *Jueces*, 7:22: La cursiva es mía.

<sup>182</sup> 1 *Samuel*, 2:25. La cursiva es mía.

\* “*El Señor ha hecho todo para un fin, incluso al malvado para la desgracia*”<sup>183</sup>.

\* “*El Señor hizo que el faraón se obstinara, para que no le obedeciese; puso así de manifiesto su poder bajo el cielo*”<sup>184</sup>.

\* “Por eso Dios les envía [a quienes va a condenar] un poder embaucador [= que les embaucará], de modo que crean en la mentira y se condenen todos los que en lugar de creer en la verdad, se complacen en la iniquidad”<sup>185</sup>.

Aquí puede verse cómo las distintas acciones aparentemente derivadas de la voluntad humana habrían sido prefijadas por Yahvé, de acuerdo con su omnipotencia a la que nada escapa. Por ello, no tiene ningún sentido atribuir al hombre culpa alguna, ya que fue Yahvé quien decidió “sus” acciones. En consecuencia, los castigos divinos son tan absurdos como lo serían los del niño que castigase a uno de sus muñecos por haber hecho aquello que el propio niño hubiera decidido que hicieran.

\* “Pero ellos [= los hijos de Elí] no hicieron caso a su padre, porque el Señor quería hacerlos perecer”<sup>186</sup>.

\* “Pero Amasías no hizo caso, porque el Señor había determinado entregarlo en manos de Joás, por haber rendido culto a los dioses de Edom”<sup>187</sup>.

\* “Y todos los habitantes de la tierra, *a excepción de aquellos que desde la creación del mundo están inscritos en el libro de la vida del Cordero degollado*, le rendirán pleitesía [a Satán]”<sup>188</sup>.

---

<sup>183</sup> *Proverbios*, 16:4. La cursiva es mía.

<sup>184</sup> *Eclesiástico*, 16:15. La cursiva es mía.

<sup>185</sup> *2 Tesalonicenses*, 2: 11.

<sup>186</sup> *1 Samuel*, 2:25.

<sup>187</sup> *2 Crónicas*, 25:20.

<sup>188</sup> *Apocalipsis*, 13:8. La cursiva es mía.



Lo mismo sucede en estos otros textos. Asombra la ingenuidad de quienes los escribieron, pues, queriendo resaltar el enorme poder de su dios, no fueron conscientes de que de ese modo convertían al hombre en una marioneta, negándole el protagonismo respecto a sus acciones, y no parecen haberse dado cuenta de lo absurdo que habría resultado que su dios perfecto castigase a nadie por haber hecho aquello para lo que había sido programado por él, castigos que de hecho se afirman en estos pasajes.

Quizá estos planteamientos reflejan en el fondo la aceptación de una “moral material” muy primitiva, en la que lo importante no es la *intención* de quien actúa sino los *hechos* concretos que “realiza”, aunque la causa de que los realice provenga del propio Yahvé.

\* “Así pues, Dios muestra su misericordia a quien quiere y deja endurecerse a quien le place. Me dirás: “entonces, ¿por qué reprende, si nadie puede resistir a su voluntad?”. Pero, ¿quién eres tú, pobre hombre, para exigir cuentas a Dios? ¿Es que un vaso de barro puede decir al que lo ha modelado: “Por qué me has hecho así”? ¿O es que el alfarero no puede hacer del mismo barro un vaso de lujo como uno corriente?”<sup>189</sup>.

En este último texto es Pablo de Tarso quien en los comienzos del cristianismo asume de manera generalizada que *la omnipotencia divina es la causa de todo cuanto sucede*. Sin embargo, consciente de la incompatibilidad entre dicha omnipotencia y la libertad humana, hay un momento en que parece querer liberar a Dios de esa responsabilidad última, escribiendo: “[Dios] deja endurecerse a quien le place”, como si sólo “permitiera” sin ser causa de que alguien “se endureciera” o pecase. No obstante, a

---

<sup>189</sup> Pablo de Tarso: *Romanos*, 9:18-19.

continuación, acepta que *todo depende de Dios* y critica a quienes se atreven a pedirle cuentas por sus decisiones, es decir, critica a quienes pretenden utilizar la razón para tratar de comprender lo incomprensible. Por otra parte, su comparación de la acción divina con la de un alfarero es inadecuada en cuanto un alfarero es siempre imperfecto y por ello realiza obras de distinta calidad, pero un dios, en cuanto sea perfecto, no realizaría en ningún caso una obra imperfecta, de acuerdo con el aforismo “operari sequitur esse”.

2) Finalmente, en *contradicción* con la doctrina de la predeterminación hay otros momentos de la *Biblia* en los que se defiende de forma implícita o explícita la idea de que el hombre es *libre y responsable* de sus actos. Así, se dice en *Eclesiástico*:

\* “No digas: “Fue el Señor quien me incitó a pecar”, porque él no hace lo que detesta [...] *Él hizo al hombre al principio, y lo dejó a su propio albedrío*. Si quieres, guardarás los mandamientos; de ti depende el permanecer fiel [...] Ante el hombre están vida y muerte; lo que él quiera se le dará”<sup>190</sup>.

Sin embargo, la doctrina del libre albedrío, que en este pasaje se defiende, es criticable en sí misma y al margen de su contradicción con la de la predeterminación divina defendida en diversos momentos. En este sentido, al final del pasaje anterior se dice “ante el hombre están vida y muerte; lo que él quiera se le dará”. Ahora bien, cuando se dice “lo que él quiera se le dará”, hay que entender que *el problema del libre albedrío* es sólo una *confusión lingüística* que se produce precisamente a partir de que, aunque seamos “libres” en el sentido de que en diversas ocasiones actuamos *espontáneamente y hacemos*

---

<sup>190</sup> *Eclesiástico* 15:11-17. La cursiva es mía.

*aquello que queremos y, en consecuencia, decidimos, sin embargo lo que decidimos hacer se corresponde con aquello que queremos por encima de cualquier otra cosa, mientras que nadie es libre para querer o dejar de querer lo que de hecho quiere, es decir, nadie es libre para elegir su propio querer, pues éste depende del modo de ser y del estado actual de la propia naturaleza, la cual a su vez nadie ha elegido.*

3) Con la aparición de la secta cristiana se tiende en general a afirmar el libre albedrío del hombre como capacidad para acercarse o alejarse de su dios, según la actitud que adopte frente a sus normas, pero dejando de lado la incompatibilidad de esta cualidad de los actos humanos con la predeterminación divina de la que todo depende. Sin embargo, en relación con esta cuestión en el siglo XIII *Tomás de Aquino* (1225-1274) se enfrentó a estas dificultades, y en sus escritos reflejó, como era lógico, planteamientos contradictorios, pues, a fin de justificar la *responsabilidad*, defendió la *libertad* del hombre, pero, a fin de defender la *omnipotencia* divina, tuvo que negar la libertad humana, aunque lo hiciera de modo implícito, al entender que las *decisiones* del hombre eran causadas por el dios cristiano del que todo dependía.

Así, por lo que se refiere a este dilema, Tomás de Aquino estuvo de acuerdo con la tradición socrática de que todo lo que deseamos lo apetecemos por considerarlo bueno, es decir, que nadie desea el mal por el mal, y en este sentido escribió:

“la voluntad no puede dirigirse hacia ningún objetivo a no ser por la consideración del bien”<sup>191</sup>,

---

<sup>191</sup> Tomás de Aquino: *Suma Teológica*, I, q. 28, a. 2.: “Voluntas in nihil potest tendere nisi sub ratione boni...” En este mismo sentido escribió también más adelante: “La voluntad es un apetito racional” y “todo apetito es sólo del bien” (I-II, q. 8, a. 1).

y consideró por ello que el hombre estaría *determinado* por un bien absoluto, como lo sería *dios* o la *felicidad*, escribiendo en este sentido:

\*“...ninguna otra cosa puede ser causa de la voluntad, sólo Dios mismo, que es el bien universal”<sup>192</sup>,

\*“...sólo el bien que es perfecto y no le falta nada es el bien que la voluntad no puede no querer, y éste es la bienaventuranza”<sup>193</sup>.

Sin embargo, para escapar al determinismo que derivaría de la atracción del bien, defendió igualmente, con las dos excepciones anteriores, que el hombre era libre en cuanto dependía de su voluntad la elección de cualquiera de los bienes que se presentasen ante él, y en este sentido escribió:

“...puesto que el bien es múltiple, a causa de esto [la voluntad] no es determinada necesariamente a la elección de uno solo”<sup>194</sup>.

Sin embargo, Tomás de Aquino no consiguió escapar al *intelectualismo socrático*, pues siempre subordinó las decisiones de la *voluntad* a aquello que la *razón* le mostrase como *bueno*, al margen de que el hombre no alcanzase a ver con suficiente claridad el bien o el mal que objetivamente pudiera haber en las acciones sobre las que deliberaba antes de tomar una decisión. En definitiva, el teólogo italiano no tuvo en cuenta que, aunque *se quiere y no se quiere* en razón del bien o de la ausencia de bien, en cuanto los bienes se muestran como diversamente valiosos, la voluntad se inclina *necesariamente* por aquel bien que aparece ante su razón como *el mejor*, aunque dicha razón, mediatizada

---

<sup>192</sup> *Suma Teológica*, I-II, q. 9, a. 6.

<sup>193</sup> *Suma Teológica*, I-II, q. 10, a. 2.

<sup>194</sup> “...sed quia bonum multiplex est, propter hoc non ex necessitate determinatur ad unum” (*Suma Teológica*, I, q. 28, a. 2).

por el conjunto de factores que la afectan en cada momento, pueda quedar ofuscada y no acertar en su apreciación del mayor bien objetivo, del mismo modo que, si nos encontramos perdidos en una selva y deseamos salir de ella, podemos *equivocarnos* a la hora de elegir el camino adecuado. Por ello, si se toma una elección errónea, ésta no obedecerá a que uno quiera elegir libremente el mal sino a que, al desconocer cuál sea el mayor bien, uno elige desde cierto grado de incertidumbre.

Además, Tomás de Aquino reconoce que todo lo que es objeto de elección lo es en cuanto la razón lo presenta como bueno, y ése es el motivo por el cual afirma que *el hombre quiere la bienaventuranza necesariamente*, en cuanto la razón no puede aprehenderla como mal. En consecuencia, el determinismo representado por el *bien absoluto* seguiría existiendo, en cuanto la capacidad para *elegir o no elegir* sólo sería la manifestación de la incapacidad del hombre para valorar con total claridad y evidencia el grado de bondad existente en sus diversas posibilidades de elección, de manera que, si su razón hubiera sido capaz de una clarividencia plena, *habría elegido necesariamente aquello que hubiera aprehendido como bueno* y, en consecuencia, habría actuado determinada tanto por el bien *absoluto* de la felicidad, como por el bien *relativo* que se le hubiera presentado como *el mejor* en el momento de la decisión. Por otra parte, suponiendo que la elección pudiera realizarse sin motivo alguno, sería *azarosa*, y no tendría sentido llamarla *libre*.

Tomás de Aquino, comprendiendo esta dificultad, trató de justificar la elección de cada momento a partir del modo de ser de la propia naturaleza indicando que “según como sea cada uno, así se le presenta el fin”<sup>195</sup>. Pero, aunque de este modo

---

<sup>195</sup> “...qualis unusquisque est, talis finis videtur ei” (*Suma Teológica*, I-II, q. 13, a. 6).

pretendió superar el *determinismo* derivado de la atracción del bien, lo que consiguió fue dar una visión más completa de dicho determinismo, en cuanto hizo derivar de la *naturaleza* de cada individuo la elección de determinado bien en cuanto éste se le presentase más acorde con dicha naturaleza. Finalmente, para librarse del determinismo que derivaría del hecho de que las acciones elegidas dependieran de esa naturaleza, afirmó que, aunque la elección estuviera determinada por la naturaleza de cada uno, sin embargo esa naturaleza habría sido previamente objeto de elección. Ahora bien, es evidente que *nadie elige su propia naturaleza*, pues toda elección se produce a partir de una naturaleza previamente existente con la que uno se encuentra sin haberla elegido, ya que para poder elegirla uno debería haber existido antes, lo cual implica un regreso *ad infinitum* en cuanto tendríamos que preguntarnos por la procedencia de tal naturaleza anterior y luego por la causa de esa otra naturaleza y así indefinidamente. Además, incluso partiendo del supuesto de que dicha elección fuera posible, nuevamente se plantearía el dilema consistente en que o bien habríamos elegido la propia naturaleza *por un motivo* –y en ese caso sería ese motivo el que habría determinado la propia elección- o bien la habríamos elegido *sin motivo* alguno, y en tal caso volveríamos nuevamente a una interpretación de la conducta humana basada en el *azar*. De este modo, la *libertad* o bien sería una forma de *determinismo*, o bien una forma de *azar*.

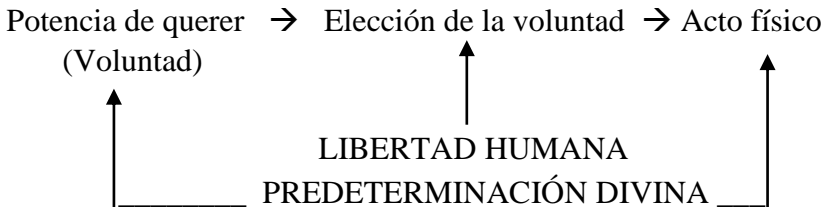
Por otra parte, cuando Tomás de Aquino analiza el tema de la *omnipotencia divina*, defiende un planteamiento *determinista* basándose en que *nada puede escapar* a la *omnipotencia* y, por lo tanto, a la *predeterminación divina*. Así, criticando a *Orígenes* (185-254) y a pesar de querer dejar a salvo el libre albedrío humano, defiende la tesis de que el dios cristiano no sólo es la

causa de la existencia de la *voluntad* humana como *potencia*, sino también *la causa de las elecciones concretas de su voluntad* y la causa de las *decisiones* que conducen a las *actuaciones* correspondientes. Escribe en este sentido:

“Algunos [...] decían que Dios causa en nosotros el querer y el obrar, en cuanto que causa en nosotros la potencia de querer, pero no en el sentido de que nos haga querer esto o aquello. Así lo expone Orígenes [...]. De esto parece haber nacido la opinión de algunos, que decían que la providencia no se extiende a cuanto cae bajo el libre albedrío, o sea, a las elecciones, sino que se refiere a los sucesos exteriores. Pues quien elige conseguir o realizar algo, por ejemplo, enriquecerse o edificar, no siempre lo podrá alcanzar [...]. Todo lo cual, en verdad, está en abierta oposición con el testimonio de la Sagrada Escritura. Se dice en Isaías: Todo cuanto hemos hecho lo has hecho tú, Señor. Luego no sólo recibimos de Dios la potencia de querer, sino también la operación”<sup>196</sup>.

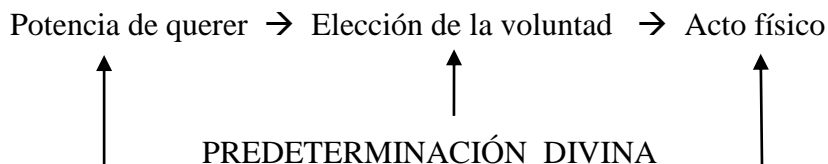
Así pues, mientras desde la perspectiva de teólogos como *Orígenes* se salvaría la *libertad* del hombre pero no la omnipotencia divina, desde la de *Tomás de Aquino* se salvaría la *omnipotencia* divina pero no la *libertad* del hombre.

El punto de vista de Orígenes se podría reflejar mediante el siguiente esquema:



<sup>196</sup> *Suma contra los gentiles*, III, capítulos 89 y 90.

Desde esta perspectiva se salvaría la omnipotencia divina pero no la libertad humana, ya que tanto los *actos* físicos, como las *elecciones* de la voluntad y la misma posesión de la *voluntad* como capacidad para tomar decisiones dependerían por completo de ese dios omnipotente. Por ello, el esquema correspondiente a este punto de vista, defendido por Tomás de Aquino, sería el siguiente:



Insistiendo en este mismo punto de vista, añade Tomás de Aquino un poco más adelante:

“Dios es causa no sólo de nuestra voluntad, sino también de nuestro querer”,

o, lo que es lo mismo, el dios del cristianismo sería causa de la existencia de nuestra *voluntad* o capacidad para tomar las decisiones que en cada momento tomamos, pero igualmente sería la causa de que *quisiéramos* realizar determinada acción y de que efectivamente tomásemos la *decisión* correspondiente. Por ello, el capítulo siguiente concluye así:

“Por consiguiente, como Él es la causa de nuestra elección y de nuestro querer, nuestras elecciones y voliciones están sujetas a la divina providencia”.

Es decir, en cuanto el dios del cristianismo sería la causa de la existencia de nuestra voluntad o capacidad de querer y en cuanto sería la causa igualmente de que quisiéramos esto o aquello, sería también la causa de las elecciones concretas que en cada mo-



mento realizamos como consecuencia de nuestro querer –que no sería otro que lo que ese dios hubiera querido que quisiéramos-.

La contradicción de Tomás de Aquino entre su defensa del “libre albedrío” humano y la de la absoluta predeterminación divina es evidente. No obstante y aunque la defensa simultánea de ambos puntos de vista es contradictoria, su argumento en favor de la predeterminación de los actos humanos es una consecuencia lógica del dogma de la omnipotencia divina.

b) El tema de la *libertad* se enfocó también en el cristianismo desde la problemática de la “salvación” y la de la “predestinación” del hombre, y en estas cuestiones, frente a otras opiniones “heterodoxas” como la de *Pelagio* (360-425), que había defendido la tesis de que el hombre se salvaba por sus méritos y se condenaba por sus culpas, venció la tesis de que toda salvación venía de la voluntad del dios cristiano y no de los méritos procedentes del buen uso que el hombre hiciera de su libre albedrío. Por ello, había que concluir en la idea de que el dios cristiano había predestinado a los hombres desde la eternidad para su salvación o reprobación.

Por lo que se refiere a *la salvación*, Tomás de Aquino, criticando a Pelagio, considera que el hombre es incapaz de conseguir la bienaventuranza por sus propios méritos y que sólo el auxilio divino puede llevarle a alcanzar este objetivo<sup>197</sup>; que nadie merece por sí mismo dicho auxilio<sup>198</sup>; y que desde la eternidad el dios cristiano determinó a quiénes concedería dicho auxilio y a quiénes lo negaría para que en unos casos brillase su misericordia y en otros su justicia (?):

---

<sup>197</sup> *Suma Teológica*, I, q. 83, a. 1.

<sup>198</sup> *Suma contra los gentiles*, 7, III, c. 147.

“Mas como quiera que Dios, entre los hombres que persisten en los mismos pecados, a unos los convierta previniéndolos y a otros los soporte o permita que procedan naturalmente [?], no se ha de investigar la razón por qué convierte a éstos y no a los otros, pues esto depende de su simple voluntad, del mismo modo que dependió de su voluntad el que, al hacer todas las cosas de la nada, unas fueran más excelentes que otras; tal como de la simple voluntad del artífice nace el formar de una misma materia, dispuesta de idéntico modo, unos vasos para usos nobles y otros para usos bajos”<sup>199</sup>.

Uno de los aspectos criticables de este último párrafo es la comparación que hace del dios cristiano con un artífice, pues en cuanto el artífice sea humano será imperfecto y debido a su imperfección podrá elegir de forma errónea y no guiado por *el principio de lo mejor*, que consiste en que el dios cristiano elige libremente pero también necesariamente como consecuencia de su perfección, por lo que no tiene sentido considerar que ese dios “al hacer todas las cosas de la nada, *unas fueran más excelentes que otras*”<sup>200</sup>, pues, aunque tal actitud le liberaría de la necesidad, le llevaría a un despotismo arbitrario, incompatible con su perfección.

Por lo que se refiere de manera más concreta al tema de *la predestinación*, la postura de Tomás de Aquino es idéntica a la de luteranos y calvinistas en cuanto defiende que la elección y la reprobación del hombre han sido ordenadas por su dios desde la eternidad, sin que pueda aceptarse que la decisión divina esté causada por los méritos del hombre. Escribe en este sentido:

---

<sup>199</sup> O.c., c. 149. Puede verse la influencia de Pablo de Tarso (*Romanos*, 9:18-19) en Tomás de Aquino en el ejemplo utilizado por este último, que es idéntico al utilizado por Pablo de Tarso.

<sup>200</sup> La cursiva es mía.

“Y como se ha demostrado que unos, ayudados por la gracia, se dirigen mediante la operación divina al fin último, y otros, desprovistos de dicho auxilio, se desvían del fin último, y todo lo que Dios hace está dispuesto y ordenado desde la eternidad por su sabiduría [...], es necesario que dicha distinción de hombres haya sido ordenada por Dios desde la eternidad. Por lo tanto, en cuanto que designó de antemano a algunos desde la eternidad para dirigirlos al fin último, se dice que los predestinó [...] Y a quienes dispuso desde la eternidad que no había de dar la gracia, se dice que los reprobó o los odió [...] Y puede también demostrarse que la predestinación y la elección no tienen por causa ciertos méritos humanos, no sólo porque la gracia de Dios, que es efecto de la predestinación, no responde a mérito alguno, pues precede a todos los méritos humanos [...] sino también porque la voluntad y providencia divinas son la causa primera de cuanto se hace; y nada puede ser causa de la voluntad y providencia divinas”<sup>201</sup>.

Por absurda que pueda parecer la doctrina de la *predestinación*, hay que tener en cuenta que sólo ella -tal como el teólogo italiano comprendió- podía dejar a salvo la *omnipotencia divina*, ya que, de lo contrario, ésta quedaría negada al quedar *subordinada* a las acciones y a los méritos del hombre. Sin embargo, esta doctrina tiene el grave inconveniente de convertir al hombre

---

<sup>201</sup> O.c., c. 163. La influencia de Pablo de Tarso sobre estos planteamientos es evidente, pues en su *Epístola a los Romanos* escribió: “¿Acaso la figura plasmada dirá a su plasmador: ‘¿por qué me hiciste así?’ ¿O no tiene potestad el alfarero sobre el barro para hacer de la misma masa un vaso para honor y otro para afrenta? (*Romanos*, 9:20-21). Por su parte, Nietzsche critica estos planteamientos cuando escribe: “Demasiadas cosas le salieron mal a ese alfarero que no había aprendido suficientemente el oficio. Pero eso de vengarse en sus cacharros y en sus criaturas, porque le habían salido mal a él, eso fue un pecado *contra el buen gusto*” (*Así habló Zaratustra*, p. 289. Planeta-De Agostini, Barcelona, 1992).

en una simple marioneta cuyas acciones sólo aparentemente serían suyas y, por lo tanto, no repercutirían en ninguna clase de *mérito* o de *culpa* por cuanto dependerían de la voluntad del dios cristiano.

Los planteamientos tomistas se mantuvieron en esta línea de pensamiento, aunque los dirigentes católicos no han encontrado ningún argumento que haga compatible la omnipotencia de su dios con la libertad del hombre.

De manera complementaria, el cristianismo defiende la doctrina de que su dios, como consecuencia de su *omnisciencia*, conoce el pasado, el presente y el futuro. Pero, si por lo que se refiere a los actos humanos el futuro dependiera de la omnipotencia divina y no de la libertad humana, en tal caso, si ese dios conocía la serie de males que este mundo iba a contener, sería absolutamente responsable de ellos.

Posteriormente, en relación con el tema de la predeterminación divina hubo diversas polémicas, como la de *Erasmus de Rotterdam* (1467-1536) frente a *Martín Lutero* (1483-1546), defendiendo el primero la *libertad* del hombre, y negándola el segundo, o como la de los teólogos españoles *Domingo Báñez* (1528-1604) y *Luís de Molina* (1536 -1600), que entablaron una polémica con la intención de encontrar una solución que salvase a un tiempo la omnipotencia divina y la libertad humana. Como era lógico, la discusión no alcanzó un final feliz; la solución de Báñez se inclinaba, como la de Tomás de Aquino, a salvar la omnipotencia divina, anulando la libertad del hombre, mientras que la de Molina se inclinaba, como la de Orígenes o la de Francisco Suárez, a salvar la libertad humana en detrimento de la omnipotencia divina. Como no hubo forma de encontrar una solución satisfactoria, en el año 1594 el papa Clemente VII pro-

hibió que siguieran las discusiones, pero no se atrevió a condenar ninguno de ambos puntos de vista.

Una consecuencia de la imposibilidad de salvar la libertad humana si se afirmaba la omnipotencia divina era que la *responsabilidad* del hombre dejaba de tener sentido y, en consecuencia, debían anularse las doctrinas derivadas de aquella supuesta *responsabilidad*, como las referentes *al mérito, a la culpa, al premio o al castigo*.

Como esta contradicción entre una omnipotencia divina, *limitada* por los actos humanos libres, y una libertad humana, *sometida* a una omnipotencia divina tendría repercusiones peligrosas para la dogmática cristiana, los teólogos aplicaron a esta doctrina –como a tantas otras– el calificativo de “misterio”, al margen de que en realidad se trate de una contradicción. La consideración de que determinada doctrina tenga carácter de “misterio” va acompañada de la exigencia de que se acepte por simple *fe*, lo cual implica una renuncia a su comprensión, y una aceptación de su verdad mediante un acto de sugestión, programado convenientemente por la jerarquía religiosa, que trata así de “blindar” sus doctrinas contradictorias contra cualquier planteamiento racional que ponga en evidencia su falsedad.

### 3.3. Dios y el mal

*La existencia de un dios omnipotente y amor infinito es contradictoria con la existencia del mal, pues su amor y su omnipotencia le permitirían e impulsarían a impedirlo.*

La doctrina de que el dios de los católicos ama infinitamente su creación no es coherente ni con los escritos bíblicos ni con la realidad en cuanto el supuesto amor infinito del dios cristiano debería ser causa del bien, y, sin embargo, el mal en todas sus formas está presente en las acciones de Yahvé y en la realidad

de cada día de nuestra vida.

En este sentido se dice en la *Biblia*:

-“Sin embargo, yo amé a Jacob, y *odié a Esaú*: convertí las montañas de Esaú en un erial y entregué su heredad a los chacales del desierto”<sup>202</sup>;

-“Haz bien al humilde y no des al malvado; niégale el pan [...] Que también *el Altísimo odia a los pecadores y se veng*a del malvado”<sup>203</sup>.

Hay múltiples pasajes que muestran que el amor del dios bíblico no es infinito, ni mucho menos, hasta el punto de que, en ocasiones como ésta, alterna con el odio sin justificación de ninguna clase. Acabamos de ver en el capítulo anterior que en el siglo XIII Tomás de Aquino sigue afirmando que Dios *odió* a aquellos a quienes decidió no dar la gracia para ser salvados. Pero, desde el momento en que hay textos canónicos de la secta católica en los que se defiende que su dios *odió* a determinadas personas, se niega de modo explícito su amor a todo ser humano, y, en consecuencia, no puede seguir defendiéndose que el amor de Dios sea infinito.

Por otra parte y al margen de lo que digan los diversos textos canónicos de la secta católica, es evidente que estamos rodeados de sufrimiento absurdo, tanto a nivel humano como a nivel del resto de seres vivos: ¿Qué explicación hay para este sufrimiento? ¿A quién beneficia? ¿Para qué sirve? ¿Es inevitable? ¿Es bueno en sí mismo? Parece evidente que, si ese dios existiera, fuera omnipotente y su amor infinito, en tal caso querría evitar dicho sufrimiento, mientras que su omnipotencia le permitiría evitarlo sin dificultad de ninguna clase. Pero, en cuanto esto

---

<sup>202</sup> 1 *Malaquías*, 1:2-3. La cursiva es mía.

<sup>203</sup> *Eclesiástico*, 12:5-6. La cursiva es mía.

no sucede ni de lejos, la existencia del sufrimiento demuestra la no existencia de un dios, que a la vez sea omnipotente y amor infinito.

A fin de presentar una solución para esta contradicción entre el supuesto amor infinito del dios cristiano y la existencia del sufrimiento los dirigentes de la secta católica tienden a considerar que el sufrimiento es un medio por el cual el ser humano contribuiría a la redención de sus pecados, del mismo modo que lo habría hecho Jesús con su propio sufrimiento y muerte en una cruz. Pero este argumento es absurdo por diversos motivos: En primer lugar, quienes lo proponen olvidan que la misericordia y amor infinitos del supuesto dios bastarían para conceder el perdón de cualquier pecado que el ser humano hubiera podido cometer, y, por ello, ni el sufrimiento de Jesús ni el de los seres humanos serían necesarios para conseguir el perdón de ese dios “infinitamente misericordioso”. En segundo lugar, los dirigentes de la secta católica tienen la orgullosa audacia de considerar, al menos en la práctica, que el sacrificio de Jesús, a quien consideran tan dios como al “Padre”, habría sido tal vez insuficiente por sí mismo para obtener la supuesta redención, y juzgan que el sufrimiento humano sería un suplemento que serviría para asegurar la eficacia del sacrificio de Jesús, a pesar de que el valor infinito de dicho sacrificio habría hecho innecesario cualquier otro.

Pero, además, ¿qué explicación podrían dar para el sufrimiento del resto de seres vivos? ¿No se le ocurrió al omnipotente Yahvé crear un mundo en el que la vida de la mayoría de las especies fuera posible sin tener que devorar a otras? ¿Tan difícil era, a pesar de su omnisciencia y omnipotencia?

Por otra parte, en cuanto el concepto de *pecado* es contradictorio con la doctrina de la secta católica acerca de la *prede-*

*terminación divina* de las acciones humanas y en cuanto la idea de purificación del pecado por medio del sufrimiento es absurda y representa sólo una reminiscencia de la antigua Ley del Tali3n –“ojo por ojo y diente por diente”–, aceptada por la secta cat3lica de modo impl3cito a pesar de que s3lo representa un reflejo de la valoraci3n primitiva de la *venganza* irracional como una forma de *justicia*, tal creencia es s3lo una muestra de sadismo y, por ello mismo, una doctrina absurda.

Adem3s, partiendo de que el concepto del dios cat3lico incluye las cualidades de la omnipotencia y del amor infinito y que dichas omnipotencia y amor son incompatibles con la presencia del el sufrimiento, a partir de esta incompatibilidad deriva un argumento cuyas premisas concluyen de manera necesaria en la negaci3n de la existencia de ese supuesto ser.

As3, *B. Russell* lo defendi3 del modo siguiente:

“El mundo, seg3n se nos dice, fue creado por un dios que es a la vez bueno y omnipotente. Antes de crear el mundo, previ3 todo el dolor y la miseria que iba a contener; por lo tanto, es responsable de ellos. Es in3til arg3ir que el dolor del mundo se debe al pecado. En primer lugar eso no es cierto; el pecado no produce el desbordamiento de los r3os ni las erupciones de los volcanes. Pero aunque esto fuera verdad, no servir3 de nada. Si yo fuera a engendrar un hijo sabiendo que iba a ser un mani3tico homicida, ser3 responsable de sus cr3menes. Si Dios sab3a de antemano los cr3menes que el hombre iba a cometer, era claramente responsable de todas las consecuencias de esos pecados cuando decidi3 crear al hombre. El argumento cristiano usual es que el sufrimiento del mundo es una purificaci3n del pecado, y, por lo tanto, una cosa buena. Este argumento es, claro est3, s3lo una racionalizaci3n del sadismo; pero en todo caso es un argumento pobre. Yo invitar3 a cualquier cristiano a que se acercase a la sala de ni3os de un hospital, a



que presenciase los sufrimientos que padecen allí, y luego a insistir en la afirmación de que esos niños están tan moralmente abandonados que merecen lo que sufren. Con el fin de afirmar esto, un hombre tiene que destruir en él todo sentimiento de piedad y compasión. Tiene, en resumen, que hacerse tan cruel como el Dios en quien cree.”<sup>204</sup>.

A continuación comento con detenimiento este argumento para evitar que su sencillez se confunda con superficialidad. Presento para ello las objeciones en apariencia más fuertes en contra de su valor y las correspondientes respuestas a tales objeciones, mostrando de este modo que el argumento conserva toda su validez. Planteado de modo estrictamente lógico adopta la forma siguiente:

Primera premisa: *Si existe un ser omnipotente, infinitamente bueno y creador de todo, entonces todo lo que existe es –o debería ser– bueno.*

Segunda premisa: *Si existe el sufrimiento, entonces no todo lo que existe es bueno.*

Tercera premisa: *El sufrimiento existe.*

Conclusión: *No existe un ser omnipotente, infinitamente bueno y creador de todo.*

La *conclusión* obtenida se deduce de las *premisas* de manera absolutamente necesaria, pero, para asegurarnos de la verdad de este silogismo, tendríamos que asegurarnos de la verdad material de las tres premisas de que se deduce la conclusión, y, para ello, habrá que analizar y refutar las objeciones que podrían oponerse a tales premisas. Paso pues a su análisis:

A la *primera premisa* se le podrían presentar las siguientes objeciones:

---

<sup>204</sup> B. Russell: *Por qué no soy cristiano*.

a) Podría afirmarse que efectivamente Dios lo hizo todo bueno, pero que fue el hombre quien introdujo el mal como consecuencia del “pecado original”.

Esta objeción, aunque pudo ser una respuesta para la humanidad de hace 2.000 ó 3.000 años ante su sorprendida contemplación del dolor, de las catástrofes naturales y de la muerte, es absurda por muy diversos motivos entre los cuales se encuentra la simple consideración de lo injusto que sería que el castigo relacionado con el supuesto “pecado” cometido por Adán y Eva debiese tener repercusiones para el resto de la humanidad y para los demás seres vivos, siendo una de ellas la serie de sufrimientos que todos padecemos. Además, un planteamiento como éste está ligado a la cultura de la “Ley del Tali3n”, que no es otra cosa que simple *venganza*<sup>205</sup> y que, por ello mismo, nada tendr3a que ver con un dios misericordioso como deber3a serlo el dios cat3lico.

Adem3s, hay muchos males que no provienen del hombre: terremotos, enfermedades, sequ3as, inundaciones, agresividad innata de muchos seres vivos que necesitan alimentarse de otros a quienes causan absurdos sufrimientos y la misma muerte. Resulta imposible adem3s compatibilizar la idea de un dios omnipotente y amor infinito con el sufrimiento de los ni3os y el de muchos otros seres vivos, ajenos indiscutiblemente a cualquier

---

<sup>205</sup> De hecho en *G3nesis* Dios aplica tambi3n esa ley del Tali3n: Condena a Ad3n *maldiciendo la tierra*: “Por haber caso a tu mujer y haber comido del 3rbol prohibido, maldita sea la tierra por tu culpa. Con fatiga comer3s sus frutos todos los d3as de tu vida. Ella te dar3 espinas y cardos y comer3s la hierba de los campos. Con el sudor de tu frente comer3s el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado, porque eres polvo y al polvo volver3s” (*G3nesis*, 3:17-19).

culpa que les hiciera merecedores<sup>206</sup> de los males que padecen, y cuyo único delito, como diría Calderón, sería el de haber nacido

b) Como objeción a estas consideraciones algunos tratan de explicar el mal a partir de la *Naturaleza*, suponiendo que de esta forma Dios quedaría al margen de las diversas calamidades y sufrimientos que rodean la existencia humana y la del resto de seres vivos. Pero, como en el caso de la réplica anterior, es evidente que, si la Naturaleza produjera el mal, en tal caso la Naturaleza sería mala, y, en consecuencia, de la misma manera que se considera responsable de un asesinato a la persona que disparó de forma voluntaria y no a la bala que hirió mortalmente a la víctima, igualmente habría que entender la relación entre Dios, la naturaleza y el mal, considerando a Dios como causa del mal, y a la Naturaleza como un simple instrumento para la manifestación de ese mal.

c) Otra *objeción* que se presenta es la consistente en afirmar que el mal es inevitable, pues sin él no se podría conocer ni gozar del bien. Ya los estoicos se habían servido de esta explicación. Sin embargo, su valor es claramente nulo, puesto que quienes la presentan olvidan que en la argumentación inicial se hablaba de un *ser omnipotente*, y la omnipotencia implica la capacidad de hacer todo aquello que no sea contradictorio. Ahora bien, es evidente que no existe contradicción alguna en la idea de un mundo absolutamente bueno en el que el conocimiento y el goce del bien y de la felicidad no vayan acompañados de ningún tipo de sufrimiento<sup>207</sup>.

---

<sup>206</sup> En otros momentos ya he criticado la falta de un nexo lógico necesario entre *delito o pecado* y *castigo*, al margen de que para la convivencia entre los seres humanos resulte útil establecer una conexión de tipo legal entre tales realidades en cuanto sirve para que los delitos disminuyan.

<sup>207</sup> En caso contrario tendríamos que aceptar que el propio Dios necesita pasar alternativamente por sucesivas etapas de sufrimiento y felicidad por

En los últimos libros de la *Biblia*, concretamente en *Job* y *Eclesiástico*, los autores tomaron conciencia del problema de cómo compatibilizar la idea de un dios bueno con la existencia del mal en el Universo. Pues, en cuanto la existencia del mal era demasiado evidente y dios era el origen de todo, tuvieron que aceptar que tanto el bien como el mal provenían de dios. Por ello, desde la resignación, aunque también desde una actitud fatalista, se dice en *Job*:

“Si se acepta de Dios el bien ¿no habremos de aceptar también el mal?”<sup>208</sup>.

Pero evidentemente una cosa es aceptar lo que sucede cuando nada se puede hacer para evitarlo y otra muy distinta encontrar una explicación lógica que haga compatible la existencia de un dios bueno y omnipotente con la presencia del mal en el mundo, problema que en *Job* se resuelve aceptando que bien y mal provienen de su dios, por lo que el amor de éste por el hombre está muy por debajo de su voluntad omnipotente pero déspota, de manera que indudablemente ese dios no sería infinitamente bueno.

Asimismo, en *Eclesiástico*, coincidiendo con *Job*, se afirma de forma igualmente clara:

“Bien y mal, vida y muerte, pobreza y riqueza, vienen del Señor”<sup>209</sup>,

tomando como principio para alcanzar tal conclusión el hecho empírico de la existencia tanto de lo bueno como de lo malo.

La perspectiva del autor de *Eclesiástico* guarda bastante semejanza con el panteísmo de Heráclito, pero con una dife-

---

cuanto las últimas estarían condicionadas por las primeras.

<sup>208</sup> *Job*, 2:10.

<sup>209</sup> *Eclesiástico*, 11:14.

rencia importante, pues, aunque el autor de *Eclesiástico* considera a su dios como creador de todo, tanto del bien como del mal, entiende igualmente que su dios no se identifica con el conjunto de la realidad creada. Dicho autor, en cuanto parte de la idea de que su dios es el creador de todas las cosas, no tiene otro remedio que aceptar que Yahvé es creador del mal, aunque esta idea tal vez no le satisfaga. Heráclito, por su parte, acepta que en la realidad existe una mezcla de bien y de mal, pero, como considera que Dios se identifica con el conjunto de todo lo existente, entiende –erróneamente– que el mal es una perspectiva simplemente humana sobre aquellos aspectos de la realidad que le perjudican, pero no una perspectiva acertada desde la visión de la realidad como un todo. Escribe por ello:

“Para Dios todas las cosas son hermosas, buenas y justas, pero los hombres han supuesto que unas son justas e injustas otras”<sup>210</sup>.

Sin embargo, aquí Heráclito se equivoca cuando considera que el mal simplemente humano no debe ser considerado a la hora de valorar el todo, pues ese todo es la suma de sus partes, y, si alguna de ellas es mala, su suma no puede considerarse como buena en un sentido absoluto.

d) Desde otros planteamientos más míticos y a fin de explicar la presencia del mal sin tener que negar la existencia de un dios infinitamente bueno y omnipotente, algunos llegaron a pensar que junto a este dios, existiría otro, inferior al primero pero causante del mal que observamos en el mundo. Tenemos un ejemplo de los planteamientos que van por esta línea en la antigua religión persa de Zaratustra (s. VII a. C.), en la que Ormuz

---

<sup>210</sup> Kirk y Raven: *Los filósofos presocráticos*, fr. 209; p. 273. Gredos, Madrid. 1974.

representaría el dios benéfico y Ahrimán el dios maléfico, que al final de los tiempos sería definitivamente derrotado. Sin embargo, en cuanto nos refiramos al dios de la secta católica, el punto de vista de la religión de Zaratustra no sirve como solución de este problema, pues a dicho dios se le califica como omnipotente y, por ello mismo, podría impedir la existencia del supuesto “dios maléfico”, mientras que su teórica bondad infinita le llevaría a impedirla sin dificultad alguna.

Por lo que se refiere a la *segunda premisa*, se le hacen objeciones como las siguientes:

1) Quizás el sufrimiento podría ser bueno, al menos en un sentido semejante a aquel en que lo es una intervención quirúrgica, la cual, aunque resulte dolorosa, es causa muchas veces del bien de la curación.

La réplica a esta objeción comienza por diferenciar el dolor *en sí mismo* de aquello a lo que puede conducir, entendiendo que, aunque el fin al que conduzca pueda ser bueno, el dolor seguirá siendo malo, de manera que es evidente que si se pudiera producir una curación de forma inmediata, sin pasar por una fase de dolor, sería absurdo pasar por ella; y, si existiera un dios como ser omnipotente e infinitamente bueno, no sólo evitaría el dolor de la intervención quirúrgica, sino también el de la enfermedad que hizo necesaria dicha intervención.

2) Por otra parte, ante la imposibilidad de negar la existencia del sufrimiento y su incompatibilidad con un Dios omnipotente y suma bondad, algunos llegan a considerar que el sufrimiento podría ser bueno en algún sentido oculto para la mente humana. Pero este absurdo se elimina fácilmente a partir de la consideración de que, si el sufrimiento fuera bueno, no tendría ningún sentido el *mandamiento* de no matar, ni tampoco el interés por remediar el hambre y el sufrimiento de la humanidad, ni

por eliminar las guerras y las torturas más refinadas, hasta el punto de que la misma práctica de la medicina no tendría ningún sentido. Además, referirse al sufrimiento o a la bondad de un dios como a algo ajeno a las posibilidades humanas de comprensión es utilizar palabras vacías e inútiles, pues, si decimos que Dios es “bueno” y, a continuación, “aclaramos” (?) que “bueno” no significa lo que todo el mundo piensa que significa y que el “sufrimiento” podría ser “bueno” en ese misterioso sentido, estaremos perdiendo el tiempo y haciéndolo perder a quienes nos escuchan. Recordemos, en este sentido, que el lenguaje es un producto humano y que el significado de las palabras no es algo que haya que esperar descubrirlo como si de un misterio se tratara, sino que somos los hombres quienes se lo hemos asignado de manera convencional pero tácitamente consensuada a lo largo de nuestra evolución histórica y cultural. Por ello, es absurda la suposición de que cualquier palabra de nuestro lenguaje deba tener un significado oculto para la humanidad, como si fuera un regalo procedente de los habitantes de otra galaxia.

Por lo que se refiere a la *tercera premisa*, es totalmente superfluo discutirla, pues todos tenemos a diario nuestras propias experiencias a este respecto. Reparemos además en que, si sabemos de qué estamos hablando cuando nos referimos al sufrimiento, es sólo por el hecho de haberlo experimentado<sup>211</sup> en alguna o en muchas ocasiones.

La *conclusión* que deriva de estas tres premisas es, como ya sabemos, que no puede existir un ser que reúna al mismo tiempo las cualidades de la omnipotencia y de la infinita bondad, o, lo que es lo mismo, que o bien el hipotético dios quiso pero no

---

<sup>211</sup> De lo contrario, nos pasaría como al ciego de nacimiento, que por no haber experimentado nunca el color es incapaz de hacerse una idea adecuada de él.

pudo hacer un mundo sin sufrimiento –y, en tal caso, no sería omnipotente-, o bien pudo pero no quiso –y, en tal caso, no sería infinitamente bueno-. Si, por otra parte, se considera que el dios cristiano debería ser “bueno y omnipotente”, en tal caso la conclusión evidente es la de que este supuesto dios no existe, conclusión a la que se llega igualmente por muchas otras pruebas que ya hemos visto.

### **3.4. El amor infinito (?) del dios cristiano y el fuego eterno**

De acuerdo con la dogmática tradicional de los dirigentes de la secta católica, el señor J. Ratzinger –alias Benedicto XVI- volvió a afirmar recientemente la existencia del Infierno como castigo eterno, doctrina que, por otra parte, no hubiera podido cambiar en cuanto pretendiera ser coherente con la doctrina tradicional de su secta referente a sus “dogmas”, considerados como verdades incuestionables y que, por ello mismo, no podían ser modificados por la decisión de un nuevo pontífice –al margen de que, cuando les interesa, los dirigentes católicos encuentren pretextos para hacerlo y elaboren diversos sofismas para presentar nuevas doctrinas como interpretaciones “más claras y exactas” (?) pero igualmente contradictorias con otras que en tales momentos no tienen en cuenta.

La doctrina relacionada con el castigo del Infierno se encuentra ya en algunos libros del final del *Antiguo Testamento*, aunque de un modo difuso, pues ni siquiera se habla del “fuego eterno” sino sólo de un castigo eterno, respecto al que posteriormente irá adquiriendo en el nuevo. Así, se dice en *Daniel*:



“Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para la vergüenza, para el *castigo eterno*”<sup>212</sup>.

Pero es en el *Nuevo Testamento* –especialmente en los *Evangelios*- donde el Infierno se presenta como un *fuego eterno* al que el dios cristiano condena a gran parte de la humanidad en cuanto *muchos son los llamados pero pocos los escogidos*. Los dirigentes de la secta católica han defendido esta doctrina, entendida como un castigo eterno, relacionado incluso con el fuego desde los comienzos del cristianismo hasta la actualidad. En este sentido, se dice en los evangelios:

a) “Así será el fin del mundo. Saldrán los ángeles a separar a los malos de los buenos, y los echarán al *horno de fuego*; allí llorarán y les rechinarán los dientes”<sup>213</sup>,

b) “Apartaos de mí, malditos, id al *fuego eterno*, preparado para el diablo y sus ángeles”<sup>214</sup>;

c) “Te conviene más perder uno de tus miembros que ser echado todo entero al *fuego eterno*”<sup>215</sup>.

d) “...irán éstos al *castigo eterno*, y los justos a la vida eterna”<sup>216</sup>.

e) “Más te vale entrar tuerto en el reino de Dios que ser arrojado con los dos ojos al *fuego eterno*, donde [...] el fuego no se extingue”<sup>217</sup>.

f) “Y en el abismo, cuando se hallaba entre torturas, levantó el rico y vio a lo lejos a Abrahán y a Lázaro en su seno. Y

---

<sup>212</sup> *Daniel*, 12:2. La cursiva es mía.

<sup>213</sup> *Mateo*, 13:49-50. La cursiva es mía.

<sup>214</sup> *Mateo*, 25: 41. La cursiva es mía.

<sup>215</sup> *Mateo*, 5:29. La cursiva es mía.

<sup>216</sup> *Mateo*, 25:46. La cursiva es mía.

<sup>217</sup> *Marcos*, 9:47. La cursiva es mía.

gritó “Padre Abrahán, ten piedad de mí y envía a Lázaro para que moje en agua la yema de su dedo y refresque mi lengua, porque no soporto estas llamas”. Abrahán respondió: “Recuerda, hijo, que ya recibiste tus bienes durante la vida, y Lázaro, en cambio, males. Ahora él está aquí consolado mientras tú estás aquí atormentado”<sup>218</sup>.

g) “Puesto que Dios es justo, vendrá a retribuir con *sufriimiento* a los que os ocasionan sufrimiento; y vosotros, los que sufrís, descansaréis con nosotros cuando Jesús, el Señor [...] aparezca entre llamas de fuego y tome venganza de los que no quieren conocer a Dios ni obedecer el evangelio de Jesús, nuestro Señor. Éstos sufrirán el castigo de una *perdición eterna*, lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”<sup>219</sup>.

h) “En cuanto los cobardes, los incrédulos, los depravados, los criminales, los lujuriosos, los hechiceros, los idólatras, y los embusteros todos, están destinados al *lago ardiente de fuego y azufre*, que es la segunda muerte”<sup>220</sup>.

De acuerdo con los pasajes anteriores queda claro que el Infierno es un castigo consistente en ser quemado en el *fuego* (textos a, b, c, d, e y h); que dicho fuego es *eterno* (textos b, c, d, e, h); y que fue creado inicialmente para “el diablo y sus ángeles” (texto b).

Al parecer el dios cristiano no previó “inicialmente” qué haría con los hombres que no fueran de su gusto y no creó un

---

<sup>218</sup> Lucas, 16:23-25.

<sup>219</sup> Pablo de Tarso: 2 *Tesalonicenses*, 1:6-9. La cursiva es mía.

<sup>220</sup> *Apocalipsis*, 21:8. La cursiva es mía. Resulta de interés observar que en el evangelio de *Juan* no se menciona el “Infierno” en ningún momento de manera explícita, aunque sí se contraponga “vida eterna” y “condenación”, la cual podría significar simplemente condena a morir para siempre, tal como se acepta a lo largo de casi todo el *Antiguo Testamento*.

“lugar” especial para ellos sino que simplemente, cuando se encontró con ese pequeño problema, les envió al mismo lugar al que había enviado anteriormente al “diablo y sus ángeles”, lo cual dice muy poco de la providencia divina y mucho de su imperfección al tener que improvisar ante el hecho de tener que condenar al ser humano enviándole al Infierno. En relación con el despiste anterior, hay que decir que, aunque en el *Apocalipsis* se dice –de modo contradictorio- que Satanás y sus ángeles fueron arrojados a *la tierra* y no al *infierno*<sup>221</sup>-, se diga en otros momentos como en el evangelio de *Mateo* que fueron condenados “al fuego eterno”; finalmente, el Infierno hace referencia a cierto “lugar” al que los condenados van no sólo a estar alejados de Dios, sino a *sufrir* mediante un castigo físico. Esto se dice de manera explícita en los textos *a*, *f* y *g*, y de manera implícita pero igualmente clara en todos los demás.

Este detalle del *sufrimiento físico* de los condenados tiene especial importancia porque, ante la incompatibilidad de la supuesta *misericordia infinita* del dios cristiano y el *castigo eterno* del Infierno, algunos han defendido la tesis de que en realidad este castigo no tiene nada que ver con el fuego ni con una acción por la que el dios cristiano condene a nadie, sino que serían los condenados quienes voluntariamente se habrían alejado de él de manera que el Infierno consistiría en ese *estado de alejamiento de dios*.

En efecto, en estos últimos años algunos dirigentes de la secta católica, como Karol Wojtyla –alias “Juan Pablo II”-, al comprobar que cada día iba en aumento el número de críticas contra doctrinas tan absurdas como la del Infierno, pensaron que tal vez podían solucionar este absurdo reinterpretando todo lo que de forma clara se dice en el *Nuevo Testamento* y consideran-

---

<sup>221</sup> *Apocalipsis*, 12:7-9.

do que en realidad no sería el dios cristiano quien condenaría sino que sería el hombre quien elegiría libremente alejarse de ese dios, de manera que el Infierno no consistiría en otra cosa que en dicho *estado de alejamiento* libremente elegido.

El caso es que, rodeado de tanto lujo y de tanto ambiente y solemnidad clerical, puede haber un momento en que el papa de turno haya llegado a creerse el dogma de su infalibilidad, se haya atrevido a inventar cualquier sandez y haya llegado a creérsela, como si realmente se la hubiera inspirado el “Espíritu Santo”, a pesar de que lo que todo el mundo interpreta como “el Infierno” es no sólo aquello que nos enseñaron los curas cuando éramos niños sino también aquellas palabras de la *Biblia* cuyo sentido es claro y cuya reinterpretación surge como consecuencia de que hasta el papa puede haber llegado a ser consciente de la barbaridad inefable de aquel castigo y se haya sentido con suficiente autoridad como para modificarlo, suprimiendo de él cualidades relacionadas con el sufrimiento físico en un “fuego eterno”, para convertirlo en un *alejamiento voluntario* respecto al dios cristiano, a pesar de las numerosas ocasiones en que dicho castigo aparece en los evangelios y en el *Apocalipsis* como un castigo decidido por el dios cristiano y no por el hombre. Por ello, para refutar esta interpretación del Infierno conviene refrescar la memoria de quienes han olvidado los diversos textos bíblicos en los que, como se ha podido ver, *el Infierno es un castigo que provendría del dios cristiano*, que, al margen de su sentido como sufrimiento psíquico, tendría un *carácter físico y eterno*. Así se entiende también en *Lucas* cuando se dice:

“temed a aquel que [...] *tiene poder para arrojar al fuego eterno*”<sup>222</sup>,

pasaje en el que de nuevo se habla del “fuego eterno” y en el que se hace referencia no al individuo, tomando él mismo la decisión de alejarse de su dios, sino “a aquel que tiene poder para arrojar al fuego eterno”, es decir, a ese mismo dios. Y así se entiende también en *Mateo* cuando escribe:

“Entonces dirá a los de la izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles [...] E irán éstos al castigo eterno, y los justos a la vida eterna”<sup>223</sup>.

Hay que insistir en definitiva en que esta reinterpretación del Infierno está en diáfana contradicción con los textos citados, pues, a pesar de que mediante la nueva interpretación dicho dios quedaría al margen de cualquier crítica por lo que se refiere al destino del hombre, se olvida que, cuando en la *Biblia* se habla del Infierno, no se lo describe como un lugar o un estado al que uno se dirige *voluntariamente* sino como un *lugar de castigo eterno* al que el mismo Jesús *envía*.

Evidentemente tal castigo contradice el dogma de la infinita misericordia divina, y contradice igualmente el dogma de la “redención”, por la que Jesús habría liberado al hombre de sus pecados.

Según parece, los dirigentes católicos así como quienes escribieron los *Evangelios* no se percataron de la contradicción existente entre aquella “redención” o “salvación” y el castigo del Infierno, prevaleciendo la doctrina del Infierno y dejando aque-

---

<sup>222</sup> Lucas, 12:5. La cursiva es mía. En *Mateo* aparece un texto similar: “temed [...] *al que puede destruir al hombre entero en el fuego eterno*” (*Mateo*, 10:28. La cursiva es mía).

<sup>223</sup> *Mateo*, 25:46.

lla “salvación” de Jesús casi sin efecto alguno. Seguramente los dirigentes cristianos comprendieron que podrían tener mejor sometida a su clientela si la atemorizaban con la idea del Infierno que si la tranquilizaban diciéndole que, siendo infinito el amor divino, podían vivir tranquilos y tratar de ser felices sin someterse a otra ley que a la de sus propios deseos, pues al final de los tiempos todos estábamos predestinados a la bienaventuranza eterna gracias a la redención de Jesús.

En el *Antiguo Testamento* se había defendido la ley del Talión, “ojo por ojo, diente por diente”. ¿Servía de algo esta ley? Quizá en bastantes casos pudo servir de freno para impedir la transgresión de las leyes del pueblo de Israel, pero lo peor de estos castigos era especialmente la de considerar sin dudarlos de ningún modo que el pecado y el castigo debían estar inseparablemente unidos, a pesar de que no existe ninguna lógica que conduzca a esa doctrina, y, además, la barbaridad de las penas que acompañaban a cualquier delito: Así, el hecho de *trabajar en sábado*, estaba castigado con la *pena de muerte*. Pero lo peor de todo era que las penas no se imponían como un medio para *corregir* el mal comportamiento sino como una forma de asegurar la autoridad de los dirigentes, y como una forma de *venganza* contra el infractor, venganza que sigue existiendo como motivo principal de las penas supuestamente infligidas por el dios cristiano, identificado con el mismo Yahvé-. Lo que tienen en común la ley del Talión -cuando ésta iba unida a la pena de muerte- y el Infierno es precisamente que en ambos casos la finalidad principal de su aplicación no es la de conseguir que los delincuentes o los pecadores mejoren su comportamiento sino la de la *venganza*, ya que en ambos casos el transgresor de la ley queda privado de la capacidad de corregir su conducta, y su muerte sólo sirve para calmar la sed de venganza de quien se

haya sentido perjudicado por el condenado, a pesar de que tal condena no remedie el daño causado. De hecho, una de las citas anteriores es un ejemplo de lo que aquí se dice. En ella, según el evangelio atribuido a Lucas, Abraham, contestando al rico condenado que le pide que envíe a Lázaro para mojar su boca con agua, pues no aguanta las llamas del Infierno, le dice:

“Recuerda, hijo, que ya recibiste tus bienes durante la vida, y Lázaro, en cambio, males. Ahora él está aquí consolado mientras tú estás aquí atormentado”<sup>224</sup>.

Esta respuesta es por sí misma suficientemente significativa del *espíritu de venganza* que subyace en la aplicación de la *ley del Talión* o en la de la pena del *Infierno*, presentando este carácter vengativo del Infierno como algo plenamente lógico, natural y compatible con la infinita bondad y misericordia divinas, aunque sea lo más contradictorio con el perdón que debería corresponderse con dicha misericordia.

Por ello, en el caso de la pena del Infierno, nos encontramos ante un castigo mucho más salvaje y absurdo todavía que los del *Antiguo Testamento*, pues el infractor de la ley no sólo no mejora con ese castigo sino que sufrirá eternamente sin que esto sirva de nada a nadie. Por eso, el “misterio” del Infierno es una de las contradicciones más absurdas del cristianismo, pues es lo más opuesto a la idea de un dios que ama por encima de cualquier ofensa –suponiendo que el hombre tuviera la capacidad de ofender a un ser perfecto e inmutable como la secta católica considera a su dios, suponiendo que tuviera algún sentido considerar

---

<sup>224</sup> *Lucas*, 16:23-25. El autor de este evangelio presenta esta escena con gran realismo, como si la hubiera presenciado directamente. Cualquiera que tenga interés puede comprobar que el autor de este evangelio es muy dado a escribir de ese modo acerca de hipotéticas situaciones que él en ningún caso pudo haber presenciado. Parece que lo importante no era su veracidad sino el efecto que tales “historias” pudieran causar en sus ingenuos oyentes o lectores.

que una ofensa pudiera ser reparada mediante un castigo, suponiendo igualmente que el carácter limitado del ser humano fuera compatible con una ofensa tan repleta de infinita maldad contra su dios que le hiciera acreedor a un castigo eterno, y suponiendo finalmente que el infinito amor divino fuera insuficiente para perdonar a ese hombre cuyas ofensas habrían sido además pre-determinadas por ese dios por cuya omnipotencia los dirigentes cristianos proclaman que todo está programado desde la eternidad.

Sin embargo, si se tiene en cuenta que un padre es capaz de perdonar sin excesiva dificultad ofensas gravísimas, afirmar que un dios, supuesto padre común de todos, fuera incapaz de perdonar a cualquier hombre a pesar de haber proclamado que su amor era infinito, sería un insulto a ese dios si existiera y, desde luego, una contradicción.

El *texto g* tiene un carácter similar al anterior, pero presenta algún aspecto que expone con mayor evidencia la naturalidad con que Pablo de Tarso considera *justo* el castigo del Infierno, llegando a ver como natural su carácter de *venganza*, no sólo en línea con la ley del Talión sino avanzando mucho más lejos todavía por su carácter de castigo eterno sin sentido. Pues, ¿qué satisfacción encontraría ese dios con semejante castigo? ¿qué beneficio recibiría el hombre? Pues, a diferencia del “ojo por ojo”, que pudo tener cierta utilidad a pesar de estar fundado en el deseo de venganza, con el castigo del Infierno se defiende el “sufrimiento eterno”, que en nada beneficia ni a quien haya desobedecido la supuesta ley divina ni a quien se haya dañado u ofendido. Sin embargo, en el escrito de Pablo de Tarso se dice:

“Puesto que Dios es justo, *vendrá a retribuir con sufrimiento a los que os ocasionan sufrimiento*; y vosotros, los que sufrís, descansaréis con nosotros cuando Jesús, el Señor



[...] tome *venganza* de los que no quieren conocer a Dios ni obedecer el evangelio de Jesús, nuestro Señor. Éstos sufrirán el castigo de una perdición eterna, lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”<sup>225</sup>.

Resulta ciertamente asombrosa la naturalidad con que Pablo de Tarso escribe esas últimas palabras: “Éstos sufrirán el castigo de una perdición eterna, lejos de la presencia del Señor y de la gloria de su poder”, así como su idea de que el Infierno representa la plasmación de la *venganza divina*. Es bastante probable que el astuto apóstol de los gentiles escribiera tales palabras tan escalofrantes –al margen de que él mismo llegase a creerlas de verdad o no-, más con la intención de atemorizar a quienes tuvieran una fe algo tibia que con la de explicar qué les sucedería a quienes no aceptasen la palabra de Jesús, pues así quienes sólo dudaban tendrían un motivo más que suficiente para intentar autosugestionarse acerca de la verdad de las doctrinas cristianas, reforzando así su fe y asegurando su salvación.

Posteriormente, en el siglo XIII, Tomás de Aquino seguiría siendo fiel a esa línea de pensamiento y añadiría un poco más de atractivo para los sádicos, para quienes buscan el sufrimiento ajeno por el placer de verlo sufrir y no porque quieran que tome conciencia de las ofensas o errores que haya cometido a fin de que vuelva a la senda del bien [?], escribiendo:

“Para que la felicidad de los santos más les complazca y de ella den más amplias gracias a Dios, se les concede que contemplen perfectamente el castigo de los impíos”<sup>226</sup>.

---

<sup>225</sup> 2 *Tesalonicenses*, 1:6-9.

<sup>226</sup> “Ut beatitudo sanctorum magis complaceat eis et de ea uberiores gratias Deo agant, datur eis ut poenam impiorum perfecte intueantur” (*Summa Theologica*, V, Suppl., q. 94, a. 1).

¿Cómo pueden ser considerados “santos” quienes se complacen ante la contemplación del castigo de los impíos?

Como ya se ha dicho, la doctrina acerca del Infierno aparece en el *Antiguo Testamento* en muy pocas ocasiones, donde más bien se suele hablar de castigos relacionados con la *muerte* –definitiva- de quien haya desobedecido determinados preceptos divinos y la *muerte* de su descendencia “hasta la tercera y la cuarta generación”<sup>227</sup>.

El castigo *hasta la tercera y cuarta generación* es una muestra clara de absoluta crueldad e injusticia por parte de Yahvé, cuya sed de venganza y cuya omnipotencia están por encima de todo; pero además y de manera especial es una prueba de que en esos momentos a los sacerdotes de Israel todavía no se les había ocurrido la idea de la inmortalidad, en la que el bien o el mal podrían prolongarse indefinidamente: Ni gloria eterna, ni castigo eterno, pues consideraban que la muerte era el fin absoluto del hombre, regresando al polvo del que provenía, y, por ello, sólo se les ocurrió extender el castigo hasta la muerte del transgresor de la ley y la de sus descendientes, como puede comprobarse en el texto siguiente:

“Esto dice el Señor [...] *Te arrojaré con los muertos*, con las gentes del pasado, y te haré habitar en las profundidades de la tierra, en *el país de la eterna soledad*”<sup>228</sup>.

En este pasaje de *Ezequiel* puede verse que, aunque se habla del *país de la eterna soledad*, no se menciona el Infierno como un

---

<sup>227</sup> Así, por ejemplo, se dice en *Deuteronomio*: “No te postrarás ante ellos ni les darás culto, porque yo, el Señor tu Dios, soy un Dios celoso, que castigo la maldad de los hombres en los hijos hasta la tercera y cuarta generación” (*Deuteronomio*, 5, 9-10).

<sup>228</sup> *Ezequiel*, 26:19-20. La cursiva es mía.

castigo físico, como fuego eterno, cosa que sí sucede en los pasajes del *Nuevo Testamento*.

Como ya se ha comentado antes, esta doctrina es criticable en sí misma y por ser contradictoria con otras de la secta católica. A las razones anteriores pueden sumarse las siguientes:

En *primer* lugar, hay que tener en cuenta que esta concepción absurda de un dios como un “Señor” con el derecho de imponer sus normas, y del hombre como un “siervo” que deba obedecerlas, sólo se encuentra a partir de la proyección de lo que en el pasado fue la vida humana en relación con las instituciones políticas y sociales existentes, que, como las del antiguo Egipto, estaban estructuradas de manera piramidal, con un faraón o un rey con poder absoluto sobre la vida y la muerte de sus siervos, una clase sacerdotal y aristocrática, que se encontraba junto a la primera o en una categoría muy próxima, y una gran masa de población que apenas tenía derechos, viviendo sometida al poder despótico del faraón. La justificación de los derechos del faraón sobre el pueblo no derivaba de otra cosa que de su poder. Por ello mismo y con mayor motivo, desde que los sacerdotes israelitas afirmaron la existencia de Yahvé como Señor absoluto del Universo, les resultó fácil concluir a partir de un antropomorfismo superficial, reflejo de la estructura político-social egipcia, de su propio pueblo y de otros pueblos cercanos, que a él se debía una obediencia y una sumisión absolutas, y que cualquier desprecio a sus órdenes merecía un castigo inexorable y especialmente cruel, como la muerte del infractor y la de su descendencia, y, finalmente, ya en el *Nuevo Testamento*, la de su sufrimiento eterno en el fuego del *Infierno*.

En *segundo* lugar y de acuerdo con la doctrina católica de la *predeterminación* divina, conviene no olvidar que el hombre no elegiría nada por su propia cuenta sino que, según se indica en

diversos pasajes bíblicos, como en *Isaías* o en las cartas de Pablo de Tarso o en los escritos de Tomás de Aquino, *todo cuanto el hombre decide o hace es Dios quien lo decide o hace*, por lo que el hombre no elegiría alejarse del dios cristiano, sino que habría sido ese mismo dios quien habría decidido tal supuesta elección del hombre, según lo indica este teólogo cuando escribe:

“Dios es causa no sólo de nuestra voluntad, sino también de nuestro querer”<sup>229</sup>,

añadiendo más adelante:

“Por consiguiente, como Él es la causa de nuestra elección y de nuestro querer, nuestras elecciones y voliciones están sujetas a la divina providencia”<sup>230</sup>.

Además, como el propio Tomás de Aquino defiende, la idea de que alguien eligiera de manera consciente apartarse de dios sería contradictoria en cuanto el hecho mismo de elegir determinado objetivo es lo que demuestra qué es lo que considera como bien quien lo elige, de manera que, en cuanto se considere al supuesto dios como *bien absoluto* y en cuanto se considere el Infierno como *el mayor mal*, es inconcebible por contradictorio que quien tuviera tal perspectiva pudiera elegir alejarse de dios y preferir el Infierno, pues, el Infierno no podría ejercer sobre el hombre atractivo alguno, y, en consecuencia, nadie lo elegiría.

De acuerdo con este planteamiento, Tomás de Aquino, siguiendo a Aristóteles, decía que la voluntad tiende *necesariamente* al bien, y así este importante “doctor” del cristianismo proporciona una crítica implícita al argumento anterior, pues, si *el bien es aquello a lo que todo tiende* (“bonum est quod omnia

---

<sup>229</sup> *Suma contra los gentiles*, libro III, cap. 89.

<sup>230</sup> *Suma contra los gentiles*, libro III, cap. 90.

appetunt”<sup>231</sup> -escribe siguiendo a Aristóteles-) no tiene sentido afirmar al mismo tiempo que se pueda *elegir el mal*, a no ser por haberlo confundido con un bien<sup>232</sup>.

Y, en *tercer* lugar, hay que decir que la doctrina sobre el Infierno como *castigo eterno* emanado de un dios del que se afirma a la vez que es *misericordia y amor infinitos* encierra una contradicción interna tan absoluta que es totalmente innecesario añadir más comentario.

Además, la imperfección humana -para lo bueno, pero también para lo malo-, implica que el hombre no puede tener una maldad tan absoluta que pueda merecer un castigo infinito como lo sería el Infierno, suponiendo además que existiese un nexo lógico necesario entre pecado y castigo, nexo que en realidad sólo existe desde una perspectiva antropomórfica, pues, desde el supuesto de la existencia de un dios como un ser con una misericordia infinita, la consecuencia lógica sería la de que en todo caso, el pecado vendría siempre seguido del perdón divino, y teniendo en cuenta además que

1) el castigo no sirve para anular el delito o el pecado cometido;

2) el castigo del Infierno o cualquier otro, en cuanto no tiene como finalidad la de corregir una conducta negativa para uno mismo o para la comunidad, es sólo una simple pervivencia de la ley del Talión, vigente en Israel en los tiempos del *Antiguo Testamento*, pero elevada a una potencia infinita; y

3) en el mejor de los casos, la Ley del Talión sólo sirve para satisfacer la agresividad de quien se haya visto perjudicado por la acción del infractor, a excepción de los casos en los que el

---

<sup>231</sup> *S. Th. I, q. 6 a. 1 obi. 2.*

<sup>232</sup> De hecho en la misma *Biblia* se llega a reconocer esta idea cuando se dice: “la maldad es necesidad y la insensatez locura” (*Eclesiastés*, 8:25).

perjudicado pueda además recuperar lo que le fue injustamente arrebatado.

Por otra parte, además, suponiendo que existiera un dios más o menos similar al del cristianismo y que hubiese ordenado amar incluso a los propios enemigos, si luego condenase con castigos eternos a quienes hubieran sido *sus propios enemigos*, ese dios sería incoherente con sus mandatos, y sería realmente asombroso y contradictorio que el hombre fuera más capaz de perdón que su dios, pues, efectivamente, no hace falta estrujarse mucho el cerebro para comprender que la existencia del Infierno sería contradictoria con las supuestas virtudes de ese dios, ya que, si ni siquiera resulta concebible que el más malvado de los hombres fuera capaz de castigar a un hijo con un *sufrimiento eterno*, sería un insulto a la bondad de dicho dios considerarle capaz de una monstruosidad semejante, teniendo en cuenta que ese castigo no tendría más finalidad que la del *castigo mismo* como satisfacción de un deseo de venganza.

En definitiva, la doctrina del Infierno es incompatible con la que afirma que el dios cristiano es misericordia y amor infinitos, y, por ello, resulta asombroso comprobar hasta qué punto el adoctrinamiento religioso puede anular la racionalidad humana en cuanto puede lograr que las mentes infantiles –que posteriormente serán adultas- sean inconsecuentes con la Lógica más elemental, perdiendo la capacidad de tomar conciencia de contradicciones tan evidentes como ésta.

La doctrina del Infierno surgió en muy diversas religiones, aunque con matices distintos por lo que se refiere a su sentido y a características, y resulta evidente su carácter *antropomórfico*, relacionado con la actitud de muchos de los déspotas y tiranos de los tiempos en que se escribieron los diversos mitos acerca de dioses y demonios, acerca de lugares paradisíacos y lugares de

castigo para las almas de los muertos, o lugares donde los muertos siguen “viviendo” una vida despreciable, como sucede con el mismo Hades homérico, en el que Aquiles dice a Odiseo:

“preferiría ser un bracero y ser siervo de cualquiera, de un hombre miserable de escasa fortuna, a reinar sobre todos los muertos extinguidos”<sup>233</sup>.

Todavía en estos momentos la ingenuidad de una gran parte de la humanidad es tan elevada que la jerarquía de la iglesia católica sigue utilizando la doctrina del Infierno para seguir inculcando en la mente de niños de cinco, seis y siete años esa absurda pesadilla para atemorizar así a sus fieles en general y tenerlos sometidos y dispuestos a obedecerles en todo lo que les ordenen y, de manera especial, en las consignas políticas que les interese transmitirles para mantener y aumentar sus privilegios en los países a los que llega su ambición de poder. Así que a pesar del carácter contradictorio de tal concepto de dios, los dirigentes de la secta católica están especialmente interesados en conservar esta doctrina porque de este modo se presentan como enviados divinos, *administradores del perdón o de la eterna condenación*.

### 3.4.1. “No juzguéis y no seréis juzgados”

*Jesús ordena no juzgar aunque advierte que él sí juzgará a quienes juzgan, lo cual no es predicar con el ejemplo y es contradictorio con su supuesto amor infinito.*

Es evidente que, si Jesús no quería que juzgásemos a los demás, lo cual parece muy razonable teniendo en cuenta que, según la “teología”<sup>234</sup> católica, todo lo que el hombre hace es el

---

<sup>233</sup> Homero: *Odisea*, XI, versos 489-492.

<sup>234</sup> Escribo “teología”, con comillas, para poner de manifiesto mi asombro ante la pretensión de que se pueda tener un “conocimiento racional” de

dios judeo-cristiano quien lo hace, debería haberse abstenido de añadir al comienzo de su frase “no juzguéis” la continuación “...y no seréis juzgados”, ya que, al hacerlo, incurría en el mismo error que criticaba, y, por ello, hubiera sido más lógico que dijera: “no juzguéis, pues nadie es culpable, ya que todo lo que el hombre hace ha sido programado por Dios” o, también, “no juzguéis, pues, aunque los obispos os digan lo que se les ocurra, mi amor es infinito y es incompatible con cualquier castigo, y mucho más con el “fuego eterno”, creado por la imaginación de gente sádica”. Jesús no dijo estas palabras, sino que, al menos según los evangelios, amenazó con el juicio de dios a quienes juzgasen a los demás. No se dio cuenta de que la doctrina del amor que predicaba era incompatible con la venganza, propia del *Antiguo Testamento*. Precisamente, una reflexión acerca de esta doctrina fue uno de los muchos argumentos por los que Nietzsche criticó al dios cristiano, considerando en este sentido que había una contradicción entre el *Dios-Amor* y el *Dios-Juez*, que juzga y castiga, y que no ama suficientemente al hombre sino que sólo es capaz de un *amor condicionado*, que le lleva a vengarse de quien no cree en él. Por ello, escribe Nietzsche:

\* “¿Cómo? ¡Un dios que ama a los hombres *siempre que* crean en él y fulmina con terribles miradas y amenazas a quien no cree en ese amor! ¿Cómo? ¡Un amor condicionado, como sentir de un dios todopoderoso!”<sup>235</sup>.

\* “Quien le alaba como Dios de amor no tiene una idea cabal del amor mismo. Ese Dios ¿no quería también ser

---

cualquier dios, pues ése es el significado de la palabra *teología*.

<sup>235</sup> F. Nietzsche: *La gaya ciencia*, parág. 141.



juez? Pero quien ama, ama más allá del castigo y de la recompensa”<sup>236</sup>;

Pero, efectivamente, tal como Nietzsche critica, en el evangelio atribuido a Mateo, aparece la frase:

“No juzguéis, para que Dios no os juzgue”<sup>237</sup>.

Por otra parte y en relación con el tema del perdón, en este mismo evangelio se dice:

“Lo mismo hará con vosotros mi Padre celestial si no os perdonáis de corazón unos a otros”<sup>238</sup>.

En ambos casos resulta curioso que, a pesar de las ocasiones en que Jesús parece oponerse a la “Ley del Talión”, estas advertencias o amenazas sean una expresión más de dicha ley en cuanto condicionan el juicio y el perdón de Dios a cuál sea la actitud de los hombres por lo que se refiere a su propio perdón al prójimo. Las palabras del Jesús evangélico son una huella de su dependencia ideológica de la “Ley del Talión”, dependencia que le impide dar el salto definitivo desde la idea de un *Dios vengativo*, propio de aquella tradición, hasta la de un *Dios amor*, no siendo todavía consecuente con dicha idea a pesar de haberse referido a ella en diversas ocasiones. De hecho la continuidad y dependencia del pensamiento de Jesús respecto a los autores del *Antiguo Testamento* en relación con el dios de Israel puede comprobarse especialmente en la serie de ocasiones en que Jesús

---

<sup>236</sup> F. Nietzsche: *Así habló Zaratustra*, IV, El jubilado. Ya antes, en *La gaya ciencia*, Nietzsche se había expresado en un sentido semejante: “Si Dios quería llegar a ser objeto de amor, debía antes renunciar al papel de juez supremo y a la justicia divina” (parág. 140).

<sup>237</sup> *Mateo*, 7:1.

<sup>238</sup> *Mateo*, 18: 35. Un planteamiento prácticamente idéntico a éste aparece en *Marcos*, 11:25.

amenaza con el fuego eterno, como sucede en el pasaje de *Mateo* que dice:

“Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles”<sup>239</sup>.

Y así, la crueldad y la furia de Yahvé queda incluso superada por el “Padre eterno” del *Nuevo Testamento* y por su “Hijo”, desde el momento en que los autores de este tiempo han llevado su imaginación hasta el extremo de inventar una vida de sufrimiento eterno, mientras que los creadores de Yahvé se habían conformado con hacer que éste castigase con la muerte “hasta la tercera y la cuarta generación”, con un regreso definitivo al polvo de donde el hombre procede.

### 3.5. ¿Dónde está el dios judeo-cristiano?

*Los dirigentes de la secta cristiana se contradicen al considerar, de acuerdo con la Biblia, que el dios judeo-cristiano habita en un lugar concreto, como lo es el “cielo físico” o “una nube oscura” o “una casa”, proclamando en otros momentos que es “omnipresente”, para terminar sosteniendo que se encuentra de manera especial en la “hostia consagrada”.*

En efecto, en el *Antiguo Testamento* ni a los autores de sus libros ni al “Espíritu Santo” –al que por entonces nadie conocía– se les ocurrió la idea de que su dios Yahvé estuviera “en el Cielo, en la tierra y en todo lugar” es decir, que este dios fuera omnipresente –como dice el cristianismo– y que, de acuerdo con tal cualidad, estuviera presente de algún modo milagroso en cualquier punto del Universo o más allá del mismo (?), sino sólo que habitaba en un lugar concreto como lo era el *cielo físico* o en

---

<sup>239</sup> *Mateo*, 25:41.

una “nube oscura”. Posteriormente, con la invención del cristianismo, una vez establecida la doctrina de la infinitud divina, se llegó con facilidad a la conclusión de que “Dios” estaba presente en todo lugar. Pero finalmente los teólogos cristianos afirman que “Dios”, en la persona de su “Hijo”, está presente *de manera especial* en el pan y el vino consagrados durante las misas.

Parece evidente que la utilidad de esta última doctrina es la de encontrar un motivo para exigir a los creyentes de base que acudan a las iglesias a comulgar, a recibir a “Dios” “en cuerpo, sangre, alma y divinidad”. De ese modo, permaneciendo el rebaño de los fieles en contacto frecuente con sus pastores, éstos podrán controlarles mucho mejor que si cada uno vive su propia experiencia –religiosa o no- de manera individual y desde su propia fantasía, y, sobre todo, los dirigentes de la secta incrementarán la rentabilidad de su divino negocio.

A continuación se comenta con mayor detalle cada uno de estos tres puntos de vista.

a) En el *Antiguo Testamento* se defiende la idea de que Dios habita “en una nube oscura” o, de manera más general, “en el cielo físico”, entendido como la bóveda física azul que envuelve la Tierra y todos los astros del Universo –según la visión de la Cosmología antigua-, o “en una casa”, o “en una tienda”, acompañando a los israelitas en su marcha desde Egipto hasta la “tierra prometida”, o “en un templo”, como el que le construyó en Jerusalén el rey Salomón. Así se indica en diversos pasajes de la *Biblia* como los siguientes:

\* - “¿Quién como el Señor, nuestro Dios, que reina *en las alturas*, pero que se abaja para mirar cielos y tierra?”<sup>240</sup>.

---

<sup>240</sup> *Salmos*, 113:5.

\* [Dijo Yahvé] “Yo no he habitado en una *casa* desde el día en que saqué de Egipto a los israelitas hasta hoy. He estado peregrinando de un sitio a otro en *una tienda* que me servía de santuario”<sup>241</sup>.

\* “Entonces Salomón exclamó:

-El Señor ha decidido habitar en la *nube oscura*; pero yo te he construido una *casa*, un lugar donde habites para siempre”<sup>242</sup>.

El interés de estos pasajes es múltiple, pues, en primer lugar, Salomón menciona un lugar físico muy concreto, “una nube oscura”, como el sitio en el que dice que su dios vive, que estaría situado en “el cielo físico”. Y, en segundo lugar, habla de “una casa” como lugar en el que habite para siempre; un lugar que tendrá, según indica el rey David,

“gran cantidad de oro, plata, bronce [...], piedras de ónice y de engaste, piedras multicolores, piedras preciosas de toda especie y alabastro en abundancia”<sup>243</sup>,

un templo para el que el propio rey David entrega

“todo el oro y la plata de mi propiedad personal: cien toneladas de oro de Ofir y doscientas treinta y cinco toneladas de plata finísima para cubrir las paredes de las salas”<sup>244</sup>,

---

<sup>241</sup> 2 *Samuel*, 7:6. Un pasaje similar a éste se encuentra en 1 Crónicas, 17:3, donde se dice: “Pero aquella misma noche Dios dirigió esta palabra a Natán: [...] Yo no he habitado en una casa desde el día en que saqué de Egipto a los israelitas hasta hoy. He estado peregrinando de un sitio a otro en una tienda [...]”. O sea, que Dios está comunicando a Natán que antes tenía una *casa* y que la abandonó para acompañar a los israelitas en su salida de Egipto. Esta narración, acompañada del comentario de Yahvé, se encuentra muy alejada de la posterior doctrina acerca de la ubicuidad divina.

<sup>242</sup> 2 *Crónicas*, 6:1.

<sup>243</sup> 1 *Crónicas*, 29:2.

<sup>244</sup> 1 *Crónicas*, 29:3-4.

y para el que pide más donativos a los diversos jefes de las tribus de Israel, los cuales ofrecieron

“para las obras del templo de Dios: ciento setenta toneladas de oro, diez mil monedas de oro, ciento cuarenta toneladas de plata, seiscientas diez toneladas de bronce y tres mil cuatrocientas toneladas de hierro. Unieron a ello las piedras preciosas donadas [...] para el tesoro del templo del Señor”<sup>245</sup>,

presentando así a su dios como un ser claramente *antropomórfico*, que, por ello mismo, viviría de manera más confortable en “una casa” llena de oro, plata y piedras preciosas, aunque en realidad ésta tendría la utilidad de servir mucho mejor a la ambición insaciable y ancestral de la clase sacerdotal, sirviendo, al igual que las catedrales actuales, de escaparate y de “argumento emocional” a la hora de convencer al pueblo de Israel de la existencia y de la grandiosidad de su dios, ante el asombro que provocaría en ellos la contemplación de una mansión tan majestuosa y grandiosa, tan llena de tesoros, tratando de transmitir la idea de que ésta no tendría ningún sentido si Yahvé no existiera y no fuera un dios muy poderoso, a pesar de lo paradójico que resulta que un dios así tuviera necesidad de que los seres humanos le obsequiasen con una mansión como ésa. Ciertamente, ese “argumento emocional”, relacionado con la riqueza y con la grandiosidad de los templos, ha sido a lo largo de los siglos uno de los más convincentes para que los creyentes de cada religión hayan mantenido su fe por encima de cualquier consideración racional que pusiera en evidencia las contradicciones de sus doctrinas, pues la gente sencilla tiende a creer fácilmente que sólo la existencia de un auténtico dios podría haber justificado la crea-

---

<sup>245</sup> 1 Crónicas, 29: 6-8.

ción de tales monumentos tan grandiosos, en lugar de plantearse para qué iba a necesitar un dios todas esas riquezas o si realmente la creación de esas impresionantes construcciones ha podido tener una finalidad distinta, como la de ser utilizadas por sus dirigentes religiosos como “escaparate” para sugestionar a sus fieles acerca de la verdad de las doctrinas que allí les enseñan, así como para servir de cebo al servicio de los intereses económicos de tales “servidores del templo”. Tales lugares, tan llenos de riquezas y de esplendor en comparación con las simples viviendas humanas, contribuían y contribuyen, en el caso del dios de Israel o del dios cristiano, que son el mismo, a que el pueblo le muestre su respeto y su adoración al considerar además, según las palabras de sus sacerdotes, que su dios tan poderoso se había rebajado para proteger a Israel, su pueblo elegido, y, posteriormente, con la aparición del cristianismo, para estar más cerca de todos los pueblos que le aceptasen como único dios.

Sin embargo, quien realmente se benefició con la construcción del templo de Salomón -y con la de todos los templos de las diversas religiones- no fue ninguna divinidad –que, por definición, no necesitaría para nada de ninguno de esos templos ni de los tesoros materiales que contienen- sino los dirigentes de las diversas religiones, supuestos intermediarios entre sus dioses y sus respectivos seguidores, pues son tales dirigentes quienes han sacado provecho de ellos, montando con su ayuda un fabuloso negocio, y dando lugar, como consecuencia de la riqueza obtenida, a la construcción de ostentosos palacios que el pueblo ha ido pagando, voluntaria o forzosamente, para ser disfrutados por la jerarquía eclesiástica mientras gran parte de “sus fieles” vive engañada en medio de una vida llena de penalidades.

El templo de Salomón tuvo por ello la utilidad específica de ejercer sobre el pueblo una influencia psicológica por lo que se refiere al fortalecimiento de sus creencias religiosas, alejándolo de cualquier duda acerca de la existencia y de la grandiosidad de su dios Yahvé, y mostrándole con claridad meridiana adónde debía ir a orar y a ofrecer sus sacrificios, y, sobre todo, a pagar sus diezmos religiosos, en lugar de adorar y ofrecer sacrificios a otros dioses, lo cual habría hecho peligrar el succulento negocio que astutamente había montado la clase sacerdotal de Israel.

Por ello mismo, puede parecer una paradoja realmente asombrosa que el rey Salomón, impulsor de la construcción del templo de Yahvé en Jerusalén, posteriormente dejase de lado a su dios y se dedicase a hacer sacrificios a los múltiples dioses de sus setecientas esposas y de sus trescientas concubinas<sup>246</sup>. Pero hay una explicación para el comportamiento de Salomón frente al de los sacerdotes: Tanto el uno como los otros debían de ser más o menos conscientes de que Yahvé era una creación de los pasados dirigentes del pueblo de Israel, pero mientras Salomón basaba su poder en sí mismo, como rey que gobernaba a su pueblo porque tal vez éste había apoyado desde hacía algún tiempo la creación de un sistema monárquico que sustituyese al gobierno sacerdotal, los sacerdotes habían gobernado al pueblo a partir de la autoridad que supuestamente habían recibido de Yahvé. Por ello, mientras un abandono de Yahvé por parte de Salomón no tenía especial trascendencia para su continuidad como rey de Israel, un abandono similar realizado por los sacerdotes respecto a Yahvé habría significado su propia descalificación y pérdida automática de poder en la misma medida en que se supusiera que éste lo habían recibido de Yahvé.

---

<sup>246</sup> 1 Reyes, 11:1-10.

Hay muchos otros textos bíblicos que dejan clara la doctrina de que el dios de Israel “habitaba” en un lugar terrenal o celestial físico al igual que los otros dioses, cuya existencia, como ya se ha visto, es reconocida en la *Biblia* en diversas ocasiones. En este sentido pueden verse otros pasajes como los siguientes:

-“Te ocultaste *tras las nubes* para que no llegase a ti la oración [...] Mis ojos lloran sin descanso, y no habrá tregua hasta que el Señor se incline y mire desde lo alto de los cielos”<sup>247</sup>.

Evidentemente si se dice de Yahvé: “Te ocultaste tras las nubes”, eso presupone la creencia en la existencia de *un lugar tras las nubes* en el que Yahvé se encuentra oculto. Esta tesis se confirma en otros pasajes como el que insiste en la idea de que *el cielo físico es la morada de Yahvé*, hasta el punto de que se llega a afirmar que “las nubes son un velo que no le deja ver cuando pasea por las márgenes del cielo”. Y así, se dice en *Job*:

“¿No está Dios en la cima de los cielos?  
¡Mira qué alta es la bóveda de las estrellas!  
Pero tú dijiste: “¿Qué sabe Dios?  
¿Cómo puede juzgar a través de las nubes?  
Las nubes son un velo que no le deja ver,  
cuando pasea por las márgenes del cielo”<sup>248</sup>.

---

<sup>247</sup> *Lamentaciones*, 3:44-50. La cursiva es mía.

<sup>248</sup> *Job*, 22:13-14. Ya anteriormente, en otros libros de la *Biblia*, aparecen pasajes en los que se insiste en esta misma doctrina según la cual el cielo físico es el lugar donde vive el dios de Israel; así, por ejemplo, en *2 Reyes*, donde se dice que “Elías fue arrebatado en un torbellino hacia el cielo” (*2 Reyes*, 2:11), y donde poco después sus discípulos piden a Eliseo: “permite que vayan a buscar a tu maestro, no sea que el espíritu del Señor que lo arrebató lo haya dejado caer en algún monte o en algún valle” (*2 Reyes*, 2:16). Evidentemente, si lo dejó “caer en algún monte o en algún valle”, eso sólo pudo haber sido porque lo habría arrebatado a un *cielo físico* y no a uno trascendente, más allá del Universo material.



Evidentemente la idea de que el dios de Israel tuviera una morada material concreta como los seres humanos dejó de ser de-fendida con el paso del tiempo, pero se intentó argumentar, como excusa para explicar el motivo de aquella primitiva creencia, que en aquellos momentos el pueblo no tenía un nivel cultural suficiente que le permitiese comprender una doctrina como la de la trascendencia e inmaterialidad del cielo en el que habitaba su dios –al margen de que nadie haya tenido nunca tal comprensión-. Pero este argumento es inaceptable, pues el supuesto poder infinito del dios judeo-cristiano hubiera podido conceder a su pueblo tal capacidad para comprender si habitaba en algún lugar especial o si en realidad no necesitaba residir en lugar alguno, mientras que lo que no habría hecho, en cuanto amase la verdad, es sustituir ésta por una mentira como la de que habitaba en un lugar físico como ese cielo del que aquí se habla<sup>249</sup>, con el argumento de que el pueblo no estaba en condiciones de comprender una cuestión tan complicada.

Habiendo cambiado de domicilio para venirse a vivir con su pueblo, Yahvé dice a Israel:

“-No profanéis la tierra que habitáis, en medio de la cual habito yo también, pues yo soy el Señor, que *habito en medio de los hijos de Israel*”<sup>250</sup>.

En este pasaje, como ya se ha dicho, Yahvé había decidido vivir “en medio de los hijos de Israel”, lo cual no tiene nada de extraño si se tiene en cuenta que era un dios tribal y que por ello

---

<sup>249</sup> Sin embargo, lo que también es verdad es que la omnipotencia despótica tan absoluta del dios judeo-cristiano le habría permitido mentir si así lo hubiese querido, del mismo modo que en tantas ocasiones había asesinado a multitud de niños inocentes sin el menor escrúpulo. Pero, claro está, un dios así no tendría nada que ver con un supuesto dios bueno y amor infinito como el que predica el clero católico.

<sup>250</sup> *Números*, 35:34. La cursiva es mía.

resulta comprensible que aceptase –o que sus creadores lo presentasen aceptando- habitar junto a su pueblo –aunque guardando las distancias de acuerdo con los intereses de los sacerdotes-. Por ello mismo, lo que es evidente es que en estos momentos a los sacerdotes de Israel ¡pese a la inspiración del “Espíritu Santo”! todavía no se les había ocurrido la atrevida idea de que su dios fuera “inmaterial e infinito” y que, por ello mismo, podía encontrarse en todo lugar aunque de una manera especialmente misteriosa, tal como posteriormente afirmarían los “teólogos” cristianos.

También es verdad, por otra parte, que en nuestra cultura estamos acostumbrados a utilizar términos como “inmaterial” o “infinito”, como si realmente entendiéramos qué significan, más allá del significado de los correspondientes términos sin el prefijo negativo de los que se formaron, pues decir de algo que es “no material” o “no finito” no proporciona una definición positiva de tales términos, si es que lo tienen.

b) Por otra parte, en doctrinas posteriores del cristianismo se defiende que, aunque el dios de los cristianos está en todo lugar, su domicilio y su reino más propio ya no se encuentra en el *cielo azul* en el que, según diversos pasajes bíblicos, se encontraba al principio, sino en “otra dimensión”, en un misterioso *cielo inmaterial y trascendente*, pues parece evidente que un ser perfecto e infinito, como lo sería ese dios –que prodigiosamente había ido evolucionando respecto al del *Antiguo Testamento*-, no podía quedar relegado a ocupar simplemente un espacio físico concreto, aunque se tratase del cielo visible y material.

Para Aristóteles Dios representaba la máxima perfección frente a la imperfección que caracterizaba al mundo sublunar y se encontraría *más allá de* la última de las “esferas fijas” pero no siendo *trascendente* al cosmos. En definitiva, Aristóteles había

situado a su dios como motor inmóvil en un lugar del mundo material, aunque se tratase del lugar más perfecto.

Esta consideración acerca de la perfección divina debió de ser una de las que condujeron a los dirigentes cristianos a modificar el significado de aquel “cielo”, que en los primeros momentos se refería a un lugar físico, y a darle el nuevo sentido de una realidad trascendente e irreductible a la del mundo material, contradiciendo la serie de ocasiones en que en el *Antiguo Testamento* —tan verdadero (o tan falso) como el *Nuevo*— el “Espíritu Santo” les había inspirado para que escribiesen que Yahvé habitaba en el *cielo físico*.

El hecho de que los escritos bíblicos, supuestamente inspirados por el “Espíritu Santo”, fueran incoherentes entre sí, así como en su interpretación de la idea de dios como un ser omnipotente y material o espiritual, según las ocasiones, es una contradicción más de la serie innumerable de ellas que aparece en la *Biblia*, tanto en relación con esta idea de dios, como en relación con doctrinas posteriores del cristianismo que consideran que la perfección divina es incompatible con la doctrina antropomórfica de un dios que habita en determinada región del Universo.

Además, si Dios existiera con las cualidades de la *infinitud* o de la *omnipotencia*, éstas le harían ser *omnipresente*, y, siendo además una realidad *simple*, no tendría sentido afirmar que estuviera de un modo especial y más pleno en las iglesias y en las hostias consagradas que en cualquier otro lugar del Universo.

Por otra parte, la afirmación de la *omnipresencia* de dios sólo resulta compatible con un *panteísmo* como el de Spinoza, en el que dios, como consecuencia de su infinitud, se identifica con el conjunto de la Naturaleza (*Deus sive Natura*). Pero evidentemente ese dios dejaría de tener un carácter personal y antropomórfico y no serviría a la fantasía humana para pedirle

favores en cuanto sería ciego respecto a cualquier deseo, petición o necesidad, humana y no humana.

Sin embargo, si contrariamente al panteísmo se dijera que la Naturaleza y la divinidad son realidades distintas, parece una insensatez afirmar la ubicuidad de un dios, por lo mismo que no parece tener sentido afirmar que un mismo espacio pueda ser ocupado al mismo tiempo por dos realidades distintas. Es decir, para que un dios ocupase, entre otros, el lugar que yo estoy ocupando ahora, sería necesario que yo lo desocupase, pues parece realmente impensable la idea de que un dios y yo estemos ocupando al mismo tiempo un mismo lugar a no ser que ese dios y yo nos identifiquemos. Pero además y en cuanto se suponga que existe un dios que sea infinito, éste ocuparía todos y cada uno de los lugares del espacio, y, por ello, la existencia de un Universo junto a ese dios, siendo distinto de él, sería impensable, ya que, como diría el propio Spinoza, el Universo representaría un límite respecto a la supuesta infinitud divina o, por el contrario, el dios infinito impediría la existencia de cualquier otra realidad distinta de la suya, de manera que allí donde estuviera el Universo no habría ningún dios mientras que allí donde hubiera algún dios no estaría el Universo.

Ante esta cuestión de simple sentido común según la cual la materia es *impenetrable*, es decir, dos cosas no pueden ocupar al mismo tiempo un mismo espacio, los teólogos cristianos suelen responder que Dios es una realidad espiritual y que, por ello mismo, su presencia no tiene nada que ver con las leyes de la realidad material como lo es la de la impenetrabilidad de los cuerpos, de manera que, como la realidad espiritual no ocuparía ningún espacio, se podría seguir afirmando que la infinitud divina lo llena todo desde “su dimensión espiritual”. Sin embargo, tal respuesta no sirve de nada mientras no se dé una definición

positiva acerca de tal “realidad espiritual” y no sólo una definición negativa según la cual lo espiritual es *aquello que no es material*. Los defensores de la idea de *lo espiritual* como una realidad existente, distinta de la material, suelen poner como ejemplos de tales realidades espirituales los pensamientos, los recuerdos, los sentimientos, las emociones y las vivencias en general en cuanto no ocuparían espacio ni tendrían el conjunto de cualidades que caracterizan a lo material, como las que se relacionan con el hecho de ser susceptibles de sensación, pero, a pesar de todo, reales. Sin embargo, no reparan en que esas vivencias no tienen una existencia autónoma e independiente respecto a un *sujeto* que piensa, recuerda, siente y se emociona. Y aunque en este sentido es evidente que podemos afirmar la existencia de vivencias que tienen un carácter subjetivo, ligado a una actividad neurológica de una sustancia material como lo es el cerebro, este hecho no nos da base alguna como para afirmar la existencia de vivencias o pensamientos o espíritus pensantes que existan con independencia de un *sopORTE material* necesario en el cual y desde el cual se producen. No obstante, la experiencia intensa de los sueños, de las alucinaciones y de otras vivencias similares pudieron haber llevado en el pasado al ser humano a crear el concepto de “espíritu”, entendido como el de una realidad *distinta* de la material, que podría existir de forma separada con respecto al cuerpo, del mismo modo que la fantástica imaginación de Platón le llevó a imaginar el mundo de las Ideas como realidades separadas e independientes de aquello en lo cual, sin embargo, existían de manera inseparable, tal como después reivindicó Aristóteles<sup>251</sup>. La trampa platónica, en la que

---

<sup>251</sup> No obstante, el genial discípulo de Platón, a pesar de haber criticado el dualismo de su maestro, siguió aceptando la doctrina de que *dios* era una realidad existente en sí misma, siendo *forma pura sin materia*.

hasta cierto punto cayó su discípulo, consistió en hacer *abstracción* de la materia de las cosas para quedarse con sus cualidades, que podía *imaginar* sin la materia, al margen de que nunca se le diesen sin ella.

Frente a estos planteamientos en el siglo XVII Hobbes, ante la imposibilidad de comprender el significado *positivo* de lo supuestamente “inmaterial”, consideró que afirmar que dios era inmaterial era lo mismo que negar su existencia.

En cualquier caso, parece que, aunque el hombre descubra la serie de dificultades que implica la afirmación de la existencia independiente de realidades supuestamente inmateriales, le resulta muy difícil soportar su ignorancia respecto a una explicación objetiva de los problemas con que se enfrenta y, por ello mismo, en muchas ocasiones cae en la tentación de rellenar mediante su fantasía el vacío que su razón es incapaz de colmar. Y, por ello, muy pronto vuelve a crear su multiplicidad de espíritus y fantasmas, más allá de toda razón y de cualquier posibilidad de demostración empírica, afirmando la existencia independiente de esas supuestas realidades y apoyándose en que tampoco los demás podemos refutar la existencia de ese “mundo inmaterial”. Pero, como dijo K. Popper, una doctrina que no pueda ponerse a prueba a fin de que, en el caso de que sea falsa, pueda demostrarse que lo es, no es una teoría científica, al margen de que pueda tener otro valor, como el emotivo. Y esto es lo que sucede con la creencia en lo inmaterial o espiritual, o con las creencias religiosas, cuya correspondencia con una auténtica realidad es inverificable, aunque en muchos casos sí puede demostrarse su falsedad, como cuando implican contradicciones internas. Además, como suele decirse con todo derecho, la “carga de la prueba” la tiene quien afirma algo que los demás desconecemos. Y así, quien afirma que existen “realidades espirituales” tendría

que explicarnos en primer lugar a qué se refiere con tales términos, y, en segundo lugar, mostrarnos el método que debemos seguir para comprobar que tales realidades existen. Pero, mientras esto no suceda, no parece que haya que hacer caso de simples afirmaciones no acompañadas de demostración alguna, pues, si tuviéramos que refutar las creencias y doctrinas gratuitas del ser humano, no tendríamos tiempo para otra cosa.

c) A pesar de haber superado en cierto modo el antropomorfismo que supone la idea de que el dios supuestamente *Inmaterial* de la secta católica habitase en un lugar *material*, los dirigentes de esta secta incurren en una nueva contradicción cuando, aun habiendo llegado a considerar que su dios es omnipresente, proclaman además que se encuentra de manera especial y más plena en una sustancia *material* como lo es la hostia y el vino consagrados (?) por los sacerdotes en una especie de ritual mágico durante la ceremonia de “la misa”.

Sin embargo, esta doctrina es incompatible con la que defienden los mismos teólogos católicos cuando afirman la *simplicidad divina*<sup>252</sup>, pues efectivamente esta perfección implica que Dios no puede estar en un sitio más que en otro, ni puede estar más o menos, de manera que, si está, estará por completo y, si no está por completo, es que no está, en cuanto el estar o no estar no admite grados, del mismo modo que tampoco lo existen entre ser o no ser, estar vivo o no, estar embarazada o no, haber llegado a la meta o no, y en cuanto no tiene sentido decir que alguien sea perfecto pero sólo un poco, que esté embarazada pero sólo un poco o que ha llegado a la meta pero sólo un poco. En este mismo sentido es una contradicción afirmar que Dios se

---

<sup>252</sup> Los mismos dirigentes católicos admiten que si nos referimos a las diversas perfecciones divinas lo hacemos mediante una “distinción de razón”, pero no porque en su dios existan de manera independiente tales perfecciones.

encuentra en todas partes y puntualizar a continuación que *donde más se encuentra* (?), es en la hostia o en el vino consagrados durante la misa.

Una cuestión distinta es la de averiguar por qué defienden los dirigentes católicos que donde Dios se encuentra de verdad es en la hostia consagrada en lugar de estar en las montañas, los ríos, los desiertos, las estrellas o en el Universo entero. Evidentemente el motivo esencial de tal afirmación no es otro que el de mantener atrapado a su adoctrinado redil, pues, si uno estuviera convencido de que en realidad el dios católico -o cualquier otro- se encontraba en todas partes -o en ninguna-, no parece que la existencia de las iglesias tuviera mucho sentido.

Es evidente por ello que la insistencia de la jerarquía católica en afirmar que donde de verdad se encuentra Dios es en las iglesias y en la hostia consagrada proviene de sus *intereses políticos y económicos*, pues sólo desde el momento en que los fieles acuden a la Iglesia *para estar más cerca de Dios* se les puede controlar, adoctrinar y someter para que asuman la “obligación” de entregar a la organización “religiosa” los “diezmos y primicias” o las limosnas que ésta les exija a fin de colaborar al mantenimiento y a la prosperidad de su negocio “espiritual” e incrementar así su poder sobre la sociedad, pues sin tal doctrina peligrarían seriamente sus beneficios económicos en cuanto los fieles comprendieran que para ponerse en contacto con la supuesta divinidad no hacía ninguna falta acudir a tales “casas” en cuanto un dios no precisaría de ninguna, de manera que quienes necesitasen creer en fantasías religiosas comprenderían que no era preciso acudir a ninguna iglesia ni comer hostias consagradas. Y entonces obispos y curas tendrían que dedicarse a trabajar de verdad para ganarse el pan con el sudor de su frente en



## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

lugar de vivir de engañar a tanta gente y de los privilegios que les conceden los gobiernos cómplices de sus mentiras.



#### 4. ACERCA DEL “JESÚS EVANGÉLICO”

Aunque se sabe muy poco o nada de Jesús desde un punto de vista rigurosamente histórico -hasta el punto de que sigue habiendo críticos que niegan la existencia de pruebas científicas suficientes en favor de dicha existencia-, suponiendo que Jesús hubiera existido y considerando su figura desde la perspectiva del “Jesús evangélico”, podría ser que en un principio sus seguidores hubieran visto en él a uno de esos “mesías” que tanto se mencionan en la *Biblia* o en la obra del historiador judío Flavio Josefo (37-101), casi contemporáneo de Jesús. Podría ser también que el pueblo se hubiera sentido traicionado cuando, al parecer, Jesús se desmarcó del activismo militar contra el dominio romano, proclamando frases como “mi reino no es de este mundo” o “dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios”, para mantenerse en una actitud más estrictamente religiosa y menos cercana al militarismo de los zelotes, grupo al que había pertenecido el apóstol Simón Cananeo<sup>253</sup> y posiblemente también Judas Iscariote, quien finalmente pudo haber traicionado a Jesús porque a su vez se hubiese sentido traicionado por el propio Jesús. En cualquier caso, parece que los romanos, a pesar de que Poncio Pilatos quiso desentenderse del asunto, a petición de los máximos representantes de la religión judía, le detuvieron y condenaron a muerte por el delito de “sedición”.

Por ello, resulta bastante comprensible que, como consecuencia de su condena a muerte, los discípulos de Jesús se enfrentasen muy duramente contra los máximos dirigentes de la religión de Israel –especialmente porque, según los evangelios, los sumos sacerdotes Anás y Caifás habrían sido los máximos

---

<sup>253</sup> En *Lucas* se dice: “Simón llamado Zelote” (*Lucas*, 6:15).

responsables de la condena a muerte de Jesús- hasta el punto de llegar a crear una nueva religión, enfrentada a la tradicional, a exaltar la figura de Jesús, presentándolo de un modo realmente audaz como “Hijo de Dios”, y a cambiar el concepto habitual de “mesías” o “salvador”, entendido como “libertador político”, para darle el sentido de “salvador religioso” en relación con los pecados de los hombres y, entre ellos, con aquel “pecado original”, del que no se habla en el *Antiguo Testamento* como pecado *universal*, sino sólo como pecado de Eva y Adán. Parece, además, que la creación de la nueva religión como una secta separada de la religión tradicional de Israel pudo haber estado propiciada de manera especial por la misma actitud crítica<sup>254</sup> de Jesús contra los dirigentes de la religión tradicional, escandalizado por la superficialidad con que se practicaba el culto religioso, y contra ciertas formas de practicarla, como las de los fariseos y los saduceos. De hecho, cuando Jesús fue detenido, fue enviado al sumo sacerdote Caifás<sup>255</sup>, quien no mostró interés alguno en liberarle sino todo lo contrario, en cuanto lo pudo ver como un enemigo, pues se oponía a los formalismos vacíos según los cuales se practicaba la religión, y como un enemigo peligroso además por la cantidad de seguidores que llegó a tener.

Sin embargo, por lo que se refiere a la creación de esta nueva religión, parece que Jesús no tuvo nada que ver, sino que, como ya he dicho, debió de haber sido creada como una reacción de sus seguidores más próximos contra los representantes de la religión de Israel, por la complicidad tan manifiesta de éstos en la condena a muerte de su “maestro”.

---

<sup>254</sup> En los *Evangelios* hay significativas referencias a la tensa relación existente entre Jesús y los dirigentes religiosos de Israel.

<sup>255</sup> *Mateo*, 26: 57-68.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

Por otra parte, el hecho de que el apóstol Pedro llevase una espada cuando los romanos fueron a detener a Jesús y el hecho de que, según *Lucas*, el mismo Jesús ordenase a quienes estaban con él en aquellos momentos que quien no tuviera espada vendiese su manto y comprase una –al margen de la contradicción existente entre los distintos evangelios acerca de esta cuestión-, es un indicio muy importante de que el pacifismo de Jesús no fue tan claro e inequívoco como lo presentaron los dirigentes de la secta católica, pues, efectivamente, se dice en *Lucas*:

“Jesús añadió:

-Pues ahora, el que tenga bolsa, que la tome, y lo mismo el que tenga alforja; y *el que no tenga espada, que venda su manto y se la compre [...]*.

-Ellos le dijeron:

-Señor, aquí hay dos espadas.

Jesús dijo:

-¡Es suficiente!”<sup>256</sup>.

Tiene interés comprobar la contradicción entre este pasaje de *Lucas* y los correspondientes de Mateo y de Marcos, en los que no sólo no se habla de comprar espadas sino que se critica su uso, diciendo Jesús:

“-Guarda tu espada, que todos los que empuñan la espada, perecerán a espada”<sup>257</sup>.

Resulta realmente sospechoso que mientras en los demás evangelios Jesús se manifiesta en contra de la violencia y en favor de la mansedumbre, de la paz y del perdón a los enemigos, en el pasaje de *Lucas* se le presente manifestándose tan claramente en favor del enfrentamiento armado, aunque sólo fuera con un propósito defensivo y no con uno de mayor envergadura

---

<sup>256</sup> *Lucas*, 22:36. La cursiva es mía.

<sup>257</sup> *Mateo*, 26:52.

y ligado a las aspiraciones israelitas de conseguir su liberación frente al imperio romano<sup>258</sup>. En cualquier caso resulta realmente insólito que el propio Jesús ordenase que quien no tuviera espada la comprase, pues estas palabras no encajan para nada sino que son contradictorias con el mensaje central de los evangelios respecto a la figura de Jesús, que en casi todo momento se muestra contrario a cualquier tipo de violencia y en favor de que *si te pegan en una mejilla, pongas la otra*.

Al margen de lo anterior, la contradicción entre este pasaje de *Lucas* y los otros, en los que Jesús se pronuncia en contra de la violencia, es una prueba más de que estos escritos no pudieron haber sido inspirados por el supuesto “Espíritu Santo”, que debería haber sido siempre veraz y consecuente, y nunca contradictorio consigo mismo.

Parece que los autores de los evangelios trataron de dar una imagen pacifista y misericordiosa de Jesús, pero también que en algunas ocasiones se les escaparon algunas interpretaciones o algunos sucesos reales (?) que no encajaban para nada con aquella imagen y se acercaban más a la de un Jesús introducido en una organización que conspiraba contra el dominio romano de Israel. Esta última interpretación sería coherente con el recibimiento que, según se narra en estos escritos, se hace a Jesús en Jerusalén como “Hijo de David”, cuando el pueblo todavía confiaba y esperaba que fuera a producirse un levantamiento contra los romanos liderado por Jesús.

---

<sup>258</sup> No obstante el citado texto de *Lucas* resulta francamente desconcertante, pues Jesús comienza exhortando a su gente a la toma de una decisión de carácter general: “el que no tenga espada, que venda su manto y se la compre”, mientras que a continuación, cuando sus discípulos le dicen “-Señor, aquí hay dos espadas”, él responda: “¡Es suficiente!”; respuesta que para nada podría tener un carácter general sino muy particular, ligado a la situación concreta en que el propio Jesús se encontraba entonces, preocupado por su inminente detención por las autoridades romanas.

Conviene tener en cuenta que también en el evangelio de *Juan*, aunque no aparece un pasaje como el que refiere *Lucas*, sin embargo se dice que, cuando los romanos vinieron a prender a Jesús,

“...Entonces Simón Pedro, que tenía una espada, la desenvainó e hirió con ella a un siervo del sumo sacerdote, cortándole la oreja derecha”<sup>259</sup>,

lo cual, si esos escritos reflejan una verdad, es una señal de que el pacifismo del grupo de discípulos de Jesús no era tan pacífico, especialmente si se tiene en cuenta que, según estos mismos evangelios, Pedro había sido un simple pescador, que en los últimos años había estado con Jesús escuchando y aprendiendo sus doctrinas sobre el perdón y el amor a los enemigos. ¡Y, sin embargo, de manera inexplicable en estos momentos aparecía con una espada<sup>260</sup>, como si la hubiese estado llevando de manera habitual!, a pesar de que el hecho de que los apóstoles llevasen espada no se menciona en ningún otro pasaje evangélico, lo cual convierte este pasaje en especialmente sospechoso o desconcertante, pues además, estando bajo el dominio de Roma, no parece nada normal que los romanos hubiesen permitido que los judíos llevasen espada. En cualquier caso, las referencias evangélicas a estas actitudes de Jesús y de Pedro, o la vinculación de Simón el “Zelote” y posiblemente de Judas Iscariote en mayor o menor grado con el movimiento de los “zelotes”, de actividad subversiva contra los romanos, representaban una insólita y sorprendente novedad. Tal perspectiva

---

<sup>259</sup> *Juan*, 17:10.

<sup>260</sup> Pedro no fue el único que, según los evangelios, decidió utilizar la espada para defender a Jesús, pues en *Mateo*, sin mencionar a Pedro, se dice simplemente que *un discípulo de Jesús* sacó la espada. Esta diferencia podría interpretarse también en el sentido de que al autor de *Mateo* pudo parecerle poco creíble la afirmación según la cual había sido Pedro quien utilizó la espada.

hubiera podido dar sentido a la interpretación según la cual muchos vieron en Jesús al “mesías”, al libertador que Yahvé enviaba al pueblo de Israel para encabezar la sublevación y la liberación de Israel del dominio romano. Quizá bastantes más de los seguidores de Jesús y el propio Jesús simpatizaran con los zelotes y por tal motivo la entrada de Jesús en Jerusalén a lomos de un burro, pudo valorarse por el pueblo como la aceptación de Jesús de encabezar la sublevación contra los romanos, siendo considerado, por ello, como “mesías”, libertador de Israel, “Hijo de David” o como “profeta”.

Sin embargo, los historiadores juzgan que los evangelios no representan una fuente fidedigna para el conocimiento objetivo de lo que sucedió en aquel tiempo y en aquel lugar donde supuestamente habría vivido Jesús, y, en consecuencia, ni puede afirmarse que Jesús hubiera entrado en Jerusalén del modo como lo cuentan los evangelios, ni tampoco que hubiera entrado simplemente en Jerusalén en aquel “domingo de ramos”, celebrado por la secta católica.

Es igualmente chocante que en el evangelio de *Mateo* Jesús dijera que hubiera podido acudir a su Padre y que éste habría puesto a su disposición más de doce legiones de ángeles. Tales palabras representan, en primer lugar, un reconocimiento implícito de la *superioridad* del “Padre” sobre el “Hijo” –suponiendo que Jesús fuera “el Hijo”–, ya que habría sido el “Padre” quien le habría tenido que salvar de ser detenido; y, en segundo lugar, un reconocimiento de que el autor de este pasaje consideró que el poder de Jesús no era mayor que el de cualquier otro ser humano, incapaz de enfrentarse con éxito a quienes iban a detenerle y necesitado para ello de la ayuda de varias “legiones de ángeles”, lo cual es, por otra parte, una muestra más del infantilismo del autor de este evangelio, pues, en el caso de que Jesús hubiera



sido un dios omnipotente, no hubiera necesitado de nadie para enfrentarse a los romanos ni, por lo mismo, habría necesitado que “el Padre le enviase doce legiones de ángeles” para protegerle, pues, en cuanto Jesús fuera “Dios”, el “Padre” no gozaría de mayor autoridad ni de mayor poder que él. En efecto, se dice en *Mateo*:

“Uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y, dando un golpe al criado del sumo sacerdote, le cortó una oreja. Jesús le dijo:

-Guarda tu espada, que todos los que empuñan la espada, perecerán a espada. ¿O crees que no puedo acudir a mi Padre, que pondría a mi disposición en seguida más de doce legiones de ángeles? Pero, ¿cómo se cumplirían las escrituras, según las cuales tiene que suceder así?”<sup>261</sup>.

Por su parte, en los evangelios atribuidos a Marcos y a Juan se da una versión análoga de este hecho<sup>262</sup>, aunque bastante más resumida.

Por ello y al margen de estas contradicciones, si se intenta encontrar una explicación para el anterior pasaje del evangelio de *Lucas*, tan contradictorio con estos otros, tal vez pueda encontrarse a partir del supuesto de que desde el punto de vista ideológico Jesús se encontraba bastante próximo al movimiento de los zelotes, con el que estaban relacionados algunos de los apóstoles, y, por ello, la supuesta traición de Judas pudo tener una posible explicación en que Jesús hubiera dudado entre adoptar una actitud exclusivamente religiosa, como la de los esenios, o integrarse de manera definitiva en el grupo de los zelotes, optando finalmente por la alternativa religiosa, la cual no encaja en absoluto con el pasaje de *Lucas* 22:36. De hecho en

---

<sup>261</sup> *Mateo*, 26:51-54.

<sup>262</sup> *Lucas*, 22:49-51.

las palabras y en los hechos que cuentan los evangelios respecto a Jesús hay muchas coincidencias con la forma de vida seguida por los esenios. La misma ausencia de referencias evangélicas sobre Jesús entre su infancia y su “vida pública” se la relaciona en ocasiones con el tiempo en que pudo haber estado conviviendo con el grupo de los esenios en las cuevas de Qumrán.

Ante esta serie de incoherencias, lo que puede decirse es que, en definitiva, nos encontramos ante nuevas contradicciones, impropias del supuesto “Espíritu Santo”, de quien los dirigentes católicos afirman que habría inspirado toda la *Biblia* y por ello mismo también los evangelios canónicos de la secta cristiana.

#### **4.1. Jesús no fue un dios, ni hijo de ningún dios**

Ya el hecho de que se diga que Jesús fue “hijo de Dios” es por sí mismo más que sospechoso de tratarse de un embuste de quienes escribieron los evangelios, pues las categorías biológicas de *padre* e *hijo* tienen sentido en el ámbito de los seres vivos que se reproducen sexualmente, pero no en el que se refiere a un supuesto ser *espiritual* como lo sería el *dios cristiano*, que, en cuanto no sería material, su reproducción aparece simplemente como uno de los muchos absurdos que hay en todas las religiones y suena a simple fábula infantil, y mucho más cuando se intenta comprender cómo un dios, por muy poderoso que fuera, podría haber sido *padre de sí mismo* —en cuanto “*Dios* Espíritu Santo” sería padre de “*Dios* Hijo”-: Resulta bastante chocante, por cierto, que el padre del “Hijo” no sea el “Padre” sino el “Espíritu Santo”. ¿Por qué entonces a Dios-Padre lo llaman Padre si dicen que María concibió por obra del Espíritu Santo y no por obra de Dios-Padre? ¿Por qué el propio Jesús hace referencia al “Padre” en numerosas ocasiones mientras que nunca nombra al “Espíritu Santo” como su padre? Si los relatos evangélicos fue-

ran verdaderos, eso representaría un desprecio al “Espíritu Santo” a no ser que se considerase a éste sólo como el *poder* de Dios, tal como se ha señalado en otro momento. Además, resulta realmente extraño que a lo largo del *Nuevo Testamento* Jesús deje de referirse a Yahvé o a “el Señor”, como se había hecho a lo largo de todo el *Antiguo Testamento*, para referirse al “Padre” como “su padre”. Posiblemente ese cambio aparece en los evangelios con la intención de dejar más clara la separación y la diferencia entre la nueva religión, la cristiana, y la religión tradicional de Israel.

Por otra parte, en cuanto tanto el Padre como el Hijo y el Espíritu Santo serían un *único* dios, por mucha imaginación que se quiera poner al asunto diciendo que la *relación de paternidad* del Espíritu Santo respecto a Jesús tiene carácter eterno, por simple sentido común sabemos que *un padre es siempre anterior a su hijo*, por lo que el Hijo tendría un comienzo *posterior* al de su padre. Y, si quienes sostienen esta doctrina utilizan los términos *padre* e *hijo* en un sentido distinto del habitual, en el que padre e hijo son *distintos* entre sí, al menos deberían aclarar qué quieren decir, pues en caso contrario estarán utilizando el lenguaje de manera ininteligible, ya que además defienden que ambos son eternos, mientras que los conceptos de *eternidad* y *anterioridad* —o simplemente *temporalidad*— son también, por definición, incommensurables. Pero, ¡qué más quisiéramos quienes presentamos estas críticas! ¡Pedir a los dirigentes católicos que aclaren lo que ni ellos mismos entienden por la sencilla razón de que es imposible entender lo que simplemente es absurdo!

Además, el problema se complica cuando, a la vez que se habla del carácter eterno del “Hijo”, se dice que éste nació de María hace poco más de dos mil años, lo cual implica que *el*

*Hijo no sería eterno.* Los dirigentes católicos podrían buscar una última defensa para su absurda doctrina indicando que el “Hijo” sólo adquirió un *cuerpo humano* por medio de María, pero que, al margen de ese “pequeño detalle”, sería tan *eterno* como el Padre. Sin embargo, con esta hipotética explicación estarían incurriendo en la *contradicción* de negar el dogma de la *inmutabilidad* divina, en cuanto tendrían que aceptar que *Dios-Hijo*, aunque fuera eterno, *no habría tenido cuerpo hasta hace muy poco tiempo*, es decir, *hasta que nació de María*.

Junto a los graves problemas que plantean estas consideraciones, existen otros que se encuentran en los escritos bíblicos. El primero de todos es el hecho de que en todo el *Antiguo Testamento* no hay un solo texto que hable del “Hijo de Dios” –y mucho menos de la madre que lo parió-, a excepción de un pasaje de los *Salmos* que dice que Yahvé llegó a considerar al rey David como su “hijo primogénito”<sup>263</sup>.

Además, aunque en los evangelios aparece la afirmación según la cual Jesús es “hijo de Dios”, también aparecen afirmaciones en las que se considera que, aunque era un profeta, un enviado o un siervo de Dios, no se identificaba con Dios ni con su supuesto hijo.

Para demostrar la filiación divina de Jesús se han utilizado en los evangelios dos argumentos contradictorios: En primer lugar, el argumento según el cual Jesús era hijo de José, y, como José descendía de Adán y éste de Dios, Jesús era hijo de Dios. Y, en segundo lugar, el argumento según el cual, Jesús no fue hijo de José, pero María, la madre de Jesús, habría sido fecundada (?) por el “Espíritu Santo”, por lo que Jesús sería “Hijo de Dios” en cuanto el “Espíritu Santo” era “Dios”.

---

<sup>263</sup> “Y yo lo constituiré en primogénito mío” (Sal 89:28).

Así, por lo que se refiere al primer argumento, de *Lucas*, se dice:

“en opinión de la gente, [Jesús] era hijo de José. Estos eran sus ascendientes: Helí, Matat, Leví [...] Set, Adán, y Dios”<sup>264</sup>.

En relación con este argumento, ¡nueva contradicción!, *ninguno de los diez ascendientes más próximos a José según el evangelio de Lucas coincide con los de la lista que aparece en el de Mateo*. No es fácil comprender los despistes del “Espíritu Santo” respecto a la enumeración de los ascendientes de José, pero lo que es evidente es que, si una de las enumeraciones fuera verdadera, la otra sería falsa y viceversa, y ello demuestra que, al menos en una de ambas ocasiones, el “Espíritu Santo” no anduvo demasiado católico.

Por otra parte, la prueba basada en la ascendencia de Jesús resulta extremadamente *machista* en cuanto ni a Mateo ni a Lucas se les ocurrió buscar los ascendientes de Jesús por línea materna sino sólo por la paterna, pues no siendo seguro el padre, la madre sí lo era, y ésta era tan descendiente de Adán como José. ¿Por qué no utilizaron el argumento basado en la filiación de Jesús por línea materna? Porque el machismo imperante entre los israelitas era tan exagerado que la ascendencia de la madre carecía de importancia: Lo importante era la del padre.

Resulta absurdo que en el evangelio de *Lucas* se utilicen ambos argumentos, siendo éstos excluyentes entre sí. Parece que la única justificación para haber utilizado el primer argumento se encuentra en que se está diciendo que en “opinión de la gente” Jesús era hijo de José. Por ello, lo que en *Lucas* se quería decir sería lo siguiente: *Jesús fue hijo de Dios porque María fue fecundada por el Espíritu Santo. Pero, si no aceptáis este argumento y creéis que el padre de Jesús fue José, entonces debéis*

---

<sup>264</sup> *Lucas*, 3:23-38.

*aceptar que Jesús fue hijo de Dios porque los antepasados de José se remontan hasta Adán y éste fue hijo de Dios, por lo que Jesús fue hijo de Dios.* Pero, claro está, con un argumento tan ridículo como éste todos podríamos ser considerados tan hijos de Dios como Jesús, en cuanto todos descendamos de Adán y Eva.

El evangelio de *Mateo* es similar al de *Lucas* en este aspecto, pues, tras analizar la ascendencia de Jesús, concluye en que ésta, ¡comenzando por José, el esposo de María!, se remonta hasta Abraham. Es fácil suponer que quien se sirvió de este argumento utilizó como premisas implícitas las de que en último término Abraham era hijo de Adán, y éste, de Dios, y que, por ello, *Jesús era hijo de Dios porque era hijo de José*. Así se dice efectivamente en este evangelio, que, tras enumerar toda una serie de descendientes de Abraham, finalmente dice:

“Y Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Mesías”<sup>265</sup>,

dando a entender, aunque sin afirmarlo explícitamente, que José habría sido el padre de Jesús ya que, en caso contrario, la enumeración de sus ascendientes no habría tenido ningún sentido.

Sin embargo, así como el autor de *Lucas* condiciona el valor del argumento basado en la genealogía de José al valor de “la opinión de la gente”, el autor de *Mateo* defiende directamente ese argumento sin condición de ninguna clase y comienza su evangelio enumerando la genealogía de Abraham hasta José. Pero, lo más curioso del caso es que, después de haberse servido

---

<sup>265</sup> *Mateo*, 1:16. Teniendo en cuenta el número de ascendientes de Jesús hasta Adán, los judíos y los testigos de Jehová podrían tener razón en calcular que el mundo fue creado hace cerca de 5.800 años, y, por ello, sería lógico y coherente con sus planteamientos que negasen el largo proceso temporal que implica la teoría evolucionista.

de este argumento para demostrar que Jesús era hijo de “Dios”, casi a continuación dice el autor de *Mateo* que María “había concebido por la acción del Espíritu Santo”<sup>266</sup>, convirtiendo en absurda la enumeración de la genealogía de José.

Por su parte, el evangelio de *Marcos* no dice nada relacionado con el nacimiento ni con la ascendencia de Jesús: Simplemente afirma que era “Hijo de Dios”<sup>267</sup>; y el evangelio de *Juan* no dice nada sobre esta cuestión.

Parece que los autores de *Mateo* y *Lucas* estaban tan interesados en demostrar que Jesús era “Hijo de Dios” que, con tal de acumular “pruebas”, no les importó *contradecirse*, sirviéndose de la hipótesis de la paternidad de José respecto a Jesús cuando quisieron utilizar el argumento basado en su genealogía, y negando de manera implícita tal paternidad cuando se atrevieron a proclamar que Jesús fue engendrado por el “Espíritu Santo”. Pero lo más incoherente del caso es que a continuación de aquella argumentación genealógica aparece esta afirmación gratuita relacionada con el “Espíritu Santo”, incompatible con el argumento anterior.

Por otra parte y en relación con el argumento basado en la supuesta comunicación del ángel Gabriel a María de que concebiría por obra del Espíritu Santo, no parece que María se enterase de lo que le comunicaba este enviado ni de la trascendencia de aquel mensaje, pues en las posteriores ocasiones en que María aparece en los evangelios se la presenta hablando con su hijo sin ningún trato especialmente respetuoso ni cariñoso e incluso regañándole, cuando todavía era un niño, por haberse quedado en el templo dialogando con los doctores de la ley,

---

<sup>266</sup> *Mateo*, 1:18.

<sup>267</sup> *Marcos*, 1:1.

mientras ella y José, “su padre”, le buscaban “angustiados”, creyendo que se había perdido. Así, se dice en *Lucas*:

“Cuando el niño [Jesús] cumplió doce años, subieron [a Jerusalén a celebrar la fiesta [de la pascua judía] [...] Terminada la fiesta, cuando regresaban, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres. Éstos creían que iba en la comitiva, y al terminar la primera jornada lo buscaron entre los parientes y conocidos. Al no hallarlo, volvieron a Jerusalén en su busca.

Al cabo de tres días, lo encontraron en el templo sentado en medio de los doctores, escuchándoles y haciéndoles preguntas [...] Al verlo, se quedaron perplejos, y su madre le dijo:

-Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? *Tu padre* y yo te hemos buscado angustiados.

Él les contestó:

-¿Por qué me buscabais? ¿No sabéis que yo debo ocuparme de los asuntos de mi Padre?

Pero ellos no comprendieron lo que les decía”<sup>268</sup>.

Tiene especial interés en este pasaje el hecho de que María, refiriéndose a José, dijera a Jesús: “*Tu padre* y yo te hemos buscado angustiados”, pues esta frase tan inocente representa una afirmación explícita por parte de María de que *José era el padre de Jesús*, por lo que o bien María mintió en ese momento, o bien el “Espíritu Santo” no habría intervenido para nada en el embarazo de María, lo cual queda reforzado desde el momento en que el autor de *Lucas* escribe que ellos, es decir, María y José, no le

---

<sup>268</sup> *Lucas*, 2: 42-50. La cursiva es mía. De nuevo aquí Lucas aparece como un *testigo privilegiado* que parece haber contemplado en directo esos detalles de la infancia de Jesús. Resulta bastante sospechoso el contraste entre este evangelio y los demás en cuanto sólo en *Lucas* se hace referencia a los años de infancia de Jesús mientras que los demás no dicen nada sobre ella, lo cual parece mucho más lógico, puesto que nadie la conoció.



comprendieron. Pero esta frase final del pasaje resulta también muy significativa y desconcertante en cuanto sugiere que ni María ni José sabían qué quiso decir Jesús cuando hizo referencia a su “padre”, pues, según *Lucas*, 1:26-35 y según *Mateo*, 1:18-24, tanto María como José sabían que el auténtico padre de Jesús era o bien el “Espíritu Santo” –según los pasajes citados de Lucas y de Mateo- o bien el “Padre eterno” –según las ocasiones en que a lo largo de los distintos evangelios Jesús se refiere a dicho “Padre” sin nombrar en ninguna al “Espíritu Santo” como su padre<sup>269</sup>. Por ello, el hecho de que en *Lucas* se diga que “ellos no le comprendieron” representa una incoherencia con los anteriores pasajes o una amnesia asombrosamente grave por parte de María y José –y también del propio evangelista- por haber olvidado quién era el auténtico padre de Jesús –al menos según ese evangelio-.

Tal vez alguien podría tratar de justificar las palabras de María indicando que no debía comunicar el secreto de la auténtica paternidad de Jesús, pero conviene recordar que, según *Mateo*, 1:20-21, José ya sabía que Jesús no era hijo suyo. Además, la moral defendida en las tablas de Moisés proclama: “No mentirás”, y ese mandamiento no incluye excepciones. Se trata de no mentir en ningún caso. Además, una cosa es callar ante la posibilidad de desvelar una verdad comprometida, pero otra muy distinta es afirmar algo que se conoce positivamente como falso, que es lo que, según el evangelio de *Lucas*, habría hecho María si en verdad José no hubiera sido el padre de Jesús.

---

<sup>269</sup> El hecho de que Jesús nunca haga referencia al “Espíritu Santo” como su padre es un argumento más en favor de que, cuando se hace referencia a dicho “Espíritu Santo”, no se está nombrando a ninguna supuesta “persona” de la “Trinidad” cristiana, sino a algo distinto, como sería el poder o la sabiduría de “Dios Padre”, según se da a entender en diversos pasajes evangélicos.

Complementariamente, hay otros pasajes evangélicos en los que no es María quien reprende a Jesús sino que es Jesús quien manifiesta un distanciamiento afectivo difícilmente comprensible respecto a María, su madre, y respecto a sus hermanos, como sucede en *Mateo*, 12: 48-50, donde Jesús responde a quien le avisa de que fuera de la casa estaban su madre y sus hermanos:

“-¿Quién es mi madre, y quienes son mis hermanos?

Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo:

-Éstos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”<sup>270</sup>.

Desde luego, este pasaje no es precisamente la mejor manifestación de un especial afecto filial. Jesús podía haber dicho la parte última de su intervención en otro contexto, pero desde el momento en que lo dice estando su madre fuera esperándole, no parece que el trato hacia ella fuera precisamente afectuoso. Y, si Jesús, siendo “Dios”, era consciente de que María era la mujer “llena de gracia”, especialmente privilegiada, escogida para ser “su madre”, no parece tener sentido el trato despectivo que le dio.

Además, hay en el texto una frase muy significativa en el sentido de que Jesús no sólo se muestra con cierta frialdad hacia su madre sino también en el sentido de que llega de algún modo a *renegar de ella*. Es el del comienzo, donde dice:

“-¿Quién es mi madre, y quienes son mis hermanos?

Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo [...]”,

---

<sup>270</sup> *Mateo*, 12:48-50. Un pasaje similar a éste aparece en *Lucas*, 11:27-28 y dice así: “Cuando estaba diciendo esto, una mujer de entre la multitud dijo en voz alta: -Dichoso el seno que te llevo y los pechos que te amamantaron. Pero Jesús dijo: -Más bien, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”.

pues esas palabras representan una clara contraposición entre las que hacen referencia a su madre y a sus hermanos biológicos, y las pronunciadas por el propio Jesús “señalando con la mano a sus discípulos” y diciendo que eran precisamente éstos, por cumplir la voluntad de su padre, quienes eran sus auténticos madre, hermana y hermano. Es decir, no se trata de que esta escena represente una “disyunción incluyente”, por la que se considere que tanto a su madre y hermanos biológicos como a sus discípulos hay que considerarlos igual, sino que se trata de una “disyunción excluyente” por la que, a la hora de considerar quiénes son su madre y sus hermanos, *Jesús señala con la mano a sus discípulos, y no a su madre y hermanos biológicos.*

En resumen, si María fue madre del “Hijo de Dios”, no pareció haberse enterado de que lo era cuando se tomó la libertad de regañar a su hijo. Y tampoco Jesús, el supuesto “Hijo de Dios”, pareció haber sido consciente de que María, su madre, estaba “llena de gracia”, pues en caso contrario no tenía sentido que la ignorase del modo como lo hizo cuando fue a visitarle. Y así, aunque la decisión de quienes escribieron estos pasajes era congruente con haber estimado a María como madre de Jesús, sin embargo no lo era la de considerar a Jesús como “hijo de Dios”, ni a María como madre de ese dios.

Sin embargo, al haber comprendido los dirigentes de la secta cristiana la enorme ayuda que podía significar para su actividad proselitista una figura maternal como María, a pesar de la escasa importancia que los evangelistas le concedieron y a pesar de la nula importancia que se le dio en los posteriores escritos del *Nuevo Testamento*, hasta el punto de que ni Pablo de Tarso, el llamado “apóstol de los gentiles”, ni los demás escritos de esta parte de la *Biblia* la vuelven a nombrar ni en una sola ocasión, al cabo de no mucho tiempo los dirigentes cristianos

comprendieron la enorme utilidad que tendría para la propagación de la nueva religión contar con una especie de “diosa” a quien venerar y a quien aclamarse, visto el buen resultado que una figura similar había tenido en otras religiones.

Por otra parte, a pesar de sus ingenuos errores y contradicciones, los evangelios atribuidos a Lucas y a Mateo contribuyeron a la formación y propagación de la secta cristiana, que en poco tiempo se extendió ampliamente por el imperio romano, presentando la labor de Jesús como una misión universal de carácter espiritual, y, por ello mismo, no orientada a la “salvación” o liberación del pueblo de Israel en el sentido de la recuperación de su independencia, tal como habían hecho anteriores “mesías”, sino orientada a un fin de carácter “espiritual”, como era el de la redención del “pecado original” y de los pecados del hombre en orden a su eterna “salvación”.

#### **4.1.1. Jesús no se identifica con el dios judeo-cristiano, ni con su supuesto hijo, ni con ningún otro dios**

A continuación se presenta una serie de pasajes evangélicos en los que se defiende de modo implícito pero muy claro la idea de que *Jesús no se identifica con el dios judeo-cristiano ni con ningún otro*. Además, hay pasajes en los que no sólo no se defiende que Jesús sea “hijo de Dios” sino que se defiende lo contrario:

a) Así sucede, por ejemplo, cuando, según el evangelio de *Mateo*, estando ya crucificado Jesús exclama:

“-Elí, Elí. ¿lemá sabaktani? Que quiere decir: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*”<sup>271</sup>,

---

<sup>271</sup> *Mateo*, 27:46. La cursiva es mía. Como se ha dicho ya, estas mismas palabras aparecen en el *Antiguo Testamento*, concretamente en *Salmos*, 22:2.

palabras que evidentemente no tendrían sentido si Jesús se identificase con el propio dios de Israel –o con su supuesto hijo, igualmente divino- y que además implican una debilidad en Jesús, una desconfianza en su dios y una queja a ese dios por haberle abandonado, al margen de que, muy posiblemente, los evangelistas colocasen tales palabras en boca de Jesús porque, como conocedores del *Antiguo Testamento*, sabían que pertenecían a los *Salmos* y querían hacer creer a quienes trataban de convertir a la nueva religión que lo que había sucedido era que en el *Antiguo Testamento* se habían profetizado las palabras que Jesús diría estando en la cruz –así como otras muchas que aparecen en diversos pasajes bíblicos-.

---

Quienes escribieron los evangelios quisieron presentar las palabras de Jesús como el cumplimiento de profecías que aparecían (?) en el *Antiguo Testamento*. Una manera de lograr este objetivo pudo consistir en buscar en tales escritos frases un tanto ambiguas o enigmáticas que pudieran encajar con algún acontecimiento real o supuesto de la vida de Jesús y a continuación ponerla en su boca como si tal “coincidencia” hubiera sido un acontecimiento asombroso cuando en realidad había sido un burdo falseamiento de los hechos y una “coincidencia” especialmente preparada. Estas mismas palabras aparecen en el evangelio atribuido a Marcos, en 15:34, pero no en los otros dos evangelios canónicos en los que, de manera sorprendente, nada se dice en este sentido, a pesar de tratarse de unas palabras realmente importantes al margen de las interpretaciones que se les pueda dar. Quizás el motivo de no mencionarlas consistiera en que quienes escribieron estos otros evangelios tomaron conciencia de que no armonizaban con su interés en presentar a Jesús como “Dios” o como “Hijo de Dios”, aunque sin dejar de ser “Dios”. Por otra parte, tales palabras u otras parecidas pudieron efectivamente haber sido pronunciadas por Jesús, pero sólo en cuanto hubiera sido simplemente un hombre especialmente ligado a la religión de Israel, como lo estaba el grupo de los esenios, y ligado tal vez, al menos hasta cierto punto, al movimiento zelote de liberación judía frente al dominio romano. Jesús pudo haberse sentido especialmente guiado por su dios en su labor “mesiánica”, pero, ya en la cruz, pudo haberse sentido abandonado por ese dios en quien había confiado.

Pero, ¿tendría algún sentido que, si Jesús hubiera sido un dios por ser la “segunda persona de la Trinidad”, hubiera pronunciado tales palabras? ¿Hubiera tenido algún sentido que “Dios” se dijera a sí mismo “por qué me has abandonado”? Evidentemente ninguno. Pero, además, suponiendo que la perfección del dios cristiano fuera infinita, tanto en el “Padre” como en el “Hijo” y como en el “Espíritu Santo”, no habría tenido ningún sentido que Jesús, “Dios Hijo”, hubiera *desconfiado* del Padre hasta el punto de exclamar “por qué me has abandonado”. Y así, la manera de expresarse de Jesús manifiesta claramente la distinción entre “Dios”, por una parte, y el propio Jesús, por otra, tal vez como un ser humano que pudo haberse sentido enviado por “su Dios” —el dios de Israel— para liberar a su pueblo del dominio romano o para conseguir la regeneración de su pueblo respecto a su vida religiosa, pero que en los últimos instantes de su vida pudo haber tenido serias dudas acerca de tal misión o acerca del dios en quien había confiado a lo largo de su vida.

Estas palabras serían igualmente incompatibles con la supuesta divinidad de Jesús por otros motivos: En primer lugar, porque manifiestan una debilidad y una desconfianza de Jesús en sí mismo en cuanto llega a *afirmar* que *su dios le ha abandonado*. Pero tal debilidad y desconfianza no armonizan para nada con la doctrina cristiana de la *divinidad de Jesús* ni con la de la “redención”, doctrinas según las cuales el dios cristiano se habría hecho hombre y habría sufrido y muerto en una cruz a fin de redimir de sus pecados al hombre. Pero Jesús, en cuanto hubiera sido Dios, habría sido consciente en todo momento de cuál era su misión y su destino terrenal, y, por ello mismo, ni siquiera en el momento de cumplir con el fin último que él mismo había decidido habría dudado o mostrado debilidad alguna

respecto a su martirio y a su muerte en la cruz, sino que los habría asumido con serena y absoluta entrega y como muestra de su amor infinito por el hombre.

Además, el hecho de que Jesús preguntase a su dios por qué le había abandonado implica igualmente que *Jesús no habría sido omnisciente* ya que supone asumir que su dios le habría abandonado, lo cual equivale a admitir el absurdo de que “*Dios habría abandonado a Dios*” y el de que *el propio Jesús estaba reconociendo con sus palabras que no era dios*. Además, esta pregunta de Jesús sólo hubiera tenido sentido desde tal reconocimiento, pues nadie se pregunta a sí mismo nada en cuanto ya lo sepa.

b) Igualmente, en este mismo evangelio se dice:

“Jesús se acercó y se dirigió a ellos con estas palabras:

-*Dios me ha dado autoridad plena sobre el cielo y la tierra*”<sup>272</sup>.

Resulta evidente que la expresión “Dios me ha dado autoridad plena...” sólo tiene sentido en cuanto el propio Jesús no se identifique con ese dios, pues no tendría sentido afirmar “Dios ha dado autoridad plena a Dios”, mientras que sí lo tiene afirmar “Dios ha dado autoridad plena a Jesús”... en cuanto el propio Jesús no se identifique con ese dios. Puede tenerse en cuenta además que en cuanto el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo fueran el mismo dios, ninguno de ellos podía tener una autoridad superior a la de los otros, de manera que pudiera concedérsela a los demás o no, según quisiera.

Una consecuencia que se deduce de todo esto es que posiblemente en aquellos primeros tiempos ni los propios cristianos tuvieron claro qué estatus debían atribuir a Jesús en la nueva

---

<sup>272</sup> Mateo, 28:18.

religión. De hecho hubo numerosos evangelios que la primitiva organización cristiana desechó como “apócrifos” porque decían incongruencias demasiado evidentes respecto a las doctrinas que inicialmente se consideraron como el cuerpo básico de doctrinas del cristianismo. Finalmente, hacia los últimos años del siglo IV los evangelios de *Mateo*, *Marcos*, *Lucas* y *Juan* fueron considerados como inspirados por el “Espíritu Santo” y, por ello mismo como “canónicos” por los dirigentes cristianos del momento, que al parecer estaban inspiradísimos por dicho espíritu cuando tomaron tal decisión. Sin embargo, ¡tuvo que llegar el siglo XVI para que finalmente en el Concilio de Trento, en el año 1546, se presentase la lista oficial de libros canónicos del *Nuevo Testamento*!

c) Del mismo modo en el *evangelio de Marcos* se dice:

“Muy de madrugada, antes del amanecer, [Jesús] se levantó, salió, se fue a un lugar solitario y allí se puso a orar”<sup>273</sup>.

Pero, ¿¿a quién hubiera podido Jesús orar si hubiera sido Dios y nada podía alterarle ni representar peligro alguno para él en cuanto su poder le colocaba en una situación infinitamente superior a la cualquier otra realidad?! Evidentemente a nadie. Por ello, si queremos que una frase como ésa del evangelio de *Marcos* tenga algún sentido, eso sólo podemos lograrlo si consideramos que *Jesús no se veía a sí mismo como Dios*.

Igualmente, en ese mismo evangelio se dice:

“...el Señor Jesús *fue elevado al cielo* y se sentó a la diestra de Dios”<sup>274</sup>,

---

<sup>273</sup> *Marcos*, 1:35.

<sup>274</sup> *Marcos*, 16:19. En *Hechos de los apóstoles*, 1:9, se dice que “fue elevado al cielo”, y en 1:22, se dice una frase similar (*Nuevo Testamento*, BAC, Madrid, 2014, p. 266-267). La cursiva es mía.



frase en la que, en primer lugar, se niega el dogma de la ascensión según el cual Jesús ascendió a los cielos por su propio poder, ya que en ella se afirma, por el contrario, que Jesús “fue elevado al cielo”; en segundo lugar, se dice que *se sentó a la diestra de Dios*, lo cual no podría suceder si Jesús fuera Dios, pues afirmar que *alguien se siente a su propia diestra* no tiene sentido; además, en narraciones como ésta aparece de nuevo el antropomorfismo de considerar que un dios se siente a fin de descansar o de estar en una posición más cómoda, como si la divinidad tuviera las imperfecciones del ser humano hasta el punto de necesitar descansar o estar más cómodo; y, en tercer lugar, el autor de este escrito presenta esta descripción como si hubiera estado presente en este supuesto acontecimiento, lo cual es más que improbable y conduce a la firme sospecha de que tal autor se deja llevar de su fantasía, más que de una inspiración divina al escribir este texto.

d) En el *evangelio de Juan* se afirma igualmente:

“Porque yo [=Jesús] no hablo en virtud de mi propia autoridad; es el Padre, que me ha enviado, quien me ordenó lo que debo decir y enseñar. Y sé que sus mandamientos llevan a la vida eterna. Por eso, yo enseño lo que he oído al Padre”<sup>275</sup>.

Es decir, Jesús dice que *él no tiene autoridad por sí mismo sino por el Padre*, que le habría enviado. Pero, si Jesús se hubiera identificado con el dios de Israel —o con “el Hijo”—, esta afirmación habría sido simplemente absurda y contradictoria con la misma dogmática católica, pues en cuanto las tres personas de la “Trinidad” fueran “Dios”, ninguna tendría mayor poder que las otras.

---

<sup>275</sup> *Juan*, 12:49.

Además, dice este pasaje:

“...es el Padre, que me ha enviado, quien me ordenó lo que debo decir y enseñar”,

pero esta afirmación es igualmente contradictoria con la dogmática católica, teniendo en cuenta que tanto el Padre como el Hijo serían Dios y, por ello, sería contradictorio que Dios-Padre *ordenase* algo a Dios-Hijo. Igualmente, cuando Jesús dice “yo enseño lo que he oído al Padre”, está reconociendo que *él no es omnisciente*, que él es sólo un mandado, que ni siquiera tiene criterio propio para saber qué tiene que decir, lo cual no encaja para nada con la idea de que Jesús fuera “Dios” en cuanto los dirigentes católicos defienden la doctrina de que su dios, tanto si se le considera como “Padre” como si se le considera como “Hijo” o como “Espíritu Santo”, sería *omnisciente*.

e) Por otra parte, hay pasajes en los que se hace referencia a sentimientos de Jesús, como la tristeza o la angustia ante la conciencia de la cercanía inminente de su muerte, que son incompatibles con la doctrina según la cual Jesús sería un dios perfecto y, por ello mismo, impasible, es decir, no sujeto a ninguna forma de sufrimiento o sentimiento negativo. Así, se dice en *Mateo*:

“Llevó consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo; comenzó a sentir tristeza y angustia”<sup>276</sup>.

Ahora bien, si Jesús, en cuanto Dios, había decidido encarnarse, sufrir y morir para redimir a la humanidad, su amor y su fortaleza infinitas y su conciencia de estar realizando lo que su infinita sabiduría y bondad le inspiraban resultaban realmente incompatibles con tales sentimientos, propios de la debilidad e imperfección de un hombre pero impropios de un dios inmutable

---

<sup>276</sup> *Mateo*, 26:37-38. La cursiva es mía.

y omnipotente, aunque se hubiera encarnado en un ser humano. Además, hacia el final del pasaje citado nos encontramos ante una nueva y flagrante contradicción. Se dice en él:

“-Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa de amargura; pero *no sea como yo quiero, sino como quieres tú*”<sup>277</sup>.

Estas líneas son otra clara demostración de la esencial diferencia entre Jesús y “Dios Padre”: Es el propio Jesús quien reconoce que ¡¡su voluntad no coincide con la de “Dios Padre”!! Pero, en el caso de que Jesús se identificase con “Dios”, no habría podido darse tal diferencia entre ambas voluntades, al margen de que tampoco tenga ningún sentido referirse a una “Trinidad” en la que exista cualquier diferencia entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, según se ha analizado en otro capítulo.

f) Igualmente, en el evangelio de *Mateo* hay otro pasaje especialmente significativo –al margen de su carácter contradictorio con otro del evangelio de *Lucas*– en el que de un modo ingenuo se muestra al propio Jesús reconociendo, por una parte, su inferioridad respecto al dios de Israel y reconociendo además de manera implícita, por otra, su lejanía respecto a la teórica omnipotencia que le atribuye la jerarquía católica, ya que, en contra de la posesión de su supuesta omnipotencia, Jesús menciona que, si él se lo pidiera a su “Padre”, *éste le enviaría más de doce legiones de ángeles* para su protección. Pero, ¿es una ridícula contradicción suponer que Jesús, siendo un dios omnipotente, hubiera podido necesitar de la ayuda de su “Padre”, al igual que es otra contradicción suponer que hubiera necesitado de la protección de “más de doce legiones de ángeles”, como si su propio poder “infinito” hubiera sido insuficiente. Pero, efectivamente, se dice en *Mateo*:

---

<sup>277</sup> *Mateo*, 26:39. La cursiva es mía.

“Uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y, dando un golpe al criado del sumo sacerdote, le cortó una oreja. Jesús le dijo:

-Guarda tu espada, que todos los que empuñan la espada, perecerán a espada. *¿O crees que no puedo acudir a mi Padre, que pondría a mi disposición en seguida más de doce legiones de ángeles?*”<sup>278</sup>.

g) Igualmente y por lo que se refiere a la segunda venida del “Hijo del hombre”, el autor del evangelio atribuido a Marcos escribe:

“En cuanto al día y la hora, nadie sabe nada, ni los ángeles del cielo ni el Hijo, sino sólo el Padre”<sup>279</sup>.

De nuevo nos encontramos aquí con la contradicción de suponer que mientras Dios Padre sería omnisciente, Dios Hijo no lo sería en cuanto desconocería hechos como el que aquí se señala. Ahora bien, al margen de que el dogma de la Trinidad hable de tres personas y un solo “Dios”, lo que resulta inadmisibles de manera especial para los mismos dirigentes católicos es que tales personas puedan diferir por el grado mayor o menor de posesión de perfecciones que sean propias de un dios como ser perfecto, como la de la omnisciencia –que no admite grados, pues no se puede ser *más o menos* omnisciente-, por lo que el texto citado es otro ejemplo de contradicción.

h) En *Hechos de los apóstoles* se indica también una diferencia de poder entre Jesús y Dios, cuando se dice:

“A este Jesús Dios lo ha resucitado, y de ello somos testigos todos nosotros”<sup>280</sup>,

---

<sup>278</sup> *Mateo*, 26:51-53.

<sup>279</sup> *Marcos*, 13:32.

<sup>280</sup> *Hechos de los apóstoles*, 2:32.

pues, en efecto, la frase *Dios ha resucitado a Jesús* sólo puede tener sentido en cuanto Dios y Jesús sean distintos, siendo Dios quien con su poder resucita a Jesús. Pero de nuevo nos encontramos con que esta distinción contradice la dogmática de la secta católica según la cual “Dios-Padre” no tiene un poder superior al de Jesús por el cual le resucite, pues, si cada una de esas tres personas son Dios, por lo mismo deben poseer en grado infinito el conjunto de las perfecciones divinas, de manera que sería absurdo que se dijera que el Padre tiene mayor autoridad que el Hijo, que el Hijo ama más que el Padre o que el Espíritu Santo es más fuerte que el Hijo. ¿En qué se diferenciarían entonces? En nada más que en el nombre.

i) Más adelante, en *Hechos de los apóstoles*, se insiste en esta misma diferencia entre Jesús y “Dios”, y en la consideración de que “Dios” resucitó a Jesús:

“Pedro y los apóstoles respondieron:

-Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. *El Dios de nuestros antepasados ha resucitado a Jesús [...] Dios lo ha exaltado a su derecha como Príncipe y Salvador [...]* Nosotros y el Espíritu Santo que Dios ha dado a los que le obedecen somos testigos de todo esto”<sup>281</sup>.

En este pasaje se insiste en la diferente categoría y poder entre “Dios” y Jesús, considerando que “Dios ha resucitado a Jesús” y “lo ha exaltado a su derecha como Príncipe y Salvador”, lo cual representa un reconocimiento explícito de que, desde la perspectiva del autor de esta obra, “Dios” y Jesús serían realidades distintas, teniendo “Dios” una categoría y un poder evidentemente superiores a los de Jesús, que serían los que le habrían permitido resucitarlo y hacer que se colocase a su diestra.

---

<sup>281</sup> *Hechos*, 5:29-32.

Llama también la atención el hecho de que en este pasaje de *Lucas* se diga que *Dios ha dado el Espíritu Santo a los que le obedecen*, por lo que se está diferenciando claramente entre “Dios” y el “Espíritu Santo”, y se está presentando a este último no como un ser personal de carácter divino sino como *algo* que se da, como una especie de *fuera espiritual* que no sería equivalente para nada a la propia divinidad, pues, sustituyendo “Espíritu Santo” por “Dios”, la frase resultante, “*Dios ha dado a Dios a los que le obedecen*”, no tendría sentido.

Esta forma de escribir muestra una actitud dogmática, propia de los creadores de religiones, en cuanto, siendo unos impostores, se presentan como si realmente hubiesen tenido una revelación especial en la que los demás debieran creer en lugar de analizar de forma crítica si quienes dicen haber tenido tal revelación lo que en realidad tuvieron fue una alucinación o mintieron de forma descarada para convencer a la ingenua masa inocente.

j) De modo similar, según *Hechos de los apóstoles*, momentos antes de morir, Esteban dice:

“—Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre de pie a la derecha de Dios”<sup>282</sup>,

frase en la que se diferencian claramente ambas figuras de un modo jerárquico: *Dios* como figura principal y *Jesús* —el Hijo del hombre— como figura secundaria, aunque importante. Tiene interés insistir en este detalle porque, si no se hubiera querido reflejar esta diferencia entre Dios y Jesús, el autor de ese escrito habría podido decir que Esteban veía “a Jesús y al Padre” en un

---

<sup>282</sup> *Hechos*, 7:56. Esta obra atribuida a Lucas, tiene en común con el evangelio del mismo autor el hecho de que habla de sucesos de los que no ha podido ser testigo, y, a pesar de todo, los narra como si los conociera de primera mano y con todo detalle. El pueblo en general es ingenuo e inculto, y por eso es muy fácil engañarle con relatos como éstos.

plano de igualdad, lo cual hubiera podido ser compatible con el reconocimiento implícito de que tanto el Padre como Jesús eran Dios, pero no “a la diestra de Dios”, pues en ese caso se está diferenciando inevitablemente entre Jesús, por un parte, y “Dios”, por otra, negando en consecuencia la divinidad de Jesús.

k) El hecho de que Jesús critique la acción de “Dios”, como a continuación se muestra, implica que Jesús no podía identificarse con ese “Dios”, ya que en caso contrario no habría tenido ningún sentido que se hubiera criticado a sí mismo por haber creado a Judas. Pero efectivamente, en *Mateo* y en referencia a Judas, Jesús pronuncia las siguientes palabras:

“Más le valdría a ese hombre no haber nacido”<sup>283</sup>,

---

<sup>283</sup> *Mateo*, 26:24. Este pasaje no sólo tiene el interés de representar una crítica al dios judeo-cristiano por haber programado el nacimiento de Judas, sino también toda una serie de críticas complementarias a diversas cualidades divinas como las siguientes: a) a la supuesta *omnipotencia* de Dios, en cuanto la existencia de Judas, junto con todas sus cualidades y sus acciones, incluida la traición a Jesús y su propio suicidio, habrían sido *predeterminados* por Dios, y, en consecuencia, Judas, no habiendo sido responsable de nada de lo que hizo y no habría merecido tales palabras de condena; b) a su supuesta *omnisciencia*, es decir, su conocimiento absoluto de todo, y, por ello, de la futura existencia de Judas en cuanto programada por él mismo, que, por tal motivo, habría podido evitar como consecuencia de su poder; c) a su supuesta *misericordia infinita* de acuerdo con la cual no habría ofensa que no pudiera perdonar. Por otra parte, en cuanto el propio Jesús se identificase con Dios y en cuanto por su bondad infinita hiciera siempre lo mejor, sus palabras habrían carecido de sentido en cuanto *se habría criticado a sí mismo*, que era quien habría hecho nacer a ese personaje maldito. Ahora bien, si se tienen en cuenta aquellos textos evangélicos –indicados en este mismo trabajo– en los que se niega que Jesús fuera Dios, podría entenderse que el propio Jesús simplemente se equivocase al olvidarse de la infinita *misericordia divina* o que asumiese, como también asumen los evangelios, que la misericordia divina no era infinita, por lo que la frase referida a Judas estaría motivada por la convicción de que la acción de Judas no podía ser perdonada por Dios. Por otra parte, el absurdo de las palabras de Jesús se hace mayor, si cabe, si se

pues una frase como ésa da a entender claramente que la persona que la pronuncia considera que el nacimiento de ese hombre fue producto de la fatalidad o que, en cualquier caso, él mismo no tuvo nada que ver con dicho nacimiento. Sin embargo, tratándose del dios cristiano, supuesta causa absoluta de todo y, por ello mismo, del nacimiento y de cada una de las acciones que a lo largo de su vida habría de realizar Judas, si Jesús se hubiera identificado con ese dios de infinita bondad y sabiduría, habría sido absurdo que se hubiese criticado a sí mismo al considerar que hubiera sido mejor que Judas no hubiese nacido y, por ello, esta sola frase representa una nueva contradicción respecto a la supuesta divinidad de Jesús.

1) En *Hechos de los Apóstoles*, se llega incluso a afirmar que Jesús sólo fue un “siervo de Dios”, que, por lo tanto, no se identificaría con el propio “Dios” ni sería siquiera su hijo, como se dice en otras ocasiones. En efecto, dice el correspondiente pasaje:

“El Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, el Dios de nuestros antepasados, ha manifestado la gloria de *su siervo* Jesús...”<sup>284</sup>.

Más adelante se insiste en esta misma consideración presentando de nuevo a Jesús como “siervo de Dios”, obediente a sus decisiones:

---

tiene en cuenta que la doctrina cristiana considera que Jesús se encarnó a fin de ofrecerse en sacrificio en la cruz para el perdón de los pecados, sacrificio que, aunque era otro absurdo en sí mismo -pues Dios por su amor y misericordia infinitas hubiera perdonado, si tenía algo que perdonar, sin necesidad de sacrificio alguno-, se produjo mediante la *colaboración* de Judas, que a su manera fue un instrumento *programado* por Dios que habría servido para que Jesús llevase a término su supuesta, innecesaria y absurda inmolación.

<sup>284</sup> *Hechos* 3:13. La cursiva es mía.



“En esta ciudad, en efecto, se han aliado Herodes y Poncio Pilato, junto con extranjeros y gentes de Israel, contra *tu siervo Jesús*, al que ungiste, para hacer lo que tu poder y tu voluntad habían decidido de antemano que sucediera [...] Manifiesta tu poder para que se realicen curaciones, señales y prodigios en el nombre de *tu santo siervo Jesús*”<sup>285</sup>.

Pero, si Jesús era “siervo de Dios”, difícilmente podía ser “Dios”, y, por ello, “siervo de sí mismo”. Pues, aceptando incluso el dogma de la Trinidad según el cual en Dios hay tres personas, en ningún caso podría tener sentido que, siendo Dios cada una de ellas, cualquiera debiera ser *sierva* de otra, fuera cual fuese el sentido que quisiera darse al texto.

m) A continuación, en esta misma obra, se llega incluso a distinguir entre Jesús y el Señor, considerando que ese “Señor”, identificado con “Dios”, es quien habría enviado al “Mesías” como un *profeta* semejante en el mejor de los casos al propio Moisés, pero no superior a él, un *profeta* “suscitado entre vuestros hermanos”, es decir, *procedente del propio pueblo de Israel*, pero en ningún caso identificado con el dios cristiano. En efecto, se dice en la citada obra:

“Llegarán así tiempos de consuelo de parte del Señor, que os enviará de nuevo a Jesús, el Mesías que os estaba destinado [...] Moisés, en efecto, dijo: *el Señor Dios vuestro suscitará de entre vuestros hermanos un profeta como yo; escuchad todo lo que os diga; y el que no escuche a este profeta será excluido del pueblo*”<sup>286</sup>.

---

<sup>285</sup> *Hechos*, 4:27. La cursiva es mía.

<sup>286</sup> *Hechos*, 3:20-22. En este pasaje se dice que Moisés dijo tales palabras, pero en la *Biblia* no existe ningún pasaje en el que Moisés diga nada en este sentido. La cursiva es mía.

n) Igualmente, en el evangelio atribuido a Mateo se insiste en la diferencia entre Jesús y Dios cuando se pone en boca del propio Jesús la frase:

“No juzguéis, para que Dios no os juzgue”<sup>287</sup>,

frase en la que Jesús declara nuevamente, de modo implícito pero incuestionable, que él no es “Dios”, pues en caso contrario en lugar de decir “para que *Dios* no os juzgue” hubiera debido decir “para que *yo* no os juzgue”, y con mucho más motivo teniendo en cuenta que en otros pasajes, como el que se cita a continuación, se hace referencia a Jesús como juez que juzgará a todos los hombres al final de los tiempos.

ñ) En efecto, en *Hechos de los apóstoles* se afirma con absoluta claridad la diferencia entre “Dios”, por una parte, y Jesús, por otra, considerando a Jesús como el “ungido” y “resucitado” gracias al poder de “Dios” –no al suyo propio-, y también como el “juez” designado por el propio “Dios”, lo cual equivale a asumir que *Dios tiene autoridad sobre Jesús* en cuanto es el propio “Dios” quien “constituye” a Jesús como “juez de vivos y muertos”. En efecto, se dice en *Hechos de los apóstoles*:

[Pedro tomó la palabra y dijo:] “me refiero a Jesús de Nazaret, a quien *Dios ungió* con Espíritu Santo y poder [...] *Dios lo resucitó* el tercer día [...] *Dios lo ha constituido juez* de vivos y muertos”<sup>288</sup>.

o) En esta misma obra se considera a Jesús como “hombre” elegido por “Dios”, pero sólo como “hombre” y no como “Hijo de Dios”. En efecto, se dice en ella:

---

<sup>287</sup> *Mateo*, 7:1.

<sup>288</sup> *Hechos*, 10:38-42.

“[Dios] ha establecido un día, en el que va a juzgar al universo con justicia por medio de *un hombre designado por él*, a quien ha acreditado ante todos resucitándolo de entre los muertos”<sup>289</sup>.

De nuevo “Dios” es el protagonista que ha designado a “un hombre”, a Jesús, como juez, y quien *lo ha resucitado de entre los muertos*, lo cual representa una nueva prueba de que, si los textos bíblicos estuvieran inspirados por el supuesto Espíritu Santo, en tal caso habría una contradicción entre los que consideran a Jesús como “Dios” o como “hijo de Dios” y los que, aunque le conceden una importancia especial, no llegan a considerarlo como “Dios” ni como “hijo de Dios”.

Ante la lectura y comprensión clara de estos textos, ¿cómo puede decirse que “Dios” y Jesús sean una misma realidad? ¿Cómo es posible que los cristianos no se percaten de lo que está dicho con tanta claridad en tantos pasajes del *Nuevo Testamento*? Parece que una de las principales explicaciones de este hecho se encuentra en que los seguidores de esta secta, en su inmensa mayoría, no han leído la *Biblia*, ni el *Antiguo* ni el *Nuevo Testamento*, y aceptan como verdad todo lo que el cura de turno quiera decirles, de manera que éste les da su interpretación de los pasajes evangélicos más acordes con su especial montaje religioso, y procura dejar de lado aquellos otros que están en contradicción con los anteriores, es decir con aquéllos que niegan de manera más o menos evidente la divinidad de Jesús.

p) Por su parte, Pablo de Tarso, a pesar de aceptar que Jesús sería “hijo de Dios”, también se refiere a él considerándolo como un “siervo sometido al poder de Dios”, lo cual no tendría

---

<sup>289</sup> *Hechos*, 17:31.

sentido si el propio Jesús fuera Dios. En este sentido en *Corintios I* escribe:

“Y cuando le estén sometidas todas las cosas, entonces *el mismo hijo se someterá también al que le sometió todo*, para que Dios sea todo en todas las cosas”<sup>290</sup>.

q) En relación con esta cuestión tiene interés también hacer referencia al dogma de la *ascensión de Jesús*, pues los evangelios de *Lucas* y *Marcos* afirman que Jesús “fue elevado”, es decir, que fue llevado por un poder que, aunque no se menciona de modo explícito, evidentemente se trataría del poder de “Dios”, en lugar de defender la idea de que Jesús ascendió a los cielos por su propio poder. Así queda expresado en estos evangelios y en *Hechos de los apóstoles* en pasajes como los siguientes:

\* “...el Señor Jesús *fue elevado* al cielo y se sentó a la diestra de Dios”<sup>291</sup>,

\* “...y mientras los bendecía se separó de ellos y *fue llevado* al cielo. Ellos, después de postrarse ante él, se volvieron a Jerusalén rebosantes de alegría. Y estaban continuamente en el templo bendiciendo a Dios”<sup>292</sup>.

\* “...hasta el día en que *fue elevado* a los cielos”<sup>293</sup>,

En relación con la cita de *Lucas* –al margen de la temática de la “ascensión de Jesús al cielo”- tiene interés llamar la atención acerca de que en ella se diga que los discípulos de Jesús “estaban continuamente en el templo”. Ahora bien, ¿en qué templo bendecían a Dios? Se trataba evidentemente de *un templo judío*, el templo de Jerusalén, puesto que no había “templos cris-

---

<sup>290</sup> Pablo: *Corintios* 1, 15:28. La cursiva es mía.

<sup>291</sup> *Marcos*, 16:19.

<sup>292</sup> *Lucas*, 24:51-52. La cursiva es mía.

<sup>293</sup> *Hechos*, 1:22. La cursiva es mía.

tianos”, lo cual refuerza de manera muy importante la tesis, defendida en otro momento, de que Jesús no intentaba crear una nueva religión alejada de la de Israel, sino predicar la práctica de dicha religión de un modo más auténtico y menos vacío de auténtico sentimiento religioso. Por otra parte, si sus discípulos hubieran considerado que Jesús era “Dios”, no parece que hubiera tenido mucho sentido que fueran al templo de Jerusalén, el templo de la religión tradicional con la que rompían, el templo dirigido por Caifás –sumo sacerdote<sup>294</sup>-, que había colaborado de manera especialmente importante en la condena de Jesús.

r) Finalmente hay otros dos pasajes especialmente importantes porque, a pesar de aludir a momentos muy señalados de la vida de Jesús, en ellos el pueblo le aclama, pero no como “Hijo de Dios” sino sólo como “Hijo de David” o como “el profeta”, o como “el que viene en nombre del Señor”, títulos que, aunque importantes en sí mismos, realmente disminuyen el valor de la figura de Jesús en cuanto no es considerado como “Hijo de Dios”, ya que, si Jesús hubiera sido considerado por la gente como “Hijo de Dios”, lo más lógico habría sido que, al aclamarle, le hubiesen reconocido con ese mismo título y no con otros inferiores, aunque éstos tuvieran también cierta relevancia:

\* “Y la gente que iba delante y la que iba detrás aclamaba, diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!”<sup>295</sup>.

\* “Cuando entró en Jerusalén toda la ciudad se conmovió, diciendo: ¿Quién es éste?

---

<sup>294</sup> *Mateo*, 26:57.

<sup>295</sup> *Mateo*, 21:9.

Y la gente decía: Éste es Jesús el profeta, de Nazaret de Galilea”<sup>296</sup>.

#### **4.2. La misión redentora de Jesús**

Sin embargo, esta misión espiritual de Jesús no siempre aparece con claridad en los evangelios, pues hay ocasiones en que sus palabras no encajan con ella y más bien parecen ligadas a un fin de carácter político, como era el perseguido por la organización de los “zelotes”, a la que pertenecía al menos uno de los apóstoles, Simón el Zelote. Así, los siguientes pasajes parecen claramente relacionados con esta interpretación:

a) “-El hermano entregará a la muerte al hermano, y el padre al hijo; y los hijos se levantarán contra los padres, y los harán morir. Todos os odiarán por causa mía, pero el que perseverare hasta el final, ése se salvará”<sup>297</sup>.

El presente pasaje habla de luchas y de muerte entre hermanos, padres e hijos, pero indicando que esta situación tendrá como causa el propio Jesús. En cualquier caso es un pasaje muy confuso al no dar explicaciones acerca de la causa que podrá enfrentarles hasta la muerte. Lo que sí parece claro es que aquí se habla de duros enfrentamientos y se dejan de lado las ideas de salvación o de condenación en sentido espiritual con la posible excepción de la última frase.

b) “-No penséis que he venido para traer paz a la tierra; no he venido para traer paz, sino espada”<sup>298</sup>.

Este pasaje representa una confirmación del sentido político-militar del anterior. Los zelotes se estaban preparando para un

---

<sup>296</sup> *Mateo*, 21:10-11.

<sup>297</sup> *Mateo*, 10:21-22.

<sup>298</sup> *Mateo*, 10:34.

enfrentamiento militar contra los romanos. Quizás aquí Jesús pretendiera seguir esa misma actitud, sin que ello significase un olvido de su predicación en favor de una religiosidad más pura frente a la hipocresía de los fariseos y de los escribas, a quienes acusa de ser “sepulcros blanqueados”, bellos por fuera pero llenos de podredumbre por dentro.

Por otra parte, conviene no olvidar que *los evangelios* en general podrían haber sido una invención del grupo disidente israelí que, enfrentado a los máximos representantes de la religión tradicional, finalmente construyó una nueva, que, para poder triunfar, tuvo que conservar toda una serie de doctrinas pertenecientes a la religión tradicional, a la vez que tuvo que introducir nuevos aspectos que servían para dar sentido a la nueva como superación y culminación de aquélla. Por ello, ni siquiera puede afirmarse que las palabras atribuidas a Jesús fueran realmente suyas y no de quien escribió el evangelio correspondiente, que quiso ponerlas en boca de Jesús.

c) “Uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y, dando un golpe al criado del sumo sacerdote, le cortó una oreja. Jesús le dijo:

-Guarda tu espada, que todos los que empuñan la espada, perecerán a espada”<sup>299</sup>.

En este pasaje lo que llama la atención es, en primer lugar, su contradicción con el anterior en el que Jesús dice:

“-...no he venido para traer paz, sino espada”<sup>300</sup>,

y, en segundo lugar, que, aunque Jesús mande a uno de los suyos que guarde su espada, sin embargo éste llevase una. ¿Por qué la llevaba si el mensaje de Jesús era esencialmente de amor,

---

<sup>299</sup> *Mateo*, 26:52.

<sup>300</sup> *Mateo*, 10:34.

de perdón y de paz? Se trata, según parece, o bien de una simple incongruencia que no encaja con el mensaje de Jesús, o bien de que las palabras de quien escribió ese evangelio trataban de unir ambos mensajes, el de la religiosidad auténtica y el del enfrentamiento militar propio de la agrupación zelota con la que Jesús pudo haber estado en contacto por medio de alguno de sus discípulos.

d) Por otra parte, como luego se verá, existe una sorprendente contradicción entre este pasaje de *Mateo* –que se encuentra en la misma línea que los de *Marcos* y *Juan*–, y el pasaje correspondiente de *Lucas*<sup>301</sup>, que es especialmente significativo por diversos motivos: En primer lugar, por su carácter contradictorio con los demás evangelios en los que de manera inequívoca Jesús se opone al uso de la espada o al enfrentamiento violento, mostrándose como un defensor del pacifismo. En segundo lugar, porque ¡el propio Jesús ordena comprar espadas! Este pasaje de *Lucas* es incompatible con la supuesta inspiración del Espíritu Santo tanto por su carácter contradictorio con los de los otros evangelios como también porque, de acuerdo con su ideario, Jesús habría debido defender la paz y no la lucha armada. En tercer lugar, porque demuestra igualmente la ineptitud de los evangelistas, que ni siquiera supieron ponerse de acuerdo acerca de qué debían decir en sus escritos para que al menos fueran coherentes entre sí como inspirados por el supuesto “Espíritu Santo”. Pero, claro está, en aquellos momentos quienes escribieron tales escritos desconocían que posteriormente serían declarados “evangelios canónicos” y, por ello mismo, no tuvieron especial cuidado en buscar la coherencia, la cual es inexistente en tantas ocasiones por la sencilla razón de que el supuesto “Espíritu Santo” no intervino para nada en este asunto y porque cada uno de

---

<sup>301</sup> *Lucas*, 22:36-38. La cursiva es mía.



estos escritos debió de provenir de fuentes diversas, al margen de que en ocasiones hubiera también coherencias entre ellos en cuanto el primer evangelio que se escribió debió de influir en los demás, el segundo en el tercero y en el cuarto, y el tercero en el cuarto.

### 4.3. ¿Eternidad de Jesús?

Por otra parte, al margen de las críticas anteriores acerca de la supuesta divinidad de Jesús, la doctrina según la cual Jesús es hijo de María implica que *Jesús habría tenido un origen temporal*, y, por ello, *no sería eterno* como el “Padre” o como el “Espíritu Santo”. De hecho el “Hijo” no aparece en el *Antiguo Testamento*, y el motivo de su aparición en el nuevo consiste en que la naciente secta exigía un cambio esencial respecto a la religión de Israel, cambio que, entre otros aspectos, consistió en presentar a Jesús como “Hijo de Dios”, por muy absurda que tal doctrina fuera. Y, desde luego, lo era entre otros motivos porque era contradictoria con la doctrina de que su dios, tanto en la persona del “Padre” como en la del “Hijo” o en la del “Espíritu Santo”, era eterno, pues, si el “Hijo” era eterno, no tenía ningún sentido afirmar que había nacido en determinado momento, y, por ello, la nueva religión incurría en una contradicción al asignar a Jesús una madre en la persona de María, que lo habría engendrado con la colaboración del “Espíritu Santo”. Una nueva contradicción sería aquella por la cual el dios de Israel, en la persona de su divino hijo y en contra del dogma cristiano de la inmutabilidad divina, no sería *inmutable*, ya que durante el tiempo anterior a su nacimiento *no habría tenido cuerpo*, adquiriéndolo sólo a partir del momento en que lo recibió de María.

#### 4.4. Jesús no fundó el cristianismo

*En efecto, Jesús no inventó ninguna religión sino que fue practicante de la religión de Israel, mientras que el cristianismo fue una secta escindida de dicha religión, muy alejada de lo que, al parecer, fue el pensamiento de Jesús. La “buena nueva” del cristianismo no apareció de manera completa en sus comienzos ni representa las enseñanzas de Jesús, pues ya desde los primeros años del cristianismo Pablo de Tarso y otros colegas deformaron a su gusto doctrinas esenciales del pensamiento de Jesús, y, posteriormente, los dirigentes cristianos siguieron fabricando su propia “buena nueva”, según la oportunidad del momento, alejándose de las hipotéticas enseñanzas de Jesús.*

Aunque existen diversos pasajes evangélicos que presentan a Jesús como el fundador del cristianismo, hay pruebas evidentes de la falsedad de este punto de vista tales como las siguientes:

a) Según el evangelio de *Lucas*, María, a pesar de la asombrosa anunciación del ángel Gabriel no consideró que su hijo Jesús tuviera que romper con la religión tradicional para crear una nueva. Prueba de esto es que llevó a Jesús a Jerusalén para *circuncidarlo* y para “presentarlo” al Señor. Se dice, efectivamente, en *Lucas*:

“Cuando se cumplieron los ocho días para circuncidar al niño, le pusieron por nombre Jesús [...] Cuando se cumplieron los ocho días de la purificación de ellos, *según la Ley de Moisés*, lo llevaron a Jerusalén para presentarlo al Señor”<sup>302</sup>.

---

<sup>302</sup> *Lucas*, 2:21-22.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

Poco más adelante se cuenta en *Lucas* que a los doce años Jesús estuvo con sus padres en el templo de Jerusalén, que lo perdieron de vista y que Jesús se quedó varios días hasta que

“al tercer día lo hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles”<sup>303</sup>,

lo cual es una muestra evidente de cómo desde su misma infancia Jesús se sintió plenamente integrado en la religión de Israel, actitud que mantuvo posteriormente tal como puede comprobarse a través de otros pasajes. Así, se dice en *Mateo*:

“No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la ley y los profetas; no he venido a abolirlas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias”<sup>304</sup>.

Este pasaje tiene la doble importancia de mostrar, por una parte, a Jesús perfectamente integrado en el respeto a la religión de su pueblo, Israel, hasta el punto de querer ir más allá por lo que se refiere a su observancia y cumplimiento, *llevándola hasta sus últimas consecuencias*, y, por otra, la de mostrar con una claridad similar que *Jesús no pretendió crear una nueva religión*, en contra de lo que sucedió después de su muerte, sino dar ejemplo de cómo había que practicar la religión de su pueblo.

Es cierto, por otra parte, que existen diversos pasajes en los que parece como si Jesús pretendiera algo distinto, de carácter más político y revolucionario, pero conviene tener en cuenta lo siguiente: a) que los evangelios fueron escritos bastantes años después de la supuesta muerte de Jesús, b) que se sabe muy poco –o nada– de Jesús desde un punto de vista rigurosamente histórico, y c) que con posterioridad a su supuesta muerte sus seguidores formaron un grupo religioso disidente del de los judíos orto-

---

<sup>303</sup> *Lucas*, 2:46.

<sup>304</sup> *Mateo*, 5:17.

doxos, creando muy pronto la secta cristiana, separada de manera definitiva de la religión tradicional de Israel. Además, como refuerzo en favor de la idea de que Jesús no pretendió crear una nueva religión, conviene recordar también la ocasión en que, según los evangelios, entró en el templo escandalizado con los mercaderes que lo habían convertido en una “cueva de ladrones”: Si Jesús hubiera sido indiferente o hubiera despreciado la religión judía no se habría indignado ante la actitud de los mercaderes, pero el hecho de que dijera:

“Está escrito. *Mi casa es casa de oración*, pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones”<sup>305</sup>

es una prueba clara de su absoluta fidelidad a la religión de Israel y, como es lógico, al templo judío.

Igualmente puede recordarse que, según se indica en el evangelio atribuido a Lucas se dice que, después que Jesús fue llevado al cielo, sus discípulos

“estaban continuamente *en el templo* bendiciendo a Dios”<sup>306</sup>,

lo cual no habría tenido sentido si el templo *judío* –pues no había otro en aquel momento– no le hubiese importado a Jesús ni a sus discípulos.

Además, tiene interés observar que en estas palabras de los discípulos de Jesús se diga que estaban en el templo “bendiciendo a Dios”, pero, si estos discípulos hubieran estado realmente convencidos de la divinidad de Jesús, el autor de este pasaje habría escrito sin reparo alguno que sus discípulos estaban en el templo “bendiciendo a Jesús”. ¿Por qué el autor de ese evangelio no incluyó una frase como ésta? Por la sencilla razón de que

---

<sup>305</sup> *Lucas*, 19:46. La cursiva es mía.

<sup>306</sup> *Lucas*, 24:53. La cursiva es mía.

no se le ocurrió la absurda idea de identificar a Jesús con el dios de Israel, a pesar de su admiración por Jesús.

Además de estos pasajes hay muchos otros que corroboran esta misma idea, algunos de los cuales ya han aparecido en este estudio. Parece, por ello, que el cristianismo surgió no como resultado de una decisión de Jesús de crear una nueva religión sino como consecuencia de la oposición de Jesús y de sus discípulos a los máximos dirigentes de la religión de Israel, con quienes Jesús se enfrentó en diversas ocasiones, propiciando que éstos intervinieran para conseguir que Jesús fuera condenado a muerte por blasfemo. La nueva religión siguió aceptando muchos puntos de la religión tradicional de Israel, pero se apartó de ella especialmente en la consideración de Jesús como “Hijo de Dios”, en la consideración del pecado de Adán y Eva como pecado universal de la humanidad, en la valoración de la muerte de Jesús como culminación de una “labor redentora”, en la afirmación de la resurrección de Jesús y en la valoración especial que dieron a la “fe en Jesús” y en su resurrección como llave para la salvación y para la “bienaventuranza eterna”.

A lo largo de los evangelios son muchas las ocasiones en que Jesús aparece defendiendo una religiosidad más auténtica, y critica a diversos grupos religiosos, como el de los fariseos, por vivir la religión de una forma superficial e hipócrita, cumpliendo la ley en su letra pero no en su espíritu.

Por otra parte, si la “buena nueva”, que, según la jerarquía católica, iba unida a la encarnación, pasión y muerte de Jesús, tenía una importancia tan trascendental para la humanidad, es sorprendente que la jerarquía católica haya seguido presentando nuevas doctrinas por su cuenta, usurpando el papel del supuesto Espíritu Santo, presunto inspirador de quienes transmitieron tal

“buena nueva”, incorporándola a los últimos libros de la *Biblia* en el llamado *Nuevo Testamento*.

Esa forma de actuar tan sospechosa o tan carente de escrúpulos se pone de manifiesto cuando la jerarquía católica, en lugar de limitarse a propagar la supuesta “buena nueva” que pudiera haber en los “evangelios”, va añadiendo nuevos dogmas y contenidos doctrinales a las antiguos a fin de amoldar de forma interesada sus contradictorios puntos de vista a la mentalidad de cada época para ampliar su lucrativo negocio, que tanto poder y tanta riqueza material le ha supuesto, aparentando luchar por una sociedad más justa, pero buscando en realidad y de manera compulsiva su propio enriquecimiento y su cielo en la tierra.

#### **4.5. Las abismales diferencias doctrinales entre Jesús y Pablo de Tarso**

Como ejemplos evidentes de estos *cambios doctrinales estratégicos*, introducidos para lograr que el cristianismo se convirtiese en un negocio estable, rentable y próspero, puede hacerse referencia en primer lugar a las radicales *contradicciones* doctrinales existentes entre *Jesús* y *Pablo de Tarso* por lo que se refiere a las siguientes cuestiones:

- a) El carácter *particular* o *universal* de la “buena nueva”.
- b) Su respectiva actitud frente a las *riquezas* materiales.
- c) Su diferente valoración de la *mujer*.
- d) Su actitud frente a la *esclavitud*; y
- e) Su manera de entender la relación con las *autoridades políticas*.

A continuación se analizan con algún detalle estas diferencias a fin de que se vea de manera más patente el cierto progresismo de Jesús frente el retroceso social especialmente interesa-

do y la traición que supusieron las doctrinas defendidas por Pablo de Tarso en relación con los puntos indicados:

a) En cuanto Jesús siguió considerándose miembro de la religión de Israel, entendió que su labor religiosa debía tener un carácter *restringido*, referido exclusivamente al pueblo de Israel y relacionado con la búsqueda de una religiosidad más auténtica, vinculada con aquélla en la que el propio Jesús había sido educado, según se cuenta en *Lucas*, 2: 22-52.

Jesús presenta su predicación como una exhortación al pueblo de Israel a fin de que cumpla en espíritu las *enseñanzas de los profetas*, es decir, de la religión tradicional de Israel, y, por ello, su mensaje se circunscribe a su propio pueblo, sin extenderse a la humanidad en general, de manera que, como ya se ha dicho, no pretendió fundar una nueva religión, al margen de que quisiera corregir algunas doctrinas, como la Ley del Talión, o defender un modelo distinto de familia, como la monogamia frente a la poligamia del *Antiguo Testamento*.

Es claramente decisivo para aclarar esta cuestión el pasaje evangélico antes citado que dice:

“No penséis que he venido a abolir las enseñanzas de la ley y los profetas; no he venido a abolirlas, sino a llevarlas hasta sus últimas consecuencias”<sup>307</sup>.

Es igualmente significativo el pasaje en el que Jesús atiende a una mujer cananea que le pide ayuda, pasaje en el que, aunque finalmente se interesa por ella, las primeras palabras que le dirige no son especialmente acogedoras, y muestran cómo el propio Jesús consideró que su misión religiosa se relacionaba esencialmente con su pueblo y no con pueblos ajenos. Así lo indica cuando dice a esta mujer:

---

<sup>307</sup> *Mateo*, 5:17.

“-No está bien tomar el pan de los hijos para echárselo a los cachorrillos”<sup>308</sup>,

frase en la que al mencionar a “los hijos” se está refiriendo al pueblo de Israel, mientras que al mencionar a “los cachorrillos” se refiere a los demás pueblos. El punto de vista de Jesús estaba de hecho en línea el esencial tribalismo religioso, presente en toda una serie de pasajes del *Antiguo Testamento* en los que se hablaba de Yahvé como “Dios de Israel”, y de Israel como el pueblo entre todos los pueblos elegido por Yahvé. A pesar de todo, finalmente Jesús atendió de buena gana a la mujer cananea, según la narración evangélica.

Sin embargo, *Pablo de Tarso* y la jerarquía cristiana defendieron con gran visión de futuro el carácter *universal* -“católico”- del mensaje evangélico a fin de lograr los mejores resultados a nivel político y económico, y en estos terrenos los cambios que introdujo resultaron especialmente eficaces para la expansión del inmenso negocio que significó y significa en estos momentos “la Multinacional Católica”.

b) Por lo que se refiere a las relaciones con el prójimo y a las diferencias de clase entre *ricos* y *pobres* hubo puntos de vista radicalmente opuestos entre Jesús y Pablo de Tarso:

b1) En líneas generales y de acuerdo con los evangelios la doctrina de *Jesús* es muy clara respecto a la defensa del *amor al prójimo*, que incluía el amor a los enemigos<sup>309</sup>, y en líneas generales suponía un cambio importante respecto a la doctrina dominante en el *Antiguo Testamento*, especialmente regida por la *Ley del Talión*, “ojo por ojo, diente por diente”, inspirada en la venganza y no en el perdón ni en la fraternidad.

---

<sup>308</sup> *Mateo*, 15:26.

<sup>309</sup> *Mateo*, 5:38-39.



No obstante conviene puntualizar que existe una contradicción en la anterior doctrina de Jesús, pues, aunque son muchas las ocasiones en que defiende el amor al prójimo e incluso el amor a los enemigos, sin embargo, esta doctrina queda radicalmente negada, aunque de modo implícito, por el propio Jesús, cuando en tantas otras ocasiones condena al fuego eterno a quien no cumpla las leyes religiosas de Israel, a quien no perdone a sus enemigos o a quien no crea en él.

Por otra parte y por lo que se refiere a su pensamiento acerca de los *ricos*, hay que decir que fue especialmente claro y rotundo, pronunciando frases de condena contra ellos del siguiente estilo:

\* “es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja que para un rico entrar en el reino de Dios”<sup>310</sup>;

\* “No podéis servir a Dios y al dinero”<sup>311</sup>.

\* “¡Ay de vosotros, los ricos, porque ya habéis recibido vuestro consuelo!”<sup>312</sup>;

b2) Una consecuencia lógica de esta actitud de Jesús así como de su defensa de los pobres y de la fraternidad universal se produjo –al menos según se cuenta en *Hechos de los apóstoles*, aunque de un modo que suena a simple utopía– cuando en los primeros años después de su muerte sus *primeros discípulos*, tratando de ser fieles a sus doctrinas, vivieron en un *régimen comunista*, de *auténtica fraternidad* en el que todo se compartía. En este sentido, se dice en este libro:

---

<sup>310</sup> *Lucas*, 18:24.

<sup>311</sup> *Mateo*, 6:24.

<sup>312</sup> *Lucas*, 6:24.

\* “Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno”<sup>313</sup>;

\* “El grupo de creyentes [...] tenían en común todas las cosas”<sup>314</sup>;

\* “El grupo de los creyentes pensaban y sentían lo mismo, y nadie consideraba como propio nada de lo que poseía, sino que tenían en común todas las cosas [...] No había entre ellos necesitados, porque todos los que tenían hacienda o casas las vendían, llevaban el precio de lo vendido, lo ponían a los pies de los apóstoles, y se repartía a cada uno según su necesidad”<sup>315</sup>.

Es cierto, por otra parte, que este periodo de auténtica fraternidad, debió de durar muy poco tiempo, pues el punto de vista de Pablo de Tarso, favorable a la diversidad extrema de clases sociales y, por ello mismo, a la existencia de *ricos* y *pobres* como algo derivado de la voluntad del dios cristiano a pesar de ser incompatible con la doctrina de Jesús, fue el que definitivamente triunfó en la nueva religión.

b3) En efecto, a pesar de la claridad de la doctrina de Jesús, esa forma de vida *fraternal* y *comunista* de los primeros cristianos debió de desaparecer muy pronto, pues ya el propio Pablo de Tarso, auténtico fundador e impulsor decisivo del cristianismo, se puso descaradamente del lado de los ricos, de manera que en lugar de enfrentarse a ellos –como, según los evangelios, había hecho Jesús– se convirtió en su cómplice, no exigiéndoles que repartieran sus riquezas entre los pobres sino diciendo que

---

<sup>313</sup> *Hechos*, 2:44.

<sup>314</sup> *Hechos*, 4:32.

<sup>315</sup> *Hechos* 4:32. También en *Hechos*, 5:1 - 5:11 se expresan situaciones similares a ésta.

*el propio Dios se las había otorgado para que las disfrutasen, aunque con el ligero matiz de recomendarles que procurasen no ser orgullosos:*

“A los ricos de este mundo recomiéndales que no sean orgullosos, ni pongan su esperanza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que nos provee de todos los bienes en abundancia para que disfrutemos de ellos”<sup>316</sup>.

En esta carta, traicionando la condena de Jesús contra los ricos, Pablo de Tarso les defiende y tranquiliza, diciéndoles de forma explícita que no van a tener problemas para entrar en el reino de los cielos, y que no hace falta que repartan sus riquezas sino sólo “que no sean orgullosos” mientras las disfrutan. Pero, además, tiene el cinismo de decir, hablando en plural, como dando un sentido colectivo a la frase, que Dios “nos provee de todos los bienes en abundancia para que disfrutemos de ellos”, olvidando la ingente cantidad de personas que entonces y ahora mueren en medio de la miseria más absoluta mientras la mayor preocupación de otros es la de buscar un lugar donde guardar las riquezas obtenidas a partir de la explotación a los trabajadores o la de gastarlas en caprichos superfluos.

¿Qué justificación congruente con la doctrina de Jesús podía tener Pablo de Tarso para su defensa de los ricos, teniendo en cuenta que Jesús había predicado el amor, incluso a los enemigos? En *Mateo*, Jesús dice: “Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen”<sup>317</sup>. Pero, ¿qué clase de amor podría ser ése según el cual uno se permitiera derrochar “sus riquezas” con total indiferencia, mientras a su lado gran cantidad de seres humanos, supuestamente “amados” por ser “hermanos en Cristo”, ni siquiera tienen nada para comer?

---

<sup>316</sup> Pablo, 1 *Timoteo*, 6:17.

<sup>317</sup> *Mateo*, 5:44.

Desde una perspectiva como la del *Antiguo Testamento*, Pablo de Tarso habría tenido como precursor fundamental en la práctica de este punto de vista a *José, hijo de Jacob*, a quien en diversos pasajes bíblicos se le honra y se le califica como “justo”, a pesar de que su mérito principal no fue otro que el de haber sido *el mayor usurero de Israel*, no habiendo tenido escrúpulos para esclavizar a todo el pueblo egipcio con la única excepción de los sacerdotes del faraón. Su actuación fue tan refinadamente hipócrita que encima, según la narración bíblica, llegó a conseguir el agradecimiento del pueblo por haberle salvado la vida, a pesar de haber sido reducido a esclavitud. A este respecto se cuenta en *Génesis*:

“Seguía sin encontrarse comida en toda la región [de Egipto y de Canaán]. El hambre era cada vez mayor, hasta el punto de que tanto el país de Egipto como el de Canaán desfallecían de hambre. *José acabó acumulando todo el dinero que había en Egipto y Canaán a cambio del trigo que le compraban, y lo iba depositando en la casa del faraón*. Agotado el dinero en Egipto y Canaán, todos los egipcios acudieron a José, diciéndole:

-Danos pan; ¿vas a permitir que muramos, porque se nos ha terminado el dinero?

José les dijo:

-Si se os ha acabado ya el dinero, dadme vuestros ganados y a cambio os daré trigo.

Trajeron a José sus ganados, y José les dio alimentos a cambio de caballos, ovejas, vacas y asnos. Así, todo aquel año les proveyó de pan a cambio de sus rebaños. Pasado aquel año, vinieron a decirle:

-A nuestro señor no se le oculta que se nos ha acabado el dinero; también el ganado es ya de nuestro señor; sólo nos queda por darte nuestro cuerpo y nuestras tierras. ¿Vas a permitir que perezcamos nosotros y nuestras tierras? Cóm-

pranos a nosotros y a nuestras tierras a cambio de pan. Seremos esclavos del faraón nosotros y nuestras tierras, pero danos simiente para que podamos vivir y no muramos, y para que nuestras tierras no queden convertidas en eriales.

*Así adquirió José para el faraón todas las tierras de Egipto, pues los egipcios, empujados por el hambre, le vendieron sus fincas; y así el país pasó a ser propiedad del faraón. De este modo el faraón redujo a servidumbre a todo el pueblo del uno al otro confín de Egipto. Solamente dejó de comprar las tierras de los sacerdotes, porque ellos tenían asignación del faraón y vivían de ella; por eso no vendieron sus tierras*<sup>318</sup>.

Una vez esclavizado el pueblo, José les dio simiente para que pudieran sembrar, pero a condición de que en adelante entregasen al faraón una quinta parte de las cosechas. Los egipcios le respondieron:

“-Tú nos has salvado la vida; en ti hemos encontrado comprensión; seremos siervos del faraón”<sup>319</sup>.

De este modo vemos en la conducta de José un esquema de ciertas formas de conducta criticadas por Jesús y defendidas por Pablo de Tarso, especialmente *la ambición, la usura, la esclavitud, la falta de sentimientos y el frío desprecio hacia el pueblo*, al que José no tuvo ningún reparo en esclavizar, logrando para el faraón todas las riquezas de Egipto. Tiene interés remarcar además cómo los únicos que se salvaron de este proceso de esclavización fueron los sacerdotes, que ya gozaban del privilegio de ser mantenidos por el faraón a cambio de sus servicios consistentes especialmente en ensalzarles para conseguir la sumisa

---

<sup>318</sup> Génesis, 47:13-22. La cursiva es mía

<sup>319</sup> Génesis, 47:25.

obediencia del pueblo, tal como ha seguido haciendo el clero de la secta católica –y el de las demás religiones- a lo largo de todos los tiempos respecto a las autoridades políticas de turno a cambio de suculentos privilegios políticos y económicos<sup>320</sup>.

No obstante y a pesar del escandaloso caso de José, hay que decir que en el *Antiguo Testamento* existen también algunos ejemplos de actitudes de denuncia en contra de los ricos y en favor de los pobres. Así, por ejemplo, se dice en *Isaías*:

“¡Ay de los que adquieren casas y más casas y añaden campos a sus campos, hasta no dejar sitio a nadie, y quedar como únicos habitantes!”<sup>321</sup>,

distanciándose en este punto de la actitud de José e inspirando muy posiblemente a Jesús, buen conocedor de la *Biblia*, en su doctrina en favor de los pobres y duramente crítica contra los ricos.

b4) Este cambio radical de actitud respecto a los ricos, desde la doctrina condenatoria de Jesús hasta la introducida por Pablo de Tarso, básicamente contemporizadora con los ricos, resultó especialmente útil a los dirigentes cristianos para conseguir que al cabo del tiempo la secta cristiana fuera legalizada por el imperio romano, una vez tranquilizadas sus autoridades respecto a las intenciones del cristianismo al comprender que no pretendía ser una agrupación revolucionaria que atacase a los ricos del modo en que lo había hecho Jesús. Por ello, a pesar de las dificultades y persecuciones iniciales, en el año 313 la secta cristiana consiguió su legalización, pasando muy pronto de ser

---

<sup>320</sup> Los curas nos contaban la historia de José presentándolo como ejemplo de buen hermano... pero nada nos contaban de su criminal acción usurera contra el pueblo de Egipto al que, según la Biblia, redujo a esclavitud para la satisfacción y el agradecimiento del faraón.

<sup>321</sup> *Isaías*, 5:8.

una agrupación perseguida a ser una organización perseguidora, convirtiéndose en un *inmenso negocio material* que tuvo la astucia suficiente para adaptarse a todo tipo de situaciones políticas y sociales, y se fue enriqueciendo y ampliando hasta convertirse en la mayor multinacional productora de “bienes espirituales” o de “parcelas de Cielo”, actividad complementada con la de amenazar con el “Infierno” a quienes pusieran trabas a su insaciable ambición, y con crímenes incesantes a lo largo de su historia mediante sus cruzadas, su “Santa Inquisición” y su cómplice cooperación con los dictadores y gobernantes sin escrúpulos de todo tiempo y lugar, a cambio de incalculables riquezas expoliadas a los pueblos, despreciando y pisoteando la doctrina de aquél en cuyo nombre decían y dicen predicar.

Si la forma de vida basada en la fraternidad había sido la defendida por Jesús y la que siguieron aquellos primeros discípulos de quienes se habla en *Hechos de los apóstoles*, y, si los dirigentes de la secta católica consideraban que esa forma de vida era la que había que tomar como modelo, lo que resulta sorprendente es la soberbia y el cinismo con que sus obispos, cardenales y papas viven ahora en palacios, rodeados de todos los lujos imaginables e inimaginables, mientras tantos seres humanos mueren de hambre cada día, olvidando por completo el modelo de conducta que debían seguir para ser coherentes con la doctrina atribuida a Jesús.

Es verdad que no todos ven así las cosas. Hay quien diría: “¡Es realmente edificante ver cómo los obispos se humillan hasta el punto de lavar los pies de doce miserables el día del Jueves Santo! ¡Qué humildad más asombrosa! ¡Qué amor más puro por la humanidad! ¡Qué dedicación más entregada a su sublime misión! ¡¿Qué más se les puede pedir?! ¡Qué mezquinos son quienes no reconocen su inmensa labor en favor de los pobres de la

Tierra! ¡Encima quieren que regalen sus palacios y sus tesoros, olvidando los muchos siglos de conspiraciones y de expolios que les ha costado reunir su pequeño patrimonio! ¡Son incapaces de comprenderles, pero Dios les premiará con otros tesoros dignos de su bondad y abnegación!”

Si nos preguntamos por qué se produjo esta *asombrosa contradicción* entre las doctrinas de Jesús y las de Pablo de Tarso y sus seguidores, la respuesta es evidente: Si el cristianismo debía construirse como una *organización sostenible y económicamente rentable*, como lo ha sido y lo sigue siendo, y si aspiraba a ser aceptada por el Imperio Romano, eso no podía lograrse mediante la condena de los *ricos*, tal como lo había hecho Jesús de modo inequívoco, sino mediante la alianza con ellos, de forma que, mientras Jesús había condenado la codicia y la obsesión de los ricos por el dinero, Pablo de Tarso comprendió que para el avance y la prosperidad de la organización “cristiana” le interesaba contar con el apoyo de los ricos, es decir, de las clases sociales altas e influyentes en la política del imperio romano y, en consecuencia, defendió sin escrúpulos que los ricos tenían todo el derecho a disfrutar de sus riquezas, y que los pobres y los esclavos lo eran por designio divino, por lo que no tenían derecho a sublevarse ni a reclamar derechos, ni libertad, ni una forma de vida digna en contra de la voluntad y de los intereses de “sus amos”.

De ese modo las doctrinas de Pablo de Tarso consiguieron tranquilizar a las clases altas de la política y a los ricos en general hasta el punto de que progresivamente muchos de ellos llegaron a aceptar la nueva religión y le dieron su apoyo hasta que llegó a convertirse en la religión oficial del imperio. Además, la religión de la “buena nueva”, el incipiente cristianismo, logró hacerse mucho más rentable en cuanto, de acuerdo con Pablo de



Tarso, en lugar de mantenerlo ligado en exclusiva al pueblo de Israel, como el propio Jesús había hecho, amplió su campo de acción al ámbito de los “gentiles”, es decir, de los no judíos, de *la humanidad en general*. A Pablo de Tarso le vino muy bien que el imperio romano tuviera un carácter machista, clasista, esclavista y expansionista durante aquellos siglos en que fue contemporáneo del cristianismo, pues la alianza de los cristianos con los dirigentes políticos del imperio sirvió para su rápida propagación hasta los límites que alcanzó el imperio.

c) Respecto a la *valoración de la mujer* puede verse igualmente una diferencia abismal entre las enseñanzas de Jesús y las de Pablo de Tarso:

c1) En los evangelios hay un pasaje, ya citado antes, en el que *Jesús* aparece conversando con una mujer cananea<sup>322</sup> y manteniendo un trato respetuoso hacia ella, y momentos en los que se refiere a otras mujeres de un modo absolutamente respetuoso y afable, incluso a María Magdalena, a pesar de tratarse de una mujer “pecadora”. No obstante, en la medida en que se conceda cierta credibilidad a los evangelios, esto no significa que la actitud de Jesús hacia la mujer fuera especialmente modélica en cuanto la considerase dotada de una dignidad y de un valor similar al del varón sino que en líneas generales siguió, aunque bastante suavizado, el punto de vista tradicional de Israel, conservando en sus doctrinas y en sus actitudes considerables restos de machismo, en cuanto, por ejemplo, no eligió a ninguna mujer como miembro de su grupo de “apóstoles” y en cuanto los personajes femeninos no ocupan en general ninguna relevancia en los evangelios, ni siquiera su propia madre de quien llega a

---

<sup>322</sup> *Mateo*, 15:21-28.

hablar de manera fría o con indiferencia en algún pasaje<sup>323</sup> y nunca manifestando un afecto especial hacia ella.

c2) Sin embargo y a pesar de estos aspectos negativos del pensamiento de Jesús respecto a la mujer, la actitud de *Pablo de Tarso* fue incomparablemente más despectiva, estando mucho más en la línea de las doctrinas del *Antiguo Testamento* al considerar a la mujer casi como una *esclava* que debía mantenerse sumisa *al servicio del varón*, y representó igualmente un vergonzoso retroceso respecto a las doctrinas del Jesús evangélico, volviendo a defender doctrinas similares a las del *Antiguo Testamento* donde se trata a la mujer al nivel de una simple cosa poseída. En este sentido se dice en *Deuteronomio*:

“No codiciaras *la mujer* de tu prójimo, ni desearás la casa de tu prójimo, su campo, su esclavo o su esclava, su buey o su asno, ni nada de *lo que le pertenece*”<sup>324</sup>.

Este pasaje, es especialmente importante por tratarse del *noveno y último mandamiento* de las tablas de Moisés, pues no había décimo, ya que, al cosificar a la mujer, se la considera al mismo nivel que la casa, el buey o el asno: Todo son bienes codiciables al mismo nivel y, por ello, Yahvé o, más exactamente, los dirigentes de Israel no distinguieron entre desear la mujer del prójimo y codiciar los bienes del prójimo, a diferencia de lo que posteriormente hizo la secta católica, estableciendo un décimo mandamiento, relacionado con los bienes ajenos materiales y animales, y dejando como noveno mandamiento el relacionado exclusivamente con la prohibición de desear la mujer del prójimo. Resulta realmente sorprendente no encontrar ningún comentario acerca de esta cuestión, a pesar de que es muy fácil obser-

---

<sup>323</sup> *Mateo*, 12:46-50.

<sup>324</sup> *Deuteronomio*, 5:21.

var en la *Biblia* que efectivamente los mandamientos de Moisés son sólo nueve y no diez. Además, como la mujer tenía un reconocimiento social tan secundario, los autores de los mandamientos ni siquiera se tomaron la molestia de establecer un mandamiento complementario prohibiendo a la mujer desear al marido de su “prójima”, pues, aunque la posibilidad de que llegase a desearlo existiera, eso carecía de importancia, y, además, la posibilidad de materializar su deseo por propia iniciativa y sin el consentimiento del varón era bastante remota, en cuanto el varón no podía ser en ningún caso esclavo –cosa o propiedad– de la mujer, mientras que *la mujer sí era cosa o propiedad del marido*.

Por otra parte, Pablo de Tarso, enlazando su pensamiento en una importante medida con el del *Antiguo Testamento*, escribe:

- “el varón no debe cubrirse la cabeza, porque es imagen y reflejo de la gloria de Dios. Pero la mujer es gloria del varón, pues no procede el varón de la mujer, sino la mujer del varón, ni fue creado el varón por causa de la mujer, sino la mujer por causa del varón. Por eso [...] *debe llevar la mujer sobre su cabeza una señal de sujeción*”<sup>325</sup>.

- “toda mujer que ora o habla en nombre de Dios con la cabeza descubierta, deshonra al marido, que es su cabeza”<sup>326</sup>.

Abundando en esta misma perspectiva, Pablo de Tarso definiendo igualmente la *sumisión de la mujer al marido*, prohibiéndole incluso su intervención en las asambleas:

- “La mujer aprenda en silencio con plena sumisión. No consiento que la mujer enseñe ni domine al marido, sino

---

<sup>325</sup> Pablo, I *Corintios*, 4:7-10. La cursiva es mía.

<sup>326</sup> Pablo, I *Corintios*, 4:5.

que ha de estar en silencio. Pues primero fue formado Adán, y después Eva. Y no fue Adán el que se dejó engañar, sino la mujer que, seducida, incurrió en la transgresión”<sup>327</sup>.

-“...que las mujeres guarden silencio en las reuniones; no les está, pues, permitido hablar, sino que deben mostrarse recatadas, como manda la ley. Y si quieren aprender algo, que pregunten en casa a sus maridos, pues no es decoroso que la mujer hable en la asamblea”<sup>328</sup>.

Por cierto, la actitud de la *jerarquía católica* respecto a la mujer, aunque, forzada por los cambios socio-culturales, ha ido evolucionando hasta cierto punto a lo largo de los siglos, no ha estado a la vanguardia de estos cambios hacia la igualdad de derechos con el varón, sino que simplemente los ha ido aceptando, aunque sólo parcialmente y a regañadientes, hasta el punto de que en la actualidad sigue manteniendo planteamientos retrógrados como los que hacen referencia a la prohibición de que pueda ser ordenada sacerdotisa o de que pueda ocupar otros cargos eclesiásticos de alguna relevancia, y manteniendo en general puntos de vista machistas, aunque actuando astutamente a fin de poder presentar sus doctrinas desde una perspectiva diferente, según la conveniencia del momento, recurriendo para ello a la exaltación de la figura de María, “la madre de Dios”, de la que curiosa y sospechosamente apenas se habla en los evangelios –o se habla de modo algo despectivo por parte de Jesús o incluso se la ignora<sup>329</sup>–, y nada en absoluto en las epístolas de Pablo de Tarso ni en el resto de escritos del *Nuevo Testamento*.

---

<sup>327</sup> Pablo: *Timoteo*, 2:11-14.

<sup>328</sup> Pablo, I *Corintios*, 14:34-35.

<sup>329</sup> *Mateo*, 12:46-50.

d) Por lo que se refiere a la *esclavitud*, aceptada de modo tradicional en el *Antiguo Testamento*, Jesús la rechaza de manera implícita en la misma medida en que defiende la fraternidad entre los hombres. Sin embargo y en contra del punto de vista de Jesús, *Pablo de Tarso* adopta una escandalosa defensa de esa institución, actitud que la jerarquía católica procura silenciar ahora, pero que aparece de modo explícito en abundantes pasajes del “apóstol de los gentiles”, supuestamente sagrados e inspirados por el propio Dios, tales como los siguientes:

“Esclavos, obedeced a vuestros amos terrenos con profundo respeto y con sencillez de corazón, como si de Cristo se tratara. No con una sencillez aparente que busca sólo el agrado a los hombres, sino como siervos de Cristo que cumplen de corazón la voluntad de Dios”<sup>330</sup>.

En este pasaje Pablo exige de forma totalmente clara que los esclavos traten a los señores “como si de Cristo se tratara”, y así, la *esclavitud* aparece ya como una *institución sagrada*, establecida por “voluntad de Dios”, institución a la que los cristianos deben someterse “con profundo respeto y con sencillez de corazón”.

A pesar de que Jesús no apoyó esta institución opresora, resulta comprensible, por escandaloso que pueda parecer, que Pablo de Tarso, en línea con su defensa de los ricos, defendiera igualmente la *esclavitud* de un modo tan cínico, *como una institución derivada de la voluntad de Dios*, tal como puede comprobarse leyendo sus cartas, en las que exhorta a los esclavos a que cumplan con devoción y humildad las órdenes de sus señores en cuanto representan al propio Dios, según indica cuando escribe:

---

<sup>330</sup> Pablo: *Efesios*, 6:5-6. Pablo se expresa en términos muy parecidos en otros lugares como en *I Corintios*, 7:21-24, *Colosenses*, 3:22; y *I Timoteo*, 6:1-2.

“¿Eras esclavo cuando fuiste llamado? No te preocupes. E incluso, aunque pudieras hacerte libre, harías bien en aprovechar tu condición de esclavo [...] Que cada cual, hermanos, continúe ante Dios en el estado que tenía al ser llamado”<sup>331</sup>.

En este pasaje Pablo plantea la posibilidad de optar o no por la libertad al incorporarse a la organización cristiana, pero considera mejor “que cada cual [...] continúe ante Dios en el estado que tenía al ser llamado”, lo cual no sólo representa una actitud de transigencia ante esta institución, tan contraria a los principios de Jesús, sino un auténtico *apoyo a dicha institución*, lo cual equivalía a enviar un mensaje a las clases poderosas del imperio romano diciéndoles que podían estar tranquilas, que *el cristianismo no iba a representar un movimiento revolucionario contra esa institución ni contra cualquier otra sino una fuerza mediante la cual se justificaría la propia esclavitud y así se podría controlar desde principios jurídicos de carácter sagrado a quienes se rebelasen contra ella, en cuanto su situación era consecuencia de la “voluntad de Dios”*, de manera que lo que los dirigentes cristianos iban a aconsejar a sus fieles seguidores era *que cada cual continuase ante el dios cristiano en el estado que tenía al ser llamado* al cristianismo y con tal argumento frenarían cualquier intento de sublevación en el imperio, de manera que, lejos de representar un peligro para la estabilidad política y social del imperio, serían de una ayuda inestimable para dicha estabilidad.

En esta misma línea de aceptación y sometimiento se pronuncia Pablo de Tarso cuando escribe:

---

<sup>331</sup> Pablo, I Corintios, 7:21-24.

“Esclavos, obedeced en todo a vuestros amos de la tierra; no con una sujeción aparente, que sólo busca agradar a los hombres, sino con sencillez de corazón, *como quien honra al Señor*”<sup>332</sup>.

Pero, en cuanto las palabras de Pablo de Tarso se encuentran incluidas en el *Nuevo Testamento*, ¡inspirado por el “Espíritu Santo”! —o eso dicen—, nos encontramos con la sorprendente defensa contradictoria de dos doctrinas: Por una parte, la de la fraternidad entre los seres humanos y, por otra, la de que es voluntad de Dios que unos hombres estén esclavizados y sometidos a la voluntad de otros como simples cosas de usar y tirar.

Escribe Pablo de Tarso en otro momento:

“Todos los que están bajo el yugo de la esclavitud, consideren que sus propios amos son dignos de todo respeto [...] Los que tengan amos creyentes, no les falten la debida consideración con el pretexto de que son hermanos en la fe; al contrario, sírvanles mejor, puesto que son creyentes, amados de Dios, los que reciben sus servicios”<sup>333</sup>.

En este último pasaje la novedad consiste en que ya no sólo se habla de cristianos esclavos de señores no cristianos, sino de *cristianos esclavos de otros cristianos*, de forma que no sólo se defiende la idea de que el esclavo debe conformarse con su estado y obedecer a su señor no cristiano sino también que *el cristiano tiene derecho a ser señor y dueño de esclavos* y puede tener la conciencia bien tranquila, a pesar de que se encuentre en posesión de seres humanos considerados como *objetos de su propiedad*, pues en eso consiste la esclavitud, en lugar de ver a los demás seres humanos como hermanos con su misma dignidad, a quienes, como consideraba Kant, se les trate como *fines*

---

<sup>332</sup> Pablo: *Colosenses*, 3:22. La cursiva es mía.

<sup>333</sup> Pablo, I *Timoteo*, 6:1-2.

en sí mismos y no como simples *cosas*. El colmo del cinismo es que Pablo de Tarso añada ahora como refuerzo a sus “argumentos” [?] en favor de la esclavitud que los esclavos de cristianos deben servir a éstos incluso mejor, “puesto que son creyentes, amados de Dios, los que reciben sus servicios”. ¡Qué lejos y olvidadas quedan aquellas palabras de *Hechos de los apóstoles*, según las cuales,

“Todos los creyentes vivían unidos y lo tenían todo en común. Vendían sus posesiones y haciendas y las distribuían entre todos, según las necesidades de cada uno”<sup>334</sup>!

¿Cómo se pueden compatibilizar tales palabras con la defensa incuestionable que hace Pablo de Tarso de la esclavitud?! ¿Pudo ser el mismo “Espíritu Santo” quien inspirase ambos pasajes tan contradictorios?!

d5) Parece evidente que *Pablo de Tarso* se inspiró en el *Antiguo Testamento* por lo que se refiere a su defensa de la esclavitud desde una perspectiva racista y que, en este sentido, sus ideas no representaron una innovación en el pensamiento cristiano sino que se correspondían, si no con el mensaje de Jesús, sí con las prácticas comunes que se mencionan en dicho libro, en las que, de acuerdo con una larga tradición, se defiende la esclavitud en innumerables pasajes, como, por ejemplo, el recientemente citado relacionado con José, hijo de Jacob, que esclavizó a la práctica totalidad del pueblo egipcio. Igualmente, en *Levítico*, se dice:

“Los siervos y las siervas que tengas, serán de las naciones que os rodean; de ellos podréis adquirir siervos y siervas. También podréis comprarlos entre los hijos de los huéspedes que residen en medio de vosotros, y de sus familias que

---

<sup>334</sup> *Hechos*, 2:44-45.



viven entre vosotros, es decir, de los nacidos en vuestra tierra. Esos pueden ser vuestra propiedad, y los dejaréis en herencia a vuestros hijos después de vosotros como *propiedad perpetua*. A éstos los podréis tener como siervos; pero si se trata de vuestros hermanos, los israelitas, tú, como entre hermanos, no les mandarás con tiranía”<sup>335</sup>.

Este pasaje, además de mostrar la defensa israelita de la esclavitud, manifiesta igualmente una *discriminación racista* en favor de los esclavos israelitas que deberán ser tratados con mayor respeto que los esclavos pertenecientes a otros pueblos. En efecto, del mismo modo que Yahvé es el dios exclusivo de Israel, por lo mismo, “esclavos propiamente dichos” no deben ser los mismos israelitas, a quienes habrá que tratar con suavidad, sino la gente de otros pueblos, a quienes se les puede comprar y utilizar como si fueran simples objetos.

En efecto, a pesar de que Jesús habría defendido la igualdad de los hombres, *en el Antiguo Testamento y en Pablo de Tarso se considera la esclavitud como una institución natural, acorde con la voluntad del dios de Israel*, hasta el punto de que el propio Yahvé dice a su pueblo cómo deben ser sus relaciones con los esclavos. En muchos otros lugares del *Antiguo Testamento* se sigue hablando de la *esclavitud* como de una institución perfectamente natural y regulada. Así por ejemplo, en *Éxodo*, donde se ponen reparos a la esclavitud cuando ejerce sobre un israelita y se puntualiza lo siguiente:

- [El señor dijo a Moisés:] “Si compras un esclavo hebreo, te servirá durante seis años, pero el séptimo quedará libre sin pagar nada [...] Pero si el esclavo declara formalmente que prefiere a su amo [...] y que no quiere la manumisión,

---

<sup>335</sup> *Levítico*, 25: 44-46. Evidentemente, los términos *siervo* y *esclavo* son sinónimos, aunque el término *siervo* pueda sonar más suave.

entonces su amo [...] le perforará la oreja con un punzón; y será esclavo suyo para siempre”<sup>336</sup>.

-“El que mate a palos en el acto a su *esclavo* o a su *esclava*, será severamente castigado. Pero no será castigado si sobrevive un día o dos, porque *son propiedad suya*”<sup>337</sup>.

Esta última ley es por sí misma suficientemente significativa del grado de “dignidad” que los israelitas reconocían a *sus esclavos*: No se les podía “matar a palos” de forma instantánea, pero sí, si al menos sobrevivían durante un día o dos, *porque eran propiedad suya*, aunque, de acuerdo esta lógica, tampoco debería castigarse al israelita que matase en el acto a su esclavo, pues tan propiedad suya era si moría inmediatamente como si moría una semana después.

- “Si uno se acuesta con una esclava que pertenece a otro [...] será castigado, pero no con la muerte, pues la mujer no era libre”<sup>338</sup>.

En este caso se está defendiendo de manera implícita el derecho del varón, dueño de una esclava, a violarla cuando le venga en gana, pues la única restricción que se le impone es la prohibición de tener relaciones sexuales con una mujer que sea *esclava o propiedad de otro*.

Igualmente significativo es el pasaje antes citado correspondiente al noveno y último mandamiento de Moisés, en el que la mujer aparece como *propiedad* del marido y, por ello mismo, en una importante medida como *su esclava*, aunque no se le dé ese nombre<sup>339</sup>.

---

<sup>336</sup> *Éxodo*, 21:2-6. Un pasaje similar a este se encuentra en *Jeremías*, 34:8-14.

<sup>337</sup> *Éxodo*, 21:20-21.

<sup>338</sup> *Levítico*, 19:20.

<sup>339</sup> *Deuteronomio*, 5:21.

A continuación puede verse otro ejemplo del “sublime amor fraternal” entre los hijos de Yahvé al indicarse cómo hay que tratar al esclavo:

–“Al asno forraje, carga y palo; al criado pan, corrección y trabajo. Haz trabajar a tu *siervo* y estarás tranquilo, déjalo desocupado, y buscará la libertad. Yugo y bridas doblegan el cuello, al mal criado mano dura y castigo. Hazlo trabajar, para que no esté ocioso, que la ociosidad es maestra de vicios”<sup>340</sup>.

En relación con el valor que la jerarquía católica concede a estos pasajes –y a muchos otros que se pronuncian en este mismo sentido- hay que señalar que, en cuanto considera que la *Biblia* en su conjunto está inspirada por Dios, lo mismo deberá afirmar de cualquiera de sus pasajes en particular. En este sentido, el *Catecismo* de la jerarquía católica afirma de modo explícito:

“La santa Madre Iglesia [...] reconoce que *todos los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento*, con todas sus partes, son sagrados y canónicos, en cuanto que, *escritos por inspiración del Espíritu Santo, tienen a Dios como autor*, y como tales han sido confiados a la Iglesia”<sup>341</sup>.

Por otra parte, aunque a lo largo de los siglos la jerarquía católica ha evolucionado hacia una *teórica* condena de la esclavitud, lo ha hecho siempre con posterioridad a que la propia sociedad civil lo hiciera, y siempre amoldándose a las circunstancias del momento, hasta el punto de que en la Alemania de Hitler tuvo alrededor de siete mil “trabajadores forzosos”, es decir “esclavos”, aunque nombrados con cierto eufemismo hipócrita. Algunos de ellos fueron indemnizados en el año 2.000 por el

---

<sup>340</sup> *Eclesiástico*, 33:25-28.

<sup>341</sup> *Catecismo de la Iglesia Católica*, Prim. Parte, Cap. 3, 105.

Vaticano con poco más de 2.500 euros, es decir, una miseria, recibida después de más de cincuenta años de haber finalizado la segunda guerra mundial y sólo cuando la jerarquía católica no tuvo otro remedio que reconocer su actitud colaboracionista con el nazismo hitleriano, habiéndose aprovechado además de este régimen criminal.

En cualquier caso, la jerarquía católica puede dormir tranquila, pues lo único que ha hecho ha sido cumplir con las leyes de Yahvé y con las de Pablo de Tarso, siendo igualmente coherente con las palabras de Groucho Marx: “Éstos son mis principios. Si no le gustan, tengo otros”.

d5.1) *Los dirigentes católicos en su relación con las autoridades políticas.*

La secta católica ha ido cumpliendo fiel y servilmente, con pocas excepciones, la astuta orden de Pablo de Tarso según la cual:

*“Todos deben someterse a las autoridades constituidas. No hay autoridad que no venga de Dios, y las que hay, por él han sido establecidas. Por tanto, quien se opone a la autoridad, se opone al orden establecido por Dios, y los que se oponen recibirán su merecido”*<sup>342</sup>.

Esta orden, junto con la renuncia a criticar y a condenar a los ricos, en oposición a la clara actitud condenatoria de Jesús, y junto con la defensa de la esclavitud, que era una institución perfectamente aceptada tanto en el pueblo de Israel como en el imperio romano, aunque no encajaba con las doctrinas de Jesús, fue muy probablemente la mejor baza jugada por Pablo de Tarso para conseguir tanto el reconocimiento del cristianismo por el imperio romano como para conseguir el inmenso auge político,

---

<sup>342</sup> *Romanos*, 13:1-2.

económico y social de la organización cristiana a lo largo de los siglos, de manera que tuvo la enorme utilidad de conseguir que progresivamente el cristianismo fuera introduciéndose en el imperio hasta ser legalizado por el emperador Constantino como religión permitida a partir del año 313, de acuerdo con el *Edicto de Milán*, y hasta ser finalmente elevado a la categoría de religión oficial del imperio por el emperador Teodosio en el *Edicto de Tesalónica*, en el año 380.

A partir del año 315 en adelante, a lo largo de los siglos, la secta cristiana se dedicó a perseguir y a condenar a los “paganos” y a los “herejes”, pero sobre todo a enriquecerse política y económicamente gracias a las donaciones de los diversos emperadores, reyes y jefes de estado a cambio de sus bendiciones a dichos dirigentes, es decir, servicio de propaganda en favor de sus dirigentes para que el pueblo se sometiese a sus órdenes desde la consideración de que tales dirigentes lo eran por una indiscutible decisión divina, estableciéndose un apoyo simbiótico entre unos y otros. Como pago a esa constante labor de apoyo, los dirigentes políticos supieron agradecerla otorgando a los dirigentes del cristianismo una enorme serie de privilegios económicos y un estatus político-social especialmente importante. La finalidad que los dirigentes políticos y religiosos perseguían fue –y sigue siendo– la de mantener la total sumisión de sus súbditos a ambas autoridades, políticas y religiosas, en cuanto establecidas y bendecidas por el dios cristiano. Las autoridades políticas recompensaron a lo largo de los siglos las bendiciones y alabanzas recibidas de los dirigentes cristianos con escandalosos privilegios y donaciones, tal como sigue sucediendo en la actualidad; mientras tanto, el pueblo llano ha vivido y sigue viviendo una vida dura o incluso miserable, al no conseguir escapar de las penalidades que le han estado ahogando a lo largo de los siglos.

Para comprender hasta qué punto llegó la ambición de los dirigentes de la secta cristiana, conviene hacer referencia a algún ejemplo especialmente llamativo de los muchos que podrían mencionarse. En este sentido tiene interés recordar cómo a mediados del siglo VIII, los dirigentes de esta secta falsificaron un documento según el cual el emperador Constantino les habría donado como herencia el Imperio Romano de Occidente. Tal documento se conoce como “Donación de Constantino”. Por suerte, en el siglo XV el humanista y filólogo Lorenzo Valla demostró con sus estudios histórico-filológicos que dicho documento era un fraude de la curia romana de proporciones más que repugnantes. Conviene atender al hecho de que, si el fraude relacionado con la falsa “Donación de Constantino” era por sí mismo repugnante, igualmente lo fue la naturalidad con que los obispos de la época consideraron que la donación de un emperador podía ser una justificación suficiente para considerarse propietarios de ese imperio, como si el emperador hubiera tenido el derecho de darles tal herencia en lugar de comprender que, aunque se hubiera considerado propietario de todo lo que hubiera querido, desposeyendo de sus propiedades a sus legítimos dueños, y aunque tal donación hubiera sido auténtica, eso no habría dado a los dirigentes cristianos ningún derecho sobre ella, pisoteando el derecho de sus legítimos propietarios.

Y, ciertamente, esa misma actitud es la que han seguido manteniendo los dirigentes de la secta católica a lo largo de los siglos en su relación con los diversos gobiernos, legítimos o ilegítimos, siendo cómplices de dictadores y de gobernantes tiránicos, quienes, a cambio de las bendiciones y alabanzas de los dirigentes religiosos para presentarlos ante el pueblo como elegidos por su dios, los dirigentes políticos les han compensado con nuevos privilegios y riquezas robadas a sus respectivos pue-

blos como consecuencia de esta simbiosis entre el poder religioso y el político, de manera que mientras el religioso sacraliza al político, éste paga los favores de aquel con toda clase de privilegios.

Por ello, de acuerdo con esta actitud de los dirigentes de la secta católica y a pesar de aquella falsificación de la “Donación de Constantino”, la secta católica siguió en posesión de los “Estados Pontificios” hasta que en el siglo XX B. Mussolini los incorporó a Italia y dejó para la secta católica el terreno del actual estado del Vaticano así como una incalculable cantidad de dinero.

Los dirigentes de la secta católica cuentan además con innumerables riquezas esparcidas por todo el mundo y, a pesar del tiempo transcurrido y a diferencia de lo que, según *Hechos de los apóstoles*, sucedía entre los primeros cristianos, nunca han encontrado el momento de distribuir esas riquezas entre los pobres de la tierra, entre los millones de personas que conforman el llamado “tercer mundo”, de los que muchos miles mueren de hambre cada día.

En esta misma línea de actuación de apoyo a las autoridades, los dirigentes de la secta católica han mantenido una actitud opresora contra las libertades individuales a fin de incrementar sus beneficios económicos a la vez que su control político sobre los diversos gobiernos donde han podido ejercer alguna influencia. Tal actitud quedó especialmente reflejada en instituciones como su “Santa Inquisición” y en su alianza con las monarquías tiránicas de todos los tiempos, las cuales aceptaron la complicidad de los dirigentes de la secta a cambio de una parte de la riqueza robada al pueblo como pago a su constante confabulación sin escrúpulos, lo cual les permitió gozar del privilegio de “adoctrinar” a la infancia, aleccionándola de forma sectaria en

todo lo que quisieron hacerle creer, aprovechando su inmadurez mental.

Como ya he indicado en otro lugar, este “adoctrinamiento” a los niños es un delito especialmente repugnante, pero los dirigentes de la secta católica no tienen escrúpulo alguno en permitir que se cometa sino todo lo contrario, porque son conscientes de la enorme dificultad que éstos tendrán al ser adultos para eliminar de su mente aquellas doctrinas en que hayan sido adoctrinados durante su infancia, por muy absurdas que sean, y porque son conscientes igualmente de lo difícil que les resultaría realizar esa misma labor de lavado de cerebro si quisieran convencer de estas doctrinas a personas ya mayores, con su capacidad mental desarrollada y no contaminada por la serie de mentiras con que convencen a niños de sólo cuatro, cinco y seis años.

La institución de la “Santa Inquisición”, tan cruelmente opresora y criminal, fue utilizada por la jerarquía católica para mantener su poder despótico sobre quienes podían disentir de sus doctrinas o defender sus propios puntos de vista mediante un pensamiento libre de prejuicios y ligado a la simple razón y que, por ello mismo, representaría un grave peligro para la secta católica, que podría perder influencia y poder. Los tiempos en que la jerarquía católica ha tenido mayor poder político han sido a la vez los más escandalosos y sanguinarios en el funcionamiento de su “Santa Inquisición”, que ha cometido innumerables asesinatos para mantener e incrementar su fuerza y su riqueza a costa de la vida de incalculable número de personas, siendo en épocas pasadas el mayor y más cruel instrumento de control de la jerarquía católica sobre muchos pueblos de Europa.

Complementariamente, en los últimos siglos, a fin de compensar su pérdida de poder político, la jerarquía católica ha sido la aliada constante de *los poderes* económicos y políticos del



capitalismo y de la mayor parte de las dictaduras del planeta, sin otras excepciones que las de los países con dictaduras contrarias a la religión, como la de la URSS por su carácter oficialmente ateo. Frente a tales autoridades los dirigentes católicos olvidaron las palabras de Pablo de Tarso en defensa de la tesis según la cual “quien se opone a la autoridad, se opone al orden establecido por Dios”, dejando de respetar así el carácter sagrado de los libros bíblicos supuestamente inspirados por el dios del cristianismo. De acuerdo con esta negación fáctica de la tesis paulina, en el año 1949 Pío XII, dirigente máximo de la secta católica, excomulgó a todos los católicos afiliados al Partido Comunista, pero de forma repugnante no realizó ninguna condena similar respecto a quienes se habían afiliado al Partido Nazi, sino que muchos obispos y cardenales confraternizaron con dicho partido, con el fascismo y con otros gobiernos golpistas, aliándose con las clases opresoras de todos los tiempos.

La actitud de la jerarquía católica es bastante consecuente con las consignas de Pablo de Tarso en favor de la obediencia a la autoridad, con algunas excepciones como la mencionada de la URSS o la del gobierno legal y republicano de España del año 1936, cuando el levantamiento militar del general Franco fue bendecido por el cardenal Gomá otorgando a la guerra civil española el título de “cruzada nacional”, y con alguna histórica condena en forma de excomunión, como la promulgada contra Enrique VIII de Inglaterra, que excluía de la iglesia católica al rey inglés y que eximía a sus súbditos de la obligación de obediencia, a pesar de la doctrina de Pablo de Tarso según la cual *toda autoridad venía de “Dios”*. Pero, sin duda ninguna, el punto de vista de Pablo de Tarso no se correspondía para nada con la de Jesús, quien, al parecer, defendió la separación de poderes entre la Religión y la Política diciendo: “Dad al César lo

que es del César y a Dios lo que es de Dios”<sup>343</sup>. Pero era evidente que para conseguir los ambiciosos objetivos terrenales que Pablo de Tarso se propuso, identificados con los de la jerarquía posterior de la secta cristiana, era incomparablemente mejor seguir su astuta estrategia que la doctrina de Jesús, y, como era lógico, eso fue lo que hicieron los dirigentes cristianos casi desde el principio de su historia.

La relación de la jerarquía católica con las clases poderosas adquirió rápidamente una importancia extraordinaria. Esa relación representa, desde luego, una clara muestra de cuáles han sido los auténticos intereses de los dirigentes cristianos, que para nada se relacionan con la predicación de “la palabra de Cristo” o con la comunicación de la “salvación” (?) de nadie sino sólo con su propio *enriquecimiento material*, siendo cualquier otra actividad teatralmente altruista una simple excusa para ocultar sus auténticos objetivos. Su cínica actitud es todavía más sangrante cuando en los últimos tiempos observamos no sólo su incondicional alianza con los poderosos sino también su condena a quienes, como los *Teólogos de la Liberación*, han tratado de adoptar una postura más próxima a la de Jesús, en defensa de los pobres y de los oprimidos. Es también “comprensible” que, en cuanto la jerarquía católica busca compulsivamente acumular más poder y más riquezas, no le conviene tolerar las críticas de algunos de sus miembros contra aquellos de quienes obtiene sus riquezas, pues esto equivaldría a morder la mano de quien les da de comer y, por eso, los dirigentes de la secta procuran controlar a quienes ponen en peligro la consecución de sus objetivos al preocuparse por ayudar a quienes viven en la miseria y al criticar a los gobiernos corruptos que no tienen escrúpulos en masacrar al pueblo al que deberían defender. Por ese motivo los diri-

---

<sup>343</sup> Lucas, 20:25.

gentes católicos llaman al orden, como hace pocos años lo hizo su jefe “Juan Pablo II”, a quienes, como los “Teólogos de la Liberación”, pretendían defender al pobre frente al rico, como si no se hubiesen enterado de quién mandaba en la organización católica y de quién establecía los auténticos fines que debía perseguir la secta a la que pertenecían.

Al igual que en el resto de doctrinas analizadas, lo mismo sucede con respecto a la idea de que toda autoridad proviene de su dios y que por ello en todo caso hay que respetarla, pues desde esta perspectiva Pablo de Tarso presentó el cristianismo como un entusiasta colaborador de los poderes políticos de su época, como una religión perfectamente compatible con las costumbres, tradiciones y leyes del imperio y, en consecuencia, nada revolucionaria ni peligrosa para su estabilidad política en comparación con lo que lo habría sido si el cristianismo hubiera intentado abrirse camino siendo fiel a aquellas duras palabras de Jesús en favor de la igualdad, de la fraternidad, del amor a los enemigos, de un trato más respetuoso con la mujer y de una forma de vida independiente del poder político. Y ciertamente la actitud que los dirigentes de la secta en general han tenido a lo largo de los siglos ha sido todo lo contrario de lo que esencialmente predicó Jesús. Tal actitud ha sido la que les ha permitido ganarse el favor de las clases poderosas de todos los tiempos, tanto del imperio romano como del feudalismo medieval o del capitalismo moderno, con quienes tanto poder, riquezas e influencia política ha adquirido a costa de defender de manera recíproca su sagrado derecho a esquilmar y matar de hambre al pueblo llano. En resumidas cuentas, el Cristianismo a lo largo de los siglos ha sabido guiarse fielmente por el principio maquiavélico según el cual “el fin justifica los medios”, de manera que, como su fin era el de la satisfacción de su insaciable ambición,

en estos momentos dispone de riquezas incalculables, producto del robo directo o indirecto realizado en connivencia con los poderes políticos de aquellos lugares donde ha establecido un pacto con ellos para esquilmar y repartir con ellos los bienes robados al pueblo.

Además de estas diferencias abismales entre la doctrina de Jesús y la de Pablo de Tarso y a pesar de que los dirigentes de la secta católica han tenido el cinismo de pretender que existe en ellas una línea de continuidad y de simple desarrollo de las doctrinas del “Mesías”, hay que llamar la atención sobre el hecho absurdo de que, si *Jesús*, como supuesto “Hijo de Dios”, hubiera querido transmitir algún mensaje, lo habría hecho de forma completa para toda la humanidad en el tiempo en que vivió, en lugar de haber dispuesto que fueran los dirigentes de la secta quienes se encargasen de tal misión, oponiéndose a las enseñanzas de Jesús y “descubriendo” (?) nuevos mensajes a lo largo de casi dos mil años, en los que han ido estableciendo su particular “buena nueva” mediante la proclamación de multitud de dogmas, como el de la propia infalibilidad del “Papa”, y todo lo que este dogma implica respecto a las declaraciones de los diversos papas “en materia de fe y costumbres”, declaraciones con las que la jerarquía católica se otorga a sí misma el derecho de introducir o eliminar cualquier doctrina desde el supuesto de que el “Espíritu Santo” inspira tales dogmas al papa, por lo que éstas deben ser aceptadas como necesariamente verdaderas, en cuanto su rechazo equivaldría a rechazar al propio dios cristiano.

Es cierto, por otra parte, que en diversas ocasiones las afirmaciones dogmáticas de un papa han sido anuladas por las de otro para proclamar a continuación lo contrario, y, en principio, esto podría significar un grave problema para la coherencia interna de tales doctrinas. Sin embargo, la jerarquía católica no

se ha preocupado por este problema porque sabe que su redil se amolda sin dificultad a las nuevas circunstancias hasta el punto de asumir como verdades las contradicciones y los absurdos más extraños. Además, los dirigentes de la secta fomentan esta actitud mediante su constante labor delictiva de “adoctrinamiento” no teniendo inconveniente alguno en contradecirse según cuáles sean sus intereses de cada momento, pues son conscientes de que su labor “pastoral” se producirá sin complicación alguna, ya que el “rebaño” deja en manos de sus “pastores” la complicada tarea de pensar, mientras que ellos cumplirán sobradamente aceptando lo que sus pastores les propongan, por absurdo que pueda ser<sup>344</sup>. Creerán cualquier barbaridad porque lo que les diga el cura “va a misa” y harán lo que se les mande como consecuencia de haber perdido o casi la facultad de razonar acerca de cuestiones religiosas y la consiguiente capacidad de tomar decisiones propias como consecuencia de la atrofia mental producida a lo largo del constante y absurdo adoctrinamiento sectario sufrido a lo largo de su infancia.

La *jerarquía católica*, que a efectos económicos se identifica casi por completo con la llamada “Iglesia Católica”, tiene una organización interna de carácter feudal o piramidal, anterior en el tiempo a las multinacionales capitalistas mejor estructuradas que podamos imaginar, pues, al igual que éstas, tiene su *presi-*

---

<sup>344</sup> Esto es así hasta el punto de que, cuando explicaba a mi alumnos de dieciséis y diecisiete años alguna cuestión de la religión católica, desconocían en general hasta tal punto los dogmas de su religión que llegaban a preguntarme sobre ellos, no para analizarlos y dialogar, sino *para saber qué doctrina debían creer*, para lo cual simplemente debían creer que yo no les engañaba, y, en efecto también me creían a mí, aunque les hubiera dicho cualquier barbaridad que se me hubiera ocurrido. Su actitud no me escandalizaba, pero me parecía surrealista, pues eso de que un ateo les explicase qué doctrinas defendía la secta católica y que a continuación ellos tratasen de creerlas resultaba tristemente cómico.

dente, el “Papa”; su *consejo de administración*, formado por su conjunto de *cardenales* y *asesores* personales; sus *directores generales regionales*, formados por los *presidentes de las* “Conferencias episcopales” de cada país; el *consejo de administración* de tales regiones, coincidentes en casi todos los casos con las autoridades religiosas regionales; sus *sucursales*, equivalentes a las diversas “diócesis”; sus *directores de sucursal*, equivalentes a los *obispos*, *arzobispos* y *cardenales* de las respectivas circunscripciones o “diócesis”; sus *franquicias*, equivalentes a las *parroquias* regidas por los curas párrocos, pero con mucha menor autonomía, en cuanto éstos pueden ser “trasladados” de manera forzosa o quedarse sin parroquia según lo considere oportuno su presidente de sucursal, y por las diversas *empresas colaboradoras*, equivalentes a las instituciones dependientes de la secta católica, como colegios, universidades, hospitales, periódicos, bancos, emisoras de radio y televisión, que completan, *grosso modo*, la estructura social y económica de esta organización que con toda seguridad hay que considerar como *la multinacional más próspera y segura del mundo*, a pesar de dedicarse exclusivamente a la apología —o a la crítica en ciertos momentos— de los gobiernos de los países en que el catolicismo está implantado o al lavado de cerebro de los niños y de sus adeptos en general, prometiéndoles la felicidad eterna o amenazándoles con el castigo eterno del “Infierno”.

Tiene además la secta católica otros organismos más difícilmente asimilables a los de una gran multinacional capitalista, como los conventos de las diversas órdenes religiosas, dirigidos por los abades y abadesas correspondientes, con mayor independencia que las parroquias, que viven de manera sencilla, pero acumulando más riquezas para la secta católica a cambio de una

vida sin problemas económicos en un medio que les sirve también de terapia en bastantes casos para sus problemas psíquicos.

Ninguna de las empresas del capitalismo moderno parece haber inventado nada por lo que se refiere a su sistema organizativo, ya que la jerarquía católica es un modelo con una experiencia de casi dos milenios, que demuestra la solidez de su funcionamiento con los succulentos beneficios económicos que consigue sin apenas pegar ni golpe como no sea para conspirar y chantajear a los diversos gobiernos en que ha incrementado su influencia política con el apoyo de la presión añadida de sus fieles seguidores. De manera consciente o inconsciente, la jerarquía católica ha utilizado sus incoherentes doctrinas acerca de lo divino y de lo humano como simple coartada para aumentar su poder y sus incalculables riquezas, sirviéndose de la ingenuidad de sus fieles para sus fines terrenales y ofreciendo a cambio *el opio de sus mentiras celestiales* para satisfacer las ilusiones de sus dóciles seguidores.

Para ser exactos, conviene insistir en que sólo la *jerarquía católica* es relevante como *organización económica*, pues es ella la que maneja los hilos de su poderosa economía y la que disfruta de sus beneficios, por lo que es la auténtica dueña absoluta de la marca “Iglesia Católica”, en la que los creyentes no pintan absolutamente nada como no sea para dar limosnas a su “indigente organización”, para acatar sus consignas políticas disfrazadas de principios religiosos o para donarle sus bienes como herencia a cambio de ilusorias promesas acerca del “más allá”, o para no sufrir amenazas relacionadas con su eterna condenación en el caso de que no obedezcan las órdenes y consignas de sus “pastores” o no sean suficientemente generosos en sus donaciones a la organización.

El carácter feudal de la secta católica, formada, al igual que las del pasado, por señores y siervos, pastores y mansos cordeiros, es evidente, pues no existe en ella nada que se parezca a una estructura democrática mediante la cual funcione y mediante la cual se elijan sus cargos, pues el “Papa”, como monarca absoluto, nombra a sus cardenales y a sus obispos, mientras que los cardenales eligen al “Papa”, formando así un hermético círculo que es el que mueve todos los hilos para su expansión política y económica a partir del mismo tipo de “servicios” a la sociedad que el que dan quienes se dedican a la quiromancia, a interpretar el horóscopo o a tantas otras formas de engañar a la gente crédula y sencilla, de forma que la gran masa de sus fieles no cuenta absolutamente para nada ni en los nombramientos de sus dirigentes, ni en la fijación de las doctrinas religiosas, ni en el reparto de los beneficios que dicha jerarquía ha ido acumulando a lo largo de los siglos. Los demás cargos eclesiásticos son elegidos a su vez por los obispos y eso determina que los simples curas o frailes de las distintas órdenes sólo jueguen un papel de servil obediencia con la esperanza de lograr de su “querido y venerado obispo” un ascenso, o por el temor a perder su actual destino y ser enviados a otro lejano y pobre, según que su grado de servilismo o de eficiencia económica para la secta sea mayor o menor. Los simples curas, ayudados por sumisos catequistas, consiguen normalmente un grado suficiente de autonomía económica que les permite vivir con desahogo, aunque se queden a enorme distancia de la inmensa tajada económica que se lleva la alta jerarquía que vive en lujosos palacios o en apartamentos de seiscientos metros cuadrados, alejada del mundanal ruido. Los miembros más bajos de la escala jerárquica de la secta son los encargados de *adoctrinar*, es decir, de castrar la incipiente capacidad de razonamiento de los niños de cuatro, cinco y seis años,



ejerciendo contra ellos una labor de *pederastia mental* –además de la física en no pocas ocasiones-.

El carácter embaucador de esta organización puede comprenderse fácilmente en cuanto se analizan sus doctrinas contradictorias, que elaboran a su antojo de manera que provoquen la esperanza o el temor de los creyentes, según lo que consideren más conveniente para sus intereses, mientras que la masa de creyentes tiene una misión de pasiva sumisión a esos personajes que, a fin de lograr mayor éxito para su supuesta misión “espiritual” –pero tan exclusivamente terrenal como la de todo el mundo-, se visten con atuendos lujosos y estafalarios, mostrándose ante su público con semblante hipócritamente bondadoso, aunque en lo único en que piensen sea en cómo seguir amontonando riquezas sin que nunca llegue el día en que las repartan entre los pobres asumiendo las palabras de Jesús cuando, según el evangelio atribuido a *Lucas*, dijo:

“¡Ay de vosotros, los ricos,  
porque ya habéis recibido  
vuestro consuelo”<sup>345</sup>,

o cuando en este mismo evangelio, ante la pregunta de un hombre importante acerca de qué debía hacer para conseguir la vida eterna, Jesús le responde finalmente:

“...vende todo lo que tienes, repártelo entre los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Luego ven y sígueme”<sup>346</sup>.

Como ya sabemos, Pablo de Tarso traicionó esas palabras de Jesús, y desde entonces la secta católica siguió indudablemente a Pablo, pero no a Jesús.

---

<sup>345</sup> *Lucas*, 6:24.

<sup>346</sup> *Lucas*, 18:22.

## 5. “El pecado original” y “la redención”

*Según la doctrina del llamado “pecado original”, todos nacemos habiendo heredado el pecado supuestamente cometido por Adán y Eva, considerados como “nuestros primeros padres”. Esta doctrina es absurda en cuanto el concepto de pecado hace referencia a una acción voluntaria contra la ley divina, mientras que en el momento de nacer nadie ha realizado acción alguna, ni buena ni mala.*

*La secta cristiana construyó su doctrina fundamental de “la redención” proclamando que el “hijo de Dios” se había encarnado y se había sacrificado para conseguir el perdón de “Dios Padre”. Esta doctrina deriva de la “ley del Talión” –ojo por ojo, diente por diente– por la que se considera que cualquier delito se repara con un castigo similar al delito cometido, de manera que los pecados del hombre requerían de una reparación para ser perdonados. Tal reparación es la que se habría logrado mediante el sacrificio de Jesús, hijo de Dios, en una cruz. Sin embargo, además de lo absurdo que resulta que la humanidad herede una falta cometida sólo por sus “primeros padres”, esta ley, basada en la venganza, es incompatible además con el dogma de la infinita misericordia divina, por la cual Dios perdonaría instantáneamente sin necesidad de sacrificio alguno.*

### 5.1. El pecado original

Desde el Concilio de Cartago a finales del siglo IV, la jerarquía cristiana afirmó como *dogma de fe* la existencia de un

“pecado”, cometido por Adán y Eva, que se transmitía al resto de la humanidad<sup>347</sup>.

Lo más probable es que la idea de un pecado como ése se debiese al hecho que el pensamiento de Israel y, como consecuencia, el cristiano se habían preguntado por la causa de sus continuos padecimientos en la vida (enfermedades, hambre, conflictos bélicos, sufrimiento en general) y por la causa de la muerte. El pensamiento de entonces, ligado fuertemente a la fantasía, del mismo modo que había llevado a los hombres de otras culturas a una interpretación antropomórfica acerca de la causa de toda esa serie de fenómenos, condujo al pueblo de Israel a pensar que el daño que sufrían los seres humanos debía de ser un castigo derivado de alguna ofensa contra Yahvé, y consideraron que sólo mediante determinados sacrificios podrían aplacar su ira y conseguir su perdón. Sin embargo, en relación con este hecho es bastante significativo que mientras los israelitas no practicaban ningún tipo de *bautismo* o de ritual para quedar libres de aquel supuesto pecado, en el cristianismo se instituyó el sacramento del *bautismo* para lograr este objetivo, aunque posiblemente la finalidad más importante de dicho ritual fuera la de reclutar a nuevos miembros para la agrupación cristiana, ya que cuando los padres comunican a su hijo todavía pequeño que está bautizado y que mediante su bautismo estará integrado en la misma agrupación religiosa a la que ellos pertenecen, el niño, en una edad esencialmente receptiva, se alegra de saber que ha quedado liberado de aquel pecado del que los mayores le hablan, y, aunque no entiende para nada lo que le dicen, en cualquier caso agradece aquel ritual que tanto le beneficia.

---

<sup>347</sup> Con la única excepción de María, la madre de Jesús, según el dogma proclamado por Pío IX en el año 1.854, después de mil quinientos años contradiciendo así el carácter universal del dogma establecido en el Concilio de Cartago.

En resumen, la absurda doctrina de la jerarquía católica, que considera que el supuesto pecado original se trasmite de padres a hijos desde Adán y Eva, no fue defendida en el *Antiguo Testamento* –ni en la religión judía–, aunque en dicho libro aparece la fábula en que posteriormente los dirigentes cristianos pretendieron fundamentar la doctrina relacionada con ese supuesto pecado. En este sentido se dice en *Génesis*:

“A la mujer [Yahvé] le dijo:

Multiplicaré los dolores de tu preñez, parirás a tus hijos con dolor; desearás a tu marido, y él te dominará.

Al hombre le dijo:

Por haber hecho caso a tu mujer y haber comido del árbol prohibido, maldita sea la tierra por tu culpa. Con fatiga comerás sus frutos todos los días de tu vida [...] Con el sudor de tu frente comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado, porque eres polvo y al polvo volverás”<sup>348</sup>.

Es evidente que lo que pretendía el autor de este pasaje era encontrar una explicación para los diversos sufrimientos que los seres humanos padecen a lo largo de su vida, y para la misma muerte, y, por ello, ofreció una primera explicación, mítica sin duda, pero no porque la culpa de Adán y Eva se transmitiese al conjunto de su descendencia sino porque, como consecuencia de la expulsión de Adán y Eva del Paraíso, su descendencia ya no pudo gozar de los bienes que ellos habían disfrutado mientras vivieron en él. De hecho el sacramento del bautismo y su mágico ritual, a pesar de borrar el supuesto pecado original, no anula el conjunto de males con los que Dios habría castigado a Eva y a Adán, a excepción de la muerte, de la que, como nadie ha regresado, la fantasía humana siempre puede imaginar que el dios de

---

<sup>348</sup> *Génesis*, 3: 16-19.

Israel nos libró de ella, concediendo, por lo menos a algunos, la vida y la felicidad eternas, aunque a los demás los envíe al fuego eterno.

Además, habituados como estaban a las costumbres y leyes tiránicas de los dirigentes de su pueblo y al proceder de un dios que castigaba las ofensas no sólo en quien las cometía sino también en su descendencia “hasta la tercera y cuarta generación”, no les resultó difícil aceptar el pasaje bíblico que consideraba que Adán y Eva eran la causa inicial de todos los males de la humanidad, aunque su descendencia no hubiese cometido delito alguno. No obstante, el hecho de que la humanidad en general pagase las consecuencias de la desobediencia de Adán y Eva no supuso que en el *Antiguo Testamento* se considerase que la humanidad naciera con ese mismo pecado, aunque en *Eclesiástico* se señala al culpable de todos nuestros males, considerando de modo machista –perspectiva habitual a lo largo de toda la *Biblia*- que la culpa no fue de Adán y de Eva sino sólo de Eva en cuanto “por ella comenzó el pecado”, aunque no que por ella todos nacióéramos en pecado, pues incluso llega a decirse que *por culpa de ella* morimos todos y no por una culpa que todos compartiéramos con ella. Así, se dice en dicha obra:

“Por la mujer comenzó el pecado,  
*por culpa de ella* morimos todos”<sup>349</sup>.

El mismo Pablo de Tarso siguió defendiendo esa idea, que expresó en frases como:

“por el delito de *uno solo* la condenación alcanzó a todos los hombres”<sup>350</sup>,

---

<sup>349</sup> *Eclesiástico*, 25:24. La cursiva es mía.

<sup>350</sup> *Romanos*, 5:18. La cursiva es mía.

considerando que la humanidad *heredaba* “la condenación” a pesar de no tener culpa alguna, por lo que habló del *delito de uno solo*, al margen de que un dios justo y omnipotente hubiera evitado que la humanidad *heredase la absurda condenación o las consecuencias de dicha culpa*. En este sentido, expresándose en términos parecidos al del anterior pasaje “el apóstol de los gentiles” escribe:

“Y si por *el delito de uno solo* la muerte inauguró su reinado universal, mucho más por obra de uno solo, Jesucristo, vivirán y reinarán los que *acogen* la sobreabundancia de la gracia y del don de la salvación”<sup>351</sup>.

En esta ocasión el auténtico creador del cristianismo no sólo habla de la *salvación* como una “gracia” o como un “don”, sino también de la *muerte* como consecuencia universal “del delito de uno solo”, castigo cuya universalidad acepta sin preguntarse por su justificación.

Dicho “pecado original” podía ser entendido en uno de los dos siguientes sentidos:

1) que Eva cometió el primer pecado sin que esto tuviera ninguna trascendencia *moral* para el resto de la humanidad<sup>352</sup>, aunque sí punitiva –como lo sería la muerte–;

2) que Eva cometió el primer pecado y que éste contaminó –no se sabe cómo- *la naturaleza espiritual* de toda la huma-

---

<sup>351</sup> *Romanos*, 5:17. La cursiva es mía.

<sup>352</sup> En *Eclesiástico*, una obra de la *Biblia* perteneciente al siglo II a. C., se dice: “Por la mujer comenzó el pecado, por culpa de ella morimos todos” (*Eclesiástico*, 25:24). Este pasaje pudo ser un motivo para que posteriormente surgiera la idea mucho más grave de que la mujer era la causa de que los seres humanos nacieran con el “pecado original”. Pero evidentemente Eva no era culpable de la presencia de la muerte en el mundo y ni siquiera de la suya propia si se tiene en cuenta que todas las acciones humanas habrían estado *predeterminadas* por Dios.

nidad, de manera que por su causa *toda la humanidad nacería en pecado*, y sólo mediante la “redención” de Jesús y su aceptación de Jesús como “hijo de Dios” por un acto de fe el hombre quedaría liberado de dicho pecado<sup>353</sup>.

Sin embargo, parece que Pablo de Tarso no introdujo aquí la idea del “pecado original” en ese segundo sentido, pero sí defendió que *la fidelidad de uno solo* –Jesús– era la fuente de la salvación para todos los hombres<sup>354</sup>.

La doctrina del *pecado original* es absurda, aunque más absurdo es que los dirigentes de la secta católica hayan aceptado la existencia de tal pecado al haber generalizado no sólo *el castigo* sino también *la culpa* por tal pecado con el que todos habríamos nacido.

Los primeros cristianos y quienes inicialmente hablaron ya del *pecado original* entendieron que tal explicación de los diversos males humanos, a pesar de ser absurda porque el conjunto de la humanidad no había cometido delito, ofensa o daño alguno, era la única que podían dar para no tener que negar la existencia de un Dios omnipotente, justo y sumamente bueno, que hubiera podido impedir los males que padecemos si no hubiera sido por aquel pecado con el que Eva “contaminó” a su descendencia.

Un modo de pensar tan absurdo puede haber tenido también una base en la mentalidad de quienes escribieron el *Antiguo Testamento*, en donde se cuenta que en la última de las famosas plagas de Egipto y a fin de lograr que el faraón permitiese la marcha del pueblo de Israel, Yahvé, de manera déspota y absurda,

---

<sup>353</sup> Para un análisis más detallado de esta cuestión puede verse en esta misma obra el capítulo que trata sobre “Veracidad y fe”.

<sup>354</sup> En este mismo sentido escribe: “así como por *el delito de uno solo* la condenación alcanzó a *todos los hombres*, así también *la fidelidad de uno solo* es para *todos los hombres* fuente de salvación y de vida” (*Romanos*, 5:18; la cursiva es mía)

castigó a los egipcios con la muerte de todos sus primogénitos. ¿Qué delito habían cometido tales primogénitos para merecer aquella absurda represalia? Simplemente se cumplía a nivel de *fábula bíblica* lo que parecía tan habitual en el contexto políticosocial de aquella cultura, donde las culpas, aunque fueran individuales, iban seguidas de venganzas o de castigos que tenían en muchas ocasiones una proyección colectiva de carácter familiar o tribal, “hasta la tercera y cuarta generación”<sup>355</sup>, lo cual representa el mismo tipo de arbitrariedad que el condenar a todas las generaciones posteriores, como habría sucedido con el supuesto pecado, aunque elevando ahora la arbitrariedad divina al máximo extremo. Sin embargo, a pesar de que en general la conducta vengativa de Yahvé se extiende a la familia y a la descendencia de quien le haya ofendido, hay un texto en *Ezequiel*, antes citado, en el que se critica esta actitud y esta manera de aplicar castigos en cuanto no se imponen exclusivamente al culpable sino también a su descendencia<sup>356</sup>. El texto en cuestión dice así:

-“Recibí esta palabra del Señor: [...] Vosotros decís: “¿Por qué no carga el hijo con la culpa de su padre?” Pues porque el hijo recta y honradamente ha guardado todos mis mandamientos y los ha puesto en práctica: por eso vivirá. *El que peca es el que morirá. El hijo no cargará con la culpa del padre, ni el padre con la del hijo*”<sup>357</sup>.

La importancia de este texto es doble, pues, por una parte, defiende que, suponiendo que existiera la *culpa* y que ésta de-

<sup>355</sup> Por ejemplo, en *Éxodo*, 20:5 y 34:7.

<sup>356</sup> Suponiendo que hablar de “culpable” o de “culpa” tuviera sentido, que no lo tiene si se acepta que todo está predeterminado por el dios de Israel o en cuanto se rechace la doctrina del “libre albedrío”.

<sup>357</sup> *Ezequiel*, 18: 1-20. La cursiva es mía.



biera ser compensada con un *castigo*, tendría que ser el culpable y no su descendencia quien debería ser castigado; pero, por otra, representa una nueva contradicción con respecto a la mayoría de textos bíblicos en los que Yahvé no tiene reparo alguno en castigar a culpables y a inocentes, a mujeres, ancianos y niños que nada tienen que ver con la teórica ofensa que alguien hubiera podido causarle. Precisamente por ser contrarios a esta idea del castigo *colectivo* como consecuencia de un delito *individual*, los musulmanes rechazan la existencia de tal pecado *universal*.

Por otra parte, conviene tener en cuenta que en *Génesis*, donde aparece la fábula de aquella desobediencia, el dios judío castigó también a la pobrecita serpiente –que, por cierto, nada tiene que ver con el demonio- y a su descendencia, que nada sabía de esa fábula. Y así, dijo a la serpiente:

“Por haber hecho eso, serás maldita entre todos los animales y entre todas las bestias del campo. Te arrastrarás sobre tu vientre y comerás polvo todos los días de tu vida. Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu linaje y el suyo; él te herirá en la cabeza, pero tú sólo herirás su talón”<sup>358</sup>.

Ésta era otra forma, todavía más absurda y mítica, de aplicación del castigo como consecuencia del supuesto *pecado original*, pero en este caso contra la *serpiente* tentadora y *contra su descendencia*, como si se tratase de una fábula para niños. Puede parecer asombroso que Yahvé, el Dios de Israel y del cristianismo, tuviera una actitud tan absurda con la serpiente, como si ésta hubiera sido responsable y hubiera buscado la perdición para Adán y Eva. En aquellos tiempos el ser humano necesitaba disponer de alguna explicación, por mítica que fuera, que diese respuesta a sus inquietudes y a los misterios de que está rodeada

---

<sup>358</sup> *Génesis*, 3:14-15.

su existencia. Y lo que secundariamente se intentaba hacer en la parte de la fábula relacionada con la serpiente era dar una explicación de la aversión que provoca esta especie animal por el peligro del veneno de algunas variedades, por su aparente comportamiento “traicionero” en cuanto su manera de defenderse o de atacar, con sus movimientos súbitos e impredecibles y con su mirada, llega a asustar incluso a enemigos mucho más fuertes. Igualmente se intentaba dar una explicación de por qué esos animales se mueven de manera tan peculiar –reptando-, respecto a como se mueven los seres humanos y gran parte de los vertebrados. Al autor de *Génesis* le vino muy bien considerar tal forma de desplazamiento como realmente incómodo y duro para la serpiente, como si se tratase de un castigo, sin detenerse a pensar que tal modo de desplazamiento era el adecuado para la anatomía de su especie. Claro que, si Yahvé consideró que la serpiente había sido la culpable de la desobediencia de Eva y de Adán, en tal caso, no debió castigar a éstos. Pero la solución más cómoda para el autor de esta fábula fue la de considerar culpables tanto a la serpiente como a Adán y a Eva, y ello habría determinado que Yahvé castigase a todos ellos y a su descendencia. De esa forma la presencia constante del mal en el mundo tenía ya una explicación, y no se trataba de un daño gratuito de Yahvé sino de un castigo, consecuencia de una culpa. Era una explicación ridícula, infantil y absurda, pero fue la que se dio en aquel momento. Parece que en aquellos remotos tiempos la humanidad no estaba preparada para aplicar el sentido común a sus explicaciones de los enigmas de la existencia y, en consecuencia, mezcló explicaciones plausibles con mitos y fantasías fabulosas, muy alejadas de la razón.

Además, lo que especialmente sucedió en aquella sociedad de Israel fue que surgió una clase sacerdotal interesada en man-

tener esas doctrinas míticas porque le habían servido para adoptar el rol de *intermediaria* entre los hombres y Yahvé, y, como consecuencia, el rol político de dirigentes del pueblo. Por tales motivos, les interesaba que los mitos del pasado perdurasen en el tiempo, ya que su *medio de vida* consistía en comunicar al pueblo, haciéndolas pasar por verdades, las diversas mentiras y las supuestas órdenes que decían recibir de Yahvé para transmitir las a su pueblo a fin de que éste les obedeciera. Pero el dios Yahvé no era otra cosa que el invento de los inventos, que les sirvió para dominar a su pueblo a lo largo de mucho tiempo.

A partir del *Nuevo Testamento* los cristianos dieron al dios judío el nombre de “dios Padre”, presentándole –al menos a primera vista- con unas características menos violentas y crueles que aquéllas con que lo habían mostrado los hebreos hasta entonces. Los dirigentes cristianos siguieron la misma táctica que los sacerdotes de Israel y así montaron el inmenso negocio de la actual secta católica, para cuyo funcionamiento no les interesaba destruir mitos y fábulas antiguos sino, si acaso, añadir algunos más, y eso fue lo que hicieron y siguen haciendo en la actualidad para satisfacer las necesidades y deseos de sus seguidores, si no de un modo real, al menos fantástico.

Por otra parte, la expulsión del jardín de Edén se consideró en *Génesis* una decisión divina para evitar que Adán y Eva comieran del fruto del árbol de la vida y vivieran para siempre<sup>359</sup>, ya que uno de los aspectos míticos del castigo divino consistió en la pérdida de la inmortalidad. De hecho en el mismo libro, en *Génesis*, se asocia la inmortalidad con la vida en el Paraíso y, por ello, la expulsión del Paraíso iba acompañada de la pérdida de dicha inmortalidad y, en consecuencia, del *regreso al polvo* del que los hombres procedían, es decir, del *castigo a tener que*

---

<sup>359</sup> *Génesis*, 3:22.

*morir para siempre*. Sin embargo, también aquí los mitólogos de Israel tergiversan la situación: El ser humano se encuentra con que su vida tiene una duración limitada. Como se trata de una situación que no le resulta agradable, intenta encontrarle una justificación y la encuentra viéndola como un castigo en lugar de aceptar que se trata del fin natural de todo ser vivo. El ser humano se siente mejor con la primera explicación que con la segunda: Es verdad que con la primera se siente culpable, mientras que con la segunda no. Pero también es verdad que con la primera el hombre puede mantener cierta esperanza de que quizá en algún momento cesará el castigo y el reinado de la muerte, mientras que con la segunda, la muerte, como fin del ciclo vital de todo ser vivo, aparece como inexorable y no parece que haya otra salida que asumir con resignación las palabras de *Eclesiastés* según las cuales,

“una misma es la suerte de los hombres y la de los animales: la muerte de unos es como la de los otros, ambos tienen un mismo hálito vital, sin que el hombre aventaje al animal, pues todo es vanidad”<sup>360</sup>,

a pesar de que, según la jerarquía católica, también estas palabras, contradictorias con las que afirman la vida eterna, estén inspiradas por el “Espíritu Santo”.

Si Yahvé hubiera existido realmente y hubiera condenado a Adán y a Eva, la muerte y el resto de males con que castigó a la humanidad habrían sido una condena injusta, aunque el autor de *Génesis* la hubiera considerado como una consecuencia indirecta del castigo a Eva y a Adán. Además, Yahvé hubiera podido ser clemente como consecuencia de su misericordia y poder, pero, dado que los diversos sufrimientos y penalidades humanas se

---

<sup>360</sup> *Eclesiastés*, 3:19.

producían de manera inexorable, quien escribió el *Génesis* buscó una explicación para compatibilizar la existencia de su dios con la existencia del sufrimiento y de la muerte, procurando no tener que culpar de tales males a su dios, que en tal caso habría sido simplemente un dios cruel en lugar de ser el dios protector de Israel, y encontró una solución a este problema en la supuesta culpabilidad de la serpiente, de Eva y de Adán. El texto bíblico dice así:

“Así que el Señor Dios lo expulsó del huerto de Edén [...] Expulsó al hombre y, en la parte oriental del huerto de Edén, puso a los querubines y la espada de fuego para guardar el camino del árbol de la vida”<sup>361</sup>.

El dogma del *pecado original* implica, en cualquier caso, diversas contradicciones:

La *primera* consiste en el propio carácter absurdo de *un pecado que se hereda*: Si el concepto de pecado hace referencia a una acción *voluntariamente* cometida en contra de supuestas leyes divinas, no tiene sentido la tesis de que *el hombre nazca ya en pecado*, pues antes de nacer nadie puede haber realizado acción alguna, ni voluntaria ni involuntaria, de acuerdo o en desacuerdo con tales leyes. De hecho, Aurelio Agustín sólo pudo encontrar, como explicación de la “herencia” de ese pecado, una nueva doctrina, aunque tan absurda como la anterior, consistente en la idea de que *los hijos heredaban de los padres no sólo el cuerpo, sino también el alma*, de manera que, como *el alma* que heredaban provenía de un *alma en pecado*, los seres humanos nacían en pecado. Además, estando relacionado

---

<sup>361</sup> *Génesis*, 3, 23-24. El carácter mítico de este relato queda de manifiesto igualmente desde el momento en que se hace depender la mortalidad o la inmortalidad de Adán y Eva de que coman de cierto árbol, como si la voluntad divina fuera insuficiente para este objetivo.

el *pecado* con una potencia del alma como sería la *voluntad*, en cuanto sería ella la que elegiría obrar bien o mal, si el hombre sólo heredase el cuerpo, el obispo de Hipona no entendía qué lógica podía haber en la doctrina de la herencia de ese supuesto pecado, pues *el cuerpo era sólo el instrumento* del que se servía *el alma* para realizar aquellos actos que podían estar o no de acuerdo con la voluntad divina y, por lo tanto, *no podía ser el origen del pecado*, mientras que, si el alma era creada directamente por Dios para cada uno de los descendientes de Adán y Eva, *resultaba incomprensible que la hubiese creado en pecado*.

La jerarquía cristiana de la época no aceptó la tesis de Aurelio Agustín, seguramente porque, al considerar al alma como una realidad no material, no podía aceptar que ésta se transmitiese de padres a hijos como consecuencia de una relación meramente *física*. Pero, no encontrando ninguna explicación para esta doctrina, no tuvo ningún reparo en considerar el *pecado original* -¡y tan original!- como un *misterio*, concepto con el que los dirigentes católicos tratan de enmascarar la serie de contradicciones en que van incurriendo a lo largo de su historia.

En *segundo* lugar, en cuanto la jerarquía católica considera que la omnipotencia divina pudo evitar que *María naciera en pecado* -dogma de la “Inmaculada Concepción”-, esta doctrina representaría la demostración evidente de que *nacer en pecado no era necesario e inevitable*, y, en consecuencia, plantea un insuperable dilema: ¿No es contradictorio con la supuesta omnipotencia y amor infinito de Dios no haber concedido al resto de la humanidad la gracia que concedió a María? ¿Por qué no la concedió? ¿Habría que pensar que era bueno que el hombre naciera en pecado? Pero, si era bueno, ¿por qué privó a María de tal “privilegio”? Y, si no era bueno, ¿por qué sólo utilizó su poder para librar del pecado a María y no al resto de la humani-

dad? Pues, si el amor y el poder de Dios eran infinitos, no tenía sentido que pudieran debilitarse por su utilización. Y tampoco tenía sentido considerar que su amor fuera “más infinito” *para unos* que *para otros*, por muy grande que fuera su amor a María. Quizá, con ganas de decir desatinos, alguien podría sugerir que *el pecado original era bueno* a fin de que Dios manifestase su amor muriendo en una cruz; pero en tal caso la consideración del pecado como bueno sería contradictoria con la supuesta necesidad de la “redención”. Además, habría sido un nuevo absurdo que el perdón de la humanidad se obtuviese por la mediación del sufrimiento y de la muerte de alguien, tanto si se trataba de un hombre como si se trataba del mismo dios del cristianismo –o de su supuesto hijo, considerado igualmente como dios-. Tal explicación sólo podría tener sentido en el contexto de una cultura y una mentalidad sádica en la que las ofensas al rey o al faraón sólo se perdonaban con la muerte del ofensor y de toda su familia, como sus mismos hijos –en este caso, el propio dios de Israel encarnado en hombre-, que pagarían por el delito de otro hombre. Por ello mismo, esta doctrina representa además una nueva aplicación de la *ley del Talión*, defendida en el *Antiguo Testamento*<sup>362</sup> aunque luego criticada por Jesús –al menos de palabra-, y habría sido radicalmente incompatible con la constante referencia al perdón y a la misericordia infinitas de ese dios, cuyo disfrute debería ser *gratuito* precisamente por tratarse de una *gracia* y no el resultado de una “transacción” como la que podría expresar la supuesta “redención”, adoptando un sentido distinto que podría describirse mediante la expresión “tú me ofreces un sacrificio digno de mí y, a cambio, yo te perdono”.

---

<sup>362</sup> *Éxodo*, 21:24.

Por otra parte, el *pecado original* plantea además otras dos dificultades que muestran igualmente su carácter absurdo:

1) Si en el momento de la supuesta creación de Adán y Eva no hubo *contrato* alguno entre el dios bíblico y “nuestros primeros padres” que estableciese para ellos la obligación de obedecer los mandatos de ese dios, es absurda la doctrina según la cual los hombres tenían *obligación* de obedecerle en aquello que quisiera ordenarles. Ahora bien, la supuesta creación de hombre no pudo haber sido precedida de contrato alguno, pues para ello el hombre debería haber existido antes.

2) Es igualmente absurdo que el dios bíblico impusiera a Adán y a Eva la *prohibición* de comer de determinado árbol cuando, a causa de su supuesta *presciencia* sabía de antemano que comerían de él y además por su supuesta predeterminación les había *programado* para hacerlo. Así que de nuevo nos encontramos ante un mito *antropomórfico* de ese dios, pues, al igual que un niño cuando juega puede dejar volar su fantasía e imaginar luchas y aventuras entre sus muñecos, aunque sea él quien actúa mientras que sus muñecos sólo “hacen” aquello que él quiere que “hagan”, lo mismo sucedería con ese dios poderoso de la *Biblia*, quien habría predeterminado las acciones del hombre y el mismo sentimiento de cada uno de ser el auténtico protagonista de “sus actos” (?).

Esa tradición bíblica es la que debió de influir decisivamente en la creación del mito *de la transmisión hereditaria del pecado original* y en la absurda idea de la necesidad de un *sacrificio especial*, como el de la muerte de “Dios Hijo” hecho hombre, para la obtención del perdón de la humanidad, como si la supuesta misericordia infinita de Dios no bastase para lograr ese perdón sin necesidad de sacrificio alguno. En cualquier caso, nos encontraríamos ante una actitud despótica e irracional, pues



¿qué clase de amor habría en ese dios cuya misericordia *infinita* fuera *insuficiente* para perdonar a la humanidad? ¿Qué lógica habría en la doctrina según la cual la humanidad en general tenía alguna culpa de los actos “realizados” por aquellos “primeros padres”, predeterminados además por el dios bíblico?

Los absurdos de esta doctrina son tantos que su aceptación por los católicos sólo resulta comprensible a partir de la libertad que sus dirigentes tuvieron a partir del siglo IV para *adoctrinar* al pueblo ingenuo, a partir de esa misma libertad que las diversas formaciones políticas han concedido a los dirigentes católicos para inculcar tales absurdos en niños de cinco y seis años, y a partir de la enorme dificultad que se tiene al llegar a la madurez para superar las creencias inculcadas durante la infancia por contradictorias y ridículas que sean.

En cualquier caso leyendo el *Nuevo Testamento* puede observarse el cambio de perspectiva que en él se produce por lo que se refiere a la idea de dios como “salvador” o “mesías”, pues deja de ser el *salvador o libertador político de su pueblo* respecto a sus enemigos, como lo había sido en épocas anteriores, para convertirse en el *salvador de la humanidad* respecto al *pecado original* y los demás pecados, a pesar de que en este último punto los dirigentes de la secta, olvidando el valor de la supuesta acción salvífica de Jesús, siguen advirtiéndolo que quien muere en pecado es condenado por su dios al castigo eterno del Infierno o que “sin la fe no hay salvación” o que “fuera de la Iglesia no hay salvación”. ¿De qué sirvió entonces aquel sacrificio, tan fundamental para los dirigentes cristianos, cuya finalidad era redimir al hombre de sus pecados?

## **5.2. La contradicción entre la infinita misericordia divina y la necesidad de la redención**

*Existe una contradicción entre la supuesta “redención”, según la cual Jesús se sacrificó muriendo en una cruz a fin de lograr el “perdón de los pecados” para la humanidad, y la supuesta misericordia infinita del dios de Israel, por la cual ese dios, en el caso de que hubiera tenido algo que perdonar, lo habría hecho sin necesidad de sacrificio alguno como consecuencia de su teórica misericordia infinita.*

La jerarquía de la secta católica afirma como dogma de fe que Adán y Eva desobedecieron a Yahvé y que por ese motivo toda la humanidad nace en pecado y seguiría en pecado si no hubiera sido porque este dios se hizo hombre en la figura de “Jesús”, ofreciéndose en sacrificio a su padre —“Dios Padre”— para liberar a la humanidad de aquél y de cualquier otro pecado... Tal “sacrificio” se habría realizado mediante la encarnación, pasión y muerte de Jesús en una cruz.

Para la secta católica la aplicación de la gracia de la “redención” se produce a través del “sacramento del Bautismo” y, por ello, hasta hace unos años, se decía que los niños que morían sin bautizar no iban al Cielo sino a un lugar, “sin pena ni gloria”, al que llamaban el “Limbo”. Dicho supuesto lugar ha sido suprimido [?] recientemente (el 19 de enero de 2007) por el jefe supremo de la secta. Por ello, con su desaparición se hace innecesario el bautismo, al menos en cuanto su misión fundamental fuera la de servir de salvoconducto para que los niños muertos sin bautizar no tuvieran que quedarse eternamente en el Limbo por no haber recibido la gracia de dicha “redención”.

La doctrina de la “Redención” es tan absurda que lo más digno de estudio es que haya quien pueda creer en ella, pues

tiene tantas contradicciones que resulta difícil elegir alguna para comenzar esta crítica:

En *primer* lugar, en ella se olvida que el dios cristiano, considerado *infinitamente misericordioso*, habría perdonado al hombre –si tenía algo que perdonarle– sin necesidad de sacrificio alguno. Por ello también, esta doctrina es igualmente contradictoria con la que hace referencia al *infinito amor* de dicho dios. ¿Qué clase de amor sería el de aquel dios que fuera incapaz de perdonar a no ser mediante la absurda inmolación de su hijo hecho hombre? Es evidente que, aunque sea de forma inconsciente, la doctrina cristiana, al considerar a su dios como un ser vengativo, en cuanto para perdonar necesita de un sacrificio, no encaja en absoluto con la doctrina de un *Dios-amor*, sino más bien con la del *dios* del *Antiguo Testamento*, donde Yahvé se nos presenta como un déspota que mata despiadadamente, que exige absoluta fidelidad y que toma venganza contra quienes caen en la tentación de adorar a otros dioses, asesinando igualmente a su descendencia “hasta la tercera y cuarta generación”, y habiendo estado tentado en diversas ocasiones de aniquilar a la totalidad de la especie humana como habría estado a punto de suceder según el mito del “diluvio universal”<sup>363</sup>.

En cualquier caso y a pesar de la aparente diferencia entre el dios del *Antiguo Testamento* y el del nuevo, no hay que olvidar que para la secta católica se trata del mismo dios y que, por este motivo, la doctrina de la “redención” se defendió desde los comienzos del cristianismo en cuanto la concepción dominante acerca del modo de ser de su dios era la del dios *colérico* y *vengativo* del *Antiguo Testamento* y no la del *dios-amor*, que fue adquiriendo mayor relevancia a partir de Jesús. No obstante hay que decir que, a pesar de que el dios del *Nuevo Testamento* no

---

<sup>363</sup> Génesis, 6:18-20

parecía encajar con el modo de ser del antiguo *Dios de Israel*, en el fondo siguió siendo el mismo dios vengativo en cuanto su nueva forma de castigo, el Infierno eterno, superaba con creces el daño de cualquier otro de los muchos infligidos por Yahvé en el pasado, castigos que en el peor de los casos tenían carácter limitado, pues con la muerte y el regreso al polvo todo terminaba. Por ello, resulta realmente sarcástico y sorprendente que los dirigentes católicos califiquen al dios cristiano como misericordia y amor infinitos.

Por otra parte, conviene recordar que en el *Antiguo Testamento* el propio Yahvé establece para el pueblo de Israel la vengativa *Ley del Talión*, “ojo por ojo y diente por diente”<sup>364</sup>, ley según la cual, el perdón de cualquier ofensa sólo podía producirse mediante un castigo *equivalente* [?] a la ofensa causada. Por ello, si el ofendido había sido el propio Yahvé, los creadores del cristianismo urdieron la doctrina de que la ofensa cometida no podía anularse mediante el perdón divino o mediante un simple sacrificio ofrecido por el hombre, pues el ofendido era infinitamente superior, mientras que el valor del ofensor era insignificante. Así que sólo el propio *Yahvé* –que en los *Evangelios* aparece como “el Padre”- podía ofrecerse a sí mismo -como “el Hijo” hecho hombre- en sacrificio para redimir aquella ofensa.

Sin embargo, aunque desde la perspectiva introducida a partir de Jesús era absurdo que el dios cristiano no pudiera perdonar directamente, de manera paradójica todavía en los mismos evangelios se sigue encontrando natural el punto de vista del *Antiguo Testamento*, en el que domina la idea de un dios vengativo y sanguinario<sup>365</sup>. Por ello y como ya se ha dicho, la paradó-

---

<sup>364</sup> *Éxodo*, 21:24. También en otros pasajes, como *Levítico*, 24:20, y *Deuteronomio*, 19:21.

<sup>365</sup> En este sentido y como confirmación de esta idea del Dios del *Antiguo*

jica doctrina de la “redención” consiste en que en ella se ofrece un eclecticismo entre la perspectiva del *Antiguo Testamento*, relacionada con un dios vengativo, y la del *Nuevo*, en la que el dios de los cristianos -el mismo que el de Israel- puede perdonar mediante el requisito de la *redención* –junto con la fe en el propio Jesús y en su supuesta iglesia-, a pesar de que, como ya se ha explicado, Jesús no fundó religión alguna. Pero además este eclecticismo resultaba inviable por *contradictorio*, en cuanto, a pesar de que el Jesús evangélico predica el *amor a los enemigos*, sigue amenazando y castigando con *el fuego eterno* a quienes no crean en él.

Por otra parte, cuando la jerarquía católica hace referencia a la “Redención”, considerándola como la puerta para la *eterna salvación*, olvida que, de acuerdo con sus propias doctrinas, para que dicha “salvación” se produzca debe cumplirse otro requisito indispensable como lo es el de la *predestinación* divina. Pero, ¿qué clase de redención sería ésa según la cual los méritos y el sacrificio del supuesto “hijo del dios cristiano”, a pesar de ser infinitos, serían insuficientes para conseguir la salvación de la humanidad?

El *antropomorfismo* de la “Redención” se muestra igualmente en el hecho de que se deba suponer que el mismo Dios pueda tener un *hijo*, lo cual no es otra cosa que una absurda proyección de las categorías *biológicas* humanas de la paternidad y de la filiación al hipotético ser divino. Pero, además, este antropomorfismo va ligado a la contradicción de unir la teórica *simplicidad* divina con su *complejidad* en la misma medida en que los dirigentes de la secta introducen entre sus doctrinas la de que “Dios Padre”, “Dios Hijo” y “Dios Espíritu Santo” son *iguales* –

---

*Testamento* pueden consultarse los capítulos correspondientes de este estudio (capítulo 1.3 y sus apartados 1.3.1-1.3.5).

en cuanto los tres son Dios-, pero son *distintos* –en cuanto son personas diferenciadas de la Trinidad divina-, ya que, si no fueran distintos en algún aspecto, en tal caso nos encontraríamos con el nuevo absurdo de hablar de tres personas iguales en un sentido absoluto, por lo cual, de acuerdo con el principio de identidad de los indiscernibles de Leibniz, no se podría hablar de tres personas sino sólo de una, mientras que, si fueran realmente distintas, eso plantearía otro problema del mismo calibre, como se ha podido ver, pues el hecho de que los dirigentes católicos defiendan la doctrina de la “Trinidad” representa una nueva contradicción en relación con la doctrina de la *simplicidad divina* y en relación con el hecho de que las diferencias implicarían la carencia de perfecciones en las personas divinas en cuanto cada una careciera de aquéllas que le diferenciase de las otras dos.

Finalmente, conviene recordar que el concepto de *salvador* o *libertador* o “mesías”, reinterpretado por la secta cristiana como *salvador de los pecados*, fue un concepto utilizado por diversos autores del *Antiguo Testamento* mucho tiempo antes de la época de Jesús, pero con el sentido de *libertador político*, sentido muy alejado del que posteriormente le dieron los inventores del cristianismo.

### **5.2.1. La alianza con Yahvé y la salvación o liberación de Israel según el Antiguo Testamento**

El sentido de la *salvación* en el *Antiguo Testamento* fue el de la *liberación* de Israel de la esclavitud a que había estado sometido por diversos pueblos como Egipto, Asiria o, en tiempos de Jesús, el imperio romano. Los diversos sacerdotes y profetas habían tratado de confortar en distintas ocasiones al pueblo de Israel para que no desesperase por las situaciones de opresión en que había vivido en diferentes ocasiones, diciéndole que

Yahvé le enviaría un “mesías”, un salvador que les conduciría a la libertad, al triunfo frente a sus enemigos, del mismo modo que les había enviado a Moisés, quien les había liberado de Egipto y les había conducido a la “tierra prometida”. Según el *Antiguo Testamento*, la *salvación* del pueblo de Israel por Yahvé se había producido en primer lugar como una consecuencia de la *alianza* establecida con Abraham<sup>366</sup> por la cual Yahvé, por medio de Moisés, *salvaría* a Israel del dominio egipcio.

Por lo que se refiere a los momentos fundamentales en que se habla de esta *alianza* pueden verse especialmente en textos como los siguientes:

\* “Esta es la alianza que hago contigo: tú llegarás a ser padre de una muchedumbre de pueblos. No te llamarás ya Abrán sino que tu nombre será Abrahán [...] Establezco mi alianza contigo y con tus descendientes después de ti por siempre, como alianza perpetua; yo seré tu Dios y el de tus descendientes. Os daré a ti y a tus descendientes la tierra en que ahora peregrinas, toda la tierra de Canaán, en posesión perpetua; y yo seré vuestro Dios”<sup>367</sup>.

\* “Si me obedecéis y guardáis mi *alianza*, vosotros seréis el pueblo de mi propiedad entre todos los pueblos, porque toda la tierra es mía”<sup>368</sup>.

\* “Yo haré con ellos [con Israel] una *alianza eterna*, para que yo sea su Dios, y ellos sean mi pueblo; y no volveré a expulsar a mi pueblo Israel de la tierra que les di”<sup>369</sup>.

---

<sup>366</sup> Leyendo el pasaje donde se habla de tal *alianza*, cualquiera puede darse cuenta de que más bien se trata de una *imposición* por parte de Yahvé a Abraham que de una auténtica *alianza*. Es evidente, por otra parte, que tal imposición no tuvo nada que ver con Yahvé sino con los creadores de tal divinidad, interesados en que el pueblo obedeciera las órdenes que ellos le daban “en nombre de Yahvé”.

<sup>367</sup> *Génesis*, 17:4-8.

<sup>368</sup> *Éxodo*, 19:5. La cursiva es mía.

- “Si rompéis la *alianza* que el Señor vuestro Dios hizo con vosotros, dando culto a otros dioses y postrándoos ante ellos, entonces se desatará la ira del Señor contra vosotros y muy pronto desapareceréis de esta tierra buena que él os ha dado”<sup>370</sup>;

Como consecuencia de esta *alianza* entre Yahvé y Abraham surge el compromiso de Yahvé de defender a su pueblo y de *salvarle* de la opresión de otros pueblos, *salvación que nada tiene que ver con el pecado original ni con ningún otro*.

Entre los diversos pasajes del *Antiguo Testamento* en los que se habla de algunos *mesías* o *libertadores* de Israel en este sentido puramente político y militar pueden mencionarse los siguientes:

a) “Los israelitas estuvieron sometidos a Eglón, rey de Moab, dieciocho años. Pero clamaron al Señor, y el Señor les suscitó un *libertador*: Eud, hijo de Guera, benjaminita”<sup>371</sup>.

b) Entonces la ira del Señor se encendió contra Israel y los entregó en poder de Cusán Risatain, rey de Edom [...] Pero clamaron al Señor, y el Señor les suscitó un *libertador* para salvarlos: Otoniel, hijo de Quenaz y hermano menor de Caleb”<sup>372</sup>.

---

<sup>369</sup> *Baruc*, 2:35. Además de éste, hay muchos otros pasajes del *Antiguo Testamento* que reflejan estas mismas ideas, como sucede en el siguiente: “Tú, Señor, eres el Dios que elegiste a Abrán [...] Viste que su corazón te era fiel e hiciste una alianza con él. Prometiste darle, a él y a su descendencia, la tierra de los cananeos, hititas, amorreos, pereceos, jebuseos y guergueseos” (*Nehe-mías*, 9:7-8). La cursiva es mía.

<sup>370</sup> *Josué*, 23:16. La cursiva es mía.

<sup>371</sup> *Jueces*, 3:14-15. La cursiva es mía.

<sup>372</sup> *Jueces*, 3:8-9. La cursiva es mía.



c) “El Señor suscitó a Israel un *libertador*, que los libró del yugo de Siria, y los israelitas habitaron como antes en sus casas”<sup>373</sup>.

Como ha podido verse, los textos anteriores se refieren a una *salvación* política del pueblo de Israel respecto a sus enemigos y no a una salvación respecto a una supuesta culpa, a diferencia de la interpretación que la secta cristiana dio más adelante de la *salvación* representada por la muerte de Jesús en la cruz.

d) El siguiente pasaje es una frase de los *Salmos*; se trata de una frase utilizada en diversas ceremonias del culto católico. Es la que dice “Dios es nuestra salvación”<sup>374</sup>. Sin embargo, estas palabras no tienen nada que ver con la idea de “salvación” defendida por los dirigentes católicos, siendo conscientes además de la falsedad de su interpretación, pues, en primer lugar, la extienden a toda la humanidad mientras que para los israelitas esa salvación iba destinada exclusivamente a *su pueblo*; y, en segundo lugar, le dan un sentido trascendente, referido a la *salvación respecto a la muerte*, asociándola con la supuesta *redención de Jesús*, a pesar de que, observando el contexto en que aparece, se comprende fácilmente que este salmo en su totalidad se refiere, al igual que los anteriores pasajes y como puede comprobarse en sus versículos 22-24, a *la salvación del pueblo de Israel respecto a sus enemigos*.

---

<sup>373</sup> 2 Reyes, 13:5. La cursiva es mía.

<sup>374</sup> *Salmos*, 68:20. Los versículos 22-24 dicen: “Pero Dios aplastará las cabezas de sus enemigos, el cráneo de los que proceden criminalmente. Dijo el Señor: “De Basán los traeré, los traeré desde el fondo del mar, para que bañes tus pies en la sangre de tus enemigos y la puedan lamer las lenguas de tus perros”.

e) “Voy a vengarme y seré implacable, dice nuestro *libertador*, cuyo nombre es el Señor todopoderoso, el Santo de Israel”<sup>375</sup>.

Aquí aparece el propio Yahvé como *libertador*, lo cual no es ninguna novedad, pues, cuando se menciona a cualquier otro, es porque Yahvé, el auténtico libertador, lo ha enviado. Por otra parte, aunque en este apartado no se está tratando de la “bondad” especial de Yahvé, tiene interés reparar en el antropomorfismo que implica su carácter vengativo (“voy a vengarme y seré implacable”), tantas veces presente en el *Antiguo Testamento*.

f) “¡Salid de Babilonia, huid de los caldeos! Anunciadlo y proclamadlo con gritos de júbilo, publicadlo hasta el confín de la tierra. Decid: “El Señor ha rescatado a su siervo Jacob”<sup>376</sup>.

Respecto a este último pasaje hay que decir que, al igual que en el anterior, es el propio Yahvé quien aparece como el auténtico libertador –político-, que no necesita enviar a ningún intermediario. Conviene recordar, por otra parte, que el autor de este pasaje, cuando escribe “Jacob”, se está refiriendo al pueblo de Israel, que fue el nuevo nombre que caprichosamente Yahvé dio a Jacob, nombre que por extensión se refiere el pueblo de Israel, descendiente de Jacob. En efecto, se dice en *Génesis*:

“-Tu nombre es Jacob, pero ya no te llamarán Jacob; tu nombre será Israel”<sup>377</sup>.

---

<sup>375</sup> *Isaías*, 47:3-4. La cursiva es mía.

<sup>376</sup> *Isaías*, 48:20.

<sup>377</sup> *Génesis*, 35:10. Como en tantas ocasiones sucede en la *Biblia* con los personajes femeninos, la hija de Jacob, Dina, no cuenta para nada. Aún gracias que al menos se la menciona en alguna ocasión.

g) “Haré con ellos [con el pueblo de Israel] una alianza de paz, una alianza eterna [...] Pondré en medio de ellos mi morada, yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”<sup>378</sup>.

Aquí no se habla de salvación, pero sí de alianza, y dicha *alianza* incluye como parte de su contenido la *protección y salvación* de Israel respecto a sus enemigos por parte de Yahvé, un dios tribal que defiende a su pueblo y aniquila a quien se le opone. Por ello, parece ya innecesario insistir, en que *el pueblo de Yahvé –futuro dios del cristianismo- no es la humanidad en su conjunto sino el pueblo de Israel exclusivamente*, a pesar de que los dirigentes católicos procuran que sus fieles creen lo contrario y por ello no les animan a leer la *Biblia*, a fin de evitar que descubran por sí mismos qué se dice en ese conjunto de libros, de manera que sólo escuchen los pasajes seleccionados por ellos para su lectura en sus diversas ceremonias, los cuales, aisladamente considerados, pueden admitir una variedad de interpretaciones, y de ese modo pueden aprovecharlos para darles un sentido más acorde con lo que deseen que su redil crea.

h) “Cantad al Señor un cantar nuevo, porque ha hecho maravillas [...] El Señor hace pública su victoria, a la vista de las naciones revela su salvación”<sup>379</sup>.

De nuevo se trata de la salvación de Israel respecto a sus enemigos y no de la salvación de la humanidad respecto a sus pecados. La referencia a “las naciones” es una muestra más de la contraposición entre Israel como pueblo de Yahvé, y el resto de naciones, que deben temer el poder de Yahvé, fuerza –al menos psicológica- complementaria de su poder militar.

---

<sup>378</sup> *Ezequiel*, 37:26.

<sup>379</sup> *Salmos*, 98:1-2.

i) “Entonces Zacarías, su padre, se llenó de Espíritu Santo y profetizó diciendo:

“Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo, nos ha suscitado una fuerza de salvación en la casa de David, su siervo [...] Es la salvación que nos libra de nuestros enemigos y de la mano de todos los que nos odian. De este modo mostró el Señor su misericordia a nuestros antepasados y se acordó de su santa alianza, del juramento que hizo a nuestro antepasado Abraham para concedernos que, libres de nuestros enemigos, podamos servirle sin temor, con santidad y justicia en su presencia toda nuestra vida” »<sup>380</sup>.

Este pasaje, perteneciente ya al evangelio de *Lucas*, resulta especialmente llamativo porque, a pesar de que Zacarías es el padre de Juan el Bautista y se está dirigiendo a su futuro hijo, sin embargo, al igual que los anteriores pasajes del *Antiguo Testamento*, sigue hablando de *redención o de salvación respecto a los enemigos de Israel* y no de *redención o salvación* en el sentido que poco después tendrán estos términos en el Cristianismo, es decir, como *salvación o redención de los pecados del hombre*.

En resumidas cuentas, el concepto de “salvador” no tuvo en un principio el sentido que luego adoptó en el cristianismo como *libertador* de aquel supuesto “pecado original” o de cualquier otro, sino el de *libertador* del pueblo judío de las situaciones de opresión en que había vivido a lo largo de muchos años, la última de las cuales fue su sometimiento al Imperio Romano.

---

<sup>380</sup> *Lucas*, 1:67-74.

### 5.2.2. La *salvación* como redención de los pecados

Según se ha comentado antes, a pesar de su carácter tan irracional, en líneas generales la “salvación” pasó a significar en el *Nuevo Testamento* una *liberación* de la humanidad –o de los israelitas- respecto a los *pecados*, salvación que habría tenido como condición la muerte de Jesús en una cruz para conseguir el perdón de “Dios Padre”. Lo más absurdo de esto es que, a pesar de todo, la salvación no se aplicaría a todos sino que sólo la conseguirían unos pocos, “los escogidos”, según se indica en los evangelios<sup>381</sup>, o ciento cuarenta y cuatro mil judíos, pertenecientes a las doce tribus de Israel, según *Apocalipsis*, donde en efecto se dice:

“Vi después a otro ángel que subía del oriente llevando el sello del Dios vivo. Gritó con voz potente a los cuatro ángeles encargados de dañar a la tierra y al mar, diciéndoles: “No dañéis a la tierra ni al mar ni a los árboles hasta que sellemos en la frente a los siervos de nuestro Dios”. Oí también el número de los sellados, ciento cuarenta y cuatro mil, de todas las tribus de Israel”<sup>382</sup>.

---

<sup>381</sup> Así en *Mateo*, 22:14, donde Jesús cuenta una parábola comparando el reino de los cielos con un banquete. El final de esta parábola es muy conocido y dice: “son muchos los llamados pero pocos los escogidos”.

<sup>382</sup> *Apocalipsis*, 7:2-4. De manera asombrosamente insensata y atrevida en la edición del *Nuevo Testamento* de la Conferencia Episcopal Española, 2014, se “aclara” [?] en una nota a pie de página que esa cifra se corresponde con “los cristianos, herederos del AT, verdadero Israel de Dios”, a pesar de que en el *Apocalipsis* se especifica incluso que a cada una de *las doce tribus de los hijos de Jacob* –cuyos nombres se mencionan- le corresponderían doce mil sellados, y a pesar de la pasmosa escasez de sellados en comparación con los muchos millones de cristianos que han existido a lo largo de la historia. Siguiendo el absurdo criterio de la Conferencia Episcopal Española, cuando el autor de la Carta de Santiago escribe “Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus en la diáspora: saludos”, en realidad estaría saludando a “los cristianos, herederos del AT, verdadero Israel de Dios”

En cuanto al hecho de si la *redención* se refiere al perdón del pecado en general, al perdón del “pecado original” o a ambos, Pablo de Tarso, con la mayor naturalidad del mundo pese al carácter sádico y absurdo de sus palabras, defiende la primera interpretación:

“Dios nos ha mostrado su amor haciendo morir a Cristo por nosotros cuando aún éramos pecadores”<sup>383</sup>.

Los dirigentes de la secta católica introdujeron la absurda doctrina del “pecado original”, cuyo fundamento podría encontrarse en el *Antiguo Testamento*, donde con excesiva facilidad el daño cometido por determinada persona debía ser compensado con un castigo que recaía no sólo en ella sino en toda su familia, “hasta la tercera y cuarta generación”, como se hace decir a Yahvé en tantas ocasiones. Al parecer, tal mentalidad es también la que habría servido como explicación de la narración bíblica según la cual en la última de las plagas de Egipto, *Yahvé ordenó la muerte de todos los primogénitos de Egipto* –incluso la de los animales–, aunque ni los primogénitos de Egipto ni los animales tenían nada que ver con el comportamiento de su faraón cuando éste se negó a permitir la marcha de los israelitas.

Según los autores del *Antiguo Testamento*, tanta crueldad y tantas muertes se producían como consecuencia del abandono de Yahvé por parte de los israelitas, que se dejaban llevar por la tentación de adorar a otros dioses. Pero, como ya se ha dicho, eran los sacerdotes de Israel, como dirigentes de su pueblo, quienes por temor a perder autoridad castigaban de un modo cruel y salvaje no sólo a quienes adorasen a otros dioses sino también a su descendencia, diciendo que era Yahvé quien les había ordenado castigar de ese modo a quienes adorasen a esos

---

<sup>383</sup> *Romanos*, 5:8.

otros dioses, y consiguiendo así mantener su autoridad de modo férreo y sumamente cruel pero seguro.

Por otra parte, en relación con la absurda idea de que la muerte de Jesús en la cruz era algo necesario para que “Dios Padre” perdonase el “pecado original” o los pecados del hombre en general, hay que decir de modo categórico que tal doctrina estaría en contradicción con la que defiende el amor y la misericordia infinitas del dios cristiano, pues la suposición de que para la obtención de tal perdón hiciera falta ese sacrificio implicaba que la infinitud del amor divino era insuficiente para perdonar los pecados del hombre o que dicho amor no era infinito.

Igualmente, la carta *1 Juan* dice:

“envió a su Hijo para librarnos de nuestros pecados”<sup>384</sup>.

Este pasaje habla de “nuestros pecados” y esa expresión no parece referirse al “pecado original”, aunque tampoco lo excluya de modo explícito. En cualquier caso, el autor sigue incurriendo en el arcaico e irracional prejuicio, basado en la Ley del Tali3n, de considerar que la obtención del perd3n requiere de un *sacrificio* por el cual se *pague* la *culpa* que implicaría el *pecado*. Sin embargo, imaginar al dios cristiano sediento de sangre o de otro tipo de sacrificio para perdonar cualquier pecado, adem3s de sádico y absurdo, es contradictorio con su te3rica misericordia y amor infinitos.

Igualmente ser3a infantilmente soberbio considerar que el ser humano fuera capaz de causar el m3s m3nimo da3o o el m3s m3nimo sufrimiento a una divinidad omnipotente como los cristianos consideran a su dios, a pesar de que el antropomorfismo b3blico presenta en demasiados momentos a un dios col3rico, vengativo, cruel e iracundo, como si estuviera especialmente

---

<sup>384</sup> 1 *Juan*, 4:10.

interesado en dar órdenes al hombre y como si la obediencia o la insumisión humana pudieran afectarle lo más mínimo, suposición que se encuentra igualmente en contradicción con la teórica inmutabilidad y omnipotencia divinas en cuanto la distancia entre el dios cristiano y el hombre sería tan absoluta que éste no tendría la más remota posibilidad ni tampoco el deseo de ofenderle. En este sentido el refrán que dice: “No ofende quien quiere, sino quien puede”, resulta plenamente acertado, suponiendo que existiera un dios con las cualidades mencionadas.

Pero lo más absurdo de esta cuestión es que se olvida que, de acuerdo con la doctrina católica, los actos humanos estarían *predeterminados* por el dios católico, por lo que en el mejor o peor de los casos sería ese dios quien, al ser causa de las malas acciones del hombre, pecaría contra sí mismo, lo cual es un nuevo absurdo. Pero este absurdo se magnifica de manera insuperable cuando además se dice y repite en múltiples ocasiones que ni el sacrificio de Jesús, ni el amor y la misericordia infinitas de Dios son una garantía para la salvación del hombre, pues habría otras condiciones cuyo incumplimiento determinaría que la supuesta redención quedase sin efecto:

Así, desde los primeros tiempos del cristianismo, incluso en los mismos evangelios se dice que *sin la fe no hay salvación*; y, finalmente, de acuerdo con un dogma de los dirigentes católicos, se dice igualmente que *fuera de la iglesia no hay salvación*. Por ello, la salvajada en que supuestamente habría consistido la redención de Jesús apenas habría servido de nada, pues quienes no tuviesen fe o no fueran miembros de su supuesta iglesia quedarían excluidos de dicha redención<sup>385</sup> según se expone a continuación.

---

<sup>385</sup> Otra condición para que la redención tenga efecto es que el hombre sea capaz de perdonar: “...si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco



### 5.2.3. La contradicción por la cual, a pesar de la “re-dención”, *sin la fe no hay salvación*.

A fin de analizar la transformación radical que sufre el concepto de *salvación* en el *Nuevo Testamento*, tiene especial interés observar cómo este cambio va acompañado de un auge esencial en la valoración de la *fe*. Este auge se produce en el pasado más remoto del cristianismo, como sucede en el *Jesús* evangélico, en el evangelio de *Juan el Anciano*, en *Santiago* o en *Pablo de Tarso*:

a) Respecto al *Jesús* evangélico es inequívoca su constante valoración de la fe, incluso su carácter de *condición suficiente* para la salvación, tal como puede comprobarse a través de los siguientes pasajes:

\* “El [=Jesús] respondiendo, dijo: No soy enviado sino a las ovejas perdidas de la casa de Israel [...] Entonces respondiendo Jesús, dijo: Oh mujer, *grande es tu fe: hágase contigo como quieres*. Y su hija fue sanada desde aquella hora”<sup>386</sup>.

\* “...*si tuviereis fe como un grano de mostaza, diréis a este monte: Pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible*”<sup>387</sup>.

\* “Y todo lo que pidieréis en oración, *creyendo*, lo recibiréis”<sup>388</sup>.

---

vuestro padre os perdonará vuestras ofensas” (*Mateo*, 6:15). Esta condición resulta paradójica, pues olvida que ese dios por su infinita misericordia lo perdonaría todo, incluso la falta de capacidad de perdonar, que sería un “pecado” como cualquier otro. Sigue siendo la Ley del Talión la que explica la actuación divina: Si el hombre no perdona, Yahvé tampoco.

<sup>386</sup> *Mateo*, 15:24-28. La cursiva es mía.

<sup>387</sup> *Mateo*, 17:19-20. La cursiva es mía.

<sup>388</sup> *Mateo*, 21:22. La cursiva es mía.

\* “Después que Juan fue encarcelado, Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido, y el reino de Dios se ha acercado; arrepentíos y *creed en el evangelio*”<sup>389</sup>.

\* “en verdad, en verdad os digo, el que escucha mi palabra y *cree al que me envió*, tiene vida eterna y *no incurre en sentencia de condenación*, sino que ha pasado de la muerte a la vida”<sup>390</sup>.

En relación con el penúltimo pasaje citado resulta sorprendente que Jesús dijera “creed en el evangelio” cuando todavía debían pasar bastantes años hasta que los distintos evangelios se escribieran. Alguien podría replicar que Jesús se refería no a un libro sino a la “buena nueva” implícita en sus palabras, pero la verdad es que las palabras del evangelio de *Marcos*, escrito entre los años 50 y 60 de nuestra era, resultan bastante sospechosas en el sentido de que el propio escritor del evangelio pudo haberlas puesto en boca de Jesús por simple despiste o con la intención de conseguir que éste apareciera profetizando la existencia futura de este evangelio -y de todos los demás-. Por otra parte, la supuesta “buena nueva” no parece que tuviera nada especialmente bueno, según estamos viendo en estas páginas.

Finalmente, en el último pasaje citado Jesús, al igual que Pablo de Tarso en algunos pasajes, proclama la fe como condición necesaria y suficiente para la salvación.

Además y en contradicción con la actitud de los dirigentes católicos, que consideran que la fe es un *don gratuito de Dios*, en todos estos pasajes Jesús se refiere a la fe como *una opción personal*, de manera que las curaciones, milagros y la misma salvación dependerían de la fe que se tuviera en él. Es asombro-

---

<sup>389</sup> *Marcos*, 1:14-15. La cursiva es mía.

<sup>390</sup> *Juan*, 5: 24.

so que en el cristianismo haya prevalecido la opinión de sus dirigentes frente a la del propio Jesús, al margen de que ni con una ni con otra se comprenda que la fe pueda ser una condición de ningún tipo para dicha “salvación”.

b) Por su parte, Juan el Anciano escribe en su evangelio varios pasajes relacionados con esta cuestión.

1) Se dice en el primero:

“El que cree en él no será condenado; por el contrario, el que no cree en él, ya está condenado, por no haber creído en el Hijo único de Dios”<sup>391</sup>.

¿Pero qué sentido tiene que el creer o el no creer sea considerado como una garantía o un impedimento para la salvación? Además, si los dirigentes católicos proclaman que la fe y la misma caridad son “virtudes teologales” es decir, virtudes que no dependen de la voluntad humana sino *dones gratuitos de la divinidad*, en tal caso, ¿qué sentido tiene proclamar que el sacrificio de Jesús fue la llave de la salvación del hombre, si en realidad éste no fue una condición suficiente, ya que la fe y la caridad eran condiciones igualmente necesarias? Cuando se objeta a los defensores de esta segunda interpretación que uno no sería responsable de que “Dios” le hubiera concedido o no la fe, se le suele responder o bien que “Dios” da la fe a todos y que es responsabilidad de cada uno aceptarla o rechazarla, o bien que, si no tiene fe, debe pedirla a “Dios”. Con la primera respuesta consiguen intranquilizar a personas mentalmente débiles, que llegan a sentirse culpables de su falta de fe en lugar de tomar conciencia de que lo inapropiado sería asumir como verdad cualquier doctrina sin tener conocimiento de que lo fuera; y, con la segunda, consiguen convencer a personas igualmente manipulables,

---

<sup>391</sup> Juan, 3:18.

las cuales no reparan en que para pedir la fe, antes haría falta creer ya en la existencia del ser a quien tuvieran que pedírsela, y evidentemente en tal planteamiento existiría un *círculo vicioso*.

Según parece, en relación con la muerte de Jesús sus discípulos difundieron muy pronto el bulo de que había *resucitado* y que, si no estaba con ellos, era porque había sido llevado al “Cielo” para regresar prontamente a establecer su reino después de un “juicio universal”, aunque en *Hechos de los apóstoles* también se dice que después de su resurrección Jesús se apareció a sus discípulos “durante cuarenta días”<sup>392</sup> y pudieron comprobar por sí mismos este extraordinario suceso hasta que finalmente “lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista”<sup>393</sup>.

Este mito de la *resurrección* de Jesús fue tan importante dentro de la dogmática cristiana que Pablo de Tarso llegó a considerarlo como la piedra angular del cristianismo. Ahora bien, el hecho de que Cristo hubiera resucitado ¿era una verdad comprobada? Si lo era, en tal caso ya no era necesaria la *fe*, puesto que se tenía su *conocimiento*, y, si no lo era, en tal caso la creencia en dicha doctrina no implicaba mérito alguno sino todo lo contrario, en cuanto uno se *mentiría* a sí mismo tratando de aceptar como verdad algo respecto de lo cual carecía de un fundamento objetivo<sup>394</sup>. Pero, de nuevo, como la capacidad humana para ser coherente con la razón en cuestiones relacionadas con las creencias religiosas es tan difícil para quien ha sido previamente adoctrinado desde su infancia, no son muchos los católicos que

---

<sup>392</sup> *Hechos*, 1:5.

<sup>393</sup> *Hechos*, 1:9.

<sup>394</sup> Un análisis detallado de la problemática que plantea la valoración moral de la fe puede encontrarse en este mismo trabajo, en el capítulo correspondiente.

se hayan detenido a considerar estas cuestiones otorgando su confianza a su propia razón.

2) En el segundo pasaje se dice:

“...es necesario que sea puesto en alto el Hijo del hombre<sup>395</sup>, *para que todo el que crea en él alcance la vida eterna*. Porque así amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo Unigénito, a fin de que *todo el que crea en él no perezca, sino alcance la vida eterna*”<sup>396</sup>.

Lo primero que llama la atención en este pasaje es que en él se hable de la *necesidad* del sacrificio de Jesús, a pesar de que, desde el supuesto de la misericordia infinita del dios cristiano, ningún sacrificio hacía falta para que este perdón se produjera, suponiendo que hubiera habido algo que perdonar. Pero la Ley del Talión, esa ley que el propio Jesús quiso sustituir por la del perdón y la del amor, parecía exigir ese sacrificio: Había habido una ofensa a “Dios”, luego debía haber un castigo o un sacrificio proporcional a la ofensa para que el perdón y la salvación se produjeran. La idea de que Jesús –“el Hijo del hombre”- deba ser “levantado en alto” se refiere evidentemente a su crucifixión, sacrificio para el que, por cierto, Jesús no parecía demasiado dispuesto cuando, según *Lucas*, intentó impedir su detención ordenando a sus discípulos que comprasen espadas para defenderse de quienes iban a prenderle<sup>397</sup>.

Por otra parte, sucedía, además, que Jesús había sido condenado a muerte y su condena se había cumplido. Este hecho, tan trágico para sus seguidores, sólo pudo ser asumido mediante una

---

<sup>395</sup> La expresión “Hijo del hombre”, utilizada ya en *Daniel* de modo misterioso como si se tratase de algo especialmente enigmático, a pesar de que todos somos “hijos del hombre y de la mujer”, se refiere a Jesús.

<sup>396</sup> *Juan*, 3:14-17.

<sup>397</sup> *Lucas*, 22:36-38.

reinterpretación de la misión de Jesús, quien no era un simple “profeta”, como Juan el Bautista o tantos otros, ni tampoco un caudillo militar que hubiera sido enviado por Yahvé para liderar la revolución contra Roma: Jesús era “el Hijo de Dios”, el “redentor de los pecados del mundo”, y su sacrificio en la cruz no tenía otra finalidad que, cumpliendo con la Ley del Talión, ofrecerse a “Dios Padre” para cargar con los pecados del hombre, obteniendo así su salvación –al menos la de algunos- respecto al castigo eterno.

c) La cuestión de la prioridad entre *fe* y *razón* fue tratada también por el autor de la carta de *Santiago*, quien afirma en un sentido similar al de Juan el Anciano:

\* “por las obras alcanza el hombre la salvación y no sólo por la fe”<sup>398</sup>,

\* “la fe sin obras está muerta”<sup>399</sup>,

d) *La fe y las obras según Pablo de Tarso.*

Por lo que se refiere a la relación entre la *fe* y las *obras* el punto de vista de Pablo de Tarso es incoherente en cuanto en diversas ocasiones da un valor *condicionado* al sacrificio de Jesús, considerando que *la fe es una condición necesaria y suficiente para que dicha salvación se produzca*, mientras que en otras considera que la fe debe ir acompañada de las obras para lograr tal objetivo.

Veamos a continuación ejemplos de uno y otro puntos de vista. En favor del primero escribe:

a) “*Quien alcance la salvación por la fe, ese vivirá*”<sup>400</sup>,

---

<sup>398</sup> *Santiago*, 2:24.

<sup>399</sup> *Santiago*, 2:26.

<sup>400</sup> *Romanos*, 1:17.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

b) “El hombre alcanza la salvación por la fe y no por el cumplimiento de la ley”<sup>401</sup>.

c) “Sabemos, sin embargo, que Dios salva al hombre, no por el cumplimiento de la ley, sino a través de la fe en Jesucristo. Así que nosotros *hemos creído en Cristo Jesús para alcanzar la salvación por medio de esa fe en Cristo* y no por el cumplimiento de la ley. En efecto, por el cumplimiento de la ley ningún hombre alcanzará la salvación”<sup>402</sup>.

d) “La ley nos sirvió de acompañante para conducirnos a Cristo y alcanzar así *la salvación por medio de la fe*. Pero al llegar la fe, ya no necesitamos acompañante”<sup>403</sup>.

e) “si confesares con tu boca a Jesús por Señor y creyeres en tu corazón que Dios le resucitó de entre los muertos, serás salvo”<sup>404</sup>.

Ninguno de estos pasajes hace referencia a la importancia de las obras, aunque en otros sí se hace referencia a ellas, considerándolas, en contradicción con los anteriores pasajes, igualmente necesarias para la salvación.

Los *pasajes a y b* afirman simplemente el valor suficiente de la fe para alcanzar la salvación. Además, *el pasaje b* rechaza

---

<sup>401</sup> *Romanos 3:27-28.*

<sup>402</sup> Pablo: *Gálatas*, 1:16. La cursiva es mía. El valor absoluto que Pablo concede a esa fe para conseguir la salvación aparece de manera inequívoca en diversos pasajes de sus cartas, como los siguientes: *Romanos*, 3:28, *Romanos*, 10:10, *Gálatas*, 3: 24-25 y *Filipenses*, 3:9. Por otra parte, su crítica a quienes pretendían alcanzar la salvación mediante el cumplimiento de la Ley podría representar una amenaza a los israelitas que se conformaban con cumplir la Ley tradicional de Israel, no dando el paso de abrazar la fe en Jesús y en su resurrección. Y aceptar la fe en Jesús significaba abandonar la religión tradicional para aceptar la nueva.

<sup>403</sup> *Gálatas*, 3:24-25. La cursiva es mía.

<sup>404</sup> *Romanos*, 10:9.

de modo explícito que el cumplimiento de la ley conduzca a la salvación.

Por su parte, el *pasaje c* tiene el interés de que de manera explícita presenta la fe como una elección motivada por la *finalidad interesada* de “alcanzar la salvación” y, por ello, no teniendo valor *moral* en cuanto se trataría de un “imperativo hipotético”. Se insiste también en que nadie se salva por el cumplimiento de la ley. Pero en contra de este punto de vista hay que decir que tal exaltación de la fe es contradictoria con la moral que predica el deber de ser veraces y, en consecuencia, el deber de no aceptar como verdad nada que no se sepa que lo es. Y, por ello, al defender –al igual que el Jesús evangélico- que la *fe* sea un mérito para la “salvación”, este punto de vista es absurdo, puesto que sería una falta contra la misma moral cristiana en cuanto ésta exige *veracidad*, mientras que *la fe*, entendida como el resultado del esfuerzo personal por asumir como verdad algo que se desconoce que lo sea, *representa una actitud contraria a dicha veracidad*, la cual exige no mentir a los demás pero tampoco a uno mismo respecto de lo que sabe y de lo que ignora.

En referencia a los *pasajes b, c, d* y *e* hay que destacar que niegan de manera explícita la importancia del cumplimiento de la ley para la obtención de la salvación y Pablo de Tarso insiste en que *sólo la fe salva*.

Por su parte, el *pasaje d* implica un *círculo vicioso* en cuanto *el cumplimiento de la ley* sólo tiene sentido a partir de la existencia de un fundamento de esa supuesta ley. Dicho fundamento sería el propio *dios judeo-cristiano*. Pero, si para alcanzar la *fe* en ese supuesto dios fuera necesario el *cumplimiento de la ley*, nos encontraríamos ante un callejón sin salida en cuanto *antes de cumplir una supuesta ley* deberíamos conocer ya al propio dios en cuanto fundamento de su valor.



Por otra parte, al considerar *la ley* como “acompañante” que lleva hasta Cristo, es posible que Pablo de Tarso estuviera refiriéndose a la ley de la religión de Israel anterior a Jesús, de manera que, sin llegar a rechazar su valor, la pudo presentar como un simple medio para alcanzar la *fe* en Cristo, señalando así la separación definitiva entre la religión de Israel y la nueva, que surgía a partir de dicha fe por la cual se obtenía la salvación, pues, una vez alcanzada la fe en Jesús, “ya no necesitamos acompañante”, es decir, ya no se necesita de la ayuda de aquella ley anterior.

Por ello, este pasaje puede verse como un argumento en favor de quienes interpretan que para Pablo de Tarso la fe era una condición necesaria y suficiente para la salvación, a pesar de que en otras ocasiones defiende el valor de la fe acompañada del cumplimiento de “otra ley”, la cual estaría enraizada en el *amor* que acompaña a la fe en Jesús y en las *obras* correspondientes. No obstante, a pesar de lo dicho, en el *pasaje* e Pablo de Tarso presenta nuevamente la fe como condición necesaria y suficiente para la salvación.

Además, en todo momento Pablo de Tarso hace hincapié en la idea de que *la fe depende de una opción personal* a diferencia de lo que posteriormente defendería la iglesia católica al considerar que la fe es un don, una gracia otorgada por su dios. Y, desde luego, es fácil comprender lo absurdo del planteamiento paulino -al margen de que el “oficial” también lo sea-, pues el hecho de que uno pueda alcanzar la autosugestión respecto a la verdad de cualquier proposición por irracional que sea simplemente demuestra una capacidad especial para cerrar los ojos a la razón. Pero ¿qué mérito podría haber en la posesión de tal “capacidad”?

Es muy probable que esta valoración tan elevada de la *fe* como condición para la *salvación* fuera en realidad un arma especialmente importante para el adoctrinamiento de judíos y paganos, que exigían *razones* para aceptar las diversas doctrinas que los dirigentes cristianos les proponían, doctrinas tan absurdas como la de la filiación divina de Jesús o las de su resurrección y ascensión al Cielo. Y así, como los creadores del cristianismo no disponían de argumento racional alguno para defender las barbaridades que su religión enseñaba, no tuvieron otro remedio que defender el valor de la *fe*, desistiendo de la tarea imposible de dar razón de cada una de las absurdas doctrinas con que marcaban sus diferencias respecto a la religión tradicional de Israel. Esa exigencia de *fe* iba acompañada de la promesa de la *salvación* y de la *vida eterna* para todo aquél que creyera, y de la amenaza del *castigo eterno* para quien no creyera, de forma que la combinación de ambos factores significó un buen punto de partida para la expansión de la nueva religión.

En resumen, si nos preguntamos por la causa fundamental de esta insistencia del propio Jesús evangélico, de Juan el Anciano, de Santiago o de Pablo de Tarso entre otros, en conceder tanto valor a la *fe*, parece que el motivo se encuentra en lo que se acaba de decir: Desde el momento en que se desee lograr que alguien acepte las propias doctrinas y no se disponga de demostración alguna respecto a su verdad, parece que el mejor camino para conseguirlo consiste en lograr que *crean en nosotros*, pues, tal como dijo Jesús cuando el apóstol Tomás vio las heridas de su crucifixión y así pudo creer en su resurrección<sup>405</sup> ¿qué mérito

---

<sup>405</sup> En *Juan*, 20:29, Jesús dice al apóstol Tomás: “-¿Crees porque me has visto? Dichosos los que creen sin haber visto”. Una frase como ésta podría haberla dicho el dirigente de cualquier otra religión. ¿Qué dirían los católicos de tal invitación a creer en las doctrinas de esa otra? En realidad es absurdo valorar positivamente la simple *credulidad* de cualquier tipo que sea.

tendría *creer después de haber visto*? Evidentemente ninguno. Pero, ¿acaso hubiera tenido mayor mérito *creer sin haber visto*? Evidentemente y en contra de las palabras de Jesús, tampoco; pues una cosa es que haya indicios mayores o menores que provoquen en alguien una tendencia a creer en la posibilidad de que determinada hipótesis sea verdadera, y otra muy distinta es considerar moralmente meritoria la actitud del que simplemente cree sin causas objetivas y sólo porque le han prometido una recompensa especial si consigue creer en aquello que le proponen. Para un cristiano la petición de que tenga fe puede parecerle muy aceptable porque le han estado adoctrinando desde que tenía cinco años, pero su visión de esta cuestión sería distinta si, después de haber recibido el adoctrinamiento cristiano, fuera un musulmán quien le pidiese esa fe, referida a su religión.

Hay que tener en cuenta además que los comienzos del cristianismo debieron de ser difíciles y que, en relación con el proselitismo de los apóstoles y de los seguidores de Jesús, se debieron de predicar y defender diversas doctrinas absurdas, como las ya mencionadas, para las cuales no se disponía de una respuesta ni racional ni empírica. Por ello los primeros dirigentes de la nueva secta debieron de encontrar en el recurso de pedir a sus oyentes que tuvieran *fe* la única forma de superar cualquier dificultad especialmente compleja, como la relacionada con la supuesta resurrección de Jesús, y otras muchas que formaban parte de las doctrinas de la nueva religión. Y, claro está, en cuanto ese mismo recurso de la fe puede ser y es utilizado por los dirigentes de cualquier religión o ideología, esto representa una prueba más de su falta de valor, al margen de que la aceptación de cualquier doctrina como verdad a partir de la fe implica una falta de rectitud intelectual y de veracidad en quien pasa de la simple *duda* a la *afirmación dogmática* de una doctrina sin

más argumento que el cálculo de los beneficios que tal vez obtenga por ser capaz de autosugestionarse acerca de su verdad, pero tal actitud nada tiene que ver con la búsqueda de la verdad, y, por ello, no puede implicar ningún mérito moral.

Por otra parte, hay que decir igualmente que Pablo de Tarso se contradice en su defensa de la fe o de la fe y las obras para la obtención de la salvación, en cuanto sustenta al mismo tiempo la doctrina de la *predestinación* divina, tal como la vio en su lectura del *Antiguo Testamento*, del que cita una frase desconcertante y despótica de Yahvé a Moisés:

*“Tendré misericordia de quien quiera y me apiadaré de quien me plazca”*<sup>406</sup>,

pues, en efecto, de acuerdo con diversos textos del *Antiguo Testamento*, la salvación proviene de la gracia y de la omnipotencia divinas, y, como indican Pablo de Tarso, Aurelio Agustín, Tomás de Aquino o Martín Lutero, la *omnipotencia* del dios cristiano no puede estar *subordinada* a los méritos humanos, pues, si lo estuviera, dejaría de ser omnipotencia, por lo que ésta se manifiesta en los actos de su *libérrima* voluntad. Sin embargo, en el mejor o peor de los casos, sería ese dios quien por su omnipotencia, al ser causa no sólo de las buenas sino también de las malas acciones del hombre, pecaría contra sí mismo, lo cual evidentemente es un nuevo absurdo. Pero, en cualquier caso y como consecuencia de lo anterior, el dios cristiano concedería la fe para creer en la resurrección de Cristo y en la salvación a quien hubiera predestinado para ser salvado, y no la concedería a quien hubiera predestinado a ser condenado. Pero Pablo de Tarso, a fin de poner en marcha su labor proselitista, tan fructí-

---

<sup>406</sup> *Romanos*, 9:15.

fera, “olvidó” la doctrina de la *predestinación* cuando le interesó a fin de poner en primer plano la doctrina de la *fe*.

Por otra parte, en otros momentos Pablo de Tarso defiende la importancia de las obras, afirmando:

f) “lo que vale es la fe que actúa por medio del amor”<sup>407</sup>.

g) “aunque mi fe fuese tan grande como para trasladar montañas, si no tengo amor, nada soy. Y aunque repartiera todos mis bienes a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, de nada me sirve”<sup>408</sup>.

h) “el que ama al prójimo ha cumplido la ley. En efecto, los preceptos *no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás*, y cualquier otro que pueda existir, se resumen en éste: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*”<sup>409</sup>.

---

<sup>407</sup> *Gálatas*, 5:6.

<sup>408</sup> 1 *Corintios*, 13:2-3. Sin embargo Kant negaría el valor moral de las acciones emanadas de un *sentimiento* como el del amor, ya que el mérito se encuentra en aquellas acciones que se realizan exclusivamente por la conciencia de que es un *deber incondicional (imperativo categórico)* realizarlas, al margen de cualquier sentimiento.

<sup>409</sup> *Romanos*, 13:8-9. Además y como confirmación del valor de este punto de vista puede hacerse referencia a otro pasaje como el siguiente:

“Entonces, ¿qué? ¿Nos entregaremos al pecado porque no estamos bajo la ley, sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera! Sabido es que si os ofrecéis a alguien como esclavos y os sometéis a él, os convertís en sus esclavos: esclavos del pecado, que os llevará a la muerte; o esclavos de la obediencia a Dios, que os conducirá a la salvación. Pero, gracias a Dios, vosotros que erais antes esclavos del pecado, habéis obedecido de corazón la doctrina que os ha sido transmitida, y liberados del pecado os habéis puesto al servicio de la salvación” (*Romanos*, 6:13-18).

Ya antes, en diversos libros del *Antiguo Testamento* (pero referido exclusivamente a los israelitas entre sí) y en los evangelios, se había defendido esta misma máxima sostenida por Pablo de Tarso, aunque con carácter restringido a los israelitas: “Amarás a tu prójimo [israelita] como a ti mismo”.

El significado de ese *amor*, que debe ir unido a la *fe*, es precisamente el de ser la fuerza de la que emanarán las *obras* correspondientes, y, en este sentido lo que Pablo de Tarso rechaza como carente de valor es el cumplimiento *material* de la ley al estilo de los fariseos criticados por Jesús, en cuanto dicho cumplimiento no se produzca como consecuencia del *amor*.

En apariencia estos pasajes representan puntos de vista distintos, al menos en el énfasis que cada uno de ellos pone, en la *fe* o en las *obras*, como llave para la salvación, pero, como ya antes he comentado, en el fondo Pablo de Tarso defiende puntos de vista que no estarían muy alejados entre sí, pues, al referirse al cumplimiento de la ley, en unos casos se refiere al cumplimiento de la ley del *Antiguo Testamento*, pero sólo como “acompañante” que conduce hasta Cristo (*pasaje d*). Ésa es la ley que sería insuficiente para obtener la salvación. Pero, una vez alcanzada la fe, Pablo de Tarso hace hincapié en otro tipo de obras: Se trata de las obras que surgen como consecuencia del *amor*, que se resumen en las palabras de Jesús “amarás al prójimo como a ti mismo”, y Pablo de Tarso afirma en diversas ocasiones que ese *amor* es absolutamente necesario para la salvación (*pasajes g y h*), coincidiendo en este sentido con Santiago, aunque puntualizando que las *obras* a realizar deben estar vinculadas con el *amor*.

\*Por otra parte, la frase de Pablo de Tarso

“si Cristo no ha resucitado, vuestra fe carece de sentido”<sup>410</sup>, resulta desconcertante, pues desde el momento en que plantea como hipótesis que Cristo no haya resucitado para concluir que, en tal caso, “vuestra fe no tiene sentido”, está manifestando sus propias dudas acerca de tal supuesto hecho, dudas que parecen

---

<sup>410</sup> I *Corintios*, 15:17.

expresarse también cuando habla de “vuestra fe” y no de “nuestra fe”, además de concluir que en tal caso esa fe no tendría sentido, del mismo modo que tampoco tendría sentido *creer* que el interior de una montaña está llena de oro, a no ser que supiéramos que lo está, pues nuestra simple *creencia* no lograría el milagro de que la montaña se llenase de oro. Quizá como simple hipótesis que habría que investigar, con esa reflexión Pablo de Tarso pretendía poner en primer plano la necesidad de *demonstrar* que, en efecto, Cristo había resucitado, a fin de contar con una *primera verdad* [?] sobre la cual apoyar la fe en el resto de doctrinas de la nueva religión, por absurdas que fueran. Sin embargo, la demostración de tan increíble suceso nunca se produjo y, en consecuencia, no había ninguna base sólida sobre la que apoyar la fe en el resto de doctrinas cristianas. Pero, además, incluso si hubiera podido demostrarse tal suceso, éste no hubiera podido aceptarse como argumento a partir del cual asumir el resto de doctrinas del cristianismo, pues, aunque según los evangelios y según *Hechos de los apóstoles*, Jesús se apareció a diversos discípulos después de su resurrección, sólo tales discípulos *habrían conocido* que Jesús había resucitado, mientras que el resto de la humanidad deberíamos *creer* lo que tales discípulos o los discípulos de tales discípulos... nos dijeran. Y así, los discípulos directos no tendrían fe sino conocimiento, mientras que los demás no tendríamos conocimiento sino sólo fe en las palabras de esos discípulos, y, por ello, quienes no hemos sido testigos de ningún acontecimiento tan asombroso no dispondríamos de base alguna que debiera conducirnos a asumir esas doctrinas<sup>411</sup> ya que los supuestos testigos pudieron haber

---

<sup>411</sup> Otro pasaje semejante al anterior es el siguiente: “[Nosotros] alcanzaremos la salvación *si creemos* en aquél que resucitó de entre los muertos a nuestro Señor, entregado a la muerte por nuestros pecados y resucitado para

sufrido alguna alucinación o pudieron haber mentido, y, por ello, aunque se pueda otorgar cierto grado de credibilidad a quien nos habla, en cuanto puede hacerlo de buena fe, no hay por qué sentirse obligado a creer lo que dice en cuanto sabemos que los seres humanos nos equivocamos en muchas ocasiones por lo que se refiere a la verdad de nuestras creencias y opiniones.

\*Pero donde el planteamiento de Pablo de Tarso es más criticable es en su ausencia de argumentos para *fundamentar la fe*, pues ésta o bien se fundamenta en un *conocimiento*, o se sostiene en una *demonstración*, base por la que la fe dejaría de ser *fe* para convertirse en *conocimiento*. La aceptación de un argumento de autoridad, como el de la inspiración divina de los profetas, habría requerido del conocimiento previo de que dicha inspiración era auténtica y de que no se trataba de un delirio o de cualquier proyección subjetiva de anhelos o deseos simplemente humanos; y, por ello, en último término tal aceptación debía basarse en un *acto de fe*, pues no habría forma de demostrar su verdad. Pero, refugiándose en la fe, Pablo de Tarso no podía encontrar ningún argumento que sirviera de fundamento sólido respecto a la verdad de los contenidos del cristianismo. Por ello, el entusiasmo de Pablo de Tarso por la nueva religión y su conciencia de la falta de argumentos que demostrasen el valor de las doctrinas cristianas debió de llevarle, al igual que a otros creadores del cristianismo, a servirse de *la fe como arma esencial de propaganda de la nueva religión*, de manera que, ante cualquier objeción, crítica o duda, la respuesta debía ser siempre la mis-

---

nuestra salvación” (*Romanos*, 4:24-25). Este pasaje tiene la particularidad de que en él se afirma la doctrina de la redención, según la cual Jesús sufrió y murió para librarnos de nuestros pecados, lo cual representa la máxima y más absurda aplicación de la Ley del Talión.



ma: Si uno deseaba alcanzar la salvación, debía abrazar la fe en Cristo, cerrando los ojos a la razón ante cualquier duda.

Parece evidente que la exigencia de la fe por parte de los primeros dirigentes de la secta cristiana fue debida a la toma de conciencia de que esa exigencia era decisivamente importante para el proselitismo de aquel momento, tan crucial para el avance de la secta cristiana que, si hubiera tenido que recurrir a demostraciones de sus “verdades” para incorporar nuevos prosélitos, el cristianismo habría desaparecido en pocos años, pues tales doctrinas eran realmente absurdas y estaban llenas de contradicciones –como las que se muestran en este trabajo-. Por ello, sólo el recurso a motivaciones viscerales y la renuncia a la razón en favor de una fe ciega junto con la promesa de la salvación en una vida eterna y feliz frente a las miserias de ésta, y la amenaza del Infierno a quienes rechazasen “la palabra de Dios” –junto con otros motivos más terrenales- fueron determinantes para la rápida expansión del cristianismo.

#### **5.2.4. Fe y predestinación**

Precisamente por la esencial importancia que tuvo la valoración de la *fe* para el avance de la nueva religión, comento a continuación otras opiniones relacionadas con esta temática:

En relación con el tema de la *salvación*, frente al punto de vista de *Pelagio* (360-422), que consideraba que el hombre podía salvarse por sus méritos, en el siglo XIII *Tomás de Aquino* (1225-1274), consecuente con la doctrina de la omnipotencia divina, escribió que todo dependía de la *predestinación* divina, la cual no podía depender de nada ajeno.

En el siglo XVI *Martín Lutero*, en una carta a Melanchthon le escribió su conocida frase: “*Pecca fortiter, sed crede fortius*” (“Peca fuertemente, pero cree más fuertemente”). Una lectura

superficial de esta frase podría sugerir que Lutero valoraba exclusivamente la fe y quitaba cualquier importancia a las acciones, pero lo que quiso decir es que el hombre no podía salvarse por sus acciones, pues éstas eran siempre defectuosas, tal como después aceptó igualmente Kant, negando que el ser humano fuera capaz de realizar un solo “imperativo categórico” perfecto. Por ello, aunque el hombre luchase por obrar rectamente, su salvación no podía venir de sus actos sino sólo de la fe, concedida por el propio dios cristiano, a pesar de que también Lutero considerase, al menos en la frase citada, que la fe representaba una opción personal (“...crede fortiter”) en lugar de ser una gracia divina.

En cualquier caso Tomás de Aquino y Martín Lutero coinciden en que el hombre es incapaz de salvarse por sí mismo, pues todo depende de la predestinación divina. Sin embargo, mientras Lutero considera además que el hombre es pecador y que por ello es incapaz de merecer por sí mismo la salvación, Tomás de Aquino acepta que el hombre puede hacer méritos para su salvación, a pesar de que tales méritos no condicionarían en ningún caso la predeterminación divina, y en este punto coincide con Pablo de Tarso, quien, a pesar de su insistencia en la suficiencia de la fe, junto con las buenas obras emanadas del amor, en su carta a los *Romanos* defiende igualmente la predestinación, tal como puede verse en los siguientes pasajes:

\* “las decisiones divinas no dependen del comportamiento humano, sino de Dios”<sup>412</sup>;

\* “Dios muestra su misericordia a quien quiere y deja endurecerse a quien le place”<sup>413</sup>.

---

<sup>412</sup> *Romanos*, 9:11-12.

<sup>413</sup> *Romanos*, 9:18.

### 5.2.5. Miguel de Cervantes y la fe

Escribe nuestro genial Miguel de Cervantes:

“...habiendo andado como dos millas, descubrió don Quijote un gran tropel de gente, que, como después se supo, eran unos mercaderes toledanos que iban a comprar seda a Murcia [...] Apenas los divisó don Quijote, cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura [...] Y así [...] se afirmó bien en los estribos, apretó la lanza [...] y cuando llegaron a trecho que se pudieran ver y oír, levantó don Quijote la voz, y con ademán arrogante dijo:

-Todo el mundo se tenga, si todo el mundo no confiesa que no hay en el mundo todo doncella más hermosa que la emperatriz de la Mancha, la sin par Dulcinea del Toboso.

Paráronse los mercaderes al son de estas razones y a ver la estraña figura del que las decía; y por la figura y por las razones luego echaron de ver la locura de su dueño [...] y uno dellos, que era un poco burlón y muy mucho discreto, le dijo:

-Señor caballero, nosotros no conocemos quién sea esa buena señora que decís; mostrádnosla: que si ella fuere de tanta hermosura como significáis, de buena gana y sin apremio alguno confesaremos la verdad que por vuestra parte nos es pedida.

-Si os la mostrara –replicó don Quijote-, ¿qué hiciéades vosotros en confesar una verdad tan notoria? La importancia está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender”<sup>414</sup>.

Es posible que en ese momento de su fantástica novela Cervantes se estuviera planteando el problema de la fe desde un enfoque similar al que aquí presento, pero que por simple caute-

---

<sup>414</sup> Miguel de Cervantes: *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, 1ª parte, capítulo IV.

la ante el peligro de una actuación fulminante de la “Santa Inquisición”, en lugar de exponer tal problema de forma directa aludiendo al dios del cristianismo, enfocase la cuestión refiriéndola a la creencia en la belleza de Dulcinea. Pero lo que es evidente es que, valiéndose del personaje de don Quijote, Cervantes presenta de hecho el mismo problema que el de la fe religiosa. Don Quijote defiende la idea de que el mérito no está en confesar la sublime belleza de Dulcinea *después de haberla visto* sino en creer en ella y en afirmar tal belleza *sin haberla visto nunca*. Ante tal actitud, el mercader le dice que no sería justo afirmar lo que les pide sin conocer para nada a Dulcinea a fin de poder hacer lo que les está exigiendo con el conocimiento previo de que tal petición se corresponde con la realidad. Pero D. Quijote, llevado de su fantástica locura, insiste en que los demás participen de ella, afirmando como verdad algo que desconocen, pues ni siquiera sabían de la existencia de Dulcinea. Frente a tal exigencia, desde la cordura y la sensatez uno de aquellos mercaderes pide a D. Quijote una prueba de lo que afirma, de manera que, si se la da, no tendrán inconveniente alguno en reconocer lo que esté de acuerdo con ella. Sin embargo, D. Quijote insiste en que deben afirmar la sublime belleza de Dulcinea sin necesidad de prueba alguna, pues, el valor o “la importancia [de tal reconocimiento] está en que sin verla lo habéis de creer, confesar, afirmar, jurar y defender”<sup>415</sup>. D. Quijote, cegado por su loco amor, exige de manera fanática, que todo el mundo comparta su propia ilusión, pero evidentemente resulta incomparablemente más sensato el punto de vista del mercader, ya que ninguna proposición y ninguna doctrina se convierte en verdadera por el simple hecho de que se crea en ella y se la afirme con absoluta convicción y fe ciega, pues, como también decía Nietzsche, el

---

<sup>415</sup> Miguel de Cervantes: Ibidem.

hambre no prueba la existencia de comida para satisfacerla, y, por ello mismo, el deseo de que algo sea verdad no representa ninguna prueba de que lo sea. En su narración el propio Cervantes se pone claramente de parte del mercader cuando, refiriéndose a Don Quijote, dice que los mercaderes “echaron de ver la locura de su dueño” ante tal exigencia y otras razones.

El problema que plantea la fe religiosa es el mismo: Afirmar *por fe* cualquiera de los dogmas que las diversas religiones presentan equivale a dejar de lado la razón, y a dejarse llevar por la fantasía o por la ilusión de un personaje como don Quijote, cuya locura le lleva a defender y a exigir a los demás que defiendan algo contrario a la veracidad en cuanto se pretenda afirmarlo ciegamente, sin justificación de ningún tipo.

#### **5.2.6. Veracidad y fe**

Entender la fe, como una opción personal, es la que se sobreentiende en la famosa “apuesta de Pascal”, quien consideraba que ante la duda de si el dios cristiano existe o no, la apuesta no podía ser dudosa: Había que *apostar* en favor de su existencia, es decir, había que aceptar la *fe* en él, pues, aunque el dios cristiano no existiera, nada se perdía con creer, mientras que, si existiera, se habría ganado todo, precisamente por haber tenido fe. Pero la famosa “apuesta” de Pascal en favor de la fe dice muy poco en favor de su veracidad respecto a estas cuestiones y de su concepto de esa divinidad en la que “convenía” creer, pues sería absurdo que dicha divinidad juzgase, salvase o condenase a nadie porque aceptase su existencia de modo irracional en lugar de abstenerse de juicio mientras no tuviera bases suficientes para afirmar o negar tal existencia.

En este sentido tiene interés reflejar las palabras de *B. Russell* cuando escribe:

“el verdadero precepto de la veracidad [...] es el siguiente: ‘Debemos dar a toda proposición que consideramos [...] el grado de crédito que esté justificado por la probabilidad que procede de las pruebas que conocemos’ ”<sup>416</sup>.

Contrariamente a este punto de vista, con sus “verdades de fe” los dirigentes católicos pretenden conseguir objetivos como los siguientes:

1) Presentarse a sí mismos como “los mensajeros de Dios”, como los portadores de verdades misteriosas en las que debemos *creer* para obtener la “eterna salvación”.

2) Aparentar que, al menos sus máximos dirigentes, están en contacto con un supuesto dios que les informa de sus mensajes y doctrinas para que las prediquen a los hombres y les sirvan de guía en su vida terrena.

3) Proteger sus doctrinas frente a cualquier crítica a partir de su declaración de poseer *autoridad* sobre sus “fieles”, pues, cuando tales contenidos pueden ser criticados, tratan de mantener su autoridad recurriendo a la *autoridad divina*, de la que supuestamente ellos habrían recibido la suya, como si su dios no pudiera comunicarse con la humanidad de forma directa.

Por su parte, respecto a la cuestión de la relación entre *fe* y *razón*, Tomás de Aquino (s. XIII) consideró que siempre que la razón condujese a una conclusión contraria a la fe, eso sería una señal inequívoca de que la razón se había equivocado en sus conclusiones y, en consecuencia, había que rechazarlas. Desde un planteamiento semejante, sumado al enorme poder político que el cristianismo ha tenido a lo largo de la historia, puede explicarse la sangrienta labor de su “Santa Inquisición” contra todo aquél que se atreviese a pensar libremente y sin someterse a

---

<sup>416</sup> B. Russell: *Ensayos Filosóficos*, p. 114-115, Al. Ed., Madrid, 1968.

las “verdades oficiales” del cristianismo. Se explica igualmente que la secta católica condenase a Galileo por haber defendido el heliocentrismo, doctrina que se oponía a las enseñanzas de la *Biblia* y que por ello mismo había que considerar “herética”.

En relación con cuestiones similares, cuando los dirigentes católicos advierten que les conviene corregir alguna doctrina en cuanto la Ciencia haya puesto de manifiesto su falsedad, tratan de amoldarse a las evidencias científicas y “solucionan” el problema explicando que su anterior doctrina se había interpretado mal o que se trataba de una metáfora que no había que entender al pie de la letra —como la de la creación del mundo en seis días— o incluso llegan a pedir perdón con “cierto” retraso, como sucedió respecto a Galileo: Juan Pablo II pidió perdón en el año 1992 por aquella absurda condena que pudo haber costado la vida al genial científico de Pisa, o se sirven de cualquier otra explicación que les permita seguir afirmando *dogmáticamente* lo que les convenga, proclamando que sus misterios se encuentran más allá de las críticas de la Ciencia o de la razón.

En definitiva, ¿qué autoridad podían tener los dirigentes católicos para exigir que se tuviera fe en sus dogmas? Ninguna otra que sus propias palabras sin fundamento de ninguna clase, ya que, si nos remontamos a la *Biblia* como “libro sagrado”, fundamento esencial de la fe cristiana, simplemente nos encontramos con mitos o con narraciones que en muchas ocasiones se contradicen entre sí y que en ningún caso se fundamentan en la razón ni en una supuesta autoridad que deba ser reconocida porque así lo exijan los dirigentes de esta secta.

En cuanto la fe y la religión en general van ligados al fanatismo y a la intolerancia, habría que desenmascarar a quienes, después de tantos siglos de fraudes, robos y asesinatos, todavía pretenden dirigir moralmente a la sociedad y seguir manipulan-

do a niños y jóvenes para conseguir con ellos el reemplazo de quienes, gracias a la fuerza de la cultura y de la racionalidad, se han ido liberando de sus garras criminales<sup>417</sup>.

Los dirigentes de la secta católica consideran la *fe* como una condición necesaria para la *salvación*<sup>418</sup>, pero al mismo tiempo ordenan no mentir o, lo que es lo mismo, ser *veraces*, tanto con los demás como con uno mismo. Ahora bien, teniendo en cuenta que *fe* y *veracidad* son actitudes contradictorias, ¿podrían los agentes del Vaticano defenderse de la crítica a su absurda doctrina acerca del *deber de someter la razón a la fe*, es decir, a la aceptación irracional de aquellos dogmas o simples doctrinas que ellos decidan que hay que creer sin aportar prueba alguna de su verdad?

El ancestral desprecio de la razón por los dirigentes católicos pudo comprobarse una vez más en la encíclica *Fides et ratio* de Karol Wojtyła, alias *Juan Pablo II*, en la que este señor, máximo dirigente de la secta en su momento, criticó la filosofía cartesiana y la de la Ilustración del siglo XVIII, incluida la del propio Kant. Parece evidente que, si el señor Wojtyła criticó a estos filósofos, fue especialmente porque rechazaron que la Filosofía siguiera siendo la “sierva de la Teología” (“*ancilla Theologiae*”) y comprendieron que debía construirse sin prejuzgar nada o, como dijo Descartes, desde una “duda metódica” acerca del valor de las enseñanzas recibidas hasta alcanzar una evidencia plena acerca de su verdad, evidencia que no podía provenir de la

---

<sup>417</sup> Los capítulos XXIV y XXV son complementarios de éste.

<sup>418</sup> Cualquier católico que leyese esta frase la encontraría perfectamente comprensible y normal. Sin embargo, desde un punto de vista no contaminado por ninguna clase de adoctrinamiento previo, la idea de *salvación* suena realmente incomprensible: ¿De qué o de quién se nos tiene que salvar? ¿Qué locura es ésa consistente en creer en la “salvación” (!), y en considerar la “fe” (!) como condición necesaria para conseguir dicha salvación?



fe sino de una intuición racional indudable. En este sentido, la primera y fundamental regla del método cartesiano, la “Regla de la evidencia”, consistía en

“No admitir jamás como verdadero cosa alguna sin conocer con evidencia que lo era; [...] y no comprender en mis juicios más que lo que se presentare a mi espíritu tan clara y distintamente que no tuviese motivo alguno para ponerlo en duda”<sup>419</sup>.

Ciertamente, cuando Descartes definía la *intuición* relacionándola con la claridad y distinción con que se observaba intelectualmente la verdad de determinada proposición, no aludía a ningún tipo de “fe” de carácter irracional sino a una visión absolutamente clara que tenía su origen en la *razón*<sup>420</sup>. Y lo que más preocupó al señor Wojtyla fue esta *valoración cartesiana de la razón*, que fue recobrando la fuerza que había tenido después del extraordinario periodo de esplendor de la Filosofía en Grecia, y progresivamente fue triunfando sobre la represión que las autoridades religiosas habían impuesto a la sociedad, dictándole las doctrinas religiosas, morales, científicas o políticas que debía aceptar o rechazar.

¿Por qué se sintió tan preocupado el señor Wojtyla ante el aumento de la fuerza y del prestigio de la razón en la sociedad? Porque la fuerza de “convicción” de la secta católica se basaba

---

<sup>419</sup> Descartes: *Discurso del Método*, II, p. 18.

<sup>420</sup> Es cierto, por otra parte, que Descartes no fue tan valiente como para enfrentarse con los dirigentes de la secta católica y que, por miedo al enorme poder de esa organización, proclamó que *sometía todas sus opiniones a la autoridad de la Iglesia*. En consecuencia, no se atrevió a someter las creencias religiosas al tribunal de la razón, traicionando la primera y fundamental regla de su método. Su temor a los dirigentes de la secta católica le condujo igualmente a abandonar su anterior defensa del heliocentrismo al enterarse de la condena de Galileo

en la fe, que tenía un carácter esencialmente irracional, ya que, aunque algunas de sus doctrinas puedan deducirse a partir de otras anteriores, sin embargo éstas últimas ni son evidentes por sí mismas ni se deducen de anteriores doctrinas evidentes, sino que su gran mayoría se han venido afirmando sin más base que las iluminadas ocurrencias del papa de turno. Y, si pretenden justificarlas a partir de la *Biblia*, observamos que ésta no es más que un libro o una suma de libros, lo cual no es ninguna garantía de la verdad de sus contenidos, sino, paradójicamente, el conjunto de pruebas a partir del cual se hacen más patentes las absurdas contradicciones del cristianismo. Pero, además, hay que tener en cuenta que ningún libro, por muy “sagrado” que se lo quiera presentar, es *por sí mismo* una garantía de la verdad de sus contenidos.

#### 5.2.7. “Extra ecclesiam nulla salus”

Si antes se ha criticado la contradicción según la cual los dirigentes cristianos consideraron a Jesús como el *salvador* de los pecados del hombre a la vez que defendieron que *sin la fe no había salvación*, por lo mismo hay que criticar su ridículo dogma del año 1302 según el cual

“es absolutamente necesario para la salvación de toda criatura humana que esté sujeta al “Romano Pontífice”<sup>421</sup>.

Parece evidente que el fundamento de este dogma no se encuentra en otra parte que en la ambición infinita de los dirigentes católicos que no se conformaron con la libertad que se les concedió para practicar su religión ni con el hecho de que poco después se concediera al cristianismo el privilegio de ser la reli-

---

<sup>421</sup> Bula *Unam Sanctam* del papa Bonifacio VIII, año 1302. También aparece en el cuarto concilio de Letrán.

gión oficial del imperio romano. A partir de ese dogma, si la *salvación* derivada del sacrificio de Jesús había dejado de ser una salvación incondicional, puesto que para que ésta se produjera era necesaria además la *fe* en Jesús y en las doctrinas propuestas por los dirigentes cristianos, ahora era necesario además el sometimiento de toda “criatura humana” a la autoridad del “*Romano Pontífice*”. De este modo los dirigentes de la secta cristiana ya no se conformaban con ser las autoridades supremas en “el terreno espiritual” sino que pretendieron extender su autoridad a todos los ámbitos de la vida. A pesar de la gravedad de esta pretensión, el mayor absurdo de este dogma a nivel ideológico consistía en la nueva y sorprendente devaluación que suponía respecto a la supuesta misión salvífica de la muerte de Jesús, en cuanto ésta dejaba de tener valor si no iba acompañada tanto de la fe como del sometimiento al jefe supremo de la secta cristiana.



## 6. ACERCA DE MARÍA, MADRE DE JESÚS

### 6.1. ¿MARÍA, MADRE DE DIOS?

*La contradicción según la cual María fue madre del dios judeo-cristiano.*

La jerarquía católica defiende que su dios es uno y trino, y que la trinidad de su divinidad está constituida por “Dios Padre”, “Dios Hijo” y “Dios Espíritu Santo”. Dice además que las tres “personas” divinas son iguales, en cuanto las tres son un solo dios, pero que a la vez son distintas. Este misterio, por definición, no hay quien lo entienda, ya que en realidad se trata de una nueva contradicción.

En estos momentos lo que se va a analizar es la doctrina según la cual María fue madre del dios cristiano en cuanto fue madre de la segunda persona de esa “divina trinidad”.

En efecto, dicen los dirigentes católicos que María, hija de Joaquín y de Ana, fue madre de Jesús, el “Hijo de Dios”, pero al mismo tiempo afirman que su dios -el “Padre”, el “Hijo” y el “Espíritu Santo”- es eterno, lo cual implica que, si María no era eterna –y sabemos que no lo era-, *el “Hijo” existió antes que la madre*, lo cual resulta contradictorio con el propio concepto de madre, pues, en cuanto una madre genera una vida en un momento determinado del tiempo, no tiene sentido afirmar que la madre hubiera nacido *después* que su hijo. Pero sucede además que la maternidad de María respecto al dios cristiano implicaría o bien la negación de la eternidad de ese dios o bien la afirmación de la eternidad de María, lo cual la excluiría del conjunto de los seres humanos, en cuanto todos tenemos carácter temporal.

En efecto, si el “Hijo de Dios” nació de María, después de que ésta quedase embarazada por una gracia del “Espíritu San-

to”, en tal caso parece evidente que el “Hijo” comenzó a existir hace alrededor de 2.000 años, que es cuando se supone que nació Jesús, el supuesto hijo del dios cristiano. Y, si alguien replicase que, aunque Jesús nació de María, de hecho ya existía eternamente y que María fue el instrumento del que el dios cristiano se sirvió para su “encarnación”, en tal caso afirmar que María es la “madre de Dios” es una superchería que, aunque sirve para alimentar la fantasía del redil católico respecto a la idea de una madre humana de su dios, es *contradictoria* con la eternidad del propio Dios, eternidad no compartida por María.

De hecho en los evangelios no se concede a María ninguna importancia especial sino todo lo contrario, pero además en los primeros tiempos del Cristianismo ni siquiera se la tuvo en cuenta, hasta el punto de que son escasas las ocasiones en que se la menciona en los evangelios, mientras que en el resto de libros del *Nuevo Testamento* no se la vuelve a nombrar ni en una sola ocasión. Más adelante, cuando los dirigentes de la secta cristiana comprendieron que la presencia de *diosas* en otras religiones había sido un elemento positivo para su éxito en el proselitismo correspondiente, entendieron igualmente que la incorporación, si no de una divinidad femenina, al menos la de un sucedáneo de ella podía ayudarles para el éxito de su negocio, y, en consecuencia, decidieron incorporar a María como un fichaje esencial para enriquecer el elenco de iconos de su escaparate religioso, pues la idea de una “madre divina” tenía un atractivo especial, hasta el punto de que a lo largo de muchos siglos se ha ido incrementando la cantidad de cristianos y cristianas que siente una devoción particular por la “madre de Dios” en una proporción mucho mayor que la de quienes sienten una devoción similar por Dios Padre o por Dios Espíritu Santo, a los cuales de manera sorprendente apenas hay iglesias dedicadas.

Esta devoción a María se hace patente en sus diversas versiones más o menos milagreras relacionadas con los correspondientes santuarios e incluso con la variedad de nombres que se le dan según los lugares en que se la venere, lugares en que curiosa y sospechosamente, tratándose de *la misma* madre del dios cristiano, en unos santuarios parece mostrarse mucho más generosa que en otros a la hora de realizar sus “milagros”, como si hubiese hecho un contrato especial con el clero de tales lugares, dejando caprichosamente a los restantes en el olvido. Los santuarios de tales lugares, como se ha dicho, se corresponden con diversas advocaciones a María, que han dado lugar a una extensa variedad de nombres de mujer<sup>422</sup>.

Por ello mismo, el número de santuarios en los que se venera a una “madre de Dios milagrosa” es muy superior al de los lugares en que se venera y adora al propio Dios en espera de “sus milagros”, veneración explicable a partir del *antropomorfismo* de considerar que a una madre se la puede camelar con mucha mayor facilidad que a un padre, especialmente si se trata del “Padre eterno”, e incluso a partir del prejuicio según el cual María, como *madre de Dios*, puede *interceder* ante él para que conceda diversos favores que por sí mismo –y a pesar de su amor infinito– posiblemente no concedería.

Por otra parte, representa una enorme osadía por parte de quienes inventaron este tipo de religiones, en las que un ser humano aparece como “madre de Dios”, enaltecer hasta ese punto a un ser tan insignificante como cualquiera de nosotros, concediéndole el honor de ser madre de un ser en teoría tan infinita-

---

<sup>422</sup> Como ejemplos de tales nombres podemos citar algunos, como Almudena, Amparo, Angustias, Asunción, Carmen, Consolación, Consuelo, Dolores, Esperanza, Fátima, Guadalupe, Inmaculada, Loreto, Lourdes, Macarena, María, Milagros, Misericordia, Montserrat, Paloma, Pilar, Rocío, Rosario, Socorro, Soledad, etc.

mente superior. Si imaginamos a una simple pulga y la considerásemos madre de una ballena, esa metáfora no reflejaría ni de lejos la distancia infinita existente entre la figura de María y la del supuesto dios judeo-cristiano. Además, mientras tanto las ballenas como las pulgas existen y en ese sentido hay alguna relación genética entre ambas especies, no sucede lo mismo en el caso de Dios y de María, pues mientras María existió como madre de Jesús y de otros hombres y mujeres, es imposible que el supuesto dios cristiano exista por su carácter contradictorio, tal como se ha explicado a lo largo de este estudio.

Sin embargo, lo que sí tiene sentido –al margen de que sea verdad o no- es presentar a María como madre de Jesús, teniendo presente que Jesús -si existió- habría sido sólo un hombre, fiel seguidor de la religión de Israel, y no el llamado “hijo de Dios”.

## **6.2. Los evangelios contradicen la virginidad de María**

*Los dirigentes de la iglesia católica proclaman que María fue siempre virgen, pasando por alto que en los evangelios se afirma que, después del nacimiento de Jesús, María tuvo cuatro hijos y varias hijas, que desde luego no fueron hijos del “Espíritu Santo”.*

El culto a María fue propagándose desde muy pronto y de ello han quedado muestras muy claras en la literatura, en la pintura y en la escultura de la antigüedad y de la Edad Media. No obstante, el dogma según el cual María fue la madre del dios cristiano se declaró en el concilio de Éfeso, en el año 431, mientras que el dogma de su virginidad –a pesar de haber tenido al menos siete hijos- se declaró alegremente en el concilio de Letrán en el año 649. Por otra parte, tuvo que llegar el año 1854



para que los católicos se enterasen por medio del papa Pío IX de que María fue llevada al cielo en cuerpo y alma después de su muerte. Y, recientemente, en 1950, Pío XII, añadió la nueva doctrina, tan satisfactoria como verdadera, aunque aplicable a toda la humanidad, de que María nació sin el pecado original que, según los dirigentes de la secta católica, todos heredamos como consecuencia del pecado de Adán y Eva.

La importancia de estos últimos dogmas, por absurdos que parezcan o sean, fue la de avivar la devoción de los católicos a María, hasta el punto de que muy posiblemente influyeron en la supuestas apariciones de María en Lourdes o en Fátima, lo cual propició la construcción de los respectivos santuarios a los que los católicos acuden a implorar milagros a María, generando en cualquier caso sustanciales ganancias a la secta católica, y el milagro del crecimiento económico de las áreas geográficas próximas a tales santuarios por la creación de comercios, restaurantes y hoteles para quienes las visitan con la esperanza de obtener la curación de alguna enfermedad.

La jerarquía católica proclamó la doctrina según la cual María, habiendo sido madre de Jesús, fue virgen “antes del parto, en el parto y después del parto”; es decir, que nunca mantuvo relaciones sexuales con su marido José ni con cualquier otro hombre, sino que dio a luz a Jesús como único hijo, por la acción milagrosa del “Espíritu Santo”, a pesar de que en los evangelios se habla de otros cuatro hijos y de varias hijas, todos ellos hermanos de Jesús.

Parece lógico que un hecho tan excepcional como éste debiera haber quedado reflejado en los cuatro evangelios canónicos, y, sin embargo, sólo se menciona en los evangelios de *Mateo* y *Lucas*, pero no en los de *Marcos* y *Juan*. Además, son

frecuentes las ocasiones en que se habla de los hermanos y hermanas de Jesús, y en *Mateo* se dice que José tuvo relaciones íntimas con María a partir del nacimiento de Jesús, a quien se nombra además como “hijo primogénito” de María, lo cual sólo tiene sentido a partir del supuesto implícito de que más adelante María tuviera más hijos, a los cuales, en efecto, se nombra en diversas ocasiones. Este relato contradice evidentemente el dogma de la virginidad de María. En este sentido se dice en *Mateo*:

“Y despertando José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer. *Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito*”<sup>423</sup>.

Conviene recordar que el sentido bíblico de “conocer” es, en ocasiones como ésta, el de “tener relaciones sexuales”, de manera que, cuando en *Mateo* se escribe “...pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito”, no está diciendo que José se acostase con “una desconocida” sino que no tuvo relaciones sexuales con María hasta que nació Jesús. Y, en cuanto ser virgen o no serlo es equivalente a no haber tenido relaciones sexuales o a haberlas tenido, es evidente que, según *Mateo*, *María dejó de ser virgen al menos a partir del nacimiento de Jesús*.

Por otra parte además, los evangelios canónicos de la secta católica *contradicen* el dogma de la *virginidad* de María cuando afirman con absoluta claridad que *Jesús tuvo varios hermanos* (Santiago, José, Simón y Judas) y varias *hermanas*, cuyos nombres no se citan -lo cual es la norma, tanto en el *Antiguo Testamento* como en el nuevo-. En este sentido se dice en *Mateo*:

---

<sup>423</sup> *Mateo*, 1:24-25. Traducción Reina-Valera. Revisión 1960. La cursiva es mía.

“¿No es éste el hijo del carpintero? ¿No se llaman su madre María, y sus *hermanos* Santiago, José, Simón y Judas? ¿No están todas sus *hermanas* entre nosotros?”<sup>424</sup>.

Un pasaje similar a este se encuentra en *Lucas*, donde se insiste en la idea de que Jesús fue el “hijo primogénito” de María, pero no el único:

“Mientras estaban en Belén le llegó a María el tiempo del parto, y dio a luz a su hijo *primogénito*”<sup>425</sup>.

Es decir, si se habla del hijo “primogénito” de María, eso sólo tiene sentido en cuanto se suponga que *Jesús tuvo otro u otros hermanos menores que él*. Este detalle tiene su importancia como réplica contra quienes pretenden que la palabra que aparece en éste y en otros textos traducida como “hermano” podría significar y haber sido utilizada simplemente como equivalente a “pariente” y no estrictamente como equivalente a “hermano”, que es el significado claro con que se la utiliza.

Igualmente en el evangelio atribuido a Marcos hay pasajes similares a los atribuidos a Mateo y a Lucas, en los que se dice que Jesús tenía *hermanos* (Santiago, José, Simón y Judas) y *hermanas*, cuyos nombres tampoco en esta ocasión se mencionan<sup>426</sup>.

Por su parte, en el evangelio de *Juan* se dice:

\* “Después, Jesús bajó a Cafarnaúm, acompañado de su madre, sus *hermanos* y sus discípulos, y se quedaron allí unos cuantos días”<sup>427</sup>;

---

<sup>424</sup> *Mateo*, 13:55-56. La cursiva es mía. Pasajes similares a éste se encuentra en *Marcos*, 3:31-32 y 6:3.

<sup>425</sup> *Lucas*, 2: 6-7. La cursiva es mía.

<sup>426</sup> *Mateo*, 12:47-50 y 13:55-56.

<sup>427</sup> *Juan*, 2: 12. La cursiva es mía.

\* "...cuando ya estaba cerca la fiesta judía de las tiendas, sus *hermanos* le dijeron..."<sup>428</sup>

\* "...más tarde, cuando sus *hermanos* se habían marchado ya a la fiesta, fue también Jesús, pero de incógnito..."<sup>429</sup>.

\* "Sus *hermanos* hablaban así porque ni siquiera ellos creían en él"<sup>430</sup>.

Por otra parte, resulta muy significativo que se diga que los hermanos de Jesús no creían en él, y resulta igualmente significativo que María, la madre de Jesús y de sus hermanos, no hubiera hablado a sus otros hijos de la aparición del arcángel Gabriel y de que Jesús era "Hijo de Dios", pues se trataba de un hecho extraordinario y nadie le había prohibido que hablase de él, de manera que, si María hubiera contado aquel admirable suceso a los hermanos de Jesús, éstos habrían podido creer en él. ¿Por qué María no contó a sus hijos un hecho tan extraordinario? Por la sencilla razón de que nunca sucedió y fue sólo un invento de los autores de *Lucas* y de *Mateo*, que ni siquiera los otros evangelistas se atrevieron a incluir en su respectiva narración.

Además, el comportamiento de María, en las pocas ocasiones en que aparece a lo largo de los relatos evangélicos, fue demasiado normal y rutinario, como si hubiera olvidado aquella fantástica y trascendental aparición del arcángel Gabriel y del mensaje que le transmitió, o como si en realidad dicha aparición nunca se hubiera producido, pues realmente eso de que le digan a una que va a ser "madre de Dios" no es algo que suceda todos los días, de manera que tal manera de comportarse era igualmente sintomática de que las narraciones de *Lucas* y de *Marcos* fue-

---

<sup>428</sup> O. c., 7:2-3. La cursiva es mía.

<sup>429</sup> O. c., 7:10: La cursiva es mía.

<sup>430</sup> O. c., 7:5. La cursiva es mía.

ron un evidente montaje de los creadores del cristianismo para reforzar los argumentos a favor de la doctrina de que Jesús era “Hijo de Dios”.

Igualmente sucede a lo largo de los diversos evangelios, donde María apenas aparece y donde el mismo Jesús pasa de ella hasta el punto de llegar a la indiferencia según el pasaje antes citado, en el que se cuenta que, cuando María fue a visitarle, él respondió a los discípulos que le avisaron que su madre y sus hermanos eran quienes “escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”<sup>431</sup>, como si de algún modo les estuviera diciendo que el hecho de que su madre estuviera allí era irrelevante —como si ella no se encontrase entre tales personas—.

Conviene observar, por otra parte, que en casi todos estos pasajes a la vez que se habla de los “hermanos” de Jesús se habla también de su madre, lo cual es muy significativo en contra de la tesis que interpreta que el término que hace referencia a “hermanos o parientes”, se estaba empleando para hacer referencia a sus “primos” (parientes)<sup>432</sup>, pues es evidente que en este caso se refiere de forma clara a *hermanos* en sentido estricto, lo cual contradice claramente la doctrina católica según la cual María continuó siendo virgen *después* del parto. Además, como ya se ha podido ver, el evangelio de *Mateo* reconoce que María dejó de ser “virgen” al menos a partir del nacimiento de Jesús, que fue cuando comenzó a tener relaciones íntimas con José.

El evangelio donde se habla con mayor detalle de esta cuestión es el de *Lucas*, donde —como en muchas otras ocasiones y como sucede en las novelas en que el escritor, al igual que un dios onnisapiente conoce los pensamientos y vivencias de cada

---

<sup>431</sup> *Lucas*, 8: 19-21. La cursiva es mía.

<sup>432</sup> Con idéntico argumento hubieran podido decir que cuando se nombraba a su madre los evangelistas se estaban refiriendo a una tía suya.

personaje- describe la escena como si hubiera sido testigo directo de ella. El pasaje dice así:

“Al sexto mes, envió Dios al arcángel Gabriel [...] a una joven prometida a un hombre llamado José [...] el nombre de la joven era María. El ángel entró donde estaba María y le dijo:

-Dios te salve, llena de gracia, el Señor está contigo.

Al oír estas palabras ella se turbó y se preguntaba qué significaba tal saludo. El ángel le dijo:

-No temas, María, pues Dios te ha concedido su favor. Concebirás y darás a luz un hijo, al que pondrás por nombre Jesús. Él será grande, será llamado Hijo del Altísimo [...].

María dijo al ángel:

-¿Cómo será esto, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?

El ángel le contestó:

-El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que va a nacer será santo y se llamará Hijo de Dios”<sup>433</sup>.

Por su parte, a diferencia del autor de *Lucas*, el de *Mateo* menciona este mismo suceso extraordinario sin darle apenas importancia y como si se tratase de un suceso corriente y sin especial transcendencia. Quizá se inspiró en *Lucas*, pero, con cierto grado de escepticismo, simplemente quiso dejar constancia de lo que había leído en este otro autor o de lo que le había llegado por cualquier otro conducto. Y así, escribe:

“El nacimiento de Jesús, el Mesías, fue así: su madre María estaba prometida a José y, antes de vivir juntos, resultó que había concebido por la acción del Espíritu Santo”.

---

<sup>433</sup> *Lucas*, 1:26-35.

Finalmente y de manera incomprensiblemente sospechosa respecto a la verdad de los pasajes de *Lucas* y de *Mateo*, en los evangelios de *Marcos* y de *Juan* no se cuenta absolutamente nada de este supuesto acontecimiento tan trascendental. Parece que los dirigentes de la secta católica no han dado importancia a la ausencia de referencias a ese portentoso milagro en *Marcos* y *Juan*, pero esta ausencia es muy significativa en el sentido de que quizá los autores de estos evangelios pudieron ser más escépticos respecto a tal “suceso” o incluso fueron conscientes de que se trataba de un montaje especialmente osado e increíble y tuvieron la cautela de no participar en dicha farsa.

El hecho de que el dios judeo-cristiano hubiese buscado una “virgen” para tener un hijo con ella -al margen del antropomorfismo que supone la pretensión de que un dios omnipotente hubiera querido encarnarse en un ser humano-, parece una implícita denigración de la sexualidad<sup>434</sup> en cuanto sugiere que el

---

<sup>434</sup> Por lo que se refiere a tal denigración de la sexualidad, utilizando ese mismo *criterio de bondad* –tan alejado de *lo natural*- la jerarquía católica igualmente hubiera podido exaltar una mayor *perfección* de María afirmando que nunca comió ni bebió ni meó ni defecó, de manera que sus órganos corporales relacionados con tales funciones vitales permanecieron “vírgenes” e incontaminados a lo largo de toda su vida. Pero del mismo modo que el comer, el beber, el mear o el defecar no tienen nada que ver con el etéreo concepto de “perfección”, por lo mismo tampoco lo tiene la acción natural de follar, dando satisfacción al instinto sexual que supuestamente el dios cristiano habría implantado en el ser humano y en muchas otras especies, instinto gracias a cuya satisfacción la humanidad cumple el mandato bíblico “creced y multiplicaos”. De hecho en el *Antiguo Testamento* se aceptan como normales las relaciones sexuales –aunque no las homosexuales-, con excepciones como la de tenerlas con alguna de las mujeres que son *propiedad* del propio padre o con las hermanastras, tanto por parte de padre como de madre. En este sentido se dice: “No ofenderás a tu padre teniendo relaciones sexuales con otra mujer suya” (*Levítico*, 18:8), “No tendrás relaciones sexuales con tus hermanas por parte de padre” (*Levítico*, 18:11). Esta norma implica que sí era lícito mantener relaciones sexuales con otras mujeres con tal que no fueran

mujeres del padre o hermanas por parte de padre o de madre, según se dice en otro momento, por lo que era lícito tenerlas con cualquier otra mujer, pues parece que lo más importante en estas relaciones era que no implicasen un atentado contra los derechos de su *propietario*. Recordemos que en el último mandamiento de Moisés, el noveno, pues no hay décimo, a pesar de que el *Catecismo Católico* diga que son diez, es no codiciar los bienes ajenos, entre los que se encuentran sus mujeres como una pertenencia más. Y, sin embargo, junto a esta permisividad sexual se da la prohibición de mantener relaciones sexuales durante el periodo de la menstruación de la mujer: “No tendrás relaciones sexuales con una mujer durante su menstruación” (*Levítico*, 18:19). Curiosamente en la actualidad la Secta Católica autoriza estas relaciones sexuales como un método anticonceptivo natural, despreciando sacrílegamente la prohibición del *Antiguo Testamento*. Tiene interés observar que, en línea con el machismo bíblico, las diversas normas sexuales van dirigidas al *varón*, pero ninguna a la mujer, la cual es una propiedad que pasa de su padre a su marido -o que se convierte legalmente en concubina o en puta-. Finalmente conviene observar también que, al igual que en muchas otras ocasiones, en este terreno y según la apreciación de la *Biblia*, es la mujer la que actúa con engaños, como sucede con la suegra de Judá, que se hizo pasar por puta para acostarse con su yerno para quedar embarazada de él. Y así, Judá dijo a su suegra: “-Deja que me acueste contigo”. Pues no sabía que era su suegra. Ella le preguntó: “-¿Qué me vas a dar por acostarme contigo?” Él respondió: “-Te enviaré un cabrito del rebaño” (*Génesis*, 38:16-17). Y su suegra quedó embarazada, que es lo que quería. En este pasaje tiene interés observar que no se da ninguna importancia al hecho de que uno se acueste con una puta, ni al oficio de puta, y que tampoco se da importancia ninguna a las relaciones sexuales entre suegra y yerno, ni a la mentira como medio para lograr tal objetivo por parte de la suegra. Igualmente en *Génesis* se cuenta con la mayor naturalidad y sin asomo alguno de crítica cómo las dos *hijas de Lot* emborracharon a su padre para follar con él y así tener descendencia: “La mayor le dijo a la menor: “-Nuestro padre se va haciendo viejo y no queda ya varón en la región que pueda unirse a nosotras, como hace todo el mundo. Ven, vamos a emborrachar a nuestro padre y nos acostaremos con él; así tendremos descendientes de nuestro padre”. Aquella misma noche emborracharon a su padre y la mayor se acostó con él, sin que él se diera cuenta ni al acostarse ni al levantarse ella. Al día siguiente dijo la mayor a la menor: “-A-noche dormí yo con mi padre; vamos a emborracharlo también esta noche y te acuestas tú con él; así tendremos descendencia de nuestro padre”. Aquella noche emborracharon también a su padre y la menor se acostó con él, sin que se diera cuenta ni al acostarse ni al levantarse ella. Así las dos hijas de Lot



hecho de que María hubiese mantenido relaciones sexuales con José la habría hecho menos digna y menos santa, y en cuanto implica igualmente que el hecho de ser “virgen” debía suponer un mérito especial frente al hecho de vivir de acuerdo con la satisfacción de su *natural* instinto sexual, consustancial a la naturaleza humana.

Por otra parte, en el pasaje de *Lucas* resulta llamativa la actitud del dios cristiano, pues, aunque comunica a María mediante el ángel Gabriel que va a tener un hijo suyo, no tiene la delicadeza de consultarle previamente si acepta tal honor, ni tiene miramientos con José a la hora de consultarle o comuni-

---

concibieron de su padre” (*Génesis*, 19:31-36). Lo más increíble de este caso de incesto es que se diga que su padre “no se diera cuenta ni al acostarse ni al levantarse ella”. Estas palabras parecen motivadas por el deseo de eximir al padre de responsabilidad por haberse acostado con sus hijas, de manera que, al haberlas dejado embarazadas, se montó la historia de que todo había sido consecuencia de una iniciativa de las hijas y que el padre ni siquiera llegó a enterarse de lo sucedido. Otro caso curioso es el del propio *Abraham*, que se acostó con su esclava *Agar* porque su mujer *Saray* le invitó [?]a que tuviera relaciones sexuales con su esclava, ya que ella no podía tener hijos: “*Saray*, la mujer de *Abrán*, no le había dado hijos; pero tenía una esclava egipcia, llamada *Agar*. Y *Saray* dijo a *Abrán*: “-Mira, el Señor me ha hecho estéril; así que acuéstate con mi esclava, a ver si por medio de ella puedo tener hijos”. A *Abrán* le pareció bien la propuesta. [...] *Saray* tomó a *Agar*, su esclava egipcia, y se la dio por mujer a su marido *Abrán*. Él se acostó con *Agar*, y ella concibió” (*Génesis*, 16:1-4). Y del mismo modo sucede en el caso de *Jacob* en sus relaciones con sus mujeres *Raquel* y *Lía*, las cuales dieron a *Jacob* sus respectivas esclavas para que las dejase embarazadas, considerando luego a los hijos de las esclavas como propios. En efecto, se dice en la *Biblia* que *Raquel*, no pudiendo tener hijos, dijo a *Jacob*: “-Ahí tienes a mi criada *Balá*; únete a ella. Ella dará a luz sobre mis rodillas y así yo también tendré hijos por medio de ella” (*Génesis*, 30:3). Y *Balá* tuvo dos hijos de *Jacob*. Pero, a pesar de tener ya descendencia, lo mismo le sucedió a *Jacob* con *Lía*, su otra mujer, que le dio a su criada *Zilpá* para que tuviera un hijo con ella (*Génesis*, 30:9-13). Más adelante *Lía* exclamó: “-Dios me ha recompensado por haber dado mi criada a mi marido” (*Génesis*, 30:18).

carle este mismo propósito a fin de que él decida si, en tales condiciones, seguirá deseando casarse con María o no.

Teniendo en cuenta el tratamiento bíblico de la sexualidad, la doctrina de la “virginidad” de María es absurda y contradictoria además con la defensa que en otras ocasiones hacen los dirigentes católicos de *lo natural*, “lo que está de acuerdo con la naturaleza”, y es también una forma de *antropomorfismo* en cuanto se considera que, para que Jesús pudiera ser considerado hijo de Dios, no podía ser hijo de un padre y de una madre humanos, de manera que el mismo Dios debía ser padre de Jesús, aunque su madre fuera humana.

Por otra parte, quienes escribieron los evangelios no tuvieron el menor reparo en contradecirse cuando, al tratar de demostrar la filiación divina de Jesús, lo hicieron remontándose en su genealogía por la *línea paterna*, es decir, *aceptando que José fue el auténtico padre de Jesús*, hasta llegar a Dios, lo cual implicaba una valoración natural y nada negativa de las relaciones sexuales entre María y José, es decir, de la sexualidad en general. Pero, si con el fin de lograr que el linaje de Jesús fuera *exclusivamente* divino y no un híbrido se llegó a considerar que el padre humano sobraba, en tal caso habrían podido darse cuenta de que tampoco era necesaria la figura de una madre humana, y de que “Dios”, creador del hombre, hubiera podido encarnarse directamente en un ser humano, habiendo nacido simplemente de sí mismo, pues su omnipotencia, que le había permitido crear a Adán, podía igualmente haberle permitido encarnarse directamente en un hombre. Sin embargo, parece que la mentalidad de aquella época, como consecuencia de su antropomorfismo, no alcanzó a imaginar esta posibilidad –a pesar de que Adán, siendo humano, no era hijo de padres humanos sino creación directa del propio “Dios”- y por ello se consideró que “Dios”, para

hacerse humano, debía nacer de un ser humano, una mujer, pero además “virgen”.

Otra posibilidad quizá más verosímil es que los primeros cristianos elaborasen la idea de que Jesús era hijo de Dios, pero, como tenía padre, madre y diversos hermanos, tuvieron que ampliar la historia, aceptando a María como madre de Jesús, pero introduciendo la doctrina de que el padre de Jesús no era José sino el “Espíritu Santo”. De este modo la interpretación que defendió la divinidad de Jesús, considerando que era hijo de una “virgen” y del propio Dios, no implicaba una valoración especialmente negativa de la sexualidad sino sólo el deseo de presentar a esa “virgen” como ligada *exclusivamente* con la divinidad y no “contaminada” por haber tenido relaciones sexuales con otro ser humano.

De hecho, la idea de introducir a una “virgen” como madre de Dios no era nueva, sino que desde hacía ya siglos había sido introducida en diversas religiones anteriores al cristianismo. Así sucede con Met-em-ua, que, según el mito, dio a luz a un faraón egipcio —que para los egipcios eran casi divinidades—; la virgen Neith dio a luz a Ra, dios del Sol; Isis dio a luz a Horus; la virgen Nana dio a luz al dios Attis.

Sin embargo y volviendo al tema de la virginidad de María, parece que los autores de los evangelios no fueron suficientemente astutos, pues, a pesar del pasaje en el que se habla de María siendo visitada por el arcángel Gabriel para comunicarle que concebiría por otra del “Espíritu Santo”, posteriormente no supieron sacar partido a este portentoso acontecimiento, ya que, cuando escribieron acerca de las relaciones de María con Jesús, en lugar de seguir presentando a María como un ser excepcional, apenas le concedieron relevancia, quizá porque en realidad tampoco la tuvo en la vida real del Jesús adulto, hasta el punto de

que, entre los escasos pasajes evangélicos en que se la nombra, hay algunos especialmente llamativos por la indiferencia afectiva de Jesús respecto a María. Así, en uno de ellos, correspondiente al evangelio de *Mateo*, Jesús muestra un comportamiento frío y despectivo hacia su madre cuando responde a quien le avisa de que fuera de la casa están su madre y sus hermanos:

“-¿Quién es mi madre, y quienes son mis hermanos?  
Y señalando con la mano a sus discípulos, dijo:  
-Éstos son mi madre y mis hermanos. El que cumple la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre”<sup>435</sup>.

Cuando el autor de este pasaje escribe “señalando”, presenta una clara contraposición entre sus discípulos y su madre, como si Jesús quisiera decir que sus discípulos sí cumplían la voluntad de su padre, mientras que de su madre o bien prefería no decir nada o bien estaba negando de manera implícita que cumpliera la voluntad de su padre.

Otro pasaje que se encuentra en una línea similar al anterior es el siguiente:

“Cuando [Jesús] estaba diciendo esto, una mujer de entre la multitud dijo en voz alta:  
-Dichoso el seno que te llevo y los pechos que te amamantaron.  
Pero Jesús dijo:  
-Más bien, dichosos los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica”<sup>436</sup>.

El comentario a este pasaje sería similar al del anterior: Son quienes escuchan y ponen en práctica la palabra de Dios quienes son o serán dichosos, más que quien le llevó en su seno o le dio

---

<sup>435</sup> *Mateo*, 12:48-50. La cursiva es mía.

<sup>436</sup> *Lucas*, 11:27-28

de mamar. Por lo tanto, de nuevo nos encontramos con unos comentarios que se parecen más a una crítica a su madre y a sus hermanos que a una alabanza.

En otros momentos, en pasajes de *Mateo*, *Marcos* y *Lucas*, puede observarse que, cuando Jesús está ya crucificado, aparecen en la escena varios personajes con quienes había tenido cierta relación, pero resulta sorprendente que ¡ninguno de ellos fuese su madre! En efecto, se dice en *Mateo*:

“Estaban allí muchas mujeres mirando de lejos, las cuales habían seguido a Jesús desde Galilea, sirviéndole, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo y de José, y la madre de los hijos de Zebedeo”<sup>437</sup>.

Igualmente en *Marcos* se dice:

“También había algunas mujeres mirando de lejos, entre las cuales estaban María Magdalena, María la madre de Jacobo el menor y de José, y Salomé”<sup>438</sup>.

Y finalmente, en *Lucas* se dice:

“Pero todos sus conocidos, y las mujeres que le habían seguido desde Galilea, estaban lejos mirando estas cosas”<sup>439</sup>.

Resulta ciertamente significativo que en ninguno de los llamados evangelios sinópticos se nombre a la propia madre de Jesús. Es asombroso y sospechoso porque, si esas otras mujeres sí estuvieron con él hasta el último momento, resulta incomprensible que su madre le hubiese dejado de lado, y más teniendo en cuenta que ella había sido la protagonista de aquella aparición en la que el ángel Gabriel le comunicaba que iba a tener el enor-

---

<sup>437</sup> *Mateo*, 27:55-56.

<sup>438</sup> *Marcos*, 15:40.

<sup>439</sup> *Lucas*, 23:49.

me privilegio de ser la madre del dios encarnado. ¿Cómo era posible que en estos momentos se despreocupase de la crucifixión y muerte de su divino hijo?

Es cierto, por otra parte, aunque extraño teniendo en cuenta la omisión de los otros evangelios, que en el evangelio de Juan sí se hace referencia a esta presencia de María y así se dice en él:

“Estaban junto a la cruz de Jesús su madre, y la hermana de su madre, María mujer de Cleofás, y María Magdalena”<sup>440</sup>.

Sin embargo hay que tener en cuenta que el evangelio de Juan se escribió hacia el año 100, por lo que su autor, en referencia a este pasaje, pudo haberse inspirado más en lo que le pareció lógico que en los datos que a través de la tradición pudieron haber llegado hasta él. Y así, a pesar de que en los anteriores evangelios no se mencionaba la presencia de María, la madre de Jesús, a Juan pudo parecerle inaceptable esta ausencia y la incluyó –así como las palabras que Jesús dirige a su madre y al apóstol Juan- como una manera más verosímil de presentar este pasaje tan especial, a pesar de que la ausencia de María en un momento como éste no resultaba tan incongruente con el resto de pasajes de los evangelios en los que la presencia de María es anecdótica y dando la impresión de que se había borrado de su memoria todo lo referente a aquella trascendental visita del ángel Gabriel.

Complementariamente pero igualmente significativo resulta que los cuatro evangelios narren la presencia de algunas mujeres en la tumba de Jesús el día de su resurrección y ¡que ninguna de aquellas fuera, en ninguno de los evangelios, la de su propia madre! Así, se dice en *Mateo*:

---

<sup>440</sup> *Juan*, 19:25.

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

“Al amanecer del primer día de la semana, vinieron María Magdalena y la otra María, a ver el sepulcro”<sup>441</sup>;

igualmente, se dice en *Marcos*:

“María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especies aromáticas para ir a ungirle”<sup>442</sup>;

también, en *Lucas*, se cuenta:

“El primer día de la semana [...] vinieron al sepulcro [las mujeres que habían venido con él desde Galilea], trayendo las especias aromáticas que habían preparado, y algunas otras mujeres con ellas”<sup>443</sup>;

y, finalmente, en el evangelio de Juan se omite también cualquier referencia a la presencia de María, la madre de Jesús, en una ocasión como ésta, en la que sólo menciona la presencia de María Magdalena:

“El primer día de la semana, María Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro”<sup>444</sup>.

Estas últimas referencias, tanto al momento de la crucifixión de Jesús como al de su supuesta resurrección, representan una confirmación de la escasa importancia que a lo largo de los evangelios se concede a María, la madre de Jesús. Por otra parte, de nuevo se confirma, comparando las contradicciones existentes entre unos y otros evangelios, la falsedad de la supuesta inspiración de estos escritos por el “Espíritu Santo”, no sólo por la inexistencia de ese supuesto espíritu sino por el carácter contradictorio de sus supuestos mensajes.

---

<sup>441</sup> *Mateo*, 28:1.

<sup>442</sup> *Marcos*, 16:1.

<sup>443</sup> *Lucas*, 24:1.

<sup>444</sup> *Juan*, 20:1.

En definitiva, el dogma de la virginidad de María, proclamado en el Concilio de Letrán, en el año 649, no tiene nada que ver con la mentalidad ni con la intención de quienes escribieron los evangelios y, como en tantas otras ocasiones, se observa cómo los dirigentes católicos han realizado sus propias aportaciones e interpretaciones, no teniendo escrúpulos a la hora de corregir y contradecir en muchas ocasiones los textos indicados según cuáles fueran sus intereses en los diversos momentos de la historia, los que les llevaron a ignorar o a interpretar como les dio la gana la serie de ocasiones en que los evangelios hacen referencia a los hermanos y hermanas de Jesús.

### **6.3. Los dogmas de la “inmaculada concepción” y de la “asunción de María”**

*Según los dirigentes de la secta católica, la infinita bondad divina habría determinado que María naciera sin pecado y que después de su muerte fuera llevada al cielo en cuerpo y alma, pero no fue lo “suficientemente infinita” como para que esas mismas gracias alcanzasen al resto de los mortales.*

En efecto, después de más de dieciocho siglos de cristianismo, en el año 1.854 el papa Pío IX, jefe supremo de la secta católica, “se enteró” y en consecuencia declaró como dogma de fe la doctrina según la cual María, madre de Jesús, nació sin “pecado original”, pecado con el que, según los dirigentes católicos, nacemos el resto de los mortales. Y, por lo que se refiere al dogma de la “asunción de María” al cielo en cuerpo y alma, se trata de una doctrina todavía más reciente que la anterior, pues sólo desde el año 1.950 la jerarquía católica ha llegado a enterarse –no sabemos cómo– de este “dogma”, según lo pro-



clamó Pío XII, jefe de la secta católica, en aquel año, ¡después de casi dos mil años de cristianismo!

### 6.3.1. El dogma de la “inmaculada concepción”

En relación con el dogma de la “inmaculada concepción” hay que decir que se trata de una doctrina ingenuamente absurda, pues, si nacer con dicho pecado es un mal, si el amor de Dios a toda la humanidad es infinito y si su omnipotencia le permitió conceder a María nacer libre de tal pecado, esa misma omnipotencia y amor infinito debieron haberle bastado para conceder la misma gracia a toda la humanidad –al margen del absurdo intrínseco que representa el hecho de “nacer en pecado”–, en lugar de sacrificar en la cruz a su “Hijo” hecho hombre para conceder su perdón, como si no hubiese podido –o querido– conceder ese perdón sin necesidad de sacrificio alguno.

¿Tiene sentido considerar que el dios cristiano amaba a su madre de un modo “más infinito” que al resto de la humanidad, de forma que sólo pudo concederle a ella la “gracia” de nacer sin pecado? Pero, si la concesión de tal “gracia” era consecuencia del amor infinito del dios cristiano a María, madre de su Hijo, si el amor de ese dios al resto de la humanidad era *también* infinito y pudo librar a la María de nacer en pecado, entonces su poder y su amor hubieran podido extenderse al conjunto de la humanidad, permitiendo que ¡todos nacióramos sin pecado!

Alguien podría replicar a este argumento diciendo que el amor del dios cristiano a María era muy especial por tratarse de su madre. Pero, por muy especial que fuera ese amor, ¿tiene sentido la simple idea de que pueda haber *un infinito mayor que otro* por lo que se refiere al grado del supuesto amor divino a la humanidad? Y, suponiendo que lo tuviera, ¿acaso el *infinito* amor divino referido a la humanidad tendría un carácter tal que

fuera *insuficiente* para conseguir el perdón del pecado original o el de cualquier otro? Conviene tener en cuenta además que ese dogma, ¡declarado hace menos de 200 años!, convierte todavía en más absurda la doctrina de “la Redención”, según la cual el dios de los cristianos tuvo que hacerse hombre, padecer y morir en una cruz para conseguir el perdón para la humanidad de aquel supuesto “pecado original” con el que, en cualquier caso, nada tuvimos que ver.

Por ello y ante esta incoherente doctrina o ante el absurdo de que el dios cristiano sólo tuviese poder para efectuar una única excepción respecto a la herencia de tal pecado, surge la pregunta de ¿por qué durante casi dos mil años de existencia del cristianismo a nadie se le ocurrió considerar que María hubiera nacido con tal gracia especial? Y, si la noticia tenía tanto interés, ¿cómo fue que ni siquiera al propio dios católico se le ocurrió comunicarla a los millones de católicos que han vivido a lo largo de esos casi dos mil años desconociéndola? La respuesta a esta pregunta se obtiene si se comprende, en primer lugar, que en realidad el supuesto pecado original nunca existió, por lo que no hacía falta ninguna exención por parte del dios cristiano, ni a la supuesta madre de su “Hijo”, ni al resto de la humanidad. Y, en segundo lugar, puede comprenderse que los dirigentes católicos, cuando consideran que su negocio religioso flojea, tienen que inventar nuevos argumentos y actos más o menos folklóricos para enfervorizar a su redil de fieles despertándole de su somnolencia religiosa. Y así, de vez en cuando proclaman algún dogma, realizando la correspondiente juerga mística con la que entusiasmar a sus dóciles corderos. ¡Gracias, dios de los cristianos, por haber concedido esta gracia a tu madre que también es la nuestra! Y el redil recupera por un tiempo su fervor religioso

y va más a la iglesia dejando más limosnas para el clero, aunque digan que es para María, que no sabemos para qué lo quería.

En definitiva, como ya se ha indicado en otro momento, la existencia de toda una serie de “dogmas” que los dirigentes de la secta católica van promulgando cada cierto tiempo es sólo una muestra del interés de estos jefes por seguir manipulando sus doctrinas según lo consideren conveniente para sus intereses, especialmente cuando advierten que “la llama de la fe” va apagándose entre sus fieles corderos, pues resulta incomprensible que, en el supuesto de que el dios de los católicos existiera y hubiera juzgado conveniente enviar algún mensaje especial a la humanidad, no lo hubiese hecho cuando su supuesto hijo vino al mundo, sino que hubiese estado enviando sus dogmas y misterios a cuentagotas, de manera que la humanidad existente en los dieciocho primeros siglos de cristianismo ¡no tuvo la dicha de conocer que María había nacido sin pecado ni de conocer que fue llevada al Cielo en cuerpo y alma! hasta el punto de que sólo quienes hemos vivido a partir de la segunda mitad del siglo XX hemos tenido el inmenso privilegio de enterarnos de la existencia de éste último dogma. Además, si en el caso de Jesús, para declarar el dogma de su “ascensión” a los cielos, los dirigentes cristianos se basaron en los evangelios, donde se dice que “fue llevado” y no que ascendiera por sí mismo, aunque en *Hechos de los apóstoles*, se dice que algunos discípulos “lo vieron elevarse, hasta que una nube lo ocultó de su vista”<sup>445</sup>, en el caso de María ni siquiera se habla de su muerte, por lo que no existe ningún indicio en favor de que fuera llevada al cielo, suceso, por cierto, igualmente antropomórfico en cuanto es absurdo pensar en un viaje espacial en el que se transporte un *cuerpo material* hasta llegar a un cielo supuestamente *inmaterial* que

---

<sup>445</sup> *Hechos*, 1:22.

estaría *más allá* del universo físico. Pero, como siempre, los dirigentes católicos –al igual que antes los sacerdotes de Israel– nos dirán que su dios ha hablado con ellos –o al menos con el papa– para comunicarles tales extraordinarios sucesos y para que ellos nos los trasmitan al resto de los mortales.

De nuevo y por lo que se refiere al dogma de la “inmaculada concepción de María” el *antropomorfismo* aparece como una cualidad esencial de esta doctrina, al presentar a Dios como un déspota que exige sacrificios humanos para poder perdonar y que caprichosamente perdona a María, su madre, pero que sólo perdona al resto de los humanos desde el previo cumplimiento del *sacrificio de un hombre* igualmente especial, un hombre que a la vez es “Hijo de Dios”, de manera que ¡la misericordia divina, a pesar de ser *infinita*, era *insuficiente* para perdonar directamente a la humanidad en general! Y, además, tampoco bastó el sacrificio de un hombre cualquiera, pues el valor del hombre era tan insignificante que era necesario un sacrificio especial, el del “Hijo de Dios”, cuyo valor sí era infinito en cuanto misteriosamente además se identificaba con el mismo dios de los cristianos. Pero, claro, esta perspectiva se basa en la ingenua *contradicción de afirmar la misericordia divina infinita para luego negarla* cuando debía haber quedado de manifiesto mediante el perdón incondicional de aquel supuesto pecado.

Una causa importante de este dogma puede haber consistido, como se ha sugerido antes, en la necesidad sentida por la jerarquía de esta organización de introducir algún nuevo elemento seductor en sus doctrinas, como la de la casi *deificación* de una mujer, ¡“la madre de Dios”!, que, bajo distintas advocaciones, ha conseguido inspirar tal devoción en los últimos siglos que ha dado lugar a la construcción de múltiples santuarios y centros de peregrinación en las diversas regiones del planeta

para la obtención de milagros y gracias especiales en cuanto la jerarquía católica la presenta como “madre intercesora” por cuya mediación se concede a sus fieles aquellas peticiones y milagros para los que, al parecer, la infinita misericordia divina resulta contradictoriamente insuficiente. Y, en efecto, desde la declaración del dogma de la “inmaculada concepción” en 1854, parece como si María hubiese despertado de un largo sueño y hubiese comenzado a aparecerse en diversos lugares, como en Lourdes en 1858 –cuatro años después de que Pío IX declarase dicho dogma-, o en Fátima en 1917, en los que luego se edificaron santuarios para que los fieles acudiesen en espera de recibir de María la gracia de algún milagro.

Sorprendentemente esa generosidad milagrería de “la madre de Dios” se habría dado en regiones del “primer mundo”, pero no en los lugares que más lo necesitan, como el “tercer mundo”, donde las enfermedades y la miseria son tales que sus habitantes no sólo no tienen medios para ir a Lourdes a pedir algún milagro sino que ni siquiera los tienen para obtener el alimento de cada día. Así que en este punto la arrogancia de quienes cada año acuden a Lourdes es realmente inefable al considerar que “la madre de Dios” –si existiera-, iba a estar más pendiente de los problemas de quienes acudieran a tales centros de negocios tau-matúrgicos que de quienes cada día mueren en medio de la más absoluta miseria. De acuerdo con la mentalidad ignorante de quienes acuden a Lourdes o a Fátima en espera de un milagro, podría pensarse que la causa de que la miseria de África no desaparezca se relaciona con la falta de unos cuantos lugares estratégicamente situados en los que la gente pudiera implorar un milagro a la “Virgen”, y no con la falta real de alimentos y de medios adecuados para remediar sus necesidades. Así, si todo ese montaje teatral sirviera para otros milagros distintos a los del

propio enriquecimiento de la jerarquía católica y de los boyantes comercios, hoteles y restaurantes de estos lugares, si la acción milagrosa de María no pudiera ejercerse más que por medio de santuarios tipo Lourdes, la jerarquía católica, que tanto se preocupa de la liturgia teatral de estos lugares, haría bien en ocuparse de construir los correspondientes santuarios a María en aquellos lugares habitados por quienes viven y mueren en medio de la indigencia y el hambre a fin de que pudieran acercarse a tales santuarios para pedir a María la solución de sus problemas, pues no parece especialmente misericordioso que “la madre de Dios” sólo se acuerde de los ricos del “primer mundo” y se olvide de quienes cada día sufren y mueren por carecer de lo más básico para poder subsistir. Pero lo más probable es que María no sea responsable de nada de lo que pasa ni de lo que deja de pasar. Lo más probable es que, si los dirigentes de la secta católica no construyen santuarios milagrosos en esos lugares de África, sea precisamente porque, al encontrarse una gran parte de ese continente en la más absoluta indigencia, saben que, además de que los milagros son sólo un cuento, su inversión económica en tales lugares iba a ser catastrófica, pues esos pueblos difícilmente iban a tener dinero para gastarlo en la construcción de santuarios y en las consiguientes limosnas para los pobrecitos dirigentes católicos.

### **6.3.2. El dogma de la “asunción de María”**

En relación con el dogma de la “asunción de María”, hay que decir, en primer lugar, que implica una contradicción por lo que se refiere al supuesto amor infinito del dios cristiano al conjunto de la humanidad, pues, si la concesión de tal gracia a María era *mejor* que su resurrección futura –como dicen que nos sucederá al resto de los mortales-, en tal caso es incompatible

con el *amor infinito* de su “dios” que no concediera esa misma gracia al resto de los humanos, ya que *un amor infinito no admite grados* y, por ello, sería absurdo considerar que el amor de Dios a María fuera *más infinito* [?] que su amor al resto de los mortales y que por eso le concedió una gracia que no pudo conceder a toda la humanidad.

Es incomprensible, por otra parte, que una doctrina tan extraordinaria como ésta haya permanecido desconocida para el conjunto de cristianos que murieron antes del año 1950, año en el que PíoXII la presentó a sus fieles, de manera que sólo quienes vivimos después de ese año, hemos tenido el “privilegio” de conocerla para nuestra satisfacción y júbilo espiritual. Pero resulta ciertamente sospechoso de simple oportunismo que hayan tenido que pasar alrededor de 1.900 años de cristianismo para que el “Espíritu Santo” se decidiera a comunicar a la jerarquía católica -y, a través de ella, a los demás creyentes- una doctrina de tal calibre, habiendo privado de este exultante y trascendental conocimiento a los millones de católicos que vivieron durante los primeros diecinueve siglos de cristianismo. Por otra parte, sin embargo, resulta comprensible que este “dogma” tardase tanto en ser proclamado si se tiene en cuenta además que en los evangelios no se hace referencia alguna a la muerte de María, pues, si ya son escasos los momentos en que se la nombra, nada en absoluto se dice de ella después de haberse hablado de la supuesta resurrección de su hijo y de su “asunción” o “ascensión” al cielo –dependiendo de si hacemos caso al *Nuevo Testamento* o a la dogmática católica-. Conviene tener en cuenta además que al menos en dos ocasiones el propio Jesús habla de su madre con una llamativa indiferencia que lleva a pensar que su relación con ella no fue especialmente afectuosa. Y, por ello, resulta explicable que los dirigentes católicos tardasen tanto

tiempo en proclamar estos últimos dogmas para los que no tenían más apoyo que el de considerar que se trataba de María, la madre de Jesús, y que, por tal motivo, era lógico que Dios le hubiera concedido como gracia especial la de nacer sin el pecado original y la de ser llevada al cielo en cuerpo y alma. Pero, como ya se ha dicho, si el amor divino a la humanidad hubiera sido infinito y su poder igualmente infinito, nada le habría costado conceder esas mismas gracias al resto de la humanidad.



## ÍNDICE DE LA PRIMERA PARTE

<b>CURIOSIDADES Y CONTRADICCIONES DE LA “IGLESIA CATÓLICA” -Primera Parte-</b>	5
<b>INTRODUCCIÓN</b>	7
<b>SINOPSIS GENERAL</b>	9
<b>1. EL PROBLEMA DE LA EXISTENCIA DE UN DIOS COMO “SER PERFECTO”</b>	17
1.1. El dios antropomórfico de la secta católica	24
1.2. Críticas a la existencia de cualquier dios	25
1.3. La existencia de “el ser”	25
1.3.1. Dios como “el que es”	26
1.4. Las “vías” de Tomás de Aquino	34
<b>2. YAHVÉ, EL DIOS JUDEO-CRISTIANO, UNA DIVINIDAD ANTROPOMÓRFICA, CRUEL Y VENGATIVA</b>	43
2.1. El dios judeo-cristiano, un dios “humano, demasiado humano”	47
2.2. Yahvé, un dios tribal	54
2.3. Yahvé, un dios que destruye a los enemigos de Israel, pero que también castiga brutalmente a su propio pueblo	88
2.4. Yahvé, asesino de mujeres y niños	95
2.4.1. Yahvé: Otras muestras de su despotismo criminal	105
2.5. Del politeísmo al monoteísmo	122
2.6. Politeísmo jerárquico: Transición al monoteísmo	140
2.7. La astucia de los sacerdotes de Israel	142
<b>3. EL DIOS CRISTIANO</b>	145
3.1. La Trinidad Divina: “Dios, tres en uno”	145

3.2. Predeterminación divina y libertad humana	156
3.3. Dios y el mal	176
3.4. La contradicción entre el supuesto amor infinito [?] del dios cristiano y el fuego eterno	184
3.4.1. “No juzguéis y no seréis juzgados”	199
3.5. Dónde está el dios judeo-cristiano	202
<b>4. ACERCA DEL “JESÚS” EVANGÉLICO</b>	219
4.1. Jesús no fue un dios, ni hijo de ningún dios	226
4.1.1. Jesús no se identifica con el dios judeo-cristiano, ni con su supuesto hijo, ni con ningún otro dios	236
4.2. La “misión redentora” de Jesús	254
4.3. ¿Eternidad de Jesús?	257
4.4. Jesús no fundó el cristianismo	258
4.5. Las abismales diferencias doctrinales entre Jesús y Pablo de Tarso	262
<b>5. EL “PECADO ORIGINAL” Y “LA REDENCIÓN”</b>	298
5.1. El pecado original	298
5.2. La contradicción entre la infinita misericordia divina y la necesidad de la redención	313
5.2.1. La <i>alianza con Yahvé</i> y la <i>salvación o liberación de Israel</i> según el <i>Antiguo Testamento</i>	318
5.2.2. La <i>salvación</i> como redención de los pecados	325
5.2.3. La contradicción por la cual, a pesar de la “redención”, <i>sin la fe no hay salvación</i> .	329
5.2.4. Fe y predestinación según otros teólogos cristianos	345
5.2.5. Miguel de Cervantes y la fe	347
5.2.6. Veracidad y fe	349
5.2.7. “Extra ecclesiam nulla salus”	354
<b>6. ACERCA DE MARÍA, MADRE DE JESÚS</b>	357
6.1. ¿María, madre de “Dios”?	357

## Contradicciones de la “Iglesia Católica” (I)

6.2. Los evangelios contradicen la virginidad de María	360
6.3. Los dogmas de la “inmaculada concepción” y de la “asunción de María”	376
6.3.1. El dogma de la “inmaculada concepción”	377
6.3.2. El dogma de la “asunción de María”	382
<b>ÍNDICE</b>	385

Antonio García Ninet